

Benedetto  
Croce

# Historia de Europa en el siglo XIX

Lectulandia

La libertad entendida como «religión», como «unión de una visión total del mundo con la pasión cívica y moral» —teoría que está en el centro de toda la obra de Croce como historiador—, encontró su perfecto despliegue en esta *Historia de Europa*, que permanece como una de las obras estructuralmente más audaces del autor. Del magma de la historia europea del siglo XIX se extrae aquí, con prodigiosa capacidad expositiva, una especie de teorema de la libertad que nos permite comprender muchas de las nevaduras secretas de los acontecimientos de la gran edad burguesa. Ahora que Europa se ve obligada por el peso de la realidad a reflexionar sobre su propia naturaleza, será más preciosa que nunca esta obra que, desde su proyecto, no quiso perderse en la multitud de los acontecimientos, sino capturar esa esencia de Europa sobre la que nos seguimos interrogando.

«Por lo tanto, cuando se oye preguntar si a la libertad ha de corresponderle lo que se llama el porvenir, hay que responder que tiene algo mejor: tiene la eternidad. E incluso en la actualidad, a pesar de la frialdad, el desprecio y el escarnio que la libertad encuentra, sigue estando en muchas de nuestras instituciones, costumbres cívicas y hábitos espirituales, y en ellos obra benéficamente. Y, cosa que vale aún más, está en muchos nobles intelectos de todos los rincones del mundo, que, aislados y esparcidos, casi reducidos a una pequeña pero aristocrática *respublica literaria*, siguen confiando en ella, la rodean de mayor reverencia y la persiguen con amor más ardiente que en los tiempos en que no había quien la ofendiese o pusiera en duda su absoluto señorío, mientras a su alrededor se amontonaba el vulgo aclamando su nombre, y, con ello mismo, contaminándolo de vulgaridad, de la que ahora se ha limpiado».

BENEDETTO CROCE

**Lectulandia**

Benedetto Croce

# **Historia de Europa en el siglo XIX**

ePub r1.0

IbnKaldun 19.10.15

Título original: *Storia d'Europa nel secolo decimonono*  
Benedetto Croce, 1932  
Traducción: Atilio Pentimalli Melacrino  
Diseño de cubierta: Nacho Soriano

Editor digital: IbnKaldun  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA DEL TRADUCTOR

*Además de sus numerosos artículos, ensayos y apostillas sobre asuntos históricos precisos, Croce había rematado en 1917, con Teoría e historia de la historiografía, el conjunto de trabajos al que dio el nombre de «filosofía del espíritu», vale decir, la sistematización de su pensamiento emprendida en 1902 con la Estética y proseguida con la Lógica y la Filosofía de la práctica, obras ambas publicadas en 1908. Estos tratados teóricos desembocaron a su vez en La historia como pensamiento y como acción, de 1938. La filosofía de Croce recibió también el nombre, más que justificado, de «historicismo absoluto», al identificar o fundir los conceptos de historia y realidad. La obra que nos ocupa, Historia de Europa en el siglo XIX, puede considerarse una prueba cabal de dicho pensamiento.*

*Por lo tanto, en el sentido crociano de la palabra «historia», sólo filosóficamente ésta se puede entender, conocer y valorar; en el sentido corriente podríamos hablar de «filosofía de la historia» si el propio Croce no rechazase tal expresión por considerarla meramente extrínseca o directamente tautológica.*

*Salvo en algunas observaciones generales y aisladas, el autor prescinde de extenderse sobre los innumerables trabajos historiográficos que se refieren al siglo XIX, y asimismo a los fundamentos ideológicos de dichos trabajos: los da por supuestos considerándolos sobradamente conocidos (cosa que dice explícitamente). Es casi obvio añadir que un buen conocimiento de la obra del mismo Croce facilita la integración de los conceptos que impregnan estas páginas.*

*Como enseñanza actual, aparte del magnífico ejemplo de ecuanimidad, amplitud de criterios y perspicacia sobre el asunto en cuestión (que abarca, como puede verse en el índice, hasta la Primera Guerra Mundial), el lector podrá apreciar, entre sorprendido y admirado, la clara visión que tenía el autor de ciertos procesos históricos más actuales: enemigo de vaticinios y profecías, veía con antelación, sin embargo, consecuencias que hemos podido conocer como posteriores a su escrito. Valgan dos ejemplos eminentes: los desenfrenos del nacionalismo exasperado y del correspondiente imperialismo, vale decir del nazismo, y el derrumbe de la autocracia rusa, soviética o pseudocomunista. Ante el clamor habitual de augures y Casandras que confunden la realidad con sus deseos (legítimos o no), esta clarividencia es buen motivo de reflexión sobre la eficacia de los métodos cognoscitivos propugnados por Croce. También podemos añadir, por su obvia actualidad, la precisa intuición de una integración política europea como proyecto futuro (no olvidemos que esta obra fue escrita en 1931 y publicada en 1932).*

*Tratándose de un trabajo abierta y directamente polémico frente al anarquismo, al socialismo revolucionario, al comunismo utópico o marxista, a los nacionalismos e imperialismos entendidos como exasperación deformante de determinados procesos históricos, y, asimismo, no menos polémico frente a las derivaciones políticas de la*

*Iglesia católica en su apoyo a las estructuras retrógradas, absolutistas y de engañoso populismo, es una obra que puede escocer a quienes se adhieren a cualquiera de las ideologías arriba mencionadas: escozor que, por otra parte, no haría sino confirmar lo acertado de la crítica.*

*Otro mérito de esta historia es la fluidez con que se exponen las relaciones entre determinados sucesos políticos y la mentalidad general del momento, la ética, la estética, la literatura y el arte predominantes: en tal sentido, y también muy crocianamente, no se trata sólo de historia política, institucional, económica e ideológica, sino de una historia general de la cultura y de los condicionamientos, carencias y excelencias que ésta contiene y desarrolla para bien o para mal. Esta consideración nos lleva nuevamente al concepto de «historicismo absoluto» como conocimiento de la realidad en su conjunto, vale decir como filosofía propiamente dicha.*

*Pese a su claro, reiterado y fundamentado culto a la que llama «religión de la libertad» (que en el aspecto político no siempre coincide, o no del todo, con los llamados partidos liberales), Croce, como él mismo señala a manera de deber intelectual y humano, no descarta ni mucho menos la validez (hacia una misma finalidad ideal) de los criterios que se fundan en sentimientos y pensamientos distintos de los suyos: aspectos todos de ese conjunto superior que es la vida misma de la humanidad entendida como eterna lucha por la libertad. Con esta profunda y genuinamente dialéctica integración de aquello que extrínsecamente podría parecer diverso u opuesto, se cierra la lección filosófica, moral e ideal, de este trabajo.*

# **HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XIX**

*Pur mo venian li tuoi pensier tra i miei  
con simile atto e con simile faccia,  
sì che d'entrambi un sol consiglio fei.*

(Ahora acudían tus pensamientos entre los míos  
con gesto símil y similar rostro,  
tanto que de ambos tomé igual consejo).

DANTE,  
*Infierno*, XXIII, 28-30



# I

## LA RELIGIÓN DE LA LIBERTAD

Concluida la aventura napoleónica y desaparecido aquel genial déspota de la escena que la ocupaba por entero, mientras sus vencedores se ponían de acuerdo o intentaban ponerse de acuerdo para dar a Europa, merced a la restauración de viejos regímenes y oportunas reorganizaciones territoriales, un ordenamiento estable que sustituyese al del Imperio de la nación francesa, vigorosamente asido pero siempre precario, en todos los pueblos se encendían esperanzas y se elevaban reclamaciones de independencia y de libertad. Y estas reclamaciones se volvían más enérgicas y enardecidas cuanto más se les oponían repulsas y represiones; y pronto las esperanzas volvían a avivarse, y se reforzaban los propósitos, a través de las decepciones y las derrotas.

Había en Alemania, en Italia, en Polonia, en Bélgica, en Grecia y en las lejanas colonias de América latina esfuerzos y movimientos de naciones oprimidas contra dominadores y tutores extranjeros; o de naciones y miembros mutilados de naciones obligados a una unión política con estados que debían sus orígenes y configuración a conquistas, a tratados, a derechos patrimoniales de familias principescas; o de naciones a las que se mantenía escindidas en pequeños Estados y que, a causa de semejante desmenuzamiento, se sentían impedidas, debilitadas y reducidas a la impotencia ante el papel que les correspondía ejercer en la vida mundial común, mortificada su dignidad frente a las otras, unidas y grandes. Había, en aquellos y en otros pueblos, necesidades de garantías jurídicas, de participación en la administración del gobierno mediante instituciones representativas nuevas o renovadas; de variedad de asociación entre los ciudadanos para particulares finalidades económicas, sociales y políticas; de abierta discusión de las ideas e intereses por medio de la prensa; de «constituciones», como se decía en aquel entonces; y entre los que habían obtenido dichas constituciones en forma de «cartas» concedidas, como en Francia, había la necesidad de asegurarlas y ampliarlas; y en otros, por último, donde los regímenes representativos ya actuaban por larga y gradual formación, como en Inglaterra, había la exigencia de eliminar vínculos y desigualdades que aún perduraban, y de una modernización y racionalización general para lograr un modo de vida y de progreso más libre de ataduras y más amplio.

Siendo distintos los antecedentes históricos y las condiciones presentes en los diversos pueblos, como su ánimo y sus costumbres, aquellas exigencias variaban, según los diferentes países, en su orden, medida, detalles y entonación. En un sitio se daba primacía a la liberación del dominio extranjero o a la unidad nacional, en otro a la sustitución del gobierno absolutista por el constitucionalista; aquí se trataba de

simples reformas del electorado y de extensiones de la capacidad política, y más allá, en cambio, de fundar por primera vez o sobre nuevas bases el sistema representativo; en algún país, al poseerse ya por obra de las generaciones anteriores, y, señaladamente, por la de la Revolución y del Imperio, la igualdad cívica y la tolerancia religiosa, se empezaba a luchar por la participación de nuevos estratos sociales en el gobierno, mientras que en otros sitios convenía dedicarse a combatir privilegios políticos y cívicos de clases feudales y persistentes formas de servidumbre, y a quitarse de encima la opresión eclesiástica. Pero, variadas por importancia y por el orden de sucesión con que se presentaban, todas estas exigencias se relacionaban entre sí, y tarde o temprano las unas arrastraban a las otras consigo y provocaban la aparición de otras más, que se perfilaban a lo lejos; y sobre ellas campeaba una palabra que las compendia a todas y expresaba el espíritu que las animaba: la palabra «libertad».

Ciertamente, no era una palabra nueva en la historia, como no lo era en la literatura y en la poesía, e incluso en la retórica de la literatura y de la poesía. Grecia y Roma habían transmitido a la posteridad la memoria de innumerables héroes de la libertad, de gestas sublimes en las que, por la libertad «*che è si cara*»,<sup>[1]</sup> magnánimamente se había rechazado la vida. Libertad habían invocado los cristianos, y, a lo largo de los siglos, sus iglesias; libertad, las comunas contra emperadores y reyes; y, por su parte, los feudatarios y barones contra los mismos reyes y emperadores, y éstos, a su vez, contra los barones y grandes vasallos y contra las comunas que usurpaban los derechos soberanos; libertad los reinos, las provincias, las ciudades, celosos de sus propios parlamentos, capítulos y privilegios, contra las monarquías absolutas que se desembarazaban o intentaban desembarazarse de aquellos obstáculos y límites a su obrar. La pérdida de la libertad siempre había sido considerada como causa o indicio de decadencia en las artes, en las ciencias, en la economía, en la vida moral, ya se mirase hacia la Roma de los Césares o a la Italia dominada por los españoles y los Papas. Y la «libertad», recientemente, en compañía de la «igualdad» y la «fraternidad», había sacudido y derribado en escombros, con la fuerza de un terremoto, todo el edificio de la vieja Francia y casi todo el de la vieja Europa; y la impresión temerosa todavía perduraba, y parecería que hubiese debido quitar a aquel nombre su aureola de cosa bella y su atractivo de cosa nueva. Y, efectivamente, el trinomio del que había formado parte —el «inmóvil triángulo inmortal de la Razón», como lo había llamado el poeta Vincenzo Monti— cayó en descrédito y casi llegó a ser aborrecido; pero la Libertad volvió a ascender por su cuenta sobre el horizonte, admirada como estrella de inigualable fulgor. Y las jóvenes generaciones pronunciaban esa palabra con el tono emocionado de quien acaba de descubrir un concepto de vital importancia, capaz de aclarar el pasado y el presente, una guía para el porvenir.

La novedad del concepto con que se llenaba esa antiquísima palabra no eludió, aparte del sentimiento, la reflexión de los contemporáneos, como se observa en el

problema, al que pronto dio origen, acerca del carácter diferencial entre la libertad propia de los modernos y la que caracterizaba a los antiguos griegos y romanos, y a los muy recientes jacobinos: un problema que fue propuesto y tratado, entre los primeros, por Sismondi y por Benjamin Constant (quien pronunció sobre dicho argumento un discurso en el Ateneo de París, en 1819), y que ha vuelto a plantearse muchas veces hasta nuestros días. Pero, si el problema tenía un meollo de realidad, no estaba rectamente planteado con aquel contraste entre lo antiguo y lo moderno, en el que de un lado estaban Grecia, Roma y la Revolución francesa (que habría seguido los ideales greco-romanos), y, del otro, el tiempo presente: como si el presente no fuese la confluencia de toda la historia y su último acto, y se pudiera, con un estática contraposición, romper aquello que forma una serie única de desarrollo. En consecuencia, la indagación, que se establecía sobre la afirmación de aquel contraste, corría el riesgo de dispersarse en abstracciones, dividiendo individuo y estado, libertad cívica y libertad política, libertad de un individuo determinado y libertad de todos los demás individuos determinados donde la primera encuentra su límite, y así por el estilo, y asignando a los antiguos libertad cívica y no política, o esta última sólo en grado subordinado, o también invirtiendo estos juicios y atribuyendo a los antiguos más libertad del individuo respecto al Estado que la poseída por los pueblos modernos. Error de abstracción que se renueva toda vez que se intenta definir la idea de la libertad por medio de distinciones jurídicas, que tienen carácter práctico y se refieren a instituciones particulares y transitorias, y no a esa idea superior y suprema que las incluye y las supera a todas.

Buscando el contenido de aquel concepto en la historia a la que pertenece, que es la historia del pensamiento o filosofía (como se quiera llamar), la consciencia que se tuvo entonces de su novedad resulta no ser otra cosa que la consciencia de lo nuevo que había surgido en el pensamiento, y, a través de éste, en la vida, el nuevo concepto de la humanidad y la visión de la vía que ante ésta se abría, amplia y clara como no se había mostrado anteriormente. A este concepto no se había llegado por casualidad y de pronto, y a la entrada en esa vía por medio de un salto o un vuelo, sino que se había llegado en virtud de todas las experiencias y soluciones de la filosofía en su constante y secular labor, que cada vez más había acortado la distancia y recompuesto la discordia entre cielo y tierra, Dios y mundo, lo ideal y lo real, y, al conferir idealidad a la realidad y realidad a la idealidad, habían reconocido y comprendido su inescindible unidad, que es identidad. Y, al referirnos a la historia del pensamiento y de la filosofía, queremos referirnos conjuntamente a toda la historia, también a la que recibe el nombre de civil, política, económica y moral, que da y recibe alimento de la otra; y, por lo tanto, no solamente de Platón, Aristóteles, Galileo, Descartes y Kant, sino del carácter griego que se enfrentó a la barbarie, y de Roma que civilizó a esos mismos bárbaros volviéndolos romanos, y de la redención cristiana, y de la Iglesia que luchó contra el Imperio, y de las comunas italianas y flamencas de la Edad Media, y, más particularmente, del Renacimiento y la Reforma, que reivindicaron la

individualidad en su doble valor activo y moral, de las guerras de religión, del «largo parlamento» inglés, de la libertad de conciencia que sostenían las sectas religiosas en Inglaterra, en Holanda y en las colonias americanas, de las declaraciones de los derechos del hombre que se llevaron a cabo en estas últimas, como de la que brindó singular eficacia a la Revolución francesa, y asimismo de los descubrimientos técnicos y de las transformaciones industriales consiguientes, y de todos los demás acontecimientos y creaciones de la historia, que confluyeron para formar aquel concepto de la realidad y de la humanidad y volver a situar en las cosas la ley y la regla de las cosas, y a Dios en el mundo. Pero el último paso adelante que se había llevado a cabo entonces, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, había sido más vigorosamente resolutivo y casi conclusivo, porque había criticado la pugna, que se agudizó con el racionalismo del siglo XVIII y la Revolución francesa, entre razón e historia, pugna en la que se humillaba y condenaba a esta última bajo la luz de aquélla: la había criticado y le había devuelto la salud gracias a la dialéctica, que no separa lo infinito de lo finito, ni lo positivo de lo negativo, y con ello había hecho coincidir la racionalidad y la realidad en la nueva idea de la historia, volviendo a encontrar el sentido pleno de la expresión de Giambattista Vico: que la república que buscaba Platón no es sino el trayecto de las cosas humanas. Ahora el hombre ya no se veía aplastado por la historia o reivindicador de sí mismo contra ésta, llevado a alejar de sí el pasado como el recuerdo de una afrenta; sino que, infatigable y verdadero autor, se contemplaba en la historia del mundo como en la de su propia vida. La historia ahora ya no se mostraba desierta de espiritualidad y abandonada a fuerzas ciegas, o sostenida y sucesivamente enderezada por fuerzas extrañas, sino que se mostraba como obra y actualidad del espíritu, y, dado que el espíritu es libertad, obra de la libertad. Toda ella obra de la libertad, su único y eterno momento positivo, que sólo se actúa en la secuela de sus formas y les confiere significado, y que por sí solo explica y justifica la función que ha cumplido el momento negativo de la ausencia de libertad, con sus compresiones, opresiones, reacciones y tiranías, que (como igualmente habría dicho Vico) parecen «peripecias» y son «oportunidades».

Eran éstos el pensamiento y la filosofía de la edad que empezaba, una filosofía que germinaba por doquier, que se difundía por todas partes, que se captaba en la boca de todos, confirmada por las estrofas de la poesía y los lemas de los hombres de acción no menos que por las fórmulas de los filósofos profesionales. Arrastraba tras de sí escorias del pasado, a veces vestía ropajes que no eran los adecuados, se envolvía y debatía en contradicciones, y, sin embargo, siempre se abría camino y adelantaba a todas las demás. Se pueden encontrar sus huellas incluso entre los adversarios, los retrógrados, los reaccionarios, los curas y los jesuitas; y no carece de ironía que la nueva actitud espiritual recibiese su bautismo justamente donde menos se habría esperado: se lo brindó el país que, más que cualquier otro de Europa, se había cerrado a la filosofía y a la cultura modernas; el país por antonomasia medieval y escolástico, clerical y absolutista: España, que acuñó entonces el adjetivo «*liberal*»

con su contrapuesto, «*servil*». Más aún, será útil observar (a fin de eludir un escollo con el que es frecuente chocar) que la filosofía de una edad no sólo no ha de buscarse únicamente entre los filósofos o grandes filósofos, deduciéndola de todas las manifestaciones de dicha edad, sino que hasta puede no encontrarse, o encontrarse de manera menos destacada, entre los especialistas en filosofía, incluidos entre éstos los grandes. Los cuales no dejan de ser personas individuales; y si, además de algunos problemas de su tiempo, anticipándose a los tiempos proponen y resuelven otros, que su edad aún no percibe ni entiende, o no entiende bien, también ocurre a veces, por los límites que todo individuo tiene, que no incluyan en sus sistemas determinados problemas que se han planteado y resuelto en su propia época, y que en su lugar conserven conceptos anticuados y erróneos. Los grandes filósofos, como, por otra parte, los hombres de toda condición, no tienen un sitio destinado y fijo en la vanguardia ni en la retaguardia ni en medio de las filas de sus contemporáneos, sino que, en distintas ocasiones, se encuentran en cada uno de esos sitios. Incluso los grandes filósofos de la libre Atenas, los más espléndidos frutos de esa libertad, entre las agitaciones democráticas que ofendían su sentido de la armonía, y atados como estaban a su propia lógica naturalista, en sus teorías no se mostraron a la altura de aquella realidad de vida en la que vivían; pero encaja mejor en nuestro caso el ejemplo del mayor filósofo de la edad a que nos referimos, Hegel, que con mayor profundidad que nadie pensó y se ocupó de dialéctica e historia, definiendo al espíritu por y para la libertad, y la libertad por y para el espíritu, y que, sin embargo, a causa de ciertas tendencias suyas y teorizaciones políticas, mereció ser señalado más bien como «*servil*» que como «*liberal*». Muy por encima de él, en este aspecto, y representando mejor que él el pensamiento de la nueva edad, hay ingenios filosóficamente menores o que, directamente, suelen considerarse como no filosóficos: por ejemplo, una mujer, Madame de Staël.

El concepto de la historia como historia de la libertad tenía su necesario complemento práctico en la libertad misma como ideal moral: ideal que, efectivamente, había crecido junto con todo el pensamiento y el movimiento de la civilización, y en los tiempos modernos había pasado de la libertad como conjunto de privilegios a la libertad como derecho por naturaleza, y de este abstracto derecho natural a la libertad espiritual de la personalidad históricamente concreta; y se había vuelto sucesivamente más coherente y sólido, avalado por la correspondiente filosofía, para la cual la misma ley que es ley del ser es ley del deber ser. Negarlo no podían sino aquellos que, de alguna manera, todavía diferenciaban el deber ser del ser, en conformidad con las rancias filosofías de la trascendencia, o aquellos que aun no dándose cuenta llevaban a cabo dicha diferenciación en sus argumentaciones. Así, por ejemplo, cuando se objetaba que el ideal moral de la libertad no prometía ni permitía expulsar del mundo el mal, y que, por lo tanto, no era verdaderamente moral; y así diciendo no se consideraba que, si la moralidad destruyese el mal en su idea, se disolvería a sí misma, ya que sólo en la lucha contra el mal tiene realidad y

vida, y sólo gracias a dicha lucha se eleva. Otro tanto cuando se lamentaba que la afirmación y aceptación de la lucha que constantemente renace impidiese al hombre alcanzar la paz, la felicidad, la beatitud que siempre anhela, sin considerar que, precisamente, la grandeza del concepto moderno residía en haber convertido el sentido de la vida, de idílico cual era (y, por consiguiente, elegiaco) en activo y creativo, y en haber hecho de la libertad misma una constante readquisición y una constante liberación, una constante batalla en la que es imposible una victoria última y terminal porque significaría la muerte de todos los combatientes, es decir, de todos los vivos. Después de lo cual se percibe fácilmente en qué consideración han de tenerse otras objeciones, que en aquel entonces se propusieron también y que posteriormente se reiteraron y reiteran, como la siguiente: que el ideal de la libertad, por su propia excelencia, es de pocos y no de muchos, de los elegidos y no del vulgo, que necesita imposiciones desde lo alto, autoridad y látigo; objeción que hallaría plena correspondencia en la sentencia, cuyo absurdo es evidente, de que la verdad es de unos pocos y a la mayoría le convienen la no-verdad y el error, como si la verdad no fuese tal por su intrínseca fuerza, expansiva y vivificante y transformadora según los modos que sucesivamente se le consienten. O como esta otra, incluso más extravagante: que la libertad pertenece en propiedad a ciertos pueblos, que la han elaborado en condiciones especialísimas, como la insular Inglaterra, o a estirpes de sangre generosa, como las germánicas, que la cultivaron en la incultura de sus bosques; objeción que, a su vez, rebaja el espíritu a materia y lo somete a un mecánico determinismo, y que, por otra parte, los hechos desmienten al mostrar que Inglaterra enseñó mucho pero también aprendió, y no poco, de los conceptos liberales de los pueblos del continente, y que durante largo tiempo Alemania olvidó la libertad en sus bosques e idolatró la autoridad y la condición de súbdito.

Era, por tanto, del todo obvio que a la pregunta de cuál era el ideal de las nuevas generaciones se contestase con la palabra «libertad» sin más determinaciones, porque toda añadidura habría ofuscado el concepto; y erraban los frígidos y los superficiales que de ello se sorprendían y lo convertían en objeto de mofa, y, tildando a aquel concepto de vacío formalismo, preguntaban, irónicos o sarcásticos: «¿Qué es la libertad? ¿Libertad respecto a quién y de qué? ¿Libertad para hacer qué?». Ella no soportaba adjetivos ni determinaciones empíricas por su intrínseca infinitud; mas no por ello dejaba de plantear, sucesivamente, sus propios límites, que eran actos de voluntad, y de tal suerte se particularizaba y se daba un contenido. La distinción, frecuentemente llevada a cabo, entre las dos libertades, la singular y la plural, la libertad y las libertades, se revela como antinomia de dos abstracciones, porque la libertad en singular sólo existe en las libertades en plural. Sólo que jamás se adecua y jamás se agota en ninguna de sus particularizaciones, en las instituciones que ha creado; y por eso, como ya se ha señalado, no solamente no se la puede definir por medio de sus instituciones, es decir jurídicamente, sino que tampoco hay que plantear una relación de necesidad conceptual entre ella y estas últimas, que, siendo hechos

históricos, se vinculan a ella y se desvinculan por necesidad histórica.

Las reclamaciones políticas, que antes hemos enumerado sumariamente, formaban entonces, más o menos, su cuerpo histórico y, en cierto sentido, su cuerpo rebosante de belleza y de renacido vigor juvenil, de osadía y despreocupación conjuntamente. Espiritualidad corporizada, y, por la misma razón, corporeidad espiritualizada, su significado se obtenía únicamente de la finalidad hacia la cual tendían, que era un aliento más amplio de la vida humana, una mayor intensidad y extensión. La idea de la nacionalidad, opuesta al humanitarismo abstracto del siglo anterior y a la obtusidad que hacia las ideas de pueblo y patria manifestaban incluso escritores como Lessing, Schiller y Goethe, y a la escasa o nula repugnancia que entonces se había sentido hacia las intervenciones extranjeras, se proponía promover la humanidad en su forma concreta que era la de la personalidad, así de los individuos como de los conjuntos humanos vinculados por orígenes y memorias comunes, costumbres y actitudes, ya fuese de las naciones históricamente existentes y activas, como de las que habían de despertar a la actividad; e intrínsecamente no ponía barreras a formas nacionales cada vez más amplias e inclusivas, dado que «nación» es concepto espiritual e histórico y por ello en devenir, no naturalista e inmóvil como el de raza. La misma hegemonía o primacía que se reivindicaba para uno u otro pueblo, Fichte y otros para el germánico, Guizot y otros para el francés, Mazzini y Gioberti para el italiano, así como otros aun para el polaco y los eslavos en general, se teorizaba como el derecho y el deber de situarse a la cabeza de todos los pueblos para convertirse en guía de civilidad, de perfeccionamiento humano, de grandeza espiritual. Incluso los nacionalistas alemanes decían, sí, que el alemán era un pueblo elegido, pero se apresuraban a añadir que lo era por ser cosmopolita y no puramente nacional. Las constituciones y los gobiernos representativos tenían que llevar a la eficacia y laboriosidad de hombres políticos y clases sociales con mayor capacidad y mejor voluntad respecto a los que hasta entonces habían ejercido el poder, o emulando a aquéllos. La libertad de prensa era el campo que se abría al intercambio de las ideas, al choque y al enfrentamiento de las pasiones, a la aclaración de las situaciones, a las disputas y acuerdos, y, como alguien ingeniosamente ha notado, quería sostener en los grandes Estados, en Europa y en el mundo, la función que en las pequeñas ciudades antiguas había tenido el ágora. El favor que envolvió al sistema de dos grandes partidos que componían los parlamentos, el conservador y el progresista, el moderado y el radical, contenía la intención de graduar el ímpetu del movimiento social y evitar los prejuicios de las agitaciones revolucionarias y el derramamiento de sangre, amasando y humanizando la lucha de los intereses. El receloso afecto y el anhelo de las autonomías locales contra el centralismo y el despotismo administrativo de la Revolución y del Imperio, y de las propias monarquías absolutas restauradas, se fundaban en el temor de que la centralización, al uniformar, empobreciese y volviese árida la plenitud de la vida, en tanto que las autonomías lograban una buena administración y cultivaban un vivero de capacidades

políticas. Las monarquías constitucionales, siguiendo el ejemplo inglés, mediaban entre las absolutas, demasiado históricas, y las repúblicas, demasiado poco históricas, y casi se proponían como la única forma de república adecuada a los tiempos; ya que, por otra parte, república y no monarquía era la que sustentaban los políticos de vieja escuela en Inglaterra después de su revolución. Parecidamente, en general, toda la recuperación de las tradiciones históricas estaba animada por el deseo de recoger y conservar todo lo que estaba vivo y era utilizable para la vida moderna, o para un buen trecho aún de dicha vida, ya se hallase en instituciones y costumbres lugareñas, en la vieja nobleza y en los campesinos, o en las ingenuas creencias religiosas. La ruptura de los vínculos que habían cohibido y todavía cohibían a industrias y comercios, obedecía a la necesidad de dar impulso a la capacidad inventiva, a las virtudes individuales y a la competición, y acrecentar la riqueza que, quienquiera la produjese y quienquiera la poseyese, era siempre riqueza de la sociedad íntegra, para cuyo provecho y enaltecimiento moral terminaba por servir, de una u otra forma, tarde o temprano. Y lo mismo dígase de todos los aspectos y determinaciones particulares de aquellas variadas exigencias.

Podía ocurrir, y ciertamente ocurriría, que algunas o muchas de dichas instituciones liberales muriesen durante el curso posterior de la historia, al desaparecer sus condiciones de hecho, y que otras se volviesen ineficaces, insuficientes o inadecuadas, y fuese necesario modificarlas y hasta derribarlas y sustituirlas; pero ello pertenece al destino de todas las cosas humanas, que viven y mueren, se transforman y recobran vida, o se mecanizan y es conveniente deshacerse de ellas; y, de todas maneras, el agente de tales modificaciones, readaptaciones y aboliciones seguiría siendo siempre la libertad, que de tal manera se formaba un cuerpo nuevo, dotado de nueva juventud y habiendo logrado un maduro vigor. Así nada impedía pensar —en la rigurosa y previsora lógica que se atiene a la esencia del concepto liberal— que el sistema de los dos partidos, una vez se hubiesen vuelto anticuados los contrastes que le habían dado vida, se trocase por el de diversas y móviles agrupaciones sobre problemas particulares, y el autogobierno cedería ante la necesidad de una mayor regularidad y centralización, y las monarquías constitucionales ante las repúblicas, y los Estados nacionales se ordenarían en Estados plurinacionales o Estados unidos (es decir, al formarse una conciencia nacional más amplia, por ejemplo europea), y el liberalismo económico se vería atenuado y ceñido dentro de límites más estrictos por obra de ligas de industriales o estratificaciones de servicios. Ciertamente, aquellos liberales de las primeras generaciones no pensaban, generalmente, en tales posibilidades, e incluso en ocasiones o habitualmente las negaban; mas no por ello dichas posibilidades dejaban de estar contenidas en el principio que ellos proponían, y es necesario tenerlas presentes tal como ahora podemos percibir las tras más de un siglo de múltiples experiencias y de constante labor mental: advertencia que es válida para todo lo que vamos diciendo acerca de aquel período germinal en el que, tal como es necesario,



vamos mirando, en el germen, también el árbol del que era germen y que sólo él hacía que fuese plástico germen y no célula abortada. Y también podía ocurrir (y por ello se había delineado entonces la nueva y goethiana figura del progreso, no ya como línea recta sino siguiendo una espiral) que, en las crisis de los rejuvenecimientos, los regímenes liberales se viesan sometidos por reacciones y regímenes autoritarios de diverso origen, extensión más o menos amplia y duración más o menos prolongada; pero la libertad seguiría actuando en el interior de éstos para corroerlos y, por último, volvería a surgir más sabia y más fuerte. También entonces, por otra parte, la corporeidad que hemos llamado espiritualizada se veía a veces acompañada por otra no espiritualizada, y, por lo tanto, malsana; y el culto de la nacionalidad daba uno que otro indicio, en algún turbio apóstol, de pasar a ser soberbia y prepotencia de dominio material, o de cerrarse ante los demás pueblos en una sombría codicia de raza; y el culto a la historia y al pasado, de pervertirse en insulsa idolatría, y la reverencia hacia las religiones en acaloramientos pseudorreligiosos; y el apego a las instituciones ya existentes trocarse en timidez conservadora, y la observancia de las formas constitucionales en falta de valentía frente a su necesaria modificación; y la libertad económica en protección de los intereses egoístas de uno u otro grupo social; y así por el estilo. Pero estas debilidades, estos errores, estos avisos de futuros perjuicios eran inseparables del valor mismo de las exigencias que entonces se planteaban y de las instituciones que se proponían, y no disminuían la sustancial nobleza del movimiento liberal, su poderosa virtud ética que irradiaba poesía, estaba armada de lógica y de ciencia, daba tenacidad a la acción y se preparaba para la conquista y el dominio.

Poetas, teóricos, oradores, polígrafos, propagandistas, apóstoles y mártires atestiguaban la profunda seriedad de aquel ideal, y, dado que brotaban y se multiplicaban alrededor de éste, y no, en cambio, o mucho menos numerosos, menos resueltos y menos gallardos, alrededor de otros ideales, asimismo atestiguaban el prevalecer de su vigor y la segura victoria que le aguardaba. Y no solamente los hechos, sino también la doctrina, a esas alturas, refutaban la separación, que había sido grave indicio de decadencia y abatimiento, entre la teoría y la práctica, la ciencia y la vida, la vida privada y la vida pública, como si fuese posible buscar y encontrar la verdad sin, al mismo tiempo, padecerla y vivirla en la acción o en el anhelo de acción, y posible separar al hombre del ciudadano, al individuo de la sociedad que lo forma y que él forma a su vez. El mero literato y filósofo, inepto y perdido en desvarios, el intelectual y el retórico que manejaban las imágenes de lo sublime pero rehuían la fatiga y el peligro de los deberes que esas imágenes evocan y requieren, y que se plegaban al servilismo y a la adulación cortesana, se convirtieron en objetos de desprecio; y fue objeto de reprobación el escribir por encargo y el hacerse mantener por las cortes o los gobiernos, en vez de esperar tan sólo del consentimiento del público los favores y los medios para sobrevivir, la recompensa de sus trabajos. Se quiso sinceridad en la fe, coherencia en el carácter, concordancia entre la palabra y el

obrar; se renovó moralmente el concepto de la dignidad personal y, con ésta, el sentimiento de la verdadera aristocracia, con sus reglas, sus rigideces y sus exclusiones: la aristocracia que a esas alturas se había vuelto liberal y por tanto completamente espiritual. La figura heroica, que hablaba a los corazones, era la del poeta soldado, el intelectual que sabe combatir y morir por su idea: una figura que no se quedó en los arrebatos de la imaginación y en los paradigmas educativos, sino que apareció, en carne y hueso, en los campos de batalla y en las barricadas de todos los rincones de Europa. Los «misioneros» tuvieron como compañeros a los «cruzados» de la libertad.

Ahora, pues, quien agrupe y considere todos estos rasgos del ideal liberal no vacilará en denominarlo, cual era, una «religión»: lo llamará así, por supuesto, considerando lo esencial e intrínseco de toda religión, que siempre reside en un concepto de la realidad y en una ética acorde, y prescindiendo del elemento mitológico por el cual y sólo secundariamente las religiones se diferencian de las filosofías. El concepto de la realidad y la ética acorde del liberalismo eran, como se ha expuesto, producto del pensamiento moderno, dialéctico e histórico; y nada más hacía falta para otorgarle carácter religioso, porque personificaciones, mitos, leyendas, dogmas, ritos, propiciaciones, expiaciones, clases sacerdotales, ricos paramentos pontificiales y cosas por el estilo no pertenecen a lo intrínseco, y de mala manera se ven abstraídos por determinadas religiones y propuestos como exigencias de toda religión. Cosa esta que está en el origen de muchas religiones artificiales o «religiones del porvenir» excogitadas a lo largo del siglo XIX, caídas todas ellas en el ridículo, como merecían, al ser imitaciones y caricaturas; en tanto que la liberal demostró su esencia religiosa con sus propias formas e instituciones, y, nacida y no hecha, no fue una excogitación llevada a cabo fríamente y de propósito, y tanto es así, que, al principio, creyó incluso poder convivir con las viejas religiones y convertirse en su compañera, complemento y ayuda. En verdad se les contraponía, pero, en el mismo acto, las compendia en sí y las proseguía: reunía, a la par de los motivos filosóficos, los religiosos del pasado próximo y distante: junto a Sócrates y por encima de él ponía a Jesús, el humano-divino redentor, y sentía que había recorrido las experiencias del paganismo y del cristianismo, del catolicismo, de la doctrina agustiniana y del calvinismo, con cuantas más hubiese habido, y de representar las mejores exigencias; sentía que era purificación, profundización y potenciación de la vida religiosa de la humanidad. Por eso no marcaba puntos cronológicos de su propio comienzo y nuevas eras que la separasen del pasado con un corte neto, como habían hecho la iglesia cristiana y posteriormente el islamismo, y como volvió a hacer, imitando a aquellas iglesias y sectas, la Convención nacional, con un decreto que correspondía a su concepto abstracto de la libertad y de la razón, decreto que, tras haber arrastrado una vida igualmente abstracta, fue olvidado antes que abolido. Y no menos difundido resonaba por todas partes el grito de la palingenesis, del «siglo que se renueva»: casi como una salutación augural a esa «tercera edad», la edad del

Espíritu, que en el siglo XII había profetizado Gioacchino da Fiore y que ahora se abría ante la sociedad humana que la había preparado y aguardado.

## II

### LAS FES RELIGIOSAS CONTRAPUESTAS

Con esta religión de la nueva era se cotejaban y enfrentaban religiones rivales y enemigas, que, aunque con ella expresamente o virtualmente criticadas y superadas, contaban con fieles y recogían la adhesión de prosélitos, configuraban conspicuas realidades históricas que correspondían a determinados momentos ideales que perpetuamente volvían a presentarse.

Entre éstas, pretendía o hubiera merecido asumir la primacía el catolicismo de la Iglesia de Roma, la más directa y lógica negación de la idea liberal, que como tal se sintió y reconoció, y que en calidad de tal quiso decididamente proponerse desde el primer delinarse de aquel ideal, y que como tal se dejó y se deja oír con altos gritos en los índices, en las encíclicas, en los sermones, en las instrucciones de sus pontífices y de otros curas suyos, y que como tal (salvo fugaces episodios o juegos de apariencias) obró siempre en la vida práctica; y al respecto se puede considerar prototipo o forma pura de todas las otras oposiciones, y, al mismo tiempo, la que con su odio irremisible pone en luz el carácter religioso, de religiosa rivalidad, del liberalismo. Al concepto para el cual la finalidad de la vida está en la vida misma, y el deber en el acrecentamiento y elevación de esta vida, y el método en la libre iniciativa y en la inventiva individual, el catolicismo opone que, por el contrario, la finalidad está en una vida ultramundana, para la cual la vida de este mundo es simple preparación que ha de cumplirse en observancia de lo que un Dios que está en los cielos, por medio de un vicario suyo en la Tierra y perteneciente a su Iglesia, ordena creer y hacer. Pero, por lógico y coherente que sea este concepto ultramundano siguiendo el hilo de sus deducciones o comparado con otros similares y de menos sólida contextura, carece sin embargo de esa logicidad y coherencia que es la concordancia con la realidad. La acción de la Iglesia católica, observada en la historia, o se efectúa también ella adecuándose a las finalidades de la civilización, del saber, de las costumbres, del ordenamiento político y social, de la vida mundana, del progreso humano, como pudo verse señaladamente en su gran época, cuando conservó gran parte de la herencia del mundo antiguo y defendió los derechos de la conciencia, de la libertad y de la vida espiritual contra gentes bárbaras y contra las prepotencias materialistas de emperadores y reyes, o bien, perdida esa función o perdida la hegemonía que en ésta ejercía y sobrepujada por la civilización en cuya generación ella misma había colaborado, se reduce a tutela de formas envejecidas y muertas de incultura, de ignorancia, de superstición, de opresión espiritual, y a su vez se vuelve, yendo de lo más a lo menos, materialista. La historia, que es historia de la libertad, comprueba ser más fuerte que aquella su doctrina o aquel programa, lo

derrota y lo obliga a contradecirse en el campo de los hechos. El Renacimiento, que no fue un imposible restablecimiento de la antigüedad precristiana, y la Reforma, que igualmente no fue aquel otro, no menos imposible, del cristianismo primitivo, sino, el uno y la otra, puesta en marcha del concepto moderno de la realidad y de la idealidad, señalan la decadencia interior del catolicismo como potencia espiritual; y esta decadencia no dio lugar a regeneración alguna ni fue detenida, sino, más aún, se volvió irremediable con la reacción de la Contrarreforma, cuando se salvó el cuerpo y no el alma de la vieja Iglesia, su dominio mundano y no su dominio sobre los intelectos, y se llevó a cabo una operación política, pero no religiosa. La ciencia, que demuestra la superioridad de determinado ideal moral y político al ponerse de su lado como sostenedora y cooperadora, desertó de la Iglesia católica; todos los ingenios originales y creadores, filósofos, naturalistas, historiadores, literatos, polígrafos, pasaron o se vieron obligados a pasar, o fueron acogidos y tuvieron seguidores en el campo adversario; dado que la Iglesia, en el suyo propio, no pudo hacer otra cosa que restaurar el edificio de la escolástica medieval y, por necesidad o por astucia política, introducir en éstas variaciones secundarias o añadir, a manera de ornamento, lo que podía coger de la ciencia y la cultura heterodoxas sin llamar demasiado la atención. El fin de las guerras de religión, el nuevo principio de la tolerancia, el deísmo inglés, el concepto de la historia natural de las religiones, el racionalismo y el iluminismo, el antijurisdiccionalismo y el anticurialismo, habían ido destruyendo cada vez más las condiciones que favorecían a la Iglesia; de tal suerte, la Revolución francesa la encontró extenuada, e incluso políticamente casi desarmada. Verdad es que de aquella misma Revolución, de los perjuicios y dolores que infligió y de las revueltas y resistencias que contra ella se formaron y sublevaron, provino a la Iglesia católica un inesperado afluir de fuerzas, tanto políticas por el renovado apoyo de los Estados y de las clases vencidos o amenazados y en lucha autodefensiva, como sentimentales por la nostalgia que se alojó en los corazones hacia las plácidas y blandas imágenes del pasado como refugio ante el turbulento, duro y árido presente. Pero las primeras fuerzas no dejaban de ser puramente políticas y utilizables tan sólo para finalidades políticas; y las otras, inseguras y fácilmente convertibles en lo diverso y en lo opuesto, como siempre lo son las ondulantes fantasías y los inquietos deseos, dignas de desconfianza; y muy pronto la Iglesia, y, se puede decir, en general, desconfió de ellas. El pensamiento y la ciencia siguieron rehuyéndola; en tal aspecto su regazo padecía esterilidad como divino castigo por haber pecado contra el espíritu, que es espíritu de sinceridad; y, a lo sumo, en medio de esas borrascas y temores, vio erigirse como paladín suyo a algún escritor doctrinario, sí, y polémico, pero fanático y abstractamente lógico y rígidamente deductivo, amante de los extremos y de lo paradójico, del que también obtuvo más bien motivos de desconfianza que ayuda efectiva, percibiendo su espíritu ajeno y su peligrosa independencia. La historiografía del bando católico, sobre todo, comparada con la del bando liberal, revelaba con la mayor evidencia hasta qué extremo se había reducido la pobreza del pensamiento

católico, e incluso su trivialidad o puerilidad; porque, mientras la liberal reconstruía y comprendía y admiraba la historia del cristianismo y de la Iglesia en los últimos siglos del Imperio y durante la Edad Media, y también, bajo algunos aspectos, en la Edad Moderna de las misiones ultraoceánicas y de los martirios por la fe, dicha historiografía, como es bien sabido, consideraba todo el movimiento de la historia moderna como tan sólo una horrible perversión, acusando como autores de tanto mal a Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau y demás «corruptores», y a la «secta» que, en su opinión, tejiendo secretamente una telaraña de insidias, había logrado un temporáneo y diabólico triunfo; y, en resumen, en vez de historia lo que relataban eran cuentos de ogros para meter miedo a los niños. Pero mucho más grave que todo ello era la penetración del adversario en el círculo mismo de los fieles, en el sector de éstos más selecto por altura intelectual y pureza de intenciones, que siempre sintió la atracción de las libertades políticas, la independencia de los pueblos, la nacionalidad y unidad de los Estados, la libertad de la conciencia religiosa y de la Iglesia misma, la difusión de la cultura, los adelantos técnicos e industriales, impulsos de consenso e inclinaciones de simpatía hacia las creaciones de los filósofos, escritores y poetas modernos; y esos hombres se dieron a estudiar y pensar la historia de otra manera, incluso también la historia de la Iglesia, a la que amaron sobre todo tal como había sido en los tiempos en que era distinta de la que fue desde el siglo XVI en adelante y seguía siendo en el presente. Este esfuerzo de aproximación y conciliación, de espíritu variado y en ocasiones distinto en los diferentes países, variadamente diluido o entremezclado, se llamó «catolicismo liberal», denominación en la que está claro que la sustancia estaba en el adjetivo, y que la victoria correspondía no al catolicismo sino al liberalismo que dicho catolicismo resolvía acoger y que introducía una levadura en su viejo mundo. La Iglesia católica lo miró con desconfianza y lo condenó tal como, más o menos, había condenado el jansenismo, del que, bajo muchos aspectos, era la sucesión y cuya obra proseguía también en el campo cívico y político; aunque, prudente y diplomática como suele serlo, tratara de abstenerse dentro de lo posible de atacar personalmente a algunos de los hombres que pertenecían a dicho catolicismo liberal, los cuales eran a menudo escritores de gran fama y popularidad, católicos sinceros y apreciados, cuya condena habría acarreado demasiado escándalo y desorientación en los ánimos.

Por todos estos motivos, el concepto católico y la doctrina que lo sistematizaba, razonaba y propugnaba no era, en la esfera ideal, una oposición que preocupase al liberalismo; y la más segura prueba de ello residía en el renunciamiento, o mejor aun en la repugnancia, por su parte, a proseguir la guerra que durante los siglos anteriores había sido librada con armas y escritos, particularmente por Voltaire y los enciclopedistas, de la que ya se había recogido el fruto, pero en la cual, justamente por eso, habría sido tan inconveniente como superfluo insistir, siendo suficiente, por lo que quedaba, dar tiempo al tiempo. Y no sólo inconveniente, sino habría sido poco humano y poco fino, porque, cosa a la que Voltaire y los suyos no habían prestado

atención, la vieja fe era también una manera, tan mitológica como se quiera, de mitigar y aplacar los sufrimientos y dolores y de resolver el angustioso problema de la vida y la muerte, y no había que arrancarla mediante la violencia ni ofenderla con el escarnio. E igualmente poco político, porque sobre aquellas creencias, sobre el consuelo que de ellas venían y las enseñanzas que brindaban, para muchos hombres se fundaban la fórmula y la autoridad de los deberes sociales, y de ella nacían obras e instituciones de providencia y de beneficencia, y motivos de orden y de disciplina: fuerzas y capacidades, todas ellas, que habían de asimilarse y transformar gradualmente, mas no abatirlas sin saber de qué manera sustituirlas o sin sustituirlas de hecho. Como hacia todo lo que está pasado y superado, hacia el catolicismo y la Iglesia la actitud se volvía imparcial, respetuosa, considerada y también reverente. Por otra parte, el ideal liberal, consciente de su propia génesis histórica, no rechazaba el vínculo con el cristianismo, que sobrevivía incluso en la Iglesia católica por muy utilitaria y material que se hubiese vuelto, y consideraba como hermanas a las almas evangélicas, con las que era posible comprenderse recíprocamente más allá de los distintos envoltorios doctrinales, y trabajar dentro del mismo sentimiento. En aquel tiempo la poesía pintó de buen grado las figuras del buen fraile, el buen obispo o el buen cura, simples, rectos, valientes y heroicos, a los que rindió un homenaje no menos ferviente que a sus heroínas por belleza y virtud y a sus demás héroes: aunque con frecuencia se complacía en contraponerlos al remanente clero y a la Iglesia romana, especialmente en las figuras de los prelados y de los jesuitas. La necesidad de severa vigilancia y de guerra se dirigía contra el catolicismo político, que conservaba un peso nada pequeño por los apoyos que brindaba a los regímenes conservadores y reaccionarios, y por las plebes, especialmente rurales, que podía soliviantar y que ya había excitado, embriagado y guiado durante las tempestades de la Revolución y del Imperio, como las de los vandeanos, masas de la Santa Fe y de Viva María, armadas cristianas y apostólicas que, en distintas condiciones, podía demagógicamente volver a excitar y desatar, y por el momento valerse de ellas, como lo hacía, a manera de amenaza e impedimento contra el desarrollo de la libertad y progreso de la civilidad. Para señalar el carácter de esta lucha y diferenciarla de la que se entablase contra el cristianismo o contra el catolicismo en tanto que cristiano, se terminó por acuñar, o con dirigir hacia un uso nuevo o más frecuente (y esto fue hacia el año 1860), la palabra «clericalismo»; y se dijo que la aversión era contra el «clericalismo» y no contra el catolicismo, contra el «clero clericalismo».

No es el caso de demorarnos sobre otras iglesias y confesiones religiosas que, o eran iglesias de Estado y obraban en unión con los gobiernos, o, habiéndose previamente vuelto racionalistas e iluministas, y, en última instancia, idealistas e historicistas, no se oponían al movimiento liberal y más bien lo favorecían —tanto es así que la Iglesia romana metía en el mismo saco protestantismo, masonería y liberalismo—, y que por ello no representaban, o sólo de vez en cuando y de manera menos perfecta, la oposición radical que era propia del catolicismo contra el

liberalismo. E igualmente menos radical que ésta, y, más aún, tan sólo de técnica y táctica política, y por lo tanto desprovista de fondo religioso, parecía la otra oposición que el liberalismo encontró ante sí y contra la que libró su primera, principal y áspera batalla: la de los Estados, o, mejor dicho, la de las monarquías absolutas, únicas que importa aquí tener presentes, dado que escasas y pequeñas eran las supervivencias de Estados aristocráticos y patricios, que, por otra parte, tenían a aquéllas como puntos de referencia. Pero no hay ideal que, en última instancia, no se apoye en un concepto de la realidad y no sea, por lo tanto, religioso; y la monarquía absoluta concebía a los reyes como pastores de pueblos y a los pueblos como rebaños que era menester apacentar, llevar a emparejamientos y procreaciones, proteger contra la intemperie y contra lobos y demás bestias feroces. «*Mulets*» los llamaba, efectivamente, Richelieu, ministro de Luis XIII; y el filantrópico marqués d'Argenson, ministro de Luis XV, los trataba de forma semejante y quería hacer de ellos «*une ménagerie d'hommes heureux*»; y similar concepto tenía el príncipe de Metternich, cuando declaraba que sólo a los príncipes correspondía guiar la historia de los pueblos; o aquel ministro prusiano de la restauración que a las protestas de la ciudad de Elbing respondía que las medidas tomadas por el gobierno estaban «por encima de la limitada inteligencia de los súbditos». Dicho concepto, por incrédulos que fuesen muchos de sus representantes, evocaba la institución divina de las monarquías y el carácter sacerdotal de los reyes primitivos; y cuando, durante la Edad Media, Iglesia e Imperio entraron en conflicto, los teóricos del Imperio no abandonaron el asunto de su institución divina, como puede observarse, entre otros, en Dante y en su doctrina de los dos Soles; y el luteranismo, más tarde, no se mostró menos obsecuente respecto a los príncipes y al Estado: atribuyendo a este último la procedencia de un orden divino, contribuyó fuertemente a su consagración con efectos que tenazmente perduraron en el pensamiento y en las costumbres de los alemanes. Por ello también el absolutismo, especialmente en la forma que asumió en Francia con Luis XIV, se completaba jurídicamente con la teoría del derecho divino de los reyes; y los soberanos de la Restauración, por designio del más ideólogo y más místico entre los vencedores de Napoleón, se unieron en una Santa Alianza para gobernar «*comme délégués par la Providence*» (está expresamente dicho en el acta fundacional) a los pueblos que eran «*les branches d'une même famille*», aplicando en tal gobierno «*les préceptes de la sainte religion*», preceptos de justicia, de caridad y de paz; y el príncipe de Metternich, en su antes mencionada sentencia, añadía que los reyes eran «sólo ante Dios responsables» de sus actos. Pero la virtud de las monarquías absolutas no consistía en esta ideología, que desde hacía largo tiempo la ciencia política había disipado y que los revolucionarios ingleses y franceses habían traducido en muy ruda prosa al juzgar y enviar al patíbulo a Carlos Estuardo y a Luis Capeto, sin que esa sangre fuese bautismo y confirmación de nuevos reyes provistos de derecho divino. Uno de los grandes hombres, pero de los menos religiosos que jamás hayan aparecido en la historia (si es que tal deficiencia es comorable, como



puede dudarse, con la grandeza verdadera), sin esta ideología o recurriendo a ella solamente en alguna frase efectista, había vuelto a plasmar recientemente una monarquía que en muchos aspectos, y especialmente en su absolutismo, fue modelo de las restauradas. La propia Santa Alianza no retuvo el halo religioso en que había querido envolverla su creador; y reyes y ministros movieron su máquina sin hacer caso, o sonriendo irónicamente, de la profesión de fe que formaba su teórico prefacio. La verdadera virtud también aquí residía, como en la Iglesia católica, en los servicios que las monarquías absolutas habían prestado y prestaban a la civilización, porque habían derribado el feudalismo, domado el poder eclesiástico, reunido a los pequeños Estados en grandes Estados y también en Estados nacionales o prevalentemente nacionales, simplificado y mejorado la administración; se habían encargado de acrecentar la riqueza, de defender el honor y ganar gloria para los pueblos, y, en el período que precedió a la Revolución y al Imperio, espontáneamente o por imitación, de grado o por fuerza, habían casi completado la labor de abolición de privilegios y costumbres feudales, y se habían reformado convirtiéndose en monarquías «administrativas», como se hicieron llamar. La experiencia de la República francesa y de las que la siguieron había generado disgusto hacia las repúblicas, y el ejemplo del Imperio había dado nuevo vigor al sistema monárquico. Por lo tanto, las monarquías todavía eran capaces de hacer historia, de satisfacer a los pueblos que reclamaban representación y coparticipación en el gobierno, de emprender y realizar independencias y unificaciones estatales, de dar grandeza a las naciones y personificar sus aspiraciones; y el ideal liberal se disponía a plasmarlas con su espíritu, dando con ello la mejor prueba de aquel concepto suyo que lo llevaba a enlazar el porvenir con el pasado, lo nuevo con lo antiguo, y a mantener la continuidad histórica impidiendo la dispersión de instituciones y aptitudes fatigosamente adquiridas. Pero, en vez de una Santa Alianza de las naciones independientes y libres, había aparecido entonces la que ya hemos mencionado, compuesta de monarquías absolutas, de formación parcialmente patrimonial y que incluían naciones distintas, o en parte nacionalmente incompletas; y las promesas y las esperanzas, que ardían en los pechos de muchos entre los que combatían contra la hegemonía y el despotismo napoleónico, no se mantuvieron ni se llevaron a cabo una vez pasado el peligro; y casi en todas partes las monarquías restauradas habían emprendido la defensa y el ataque contra el antiguo aliado y nuevo enemigo, el patriotismo nacional y el liberalismo que lo animaba y de él se alimentaba. Al lado de las monarquías había fuerzas retrógradas y reaccionarias, gentes de corte, estamentos nobiliarios y semif feudales, clero menudo, plebes urbanas y rurales, y, sobre todo, esa fuerza que es propia de todo gobierno establecido por el mero hecho de ser gobierno establecido. Pero también había fuerzas de mejor calidad, tradiciones administrativas y diplomáticas, ejércitos fuertes y cargados de gloria, hombres expertos y devotos servidores del Estado, dinastías que habían acompañado durante siglos el crecimiento de sus pueblos y parecían inseparables de sus destinos, y que todavía daban señores

dignos por sus virtudes personales y por el prestigio que los rodeaba: fuerzas conservadoras que tenían sus raíces en el pasado, pero que no por ello se podía dejar disolver y perecer. El problema era persuadir u obligar a las monarquías absolutas a convertirse en constitucionales, realizando el paso al que se resistían, saliendo de la situación contradictoria en que se obstinaban, dado que no podían regresar, tras lo que había ocurrido en el intermedio, a las monarquías iluminadas del siglo XVIII, o, más atrás todavía, donde de buena gana los aristócratas habrían vuelto a empujarlas, a las monarquías semif feudales y nobiliarias, ni adoptar plenamente los procedimientos del absolutismo napoleónico sin el correspondiente ímpetu militar e imperial, que, envolviéndolos y cubriéndolos de gloria, los había hecho aceptar o soportar; razón por la cual no habían hecho sino hacinar de mala manera lo antiguo y lo moderno, atándolos por medio de la policía, la censura y las severas represiones. Con las constituciones liberales, todo aquello que mereciera ser conservado se habría conservado, y, al mismo tiempo, renovado: la figura del rey, una vez borrados los últimos rasgos del sacerdote y pastor de rebaños, se convertiría no ya precisamente, como se había dicho en el siglo XVIII, en la del «primer servidor del Estado», sino en la otra de guardián de los derechos de la nación y poético símbolo de su historia viviente. La «voluntad de la nación» que los hacía reyes no estaba en discordancia con la «gracia de Dios» que anteriormente los había elegido y sostenido: del mismo modo que la aceptación del pasado no contrasta con el presente ni con las esperanzas del porvenir.

Dado que, pese a la afinidad de algunos elementos del catolicismo y de las monarquías absolutas con el liberalismo, y pese a la disponibilidad de éste para recibirlos en su seno y hacerlos suyos, ambos sistemas seguían enfrentándolo como enemigo y él los veía como enemigos, otro tanto ocurría con un tercer sistema y tercera fe, que parecía confundirse con el liberalismo o, por lo menos, unirse a éste en indisoluble pareja: el ideal democrático. Aquí las concordancias no eran solamente negativas, en la común oposición al clericalismo y al absolutismo (lo que explica la frecuente confluencia de sus esfuerzos), sino también positivas en la común reclamación de libertad individual, de igualdad cívica y política y de soberanía popular. Pero aquí, precisamente, en medio de estas semejanzas anidaba la diversidad, porque demócratas y liberales concebían de distinta manera individuo, igualdad, soberanía y pueblo. Para los primeros, los individuos eran centros de fuerzas iguales a quienes era necesario asignar áreas iguales o una igualdad, como decían, de hecho; para los segundos, los individuos eran personas, su igualdad era tan sólo la de su humanidad, y, por tanto, ideal o de derecho, libertad de movimiento y de competición, y el pueblo no era una suma de fuerzas iguales, sino un organismo diferenciado, variado en sus componentes y en las asociaciones de éstos, complejo en su unidad, con gobernados y gobernantes, con clases dirigentes, abiertas y móviles pero siempre necesarias para su necesaria función, y la soberanía correspondía a la totalidad en su síntesis y no a las partes en su análisis. Los primeros, en su ideal

político, postulaban una religión de la cantidad, de la mecánica, de la razón calculadora o de la naturaleza, como había sido la del siglo XVIII; los otros, una religión de la cualidad, de la actividad, de la espiritualidad tal como ésta se había elevado a principios del siglo XVIII: de manera que, también en este caso, el contraste era entre fes religiosas. Que una fe fuese antecedente y generadora de la otra ha de admitirse, en el sentido general de que también habían sido antecedentes del liberalismo la teocracia católica y la monarquía absoluta, y en el sentido más particular y próximo de que el pensamiento moderno del naturalismo y del racionalismo pasó progresiva y dialécticamente al idealismo y Galileo y Descartes habían tendido la mano a Kant y a Hegel; y en el otro sentido de que, también en la vida de cada cual, habitualmente se renueva una fase juvenil radical, de negación y afirmación parejamente abstractas. Pero una vez llevado a cabo el tránsito, ambas fes, la viviente y la superviviente, estaban y están la una frente a la otra, mirándose con miradas alternativamente amigas y hostiles. La filosofía idealista rechazaba el jusnaturalismo, el contractualismo, el atomismo social de Rousseau, su «voluntad general» que mal representaba a la voluntad providencial y a la razón histórica, la oposición del individuo respecto al Estado y de éste respecto al individuo, que son términos de una única e indisoluble relación. En el terreno más propiamente político, el liberalismo había realizado su separación del democratismo, que, en su forma extrema de jacobinismo, persiguiendo furiosa y ciegamente sus abstracciones, no solamente había destruido tejidos vivos y fisiológicos del cuerpo social, sino que, confundiendo el pueblo con una parte y una expresión, la menos cívica, del pueblo, con la inorgánica multitud vociferante e impulsiva, y ejerciendo la tiranía en nombre del Pueblo, había pasado al lado opuesto de su tesis y, en vez de igualdad y libertad, había abierto el camino hacia la servidumbre igualitaria y la dictadura. La repugnancia por la revolución, que entonces se sintió y que recorre enteramente todo el siglo XIX, que, sin embargo, tantas revoluciones había de hacer, era, en realidad, la repugnancia hacia la revolución democrática y jacobina, con sus convulsiones espasmódicas y sanguinarias, con sus estériles contactos de realizar lo irrealizable y con la consiguiente postración bajo el despotismo, que rebaja los intelectos y abate las voluntades. El terror al Terror pasó a contarse entre los sentimientos sociales fundamentales; y en vano hubo quienes asumieron la defensa de ese método, cavilando su necesidad, arguyendo que sólo él había asegurado los beneficios de la Revolución francesa y que sólo él podía asegurar los de las nuevas que se preparaban; porque otros y más críticos ingenios prestamente descubrieron y demostraron el sofisma de la argumentación. Si más adelante la imagen de la Revolución francesa dejó en la sombra su peor aspecto y dio relieve al lado admirable de las pasiones y de las acciones, gracias al efecto de la lejanía y más aún al de las historias tendenciosas y embellecedoras, en aquel entonces dicho acontecimiento estaba demasiado cerca y había demasiados testigos directos e impresiones demasiado vivas de su prosaica y vulgar realidad como para que el ideal democrático pudiese obtener de él fuerza y

esplendor: ya que, contrariamente, este ideal había quedado muy maltrecho y generalmente, desde los más diversos sectores, se renegaba de él. Muchos supervivientes actores de la Revolución y autores del Terror, los menos ineptos entre los viejos jacobinos para obrar con efectividad, o aquellos que en la experiencia habían enderezado y educado su natural capacidad, habían pasado al servicio de Napoleón y después al de los regímenes absolutistas de la restauración, y se contaban entre sus hombres más inescrupulosos y entre sus instrumentos más implacables en la guerra contra la democracia y contra la libertad: en conformidad con lo que observa el más sereno de los poetas, que habría que crucificar todo fanático a los treinta años, porque quien ha sido un iluso, cuando recobra la razón se convierte en un granuja. Otros, de espíritu cándido, habían conservado la ilusión y sobrevivían como aturcidos, recorriendo oscuramente en la añoranza los errores, perfidias y accidentes que habían impedido a su puro y bellísimo ideal de igualdad y soberanía popular llegar a la meta que estaba a punto de alcanzar, y al feliz instante detenerse para siempre, dando beatitud al género humano. Y, pese a que la palabra «república» en aquel tiempo sonase mal, ora estridente, ora sorda, algunos, incluso de la generación juvenil, sentían cariño hacia la república por las venerables evocaciones clásicas o por veleidad racionalista y simplista. Pero ni los demócratas ni los republicanos se contaban entonces entre las mayores fuerzas en juego; y el liberalismo, que los había superado en filosofía y en política, y que entre ellos había llevado a cabo numerosas conversiones, podía, por un lado, valerse de los aún remanentes demócratas y republicanos para ciertas alianzas que aparecían espontáneamente, y, por el otro, mantenerse vigilante para impedir que en los momentos resolutivos y en los momentos de los cambios comprometiesen el fruto de sus esfuerzos con los excesos, insanias y desórdenes, y preparasen, involuntaria e inconscientemente, los retornos ofensivos y victoriosos del clericalismo y el absolutismo.

Menos aún contaba, entre las fuerzas en juego, en aquel principio de siglo, otra oposición que nació precisamente entonces y que pronto había de hacerse escuchar y volverse cada vez más altiva y amenazadora, por lo cual conviene desde ahora buscar su fisonomía, penetrar en su carácter y comprender su génesis: el comunismo, que llamamos así, con su nombre propio y clásico, y no con el de «socialismo» con que fue diluido y progresivamente convertido en otra cosa, terminando por disolverse en el liberalismo, en el democratismo y hasta en el catolicismo. Hemos dicho que nació en aquel tiempo, porque entonces esa vieja idea, que siempre ha acompañado al género humano y ha reaparecido varias veces a lo largo de los siglos, asumió forma moderna y se entroncó no ya con aquellas utopías y fantasías del pasado, sino con las condiciones creadas por el pensamiento y la operatividad nueva. A diferencia de los comunismos del pasado, y también de los del siglo XVIII y hasta del de Babeuf y su conspiración de los Iguales, en el que persistían rasgos ascéticos —tendencia al renunciamiento, a la sencillez de las costumbres rústicas y elementales, aversión a la ciudad y retorno a los campos—, éste, tal como se presentó en los albores del

siglo XIX, al igual que el liberalismo se apropiaba del concepto inmanentista y terrenal de la vida, quería el goce de los bienes y el acrecentamiento incesante de la riqueza, promocionaba la ciencia y las invenciones técnicas, las máquinas y todos los demás medios del progreso económico. En ello consistía su afinidad con el liberalismo, que incluía los mismos objetivos. Y el liberalismo sustancialmente no se le oponía, como se cree y como creyeron algunos teóricos, en cuanto el socialismo se propusiera la socialización de unos u otros instrumentos de la producción o de todos ellos (si es que hablar de todos tiene, en propiedad, algún sentido, cosa que no es así), y el liberalismo, en cambio, mantuviese entre sus principios constitutivos la irremovible propiedad privada de unos u otros instrumentos y la libre competencia ilimitada. Tal como debería ser ya cosa aceptada, el liberalismo no coincide con el llamado liberalismo económico, con el que ha tenido, sí, concomitancias, y tal vez todavía las tenga, pero siempre de manera provisoria y contingente, sin atribuir a la máxima de dejar hacer y dejar pasar otro valor que no sea el empírico, como válido en determinadas circunstancias y no válido en circunstancias diversas. Por ello, no puede rehusar en principio la socialización o estatalización de unos u otros medios de producción, y, de hecho, no siempre la ha rehusado, sino que ha llevado no pocas operaciones de tal tipo; y solamente la reprueba y se opone a ella en determinados y particulares casos, cuando es lícito considerar que detenga o deprima la producción de riqueza y consiga el efecto contrario, no de igual mejora económica entre los componentes de una sociedad, sino de un empobrecimiento general, que con frecuencia no es ni siquiera igualitario; no un crecimiento de la libertad en el mundo, sino una disminución y una opresión que es regreso a la barbarie o decadencia: dado que sólo en la menor o mayor capacidad de promover la libertad y la vida reside el criterio de juicio para cualquier reforma. La «propiedad» misma tiene este doble aspecto y doble sentido, que sucesivamente la convierte en dos cosas diferentes, es decir, por un lado es un simple ordenamiento económico, modificable y numerosas veces modificado a fin de elevar la personalidad humana y moral y, por el otro, instrumento necesario y forma de esta personalidad, que no se puede destruir o conculcar sin destruir y conculcar la vida moral y en progreso; sin ir, como suele decirse, contra la naturaleza del hombre, y mejor debería decirse contra el oficio y la misión de la humanidad, que no es de recostarse en las comodidades sino de crear formas más elevadas de sí misma, y, a semejanza del poeta y el artista, tejer el eterno poema de la historia. Por otra parte, el comunismo mismo, tras haber propuesto, en la primera época, para su realización práctica e integral, gobiernos de científicos y técnicos, o la fundación de pequeñas sociedades-tipo que ejercerían irresistible atractivo poniendo ante la mirada de los hombres ejemplos de encantadora felicidad; tras haber regresado varias veces a los medios del democratismo y del jacobinismo ideando o intentando instauraciones violentas y golpes de mano, profesó que su realización tenía como condición que el curso histórico de los hechos llevase a la disyuntiva de, o perjudicar y disminuir la producción de riqueza conservando el

ordenamiento capitalista, es decir de la propiedad privada, o garantizar e incrementar la producción aboliendo la propiedad privada; asunto del que creyó hallar confirmación y prueba en las crisis económicas y en las destrucciones de riqueza, a las que necesariamente daría lugar el ordenamiento capitalista para restablecer en cada ocasión, gracias a esas conmociones y quiebras, su propio equilibrio. Y si así fuesen o marchasen las cosas, el liberalismo no podría sino aprobar e invocar por su propia cuenta dicha abolición; y el argumento consiste tan sólo en si así es como van en realidad, o si así van con la regularidad y velocidad que aquellos teóricos imaginaban, es decir es asunto de experiencia y no de ideales. El contraste ideal del liberalismo y el comunismo, el contraste religioso, consiste en otra cosa: en la oposición entre espiritualismo y materialismo, en el intrínseco carácter materialista del comunismo, con su hacer Dios de la carne o de la materia. Materialista nació ya en sus primeros apóstoles del siglo XIX, aunque su nombre filosófico le haya sido conferido y reconocido sólo más tarde, y no por los adversarios sino por el más vigoroso de sus teóricos. Su principio es el concepto de la economía como fundamento y matriz de todas las demás formas de la vida, que serían derivaciones o apariencias o fenomenologías de aquélla, única realidad. Ahora bien: si en el sistema vivo del espíritu en el que la actividad económica surge de las otras y a ellas se dirige, es también actividad espiritual, arrancada de dicho sistema, aislada, puesta a manera de base como una piedra, se convierte en materia, y sobre la aridez de la materia no pueden brotar y florecer moral, religión, poesía ni filosofía, y tampoco, a la larga, la propia economía, que requiere calor vital, diligente inteligencia y apasionamiento. Efectivamente, ya los primeros comunistas del siglo XIX, los llamados utopistas, dieron prueba de ser ajenos a la vida espiritual, totalmente absorbidos por los milagros de las máquinas, las ventajas de la organización industrial y fantaseando con anhelo la estructuración estable y feliz que la sociedad conseguiría gracias a la reforma económica; de manera que, por desconocimiento o incomprensión de la historia, pronto emprendieron su falsificación, interpretando el liberalismo como máscara de intereses capitalistas, quitando a la civilización moderna el carácter de civilización humana y considerándola clasista y burguesa, reduciendo la lucha política a una lucha de clases económicas y tratando a las religiones como invenciones para mantener esclavizados y adormecidos a los proletarios, y las filosofías como construcciones de conceptos erigidas con la misma finalidad, de dominio por parte de los explotadores; y así por el estilo, con parecidas extravagancias. Pero una sociedad configurada según aquel concepto materialista no podría ser nunca otra cosa que un mecanismo; y dado que un mecanismo, a diferencia de la vida orgánica y espiritual, no trabaja por su propia cuenta y necesita que alguien lo ponga en acción y lo regule, dicha sociedad, necesariamente, estaría regulada por una perpetua dictadura que obligase a sus componentes a moverse en determinados círculos señalados, a profesar ciertas creencias y mantenerse alejados de ciertas otras, a doblegar o comprimir sus intelectos, sus deseos y sus voluntades. Dado que si una

sociedad semejante no es un cenobio, que de tal suerte se mortifica para alcanzar el reino de los cielos, será un ejército para finalidades que están en la mente de aquellos que la mantienen bajo dictadura, o una chusma de esclavos, incluso bien alimentados y adiestrados, que levantarán asombrosas pirámides; es decir, en cualquier caso le faltará la autonomía por la cual una sociedad es una sociedad. E, incluso si su trabajar sin las fricciones, pero también sin los estímulos de la competencia, eventualmente acrecentase los productos de la tierra y de la mano del hombre, siempre empobrecería a las almas que deberían beneficiarse con dicha riqueza, que es la libertad del espíritu humano, y los hombres se convertirían en los que Leonardo definía como «trayectos de comida»: ideal también éste religioso, pero de auténtico y no metafórico *abêtissement*. Ciertamente, el diablo nunca es tan feo como lo pintan y como hemos querido aquí pintarlo para ir hasta el fondo de su teoría y de su lógica, y de éstas deducir las consecuencias ideales; y el comunismo, hasta tanto no llega a la plenitud de su volver a fabricar que es un demoler la vida humana, volviéndose dictadura continuada y tiranía, y cuando, en cambio, con sus censuras y sus reclamaciones, así como con sus amenazas, combate contra los egoísmos de los intereses económicos privados y se atiene al beneficio común; cuando sus mitos, no deja de animar con un ideal político cualquiera a clases sociales ajenas a la política, y las despierta y disciplina iniciando una especie de educación, demuestra también sus virtudes y sería necio rechazarlo o querer que no existiese en el mundo, como en cambio con razón se rechazan y se anulan en lo teórico su principio directivo y su materialista religión.

Tales son las oposiciones, ya formadas o incipientes, que el liberalismo encontró en su contra al parecer y dar sus primeros pasos. Y así como algunas declinaron y casi desaparecieron, mientras otras adquirieron mayor consistencia y vigor, también surgieron otras nuevas de las que tendremos que hablar más adelante, no sólo porque entraron en campo más tarde, sino también porque no poseen el carácter original de las primeras, y pueden considerarse como derivadas, eclécticas y de variada composición.

Las oposiciones antes mencionadas, fundamentales, de religiones diferentes que pueden expresarse mediante el dicho *mors tua, vita mea*, no han de confundirse, en este aspecto, con las variedades que el liberalismo encerraba en su seno, y con los contrastes y partidos que de ello derivaban: cosas éstas conformes con su naturaleza, y, más aún, su naturaleza misma, la regla de su juego, que consiste en la búsqueda de lo adecuado y de lo mejor, que se desarrolla en discusiones, asociaciones y contraasociaciones, persuasiones y resoluciones merced a la prevalencia de una u otra mayoría, que determinaba qué era posible pedir y obtener en condiciones dadas y, sin embargo, modificables. Aquellas oposiciones, en cambio, impedían y se proponían abatir el sistema liberal mismo, y no se las podía derrotar sino de la única manera a la que, en última instancia, se recurre en política, vale decir con la *extrema ratio* de la fuerza, que es momento necesario de todo acto y de todo ordenamiento político: con la fuerza de las revueltas populares y de las guerras, de la vigilancia armada y de la

represión. Es extraño que más de uno acostumbre describir el método liberal como el de un profeta desarmado, cuando, incluso sin remontarnos a su concepto y al concepto de toda política, los hechos demuestran que por ninguna otra idea se han entablado y vencido más ásperas batallas, se ha derramado sangre en tan gran cantidad, se ha combatido con mayor obstinación y se ha estado más dispuestos y alegres ante el sacrificio. Pero aquella tacha de mansedumbre y blandura aludía a otra cosa, que era en cambio la razón de ser del liberalismo y la razón de su orgullo: es decir la ley, que él observaba, de sostener incluso mediante la fuerza aquella que hemos llamado la regla de su juego, pero tener como regla de juego precisamente la libertad, que exige respeto a las opiniones ajenas, disposición para escuchar a los adversarios y aprender de ellos, y, en todo caso, conocerles bien, y por ello lograr que no tenían que ocultarse, escondiendo su pensamiento y sus intenciones. En consecuencia, con el orden liberal instaurado, todos los ideales, el católico, el absolutista, el democrático y el comunista habrían tenido libertad de palabra y de propaganda, con el único límite de no derribar el orden liberal: en este camino sus contradicciones se habrían mostrado con evidencia, y todas las exigencias particulares legítimas, todos los motivos de bien que aquellos ideales sucesivamente asumían y propugnaban, habrían podido fructificar al igual que cualquier otra variedad de exigencias y de propuestas; y, en todo caso, la presencia y la oposición de aquellos adversarios habría podido actuar como estímulo para mantener vivaz y alerta la fe, tal como las herejías y sectas en todas las religiones. Que era, como hemos dicho, razón de orgullo del liberalismo, pero al mismo tiempo se fundaba sobre una razón de modestia y humildad: porque los ideales bien pueden separarse teóricamente en buenos y malos, en superiores e inferiores, pero los hombres —y de hecho la lucha es de hombres contra hombres— no se pueden discernir y contraponer de tal forma, y cada uno de ellos encierra en sí variadamente lo verdadero y lo falaz, lo alto y lo bajo, el espíritu y la materia; cada uno, por más reaccionario que se proclame o envanezca de ser, puede, en concreto, defender y difundir libertades; y por liberal que se considere puede incurrir en lo contrario; y todos, en resumen, cooperan, tanto de forma positiva como negativa, para el bien, que los utiliza y los supera a todos en cuanto individuos. Como había dicho John Milton en los incunables de la libertad moderna, sofocar, donde sea y ante quien sea, una verdad, o un germen o posibilidad de verdad, es mucho peor que extinguir una vida física, porque la pérdida de una verdad la paga a menudo el género humano con tremendas desgracias, y vuelve a adquirirla con indecibles dolores.

Si la superioridad de un sistema filosófico se mide por su capacidad para dominar a los otros sistemas al recibir sus verdades dentro de su área más amplia, colocarlas en los sitios que les corresponden y hacer de éstas sus propias verdades, y, al mismo tiempo, volver a considerar sus partes arbitrarias y fantásticas para convertirlas en problemas y soluciones lógicas, la superioridad de un ideal moral y político radica en una similar sagacidad, verificación, utilización y conversión de las virtudes y



exigencias que hay en los ideales opuestos, cuya condena está marcada, contrariamente, por su incapacidad para llevar a cabo semejante obra, por su estéril y total rechazo de los que se le oponen. El ideal liberal no quería sustraerse a esta medida, y se le sometía con plena consciencia, seguro de soportar esa puesta a prueba.

### III

## EL ROMANTICISMO

Junto con el nacimiento y crecimiento del idealismo y del liberalismo, y a menudo en las mismas personas, nace y se expande el romanticismo: contemporaneidad que no es una yuxtaposición, sino una relación o multiplicidad de relaciones, cosa que será oportuno poner en claro y no perder de vista.

A tal fin es necesario, ante todo, reafirmar una distinción que casi siempre descuidan (y han sido muchísimos en los últimos años, como siguen siéndolo) aquellos que discurren sobre el romanticismo y escriben historias sobre él: una distinción sin la cual no se puede evitar que sobre algunas manifestaciones espirituales de carácter positivo caiga como una sombra de reprobación, y sobre otras, que tienen carácter negativo, llueva una luz favorable, y la historia que se quiere relatar resulte contradictoria y enrevesada. La distinción es entre romanticismo en su significado teórico y especulativo, y romanticismo en el terreno práctico, sentimental y moral: que son dos cosas, para quien no quiera quedarse en la superficie y en las apariencias, diversas y hasta opuestas.

El romanticismo teórico y especulativo es la revuelta, la polémica y la crítica contra el academicismo literario y el intelectualismo filosófico, que habían dominado durante la edad iluminista. Volvió a despertar, por lo tanto, el sentido de la genuina y gran poesía y ofreció su teoría en la nueva ciencia de la fantasía, llamada Estética; comprendió cuánto importaban la espontaneidad, la pasión, la individualidad, y les dio lugar en la Ética; conoció y dio a conocer el derecho de lo existente y de lo efectivo en todas sus variedades según lugares y tiempos, y fundó la historiografía moderna, ya no desprecio e irrisión arrojados sobre las edades pasadas, sino intelección de éstas como partes del presente y del porvenir; y reintegró y refrescó todos los aspectos de la historia misma, como historia cívica y política no menos que religiosa, especulativa y artística; encerró dentro de sus límites a las ciencias naturales y matemáticas junto con sus correspondientes formas mentales, demostrando que, fuera de su propio terreno, son impotentes para resolver las antinomias con que choca el pensamiento, como las que han de permanecer entre las abstracciones y separaciones; percibió la vida en su valor activo y combativo, y así planteó las premisas teóricas del liberalismo. Incluso en sus conceptos irracionalistas, como la primacía otorgada a veces al sentimiento o al místico arrobamiento, había una justificada polémica contra el intelectualismo abstracto, y, bajo forma irracional y provisoria, un núcleo de verdad racional; incluso en sus intentos erróneos, como los de una filosofía de la historia por encima de las historias y de una filosofía de la naturaleza por encima de las ciencias naturales, actuaban las profundas exigencias de

una historia que sea en el acto mismo filosofía, y de una naturaleza que también sea entendida como desarrollo e historicidad, y en cuanto tal se vea más allá o como fondo de las clasificaciones y convenciones sobre las cuales y con las cuales han de trabajar los hombres de ciencia propiamente dichos. En otras palabras, este romanticismo no solamente no está en desacuerdo para nada con la filosofía moderna, idealismo o absoluto espiritualismo, o como se quiera llamar, sino que es esta misma filosofía o algunas doctrinas particulares de esta filosofía, y por ello, en este caso, un duplicado onomástico con sus correspondientes equívocos y paradojas verbales, como cuando se define como «romántica» la filosofía que va de Kant a Hegel y se da lugar a imaginar que dicha filosofía sea la forma doctrinaria del romanticismo moral.

El romanticismo de que se habla en el terreno práctico, sentimental y moral es otra cosa, que pertenece a muy distinta esfera; y si el especulativo resplandece de verdades, si los intentos de refutarlo resultaron y resultan vanos si ha sido, eso sí, juzgado muchas veces como extremado y temerario, y, con todo ello, no obstante, jamás rebajado a la condición de enfermedad, debilidad e insania, el otro, en cambio, adquirió en seguida dicho semblante morboso y ha sido siempre objeto de reprobación ética, de diversas maneras acentuada, ora indulgente y compasiva, ora severa y satírica, y siempre se observó la necesidad de aplicarle medicaciones y procurar su curación. Los mayores liberadores de las cadenas del intelectualismo, Goethe y Hegel, contemplaron de esa manera el romanticismo moral, eludiéndolo y reprobándolo, llamándolo patológico y vergonzoso; y ciertamente no a éste se dirigían los elogios que más tarde se dirigieron al romanticismo definiéndolo «el protestantismo en la filosofía» o «el liberalismo en la literatura». La divergencia entre ambos conceptos, positivo el uno y negativo el otro, asoma también en la distinción, que empezaron a llevar a cabo los historiadores, entre «primera» y «segunda» generación romántica, entre período de florecimiento y período de perturbación y decadencia del romanticismo; pero, en verdad, la distinción no es propia, o no lo es tan sólo, de personas y cronología, sino ideal e interior. Aún menos nítidamente se refleja la diferencia en la usual contraposición entre salud latina y morbosidad germánica; porque, si entre los alemanes se tuvieron algunas de las primeras y mayores manifestaciones de aquella enfermedad, también entre los alemanes se elevaron los sostenedores del pensamiento y de la ética que sólo ellos podían curarla, y tanto este pensamiento y la correspondiente ética, como aquella enfermedad, tuvieron precursores y seguidores fuera de Alemania, en tanto que eran creaciones mentales las unas y condiciones psíquicas las otras que se encontraban o podían encontrarse en cualquier pueblo. Y, efectivamente, el morbo recibió también la denominación, que responde mejor a la verdad, de «mal del siglo».

No era éste, por cierto, como muchas veces se lo ha querido interpretar y presentar, un efecto de la separación de la fe heredada y secular en la que el sentimiento y la voluntad habían gozado de certidumbre y reposo; porque, cuando a una fe antigua le sigue una nueva, el calor y el entusiasmo de ésta dejan apenas

advertir el dolor y la melancolía del desgarro y la separación de aquélla. En el siglo XVIII la sociedad se había descristianizado ampliamente en sus clases intelectuales y dirigentes, sin que por ello se formase un estado de ánimo dividido y morboso, como fue el romántico, y, más aún, el proceso se desarrolló hasta con cierto contento y alegría. Los mismos violentos revoltosos contrarios a la ley, las costumbres y manera de pensar de la sociedad existente, los *Stürmer und Dränger* que, por determinadas facetas se considera como protorrománticos, en el empuje de sus negaciones y de sus furores de destrucción daban prueba, más bien, de fuerza desordenada que de extravío y debilidad. Pero el romanticismo moral, el romanticismo como enfermedad, el «mal del siglo», no poseía ni la vieja ni la nueva fe, ni la tradicional del pasado ni la racional del presente, con los correspondientes comportamientos prácticos y morales, y demostraba ser, precisamente, una falta de fe, atormentada por la ansiedad de forjarse una, y con la impotencia de hacerlo o de satisfacerse con las que sucesivamente eran aseveradas y mantenerlas con firmeza como principios del pensamiento y del vivir; dado que la fe nace espontánea y necesariamente de la verdad que se hace oír en el fondo de nuestra conciencia, y nunca se la puede obtener yendo en su busca con las inquietas combinaciones del deseo y la imaginación.

Más bien que con la separación de la fe tradicional, esta enfermedad se relacionaba con la dificultad de apropiarse verdaderamente de la nueva y vivirla, ya que ésta requería, para ser vivida y puesta en acto, valentía y costumbres viriles, así como ciertas renunciadas a viejos motivos de halagos y comodidades, que se habían vuelto imposibles, y, para ser comprendida, razonada y defendida, experiencia y cultura y mente ejercitada. Y si esto ocurría a los intelectos y temples vigorosos, que sin dejarse arrollar recorrían su proceso genético, y, a través de las tempestades interiores, llegaban a puerto, como así también, por otra parte, a los intelectos simples y claros y a los corazones rectos que captaban inmediatamente esa fe y adoptaban y practicaban sus conclusiones, vencidos y cautivados por su luz de bondad y de bien, tal cosa no lograban las almas femíneas, impresionables, sentimentales, incoherentes, volubles, que estimulaban y excitaban en su propio interior las dudas y dificultades y no sabían luego enseñorearse de éstas, amaban y buscaban los peligros y en ellos perecían. Y, al no volver a hallar el centro natural, que habían cuestionado, erraban aferrándose ora a un punto, ora a otro, que no podían formar el centro; habiendo roto el nexo de lo finito con lo infinito, del sentido con la idealidad, desesperadamente identificaban el infinito con uno u otro finito, la idealidad con uno u otro objeto sensible; habiendo extraviado el verdadero Dios, fraguaban ídolos que posteriormente ellos mismos deshacían o que se deshacían por su cuenta, porque ni la parte puede suplir a lo entero, ni el fantasma, entretejido por el desvarío y el capricho, al firme concepto que es luz y sostén.

Y he aquí estas almas femíneas, estos «románticos», soñando retornos a la trascendencia religiosa y a la paz que ésta parecía prometer, a la cesación, en el

silencio y el renunciamiento, de las dudas y ansiedades del pensamiento, a la norma aceptada por su carácter mismo de norma que se impone y nos exime de resolver por nuestra cuenta los conflictos de la conciencia; y, dado que la suma expresión de esta clase de trascendencia y de esta reglamentación imperativa aparecía en la fe católica, he aquí que no solamente los que pertenecían a pueblos católicos y habían sido criados desde la infancia en el catolicismo, sino también protestantes, luteranos o de otras confesiones, e incluso hombres que provenían de más lejanas religiones o de ninguna religión, volver a hacerse o hacerse católicos y convertirse, incluso con los debidos rituales; y, sin embargo, nunca volverse íntimamente y genuinamente católicos, y mostrar a los católicos genuinos un rostro ambiguo. Su catolicismo abundaba siempre en sensualidad e imaginación; anhelaba demasiado los colores, músicas, cantos, antiguas catedrales, figuras de vírgenes y santos; se acrisolaba demasiado en la voluptuosidad del pecado, de la penitencia y del llanto; y, asimismo, dogmáticamente se daba aires de ultracatólico, pero no era igualmente devoto y obsecuente respecto al pontífice de Roma, a sus dictámenes y a su política; y decía ser o creía ser antiprottestante, mas no de suerte que no insinuase frecuentemente la necesidad de una nueva reforma o de una reforma que fuese fundamentalmente católica, pero que aglutinase en su interior protestantismo y catolicismo. Otros, o los mismos, a veces volvían a verse poseídos de furor contra el catolicismo y hasta contra el cristianismo, y se daban a propugnar una restauración del paganismo, oponiendo a la figura de la Santa Virgen la de la diosa Venus, ora helénica, ora germánico-medieval; y otros, cautivados por los estudios que entonces se emprendían sobre las lenguas y literaturas de Oriente, tomaban de allá ideas de antiquísimos cultos o combinaban eclécticamente otros nuevos y extravagantes, o volvían a intentar las prácticas de la magia; y otros, por último, se zambullían en una especie de panteísmo, adorando la materia, diluyéndose en las sensaciones que ésta parecía proporcionar, y volviendo, como decían, a la primitiva religión de las gentes germánicas.

A éstos, que estaban más metafísica o sacerdotalmente dispuestos, les seguían y a veces se unían los de entonación más erótica, que buscaban la redención en el amor y la divinidad en la mujer amada, no tanto como reminiscencia de motivos que habían sido del *stil nuovo* en el siglo XIII y del platonismo en el Renacimiento, cuando con refinación y sublimación sensual, que es lo propio de la religión romántica del amor. La figura que de ello surgía no era ya la de la mujer fuerte en su virtud y castidad, que rechaza, castiga y educa al hombre que la ama y lo fuerza a purificar su pasión de todo anhelo bajo y terrenal, y que, así purificado, lo eleva consigo a la Suma Belleza y a la Suma Bondad, que es Dios; sino que surgía una criatura sensible ella también, amante, hecha para sufrir y morir de amor, criatura adorada y, por tanto, divinizada, que emanaba una fascinación que sólo ella daba calor y significado a la vida humana. En ocasiones esta figura de amor se erguía, solemne el gesto, como sacerdotisa de su Dios y celebraba actos de iniciación y de culto. Patética era la secuela de esperas, arrebatos, embriagueces, decepciones y desesperaciones, de la que, sin embargo,

siempre volvía a nacer la idea de aquella forma de amor y de aquella figuración de la belleza femenina, que, sucesivamente, descendía para coronar con un halo celestial la rubia o morena cabeza de una u otra mujer terrestre, hallada en el terrenal banal.

En otros espíritus, o en otros momentos, la disposición fantástica era prevalentemente ética y política —de fantasía política, porque una «política romántica», es decir, del mal romántico, suena a contradicción en términos— y en tal caso se buscaba la fe y la beatitud en modos de vida social diversos del presente y señaladamente en la restauración de las edades pasadas. Y dado que el pasado más próximo, el del *ancien régime*, todavía estaba demasiado claro en los recuerdos, demasiado preciso en sus límites y nada dócil a la idealización y a la sagrada sublimación, el anhelo se trasladó al pasado más remoto, y —también en este caso por efecto de los estudios, que buscando restablecer la continuidad del desarrollo histórico, habían indagado y entendido mejor la Edad Media— a la edad medieval, en la que se veían o atisbaban sombras como si fuesen cosas sólidas, maravillas de fidelidad, de lealtad, de pureza, de generosidad, de disciplina e indisciplina conjuntamente, y lo habitual alternarse con lo inesperado, la simplicidad del vivir en pequeño y pacífico círculo con el encanto de las aventuras por el amplio y desconocido mundo, lleno de sorpresas. A esta religión de la Edad Media se deben las restauraciones más o menos académicas de los viejos castillos y viejas catedrales, el falso gótico que arreció por todas partes en Europa, la falsa poesía que se daba a calcar con talante *dilettantesco* las formas de la épica medieval, de la lírica y de las sacras representaciones, la literatura amena que hablaba de caballeros y torneos, señoras del castillo y pajes enamorados, de trovadores y juglares, las mascaradas románticas, y aquí y acullá la actitud y apariencia que se intentó dar a algunas de las viejas monarquías restauradas, que se vieron a veces camuflar grotescamente con emblemas y ropajes y disfraces pescados en las tiendas de los anticuarios, y los espíritus por los cuales se sintieron poseídos el príncipe de Prusia, que más tarde fue el rey Federico Guillermo IV, y, con cierta moderación, el rey Luis I de Baviera. Pero si la religión de la Edad Media era la principal y más divulgada, no era la única: a su lado, y compartiendo con ella los papeles, ya se elevaba amenazadora la religión de la estirpe y de la gente, de esa gente que, por escasez de información y meditación histórica, se consideraba como la creadora y dominadora de la Edad Media, la germánica, cuya virtud se venía ahora buscando y descubriendo y celebrando en todas partes de Europa —donde, históricamente hablando, se hubiera debido más bien encontrar, como fundamento común, la romanidad que primeramente le dio unidad y consciencia—, y se la exaltaba como elemento joven y puro, que había producido las historias de España e Italia, no menos que las de Francia y Anglia, y que todavía, agotado y bastardeado en esas tierras, seguía manteniéndose joven y gallardo, y listo para regenerar el mundo, germanizándolo, en la Alemania moderna. Menos afortunadas fueron las otras estirpes, o supuestas estirpes puras, que, instigadas por el ejemplo, entraron en liza: latinas, celtas, ibéricas o eslavas. Otras

religiones de tendencia ética y política tenían también mayor o menor número de fieles, como la idílica del retorno a la naturaleza, a la campiña y a las sencillas costumbres campesinas, en la que soplabla la inspiración de uno de los principales precursores del romanticismo, Rousseau; y, contrapuesta a ésta, la tempestuosa, frenética y titánica en que persistía, en cambio, el impulso del *Sturm und Drang*. Pero sobre todo hay que notar, por su capacidad para reclutar prosélitos y por las variadísimas derivaciones que tuvo, el concepto estetizante de la vida que ha de vivirse como pasión e imaginación, belleza y poesía, que era luego lo contrario del vivir, que exige distinción y con ello la armonía de todas sus formas, y no admite la patológica superposición y opresión de una forma particular sobre las demás, igualmente necesarias cada una en su propia función; y también era lo contrario de la poesía, que es siempre superación de la acción en la contemplación cósmica, pausa que se impone a la actividad práctica aun siendo preparación para nueva actividad; y por eso el romanticismo, corrompiendo la vida, corrompe también más o menos extensamente la forma poética al reducirla a asunto práctico, expresión inmediata y convulsa de la realidad pasional, grito, alarido y delirio.

Todas éstas, consideradas en sus fuentes, eran perversiones en tanto que sustituían lo universal por lo particular, lo eterno por lo contingente, el creador por la criatura; pero, en tan diverso, complicado e intrincado sentir, también se insinuaron las que más propiamente se llaman perversiones, es decir, no solamente exageraciones y usurpaciones, sino inversiones de valores: la libidinosidad y la lujuria puestas en el lugar de la idealidad, lo cruel y lo hórrido sazonados de voluptuosidad, el gusto del incesto, del sadismo, del satanismo y de similares deleites, todos conjuntamente enormes y estúpidos; como se ve o atisba en poetas y literatos, incluso entre los más insignes, Chateaubriand, Byron, Shelley, en quienes, afortunadamente, no sólo hay esto, y esto mismo se encuentra habitualmente de manera incidental o evanescente.

Aquí no queremos detenernos a pintar en sus múltiples combinaciones y gradaciones, que se propagan hasta el infinito, el cuadro del «mal del siglo», que, por otra parte, muchas veces ha sido mejor o peor pintado por otros; porque sólo hacía falta esclarecer su génesis en relación con la filosofía y la religión de la libertad. Génesis que se encuentra, como se ha demostrado, en su impotencia para apropiarse de dichas filosofías y religión, y, al mismo tiempo, en el coger de ellas algunos elementos que en el acto mismo corrompía, falsificando la historicidad en sentimentalismo del pasado y nostalgia restauradora, nacionalidad en fanatismo de estirpe y de raza, libertad en egoarquía y anarquismo, y el valor de la poesía para la vida en la poesía-vida y en la vida-poesía. Pero, por otra parte, no hay que dejar de lado todo lo mucho que la fe liberal pudo sobre este romanticismo, y de qué manera, según los casos, de distintas maneras lo superó, lo refrenó y lo puso a su propio servicio. Aquel morbo sentimental era un peligro para toda forma de ideal y de franca religiosidad, y no solamente para el liberalismo, sino también para sus antítesis y oposiciones, a las que, de haber prevalecido, habría disuelto, y menguado toda fuerza

de pensamiento y de voluntad, y estropeado la sensualidad en descompuesto deseo, en desenfrenada pasionalidad, en inerte fantasear y en inquietud caprichosa: un peligro que había de volverse tanto más grande cuanto menores fuesen las fuerzas de resistencia que lo enfrentasen; un peligro que, en su esencialidad moral, es de todos los tiempos, pero que en la sociedad moderna asume particular consistencia, y con la grandeza y complejidad de ésta, se dilata, y con el acrecentarse de sus contrastes y disminuir la nobleza de éstos, adquiere una naturaleza más maligna. Efectivamente, más adelante se extendió al arte, al pensamiento, a los efectos, a los hábitos, a la política nacional e internacional; y, vuéltose más evidente y monstruoso, recibió, frecuentemente envaneciéndose de ello, el nombre de «decadentismo», que no es luego otra cosa que el viejo romanticismo moral, exasperado y afeado, y de éste repite los temas fundamentales aplicándolos a una materia menos digna y esgrimiendo modales menos selectos.

Pero, durante las primeras décadas del siglo XIX, la religión de la libertad estaba impregnada de fresco entusiasmo juvenil, y las oposiciones mismas contra las que combatía —la religión tradicional, la monarquía tradicional, el jusnaturalismo democrático— tenían algo de majestuoso y respetable que no tuvieron las oposiciones que se irguieron más adelante. El romanticismo moral se encontraba en medio de una exuberancia de esperanzas, de propósitos, de acciones generosas que lo contenían, lo atemperaban, con frecuencia lo dirigían hacia el bien. Los mejores espíritus, dado que participaban en el drama de su tiempo, sufrieron también ellos, en mayor o menor grado, esa enfermedad, pero como un morbo de crecimiento, del que se curaron y extrajeron frutos de experiencia, virtud y disciplina, capacidad de comprensión humana más amplia. Y de ellos provinieron los más agudos conocedores y los más severos críticos del romanticismo, como el ya recordado Goethe, que definió la poesía romántica como «poesía de hospital» y manifestó su aversión hacia la «gente sentimental» que, sometida a prueba, siempre fracasa y demuestra ser pequeña y malvada; y Hegel, también mencionado, que brindó el más variado análisis y la más cáustica sátira de la fatuidad y vanidad románticas, ante las que expuso, para que se contemplasen como en un mágico espejo, la buena y sabrosa prosa de la vida real con su obrar infatigable, con sus fisiológicos dolores y fisiológicas alegrías.

Ciertamente, no pocos románticos, que no llegaron a dominar y aplacar por virtud mental la agitación que habían excitado en sus pechos, ni a pasar de largo olvidándola y reanudando la modesta vida burguesa, se hundieron en la perdición: algunos terminando en la locura y en el suicidio físico, otros en el suicidio moral, en la vida disoluta o en la práctica no sincera de una religión ni seria ni sentida, la mayoría inactivos y gemebundos en la soledad y en el tedio, asemejándose al Manfredo de Byron, que definía su manera de sentir como «antipatía hacia la vida», que habría podido ser (según dice alguien que lo está observando) una noble criatura, y, en cambio, era «un caos espantoso, una confusa mezclanza de líneas». Pero hubo



quienes, aun no sabiendo triunfar sobre el enemigo ni olvidarlo, no quisieron cerrar o vergonzosamente arrastrar la existencia de esa manera, y en la práctica, en la acción o en el momento de resolverse a actuar, se aferraron a aquel ideal de la libertad que no habrían sabido razonar teóricamente ni asimilar sentimentalmente, pero que sólo él tenía, por su pura luz de belleza, algún poder sobre sus almas. Así algunos de ellos, pesimistas por no haber sabido desenmarañar el embrollo de sus ideas, o desesperados por algún amor traicionado o defraudado, o impacientes a causa de la inercia y el tedio, fueron a combatir y morir por los pueblos oprimidos, y otros sumaban a las románticas locuras y a los desánimos el ardor patriótico y cívico. En general, los rasgos románticos están muy fuertemente marcados en todos los hombres de aquel tiempo, como se observa en sus epistolarios y en sus biografías, y casi con sólo verlos en sus imágenes retratadas, con esas fisonomías, esas miradas, esas melenas, esas poses de la figura y maneras de vestir. Y si en algunos países, donde el sentimiento y la acción por la libertad no se hallaban en primera línea, los románticos (que políticamente no eran nada porque eran, sencillamente, enfermos de los nervios y de la imaginación) pudieron, por sus expresiones de consenso o desacuerdo, por las manifestaciones de sus humores y de sus malhumores, pasar por conservadores y reaccionarios, en los pueblos donde los corazones latían con más rápido ritmo y la flor y nata de la inteligencia era liberal, el nombre de ellos se convirtió casi en sinónimo de «liberal», y curas y policías desconfiaron y mantuvieron bajo vigilancia a la juventud romántica. El dolor del mundo, el misterio del universo, los impulsos hacia lo sublime del amor y del heroísmo, las desolaciones y desesperaciones por las felicidades soñadas e imposibles de conseguir, los paseos bajo la luna amiga, las hamletianas visitas a los cementerios, la palidez romántica, las barbas y cabelleras románticas, el estilo romántico, estas y otras cosas equivalentes proporcionaban indicios de espíritus indóciles, de los que cabía esperar y temer que conspirasen en las sectas y se levantasen en armas en cuanto se diese la ocasión.

Sólo las fuerzas espirituales, que de esta manera hemos visto brotar y disponerse, enfrentarse y combatir a principios del siglo XIX poseen la cualidad capaz de ofrecer el hilo conductor para la historia europea de dicho siglo: para la historia de su alma religiosa y moral que instruye, rige, corrige y transforma las acciones prácticas que se llaman políticas, militares, administrativas, diplomáticas, agrícolas, industriales, comerciales y, en resumen, variadamente dirigidas a utilidades particulares, y por eso dependientes de ella. Ciertamente, también es posible ponerse a considerar estas acciones prácticas en sí mismas, cada una en su función utilitaria y económica, situando a cada una de ellas en el centro del relato y tomándola como sujeto principal, y entonces tendremos, como de hecho tenemos, historias para militares, para diplomáticos, para administradores del Estado, para agricultores, para industriales y así por el estilo; pero no la historia, o la perspectiva histórica, que verdaderamente interesa al hombre por encima de su profesión particular: al hombre en cuanto hombre, en su vida más elevada y entera.

Y, de todas maneras, ésta es historia, y no la que también así se denomina, de los sucesos puestos el uno detrás del otro, que es, a lo sumo, crónica. Porque los sucesos, una vez recorridos remontándonos a su génesis, denotan no ser otra cosa que productos de acciones precedentes (sean incluso las acciones de la llamada naturaleza), o acciones concomitantes y coincidentes y contrastantes, cosas todas ellas que, desde el punto de vista de la acción cuya historia se ha emprendido a trazar, son, a su materia, o el estímulo para su concreto determinante y su variado configurarse y desarrollarse, sin las cuales aquella acción no sería de manera alguna, como un molino que no muele si no tiene nada que moler. Quien no se atiene a este concepto siempre termina por decir (como dicen los intelectos pobres) que la historia es mero encuentro y enredo de sucesos, o que ofrece «evoluciones regulares» por un lado y «evoluciones interrumpidas» por otro, perturbadas, agitadas o conducidas a metas inesperadas, diferentes y opuestas a las que originariamente se dirigían. Conclusión tan ilógica como desalentadora; y no hay prueba más segura de nulidad histórica que el efecto desalentador que brota de estas supuestas narraciones de lo ocurrido: dado que la historia verdadera siempre da un son guerrero para las batallas de la vida.

Por otro lado, es decir para la clara consciencia, que a estas alturas se debería poseer, en torno a la impropiedad de todo determinismo histórico, no queremos poner como comienzo de la historia que estamos tratando uno u otro acontecimiento, como se suele hacer, la llamada revolución industrial, los admirables descubrimientos de la técnica, o la modificada relación entre las tierras de la Europa americana y las de la vieja Europa, la formación de los modernos imperios coloniales, el rápido aumento de las poblaciones, y otros similares, que son hechos y no hacedores de aquella historia. Pero también hay que guardarse de poner sobre el terreno una serie de factores espirituales, independiente el uno del otro, o como límite del otro o incluso en la llamada acción recíproca entre ellos: cosa que sería, bajo apariencia idealista, otra clase de determinismo naturalista. Si se presta atención al modo de nuestra interpretación y exposición, las fuerzas que más atrás hemos descrito no están como factores, no son una multiplicidad, sino que componen una unidad: un único proceso, en el que aquella que hemos definido como religión de la libertad se afirma, luchando contra sus propias y necesarias oposiciones y creciendo y asumiendo nuevas expresiones o modalidades con los elementos que de dichas oposiciones asimila, o con las formas que crea para lograr la victoria, así como las oposiciones, por su parte, se refuerzan con nuevos elementos o disponen los antiguos de otra manera, y demuestran ellas también cierto espíritu inventivo en las nuevas defensas y ataques, en las nuevas resistencias y obstáculos; y, en esta incesante labor espiritual, aquella religión padece y supera constantemente la correspondiente enfermedad, que es el romanticismo, también él de mudables semblantes.

Y dicho proceso, ¿se agota a lo largo del siglo XIX? Y hoy, en el siglo XX, ¿está agotado como para que se pueda hablar de este siglo no solamente como de una

partición cronológica, sino como de una entidad moral, del comienzo de un nuevo proceso, de un alma nueva? Es lo mismo que preguntar si ha nacido, en el último trecho del siglo XIX o en el primer trecho del siguiente, una nueva religión que sea religión, y más amplia y poderosa que la otra, hasta el extremo de superarla y sustituirla. Contestar a esta pregunta es el principal deber de una narración de la historia europea en el período señalado; y, efectivamente, de manera voluntaria o no, consciente o no, alrededor de semejante problema, más o menos oscuramente planteado, se mueven todas las narraciones que al respecto se han dado y que se leen en muchos tratados y manuales de historia. Narraciones que no pensamos, por cierto, rehacer desde el comienzo y minuciosamente, que sería vana fatiga cuando es suficiente evocarlas por alusiones o directamente darlas por sobreentendidas: hasta tal punto son conocidos y familiares los hechos o secuelas de hechos que las entretengan; pero queremos buscar una mayor claridad y relieve para aquel problema, prosiguiendo y detallando la exposición que más atrás emprendimos, y señalando las actuaciones y posteriores contrastes y sucesivas formas del asunto fundamental ya descrito, la obra y las suertes del ideal liberal, es decir la historia de una guerra del espíritu, que es verdaderamente la «gran guerra».

## IV

### RESISTENCIA Y OPOSICIÓN AL PREDOMINIO ABSOLUTISTA Y VICTORIA CONTRA ÉSTE (1815-1830)

Los quince años que, desde la caída de Napoleón, se prolongan hasta la revolución de julio de 1830, forman, en el juicio corriente, un período histórico con un tema propio dominante que desarrolla llevándolo a una relativa terminación. Se hace consistir este tema en la obra reconstructora de las restauraciones y en la acción correlativa de la Santa Alianza, que se opuso, hizo retroceder y se esforzó por dispersar el movimiento liberal; pero, observando el fondo del proceso que entonces tuvo lugar, y su momento positivo y el acontecimiento en que se actuó, con mayor exactitud se dirá que en esos quince años el ideal liberal resistió contra el absolutista, lo combatió sin tregua, y, por último, alcanzó sobre él una victoria definitiva al ser sustancial.

En cierto sentido, la Santa Alianza jamás existió en otro sitio que en la fantasía del zar Alejandro I, como sueño o utopía sobre motivos conservadores, pacifistas, también liberales, pero de un liberalismo paternalmente permitido y vigilado, y religiosos, o, por lo menos, de religiosa unción. En este mismo círculo, que es ideológico, demasiado se eleva su significado cuando en él se observa el presentimiento de un porvenir necesario en el que los pueblos europeos se aboquen a dar a su unidad cultural una forma correspondiente, federal o unionista: idea mejor bosquejada en aquel mismo período por Saint-Simon, pero que, para convertirse en concepto político, exigía la extensión del sistema liberal, la independencia y unidad de cada una de las naciones, y, a continuación, una lenta y difícil elaboración a través de ilusiones y decepciones, desvíos y pruebas dolorosas. Tan incoherente y flojo era el pensamiento de aquella Santa Alianza que no suscitó movimiento intelectual alguno, no se propagó en amplios círculos por doquier y no tuvo un aparato literario y de publicaciones propio y original.

La cosa real que se recubrió con aquel nombre, o que dejó que dicho nombre se le añadiese, eran los propósitos de los soberanos restaurados: conservar sus sistemas de gobierno e impedir la revolución o transformación que se enunciaba en los deseos y en las demandas de constituciones, y en las sectas, conspiraciones y revueltas dirigidas a obtenerlas; propósitos que se asociaban y se brindaban apoyos recíprocos para apagar los focos revolucionarios donde quiera que se incubasen o ardiesen, a fin de que el incendio no se extendiese de la casa del vecino a la propia. Se suscribiese o no, el 26 de septiembre de 1815, por parte de los monarcas de Austria y Prusia para complacer al de Rusia, la declaración de París que constituyó la Santa Alianza, nada sustancial daba o quitaba a la presencia y a la fuerza de aquellos intereses a las correspondientes prácticas. Inglaterra, que no tuvo acceso a dicho pacto por

obstáculos constitucionales, a más de por la clarividencia escéptica y realista de sus hombres de Estado; el Papa, que se mantuvo afuera por no poder sentarse, en nombre de la religión, junto a soberanos ortodoxos y protestantes, cooperaron a la par en aquella defensa internacional contra la revolución: aquélla durante algunos años y un tanto pasivamente, éste por intrínseca afinidad y de manera más continua; y Austria, sin necesidad de una Santa Alianza, ya se había encargado de poner freno a los Estados italianos, ya fuese por medio de príncipes pertenecientes a su casa imperial, ya con los compromisos que pretendió de otros, como del rey de las dos Sicilias, de no conceder generosamente jamás una constitución a sus pueblos. Tampoco, por haber anudado aquella ligazón, Rusia, Austria y Alemania sacrificaron por la finalidad común, sus intereses particulares y divergentes, como se vio no tanto en las actitudes personales de tendencia liberal que tuvo Alejandro I, pronto abandonadas, como en los desacuerdos y en la diversa política de las tres potencias respecto a los griegos que se habían sublevado contra el dominio turco y respecto a las colonias de la América española y portuguesa, que habían declarado o sucesivamente iban declarando su independencia, y, más abiertamente, después, ante las revoluciones de Francia y Bélgica. Inglaterra, primera por la mayor extensión y complejidad de sus intereses políticos y comerciales, por la opinión pública de su pueblo, por su profundo sentimiento político que temía a las libertades con sus implícitos contrastes y peligros, dijo por boca de Canning en 1823: «Cada cual para sí y Dios para todos, y haced que el emperador de Rusia entienda que el tiempo de los aerópagos ha pasado»; y, por su parte, abandonó el oficio de guardiana de las restauraciones. Por otra parte, el diseño que propuso Metternich en el congreso de Verona, de una policía de las policías, es decir, de una liga de las policías de los distintos Estados italianos bajo un director único —diseño que igualmente propiciaba un reaccionario más reaccionario que él, acaso animado por una clara convicción y buena fe, el ministro napolitano príncipe de Canosa—, si no cobró consistencia de esa precisa manera, cierta consistencia cobró de todos modos: dichas policías se relacionaron entre sí y trabajaron de común acuerdo. Acciones militares por mandato internacional, deliberadas en común incluso si no siempre unánimes, se habían ejecutado y seguían ejecutándose contra los constitucionalistas de Nápoles, del Piamonte y de España; y se impusieron medidas restrictivas a cada uno de los Estados de Alemania por voluntad de Austria, que arrastraba consigo a Prusia y terminó por arrastrar también al zar, pese a sus veleidades de llevar a cabo las diversas partes del programa de la Santa Alianza: y este trabajo de vigilancia y de presiones se extendió incluso hasta Suiza.

Pero los liberales no tenían que guerrear contra el fantasma de la Santa Alianza, ni contra los nada fantásticos acuerdos de las monarquías absolutas, a las que no les era dado oponer uniones de Estados liberales, tal como otrora el protestantismo había opuesto ligas de príncipes contra ligas de príncipes, y, recientemente, la Revolución francesa repúblicas contra los reyes, esas repúblicas que iba fundando alrededor de su

propia república. Ellos ante todo se atareaban, con todos los medios de que disponían y que lograban conseguir, contra el absolutismo de los Estados de los que eran súbditos y no ciudadanos; y, dejando que el contraste entre aquel interés común de las monarquías conservadoras y sus otros intereses particulares abriese grietas en la trabazón reaccionaria de la llamada Santa Alianza y ofreciese a la acción liberal ocasiones propicias y facilidades (y ya muy pesada para dicha trabazón, y muy favorable para la acción liberal, era la tibieza y posterior alejamiento de los aliados de Inglaterra, la principal potencia marítima), habían llevado a cabo, a su manera, una alianza, no de Estados sino de espíritus, «la alianza de los pueblos», como desde entonces se vino llamando o invocando. Y esta unión suya se consolidaba con la fuerza intelectual y moral, que en el lado contrario escaseaba o directamente cedía el paso a su contrario; y se manifestaba con la espontaneidad de aquello que posee vitalidad, encontrando y reuniendo a sus componentes en todos los países, poniéndose en acción con la obra del ingenio y del saber, la polémica, la oratoria y la poesía, con la simpatía entre quienes sufrían y luchaban igualmente, con generosa ayuda recíproca, oponiendo como contraste frente a los mercenarios internacionales, los suizos —todavía asalariados por algunas de las monarquías absolutas—, los voluntarios internacionales de la independencia y la libertad. Las sociedades secretas, de carácter nacional e internacional, que preparaban los ánimos para las acciones, no podían por cierto faltar, como no habían faltado en el siglo XVIII ni durante el imperio napoleónico, y, con el nombre de *sanfedisti*, *calderari* y *apostolici*, en el clericalismo y en el absolutismo: especialmente importante, entre las liberales, fue la de los carbonarios, que desde Italia meridional se difundió por la península, rebrotó en Francia y tuvo imitaciones incluso en Rusia; y sociedades análogas se formaron en los países oprimidos, como Polonia. Pero la eficacia de las sociedades secretas fue mucho menor de lo que imaginaron y creyeron los que las temían, y casi desdeñable frente a la gran coalición y conspiración espiritual y efectiva, no oculta ni ocultable, a la que aquéllas prestaron algún servicio pero también muchos servicios negativos. Un consejero de Metternich, al informar en 1820 sobre los estados de ánimo en la Lombardía, decía, sobre la creencia de que la oposición fuese la *Carboneria*, que hubiera sido deseable que fuese asunto de una secta, pero que, desgraciadamente, se trataba, en cambio, de un verdadero partido político, compuesto por la mayor parte de la clase media y por la parte mejor de la nobleza por inteligencia, conocimientos y formas sociales.

El absolutismo, al que faltaba genio constructor original, tampoco poseía suficiente fuerza reaccionaria reconstructora como para sobrepujar a los órdenes liberales donde éstos ya existían, y quitar los cambios que se habían efectuado en la economía, en las costumbres, en la cultura, que motivaban su necesidad donde todavía no existían, y, en resumen, volver a llevar la sociedad europea a una situación estática de tiempos lejanos, que luego nunca había sido, tampoco, como parecía a las imaginaciones, una situación estática. Por lo tanto, le convino aceptar todas o casi

todas las reformas económicas y jurídicas que se habían introducido en los pueblos sobre los cuales ya se había extendido, directa o indirectamente, la potencia de la Francia conquistadora de Napoleón: reformas que proseguían la obra de igualamiento de las viejas monarquías y eran inherentes a su principio, pero que justamente por eso presionaban y empujaban a dichas monarquías hacia el porvenir. Quedaron como anécdotas, que, según los casos y los humores, causaron sonrisas, risas o indignaciones, casos como el del restaurado rey de Cerdeña, que caviló poner sin más en vigor las constituciones reales de 1770 y (salvo los vacíos debidos a las muertes) el calendario de corte de 1798, como si nada hubiese ocurrido en aquel país y en el mundo; y el duque de Módena, que quiso borrar todas o casi todas las leyes posteriores a 1791; y el príncipe elector de Hesse, odioso por los arbitrios y ruindades de que dio espectáculo, abolió todas las reformas de la época francesa, declaró la nulidad de las ventas de la hacienda pública, nula la deuda pública, restauró también él el calendario de corte de 1806, volvió a imponer la colecta pero también conservó los incrementos impositivos; y el papa, que de forma parecida abolió códigos y tribunales que habían instituido los franceses y quiso volver a los órdenes de los viejos tiempos, encerró nuevamente en guetos a los judíos y los constriñó a asistir a prácticas de una religión que no era la de ellos, y hasta prohibió la vacuna de la viruela, que mezclaba las linfas de las bestias con las de los hombres: vanos esfuerzos que posteriormente cedieron, más o menos, a las necesidades de los tiempos. En el congreso de Viena los diplomáticos habían recomendado moderación en el deshacer y habían sugerido reformas administrativas y representaciones de intereses al pontífice Pío VII para las Delegaciones que se le restituían; y Austria, con el tratado de Casalanza, le garantizó al reino de Nápoles, contra el rey que volvía de su refugio siciliano, toda la obra llevada a cabo por José Bonaparte y Joaquín Murat. El niño había crecido, y se veía, o se notaba ante la prueba, que no podía volver a meterse en las ropas de antaño. Solamente los más estólidos o los más fantasiosos entre los veteranos emigrados se daban a la convicción de que se lo pudiese reducir a las proporciones de antes con una especie de operación mágica y con la varita de la fuerza; pero, entre ellos, los que durante su estancia en países extranjeros habían observado, comparado y reflexionado, y moral y políticamente se habían educado, como el ministro duque de Richelieu, sabían que eso no era posible ni deseable. Obligado a transigir contra su ideal, no solamente había tenido que dejar subsistir antiguos regímenes políticos que se oponían al suyo y ejemplos siempre peligrosos, sino también admitir que se formasen otros, que hasta serían estímulos e incitaciones para los innovadores y los rebeldes. A pesar del papel ejercido contra la Revolución y el Imperio, y de su colaboración con las viejas monarquías, Inglaterra no descompuso ni una línea de su secular constitución; y ni el *tory* más duro habría jamás vuelto a recorrer seriamente las vías del absolutismo, y los Estuardo se habían extinguido no sólo en su descendencia física, sino en la espiritual. Y, pese a que Francia se hubiera visto dos veces batida y postrada por la coalición absolutista, no se le había podido

negar aquella carta constitucional que, concedida en la primera restauración y sustituida por Napoleón con la otra carta que él llamó acta adicional, fue confirmada, después de Waterloo, con la segunda restauración. ¿Cómo volver a poner a Francia en las condiciones anteriores a 1789? Y otros regímenes constitucionales se implantaron en el reino de Holanda con la unida Bélgica, en algunos Estados menores de Alemania, y, por voluntad del zar Alejandro I, que durante algún tiempo favoreció incluso el constitucionalismo alemán, en Polonia. La potencia demoníaca, el liberalismo, seguía estando en el mundo y lo insidiaba; pero, lo que era peor, se le conocían áreas de dominio, con flagrante contradicción de los principios que se predicaban como únicos saludables.

Y si los regímenes constitucionales germánicos y polaco eran ficticios y más o menos impotentes, e importaban poco, y el otro, todo lo contrario que amplio, holando-belga, en seguida se encontró enredado en el preliminar y principal enfrentamiento entre Bélgica y Holanda, en Inglaterra y Francia, en cambio, el liberalismo retomó o emprendió su camino ascendente. Inglaterra, en los primeros años después de la paz, se había visto obligada en ciertos casos a recurrir a leyes excepcionales, suspendiendo el *habeas corpus* y poniendo freno a la prensa; había llevado a cabo acciones represivas, a veces sangrientas, ante desórdenes y tumultos excitados por la desocupación y otras dificultades económicas, que muchas veces se desahogaron entonces por obra de los trabajadores contra las máquinas; con Castelreagh se había unido a las potencias del absolutismo continental; hasta llegó a buscar, como éstas, apoyos en el clero, gastando grandes sumas para construir iglesias y poner reparo a la incredulidad e irreligiosidad, consideradas como revolucionarias. Pero, incluso en el breve lapso de la contracción conservadora, el parlamento con sus debates, los tribunales con sus sentencias y las otras instituciones de garantía se mantuvieron con firmeza y limitaron, y a veces anularon, las medidas extraordinarias. Mientras tanto, el espíritu público se agitaba y trabajaba en pro de un rumbo político que resolviese los problemas sociales con un método diferente y opuesto. Literatura y poesía se impregnaban de polémica antirreaccionaria y tomaban partido por los pueblos que se levantaban contra los extranjeros dominadores y contra los déspotas locales; en su ayuda se formaban comités, partían voluntarios, se reclutaban legiones, se enviaban oficiales expertos: Jorge Byron, que prosiguió su poesía en versos con la real acudiendo en socorro de los griegos, y la terminó y selló con su muerte en Missolongi, se convirtió en símbolo de este ímpetu generoso, y no solamente filohelénico y británico. En otro orden de cosas, el pensamiento de Bentham, y el partido de los «radicales», que había surgido contra el *tory* y el *whig* conjuntamente, proponían reformas en todos los aspectos de la vida inglesa, que arrastraba el peso de demasiados residuos del pasado, tanto del distante y medieval como de la edad de las luchas de religión: privilegios políticos de la propiedad inmobiliaria, leyes penales draconianas, desigual distribución de la representación parlamentaria, exclusión de algunas categorías de ciudadanos del ejercicio de los



derechos políticos. El desarrollo económico, que llevaba a un primer plano la industria y el comercio, estaba obstaculizado por el sistema aduanero existente, que protegía la agricultura; y la petición de los mercaderes fue en 1820 precursora de las posteriores y vehementes de los que propugnaban el libre intercambio. La opinión pública había impedido que Inglaterra participase con las armas para sofocar los movimientos constitucionales y de independencia nacional. La crisis reaccionaria, por tanto, pronto fue superada: en 1824 un diputado de los Comunes podía exclamar con asombro que pocos años antes todo era «restricción» y ahora todo era «libertad». El cambio se efectuó con el ministerio de Canning, entre 1822 y 1827, cuando, en el interior, se reformaron las leyes penales, se abolieron muchos aranceles y se secundó la tendencia hacia el libre intercambio, se admitió la libertad de las uniones obreras, seguida por un gran número de huelgas y por ello restringida pero, sin embargo, conservada en 1825; se establecieron leyes contra los derechos de caza y similares; y, de cara al exterior, Inglaterra rehusó participar en la empresa contra la revolución española, se puso a favor del partido constitucional en Portugal, reconoció los nuevos Estados que habían nacido al separarse de España las colonias de América, apoyó diplomática y militarmente la rebelión de los griegos, dio nueva estructura a sus propias colonias y abolió la esclavitud de los negros. El hecho de que esta acción exterior de Inglaterra protegiese y promoviese su poderío y su economía, ampliando el tráfico transoceánico y manteniendo a Rusia alejada de Constantinopla y del Mediterráneo, no es, como los miopes materialistas y los idealistas vanos interpretan, prueba del carácter egoísta de aquella política, sino tan sólo de las posibilidades y facilidades que una idea moral encuentra sucesivamente en el transcurrir de los hechos y en la trama de los intereses, que por ello presuponen la existencia de aquella idea directiva: del mismo modo que sería un sofisma decir de un hombre que haya realizado una obra de bien que sus condiciones de hecho le permitían, y que no sólo no perjudica estas condiciones, sino que las beneficia, que ha cultivado su propio egoísmo. En 1829 se llegaba, justamente bajo el ministerio conservador de Wellington, a la emancipación de los católicos, quienes debieron al sentimiento liberal ese acto de justicia tan largo tiempo demorado; y mientras tanto se incrementaba el trabajo, se volvía múltiple y general el debate sobre la reforma fundamental, la electoral: donde se pudo asistir a otro caso de mediación liberal, y destacado, frente al abstractismo de Bentham y de los radicales que, al romper con la supersticiosa intangibilidad de la antigua constitución inglesa, caían en el exceso contrario y trazaban los nuevos órdenes sobre cálculos de matemática utilitaria; allí donde los espíritus liberales, que se oponían, sí, a las supersticiones, pero no por eso se oponían al pasado mismo, hicieron prevalecer conceptos moderados que habían de desembocar en la reforma de 1832. La Revolución francesa, con su lógica racionalista, volvía a actuar sobre su mayor enemiga, que también necesitaba, en cierta medida y para determinados casos, de esa lógica, pero, por otra parte, poseía tradiciones y aptitudes adquiridas que volvían estéril y peligrosa la rígida deducción

de consecuencias, y una educación de la consciencia moral que el metodismo, tan ampliamente eficaz en la sociedad inglesa, habían contribuido a mantener viva y con buen temple.

Francia se había encontrado en muy distinta situación, obligada desde los primeros días a defender su carta constitucional contra un arrogante partido que se había improvisado de mala gana y con mala fe, y que, aunque no pensase, salvo por parte de algún exaltado entre sus adherentes, abolirla formalmente, apuntaba a impedir u obstaculizar sus actuaciones, a dejarla en calidad de ley sin su correspondiente hábito público, y, por encima de ella o a través de ella, gobernar de hecho con el rey, con la nobleza, con el clero, y también, cuando hiciese falta, con las plebes. Era una diferencia jurídica y formal que la carta hubiese sido simplemente concedida y no pactada; pero en ese enfrentamiento se convertía en una diferencia política y sustancial, donde el prevalecer de una u otra parte le confería el verdadero carácter: por lo cual el problema de la parte liberal consistía en saber conquistar aquello que sólo había sido concedido, y convertir, si no formalmente, de hecho, la carta *octroyée* en constitución del pueblo. La sucesión de situaciones en Francia durante esos quince años tiene este solo sentido. La ofensiva se vio representada, ante todo, por las reiteradas restricciones impuestas a la prensa y por el restablecimiento de la censura, por los varios intentos de modificar el electorado a fin de poner el poder en manos de los grandes terratenientes y por su intermedio de la nobleza y de la corte; y no desentonaba con ello el medio directamente opuesto, que de buena gana habrían aplicado los extremistas de la nobleza; el sufragio universal, calculado para hundir la burguesía y la clase culta y aupar al clero y a los nobles. Las compensaciones pecuniarias a los emigrados por sus tierras confiscadas y vendidas, la reintroducción de los mayorazgos y los impedimentos a las divisiones de la propiedad servían para la misma finalidad. Subsidiariamente participaba la instrucción y educación confiada al clero, las congregaciones favorecidas y los bien acogidos jesuitas; y trataban de dar o devolver prestigio al modo de gobierno, que así se quería restablecer, los nuevamente evocados ceremoniales monárquicos, como el que se puso en escena con la consagración y unción de Carlos X en la catedral de Reims, y más todavía con las renovadas *guerres de magnificence*, como la de 1823 para volver a convertir en soberano absoluto a un rey de la familia borbónica, y aquella otra por la cristiandad griega en lucha contra el islamismo, y la última contra los berberiscos y el bey de Argel. La parte defensiva también tuvo su ala extrema en el grupo republicano de Lafayette y de los carbonarios franceses, por no hablar de las conspiraciones e insurrecciones a mano armada que, sobre todo por obra de antiguos jacobinos y militares napoleónicos, por doquier se maquinaron e intentaron, especialmente durante los primeros años de la restauración; pero su verdadero vigor estaba en los parlamentarios del centro, que constantemente se opusieron a las modificaciones electorales de sentido reaccionario, a la censura y persecuciones de la prensa, al clericalismo y su dirección de las escuelas, a las indemnizaciones,

recompensas y favores que solicitaban la nobleza y los emigrados que regresaban, a las pequeñas o grandes transgresiones de la carta estatutaria, y que, con distinto sentimiento que los absolutistas, defendieron como propia la causa de la independencia griega y celebraron como un triunfo propio la destrucción de la flota turca en Navarino. El movimiento de aquellos años de la política francesa fue una variada secuencia, casi un columpio, de constitución más o menos observada y reverenciada, y más o menos violada y ofendida, de subterfugios supeditados a uno u otro intento, de cámaras aristocráticas y cámaras liberales, llenas de nobles o llenas de burgueses, de censuras y procesos de prensa y disolución de la prensa, de tutela clerical en la educación y de recuperación laica, de destituciones de educadores y de devolución a éstos de sus cátedras; y tuvo el período en que se mantuvo cierto equilibrio, aunque fuese inestable, durante el reinado de Luis XVIII y los ministerios de Richelieu y Decazes, y otro período en que se acrecentó el desequilibrio durante el reinado de Carlos X y el ministerio de Villèle, y, tras el intermedio moderado de Martignac, se desbordó en el de Polignac. En el largo enfrentamiento se vaciaron de su no abundante contenido los aristócratas del antiguo régimen, los *ultras*, que daban inquietud y fastidio al mismo rey Luis XVIII y a sus ministros, que los llamaban «verdaderos perturbadores de la paz» y «jacobinos blancos», proclives, como efectivamente lo eran, a aliarse con los rojos contra los liberales y moderados; se hizo odioso el partido clerical o *parti prêtre*; se erosionó la dinastía borbónica de la rama primogénita; cayeron en el descrédito los métodos y recursos arbitrarios de la reacción y el conservadurismo, y, por lo contrario, salieron reforzados los hombres de la clase media, que habían sostenido la larga batalla no solamente con ingenio, elocuencia y constancia (cosas de las que tampoco la otra parte, en su adhesión al pasado, estaba desprovista), sino también con aquella consciencia de estar expresando una necesidad de los tiempos, que ciñe el ánimo de fortaleza, le da confianza, persistencia y valentía. «Ayúdate, que el cielo te ayudará» era el título de una de las sociedades de jóvenes liberales entonces activas, dirigida por Guizot.

También en los países donde las restauraciones habían mantenido firmemente su sistema de gobierno o abatido los regímenes constitucionales revolucionarios que se habían instituido, el proceso, que era el de las cosas mismas, avanzaba en progresión irrefrenable, incluso si no aparecía ante la mirada o se creyera haberlo interrumpido y apagado. En Italia, sometida a su directa vigilancia, Austria con su ejército había destruido la libertad constitucional que Nápoles se había otorgado; había colaborado en reprimir la parecida revolución del Piamonte, dispersado y castigado severamente las conspiraciones carbonarias de la Lombardía y el Véneto; había dado impulso y garantías al papa y a otros príncipes menores para el logro de efectos similares y había establecido por doquier una especie de terror, que no podía ser paz, dado que es imposible construir sobre el miedo un estilo de vida tranquilo y confiado, pero tampoco generaba, salvo en ocasiones, desesperación y humillación, como ocurre, por otra parte, con estos sentimientos, que en el hombre no duran, aunque duran en

las bestias sometidas bajo el látigo y la mirada del domador. Continuaciones o intentadas reconstrucciones de sectas, conjuras, llamaradas de insurrección, por más que fuesen débiles y se vieran prestamente sofocadas, daban indicios del hervor que bullía en el subsuelo. Pero más activa y eficaz era la labor de los intelectuales, porque se dirigía a lo general y sustancial. Desde todos los rincones de Italia habían partido hacia el exilio y se refugiaban en Inglaterra, en Francia, en Bélgica y donde pudiesen, hombres valientes y animosos, cultos y capaces, cargados de fe, que formaban una Italia fuera de Italia y enviaban combatientes por la libertad a España, Grecia, América, Polonia; entre ellos, junto a Byron, ha quedado en la memoria como representante de todos los italianos Santorre di Santarosa, que cayó combatiendo en Sfacteria. Y esos exiliados, que eran el menor número, junto con el mayor número de sus compañeros de fe que habían permanecido en Italia, vejados por los gobiernos y sus policías, se preparaban nuevamente para los acontecimientos, y, reflexionando sobre las anteriores fortunas y alimentándose de aquellas amargas experiencias, meditaban conceptos mejores y se disponían a utilizar formas de acción más apropiadas. Los disturbios constitucionales napolitanos de 1820 y 1821, y también los del Piamonte, aunque en ellos se agitase la antorcha de la libertad, no habían sido conmociones desde lo más hondo, es decir para renovar el ánimo por entero: propiciados, especialmente el primero, por oficiales de las guerras napoleónicas, mortificados, disconformes e incluso inquietos por su suerte, y por propietarios similarmente inseguros sobre la conservación de las posesiones de reciente adquisición; llevados a cabo por una red sectaria que malamente ocupaba el sitio del consenso moral y del acuerdo entre los mejores hombres, intérpretes de las necesidades de su pueblo; no acompañado de sabiduría política a causa de una ideológica prescindencia de la situación internacional y de las fuerzas políticas efectivas. Había, por lo tanto, un gran trabajo a realizar para la educación de la juventud italiana, trabajo difícil porque tenía que realizarse entre las sospechas, impedimentos y prohibiciones que provenían de arriba, y por ello con muchas cautelas. Se mostraba ahora, nítida como no lo había sido anteriormente o no generalmente conocida, la verdad de que la condición para una vida libre y de cívico progreso, en todos los rincones de Italia, era quitarse de encima aquel dominio austríaco, no sólo extranjero sino intrínsecamente iliberal; y por eso era necesario que la educación política fuese conjuntamente educación nacional e italiana, y que a través de ella se adquiriese conciencia de toda la historia italiana y de su línea de desarrollo. Y se abrieron nuevas sendas y se empezó a recorrerlas, sendas antes ni siquiera imaginadas; y se echó entonces la semilla del catolicismo liberal de Italia, dirigido a la independencia nacional y a la libertad, que agitaba el recuerdo de los pontífices de la Edad Media que defendieron la latinidad contra los longobardos y que se unieron en liga con las comunas contra los emperadores alemanes: recuerdos y enlaces de hechos sumamente importantes en un país católico como Italia, porque fueron adquiriendo para el liberalismo amplios sectores de la sociedad que antes le

eran hostiles, lo libraron de la sospecha de antirreligioso y anticristiano, es decir, de ser volteriano y materialista, y le permitieron introducirse y crecer en áreas donde, sin aquella conciliación con el catolicismo, no habría penetrado fácilmente.

Por otra parte, los mismos regímenes absolutistas no se apoyaban ni en el sometimiento a Austria, con la que rivalizaban en asuntos territoriales, y, en todo caso, celosos de su propia independencia, ni en la reacción, a la que antes se habían aferrado, porque no podían menos que gobernar y, a la larga, eso no era posible si la participación de los hombres capaces, que ciertamente no se contaban entre los retrógrados; y por eso aguardaban el momento de aflojar las riendas, de conceder amnistías, abrir las puertas a los exiliados, llevar a cabo las reformas que se deseaban y obras cívicas, así como dar pruebas de buenas intenciones y buena voluntad; y si a tanto no sabían o no pudieron decidirse reyes como Carlos Félix de Cerdeña y Francisco de las dos Sicilias, había esperanzas de que lo hiciesen sus herederos y sucesores. En algún lugar de Italia se respiraba: en la Toscana, porque el gobierno de la casa de Lorena era razonable y benigno; y allí no solamente se establecieron exiliados de otros Estados italianos, y acordaron sus sentimientos y pensamientos, sino que se publicó durante varios años una revista, *Antologia*, que fue continuación de la lombarda *Conciliatore* y en la que confluían como en una tertulia muchos nobles intelectos. Austria la hizo suprimir, pero ya había ejercido su eficacia benéfica y producido sus frutos.

España había fundado por primera vez su orden constitucional en pleno desarrollo de la guerra nacional por sus reyes y contra los franceses, con la constitución que se había jurado en Cádiz en marzo de 1812, que establecía una cámara única, en parte por la persistente tradición de las antiguas *Cortes* y en parte por el ejemplo francés de 1791, y que posteriormente los carbonarios de Nápoles adoptaron sin conocer bien su origen ni su índole. Paralelamente, Sicilia, que también estaba en guerra contra los franceses, en aquel mismo año 1812 había establecido una constitución, en parte enlazando con la tradición de su antiguo parlamento, y en parte siguiendo el ejemplo inglés, con la ayuda y casi protectorado de Inglaterra: la primera, la española, formalmente anulada por el rey borbónico que volvía a subir al trono del que anteriormente había desertado y que su pueblo había defendido; y la segunda, anulada de hecho por el otro rey borbónico cuando pudo regresar a su capital napolitana. Una y otra habían venido al mundo demasiado repentinamente; y en España, si el sentimiento nacional vivía fortísimo desde hacía siglos y recientemente había demostrado de manera admirable esa vitalidad, padecía carencia de pensamiento y cultura modernos (ya que la vieja cultura y la ciencia españolas habían concluido en el siglo XVIII con la expulsión de los jesuitas) y faltaba la forma moderna de la nacionalidad; de manera que puede decirse que la nacionalidad era instintiva y la constitución liberal abstracta, y la mayor parte del país no la entendía ni sabía qué hacer con ella. Sin embargo, como para Sicilia, que siempre recordó su constitución y se esforzó por recuperarla, así para España la constitución de 1812, por improvisada

que fuese, indicó un comienzo, el de su formarse como pueblo nuevo. La proclamación de Cádiz se había visto seguida por la abolición del Santo Oficio de la Inquisición, supresiones de conventos, repartos de haciendas públicas, reducción de los bienes de la Corona, sumisión de todas las clases de ciudadanos al impuesto y parecidas disposiciones; y el rey, Fernando VII, anulándola, no pudo lograr que lo ocurrido no hubiese ocurrido, por lo menos en los ánimos; no extinguió las necesidades que en ella se habían manifestado ni supo darles, por otras vías, una satisfacción, aunque fuese temporal y provisoria. En vano decretaba, en 1816, que se consideraban borrados los dos partidos contrapuestos y hasta que debían desaparecer del uso las palabras «*liberal*» y «*servil*»: que no son éstas cosas que puedan efectuarse por decretos. Su gobierno, uno de los peores y más torpes entre los de las restauraciones, manejado por una famosa «*camarilla*» de curas, frailes, bufones y baja servidumbre, restableció el Santo Oficio, llamó de vuelta a los jesuitas, restableció conventos, eximió nuevamente al clero de los impuestos, encarceló a personajes que habían servido bajo el rey francés y también a algunos que habían participado en las *Cortes* de Cádiz, y ofendió a la fe pública despojando a aquellos que habían adquirido bienes de procedencia eclesiástica. Que era todo lo que hacía falta para preparar una revolución, y, efectivamente, en la católica España, como en Francia bajo la presión del *parti prêtre*, volvieron a ser actuales y fueron ávidamente leídos los libros de Voltaire, de los enciclopedistas y de otros publicistas y polemistas franceses. E impacientes y agitados miraban a los hombres de acción, a los militares que, combatiendo por el honor y la independencia de la vieja España, se habían llenado de elevación espiritual y refulgentes esperanzas, y ahora veían cómo tras aquella epopeya venía tan mala prosa; y ellos, que vivían en inhabituales estrecheces económicas, fueron, en España como en otros sitios, el material inflamable, el elemento dispuesto a tender una mano a las revueltas. La revuelta, en España, estalló en 1820, por un movimiento de militares que proclamó la Constitución de 1812; y ésta se restableció y fue jurada por el rey algunos meses después: se reunieron las *Cortes* y España no encontró tranquilidad durante más de tres años y medio, entre la hostilidad del clero, de los absolutistas, de su rey, de las potencias europeas y del papa, la indisciplina de los militares, los excesos demagógicos, la inmadurez de los hombres del régimen constitucional, hasta que la intervención francesa puso término a esa desordenada agitación. Pero la horrible reacción que siguió, yendo contra natura, es decir, contra la historia, no sólo llevó a amar aquello que por breve tiempo se había poseído, sino que terminó por poner en situación de embarazo, dificultades y malos trances al mismo rey que la había efectuado, que se vio a merced de una facción, desbordado y bajo el mando de los ultrarrealistas, de los «apostólicos» de los «carlistas» (como se llamaban, por el nombre de su hermano, símbolo de oscurantismo), y fieramente enfrentado también en la ley de sucesión que había publicado a favor de la hija que había tenido de su último matrimonio. Y, sintiendo la falta de aquellas fuerzas de oposición mediante las cuales se restablece el equilibrio y

se gobierna, tuvo que pensar en precaverse contra los sostenedores del absolutismo y estudiar la toma de algunas disposiciones de justicia, y, por último, él mismo no considerar ya del todo absurdas las ideas constitucionales y entrever que algo de bueno tenían: sentimiento de su propio interés que se actualizó en la joven reina y pronto regente María Cristina. Por análogas peripecias pasó el limítrofe Portugal, desde los pronunciamientos llevados a cabo por oficiales y liberales para conseguir las *Cortes*, hasta el derribamiento del régimen constitucional por obra del hermano del rey, don Miguel, aclamado por las plebes, y el desquite liberal por la obra contraria de don Pedro, todo ello entrelazado con un asunto de sucesión entre la línea femenina y la masculina. Mientras ocurrían estos acontecimientos se produjo la independencia de Brasil, de forma parecida a como había ocurrido en las colonias españolas: independencias a las que el absolutismo por escasez de fuerzas, y asimismo el liberalismo por razones de lógica coherencia, no pudieron válidamente oponerse y a las que tuvieron que adaptarse.

Discontinua y débil fue, sin duda, la formación liberal de Alemania, por no hablar de Austria, toda ella corte, ejército, burocracia y amor a la vida plácida. La razón ha de remontarse a lo que ya hemos insinuado sobre la Reforma y el luteranismo, que con el libre examen y la recobrada intimidad de la conciencia habían sido precursores de la libre indagación, la crítica y la filosofía, pero al mismo tiempo habían establecido el culto al príncipe y al Estado, dejando a las dos distintas formas de actividad, la especulativa y la política, en una especie de dualismo, respetuosas la una de la otra y sin estrecha relación y vivaz intercambio entre sí. El liberalismo, su inquietud y revoluciones —decía Hegel, y se puede estar de acuerdo con su observación sin estar de acuerdo con el juicio reprobatorio y despectivo— son una calamidad de los pueblos que no han tenido, como Alemania, una revolución luterana; y él creía que, tras la ya ocurrida restauración del bien ordenado Estado prusiano, no había nada más que hacer en política y convenía volver a la interioridad, al reino de Dios, a filosofar. La que en Alemania se llamaba libertad interior era amplísima, y, al no chocar con obstáculos políticos, no se veía obligada a convertirse en acción política para tutelarse a sí misma. La acción política se aceptaba ya totalmente realizada por el príncipe y sus empleados, prestándosele tan sólo obediencia y cooperación a fuer de buenos súbditos; y el pensamiento avanzaba intrépido por su camino, sin percatarse de que su no chocar con obstáculos políticos era también un no querer o no saber chocar con ellos, a causa del límite y obsecuencia aceptados: la filosofía alemana no conoció martirios, como, por ejemplo, la italiana, que a ellos debe su escudo gentilicio. Y tampoco se percataba de que de aquella aceptada separación y abstención le provenía a la ciencia alemana todo lo que de académico y escolástico, pedantesco y pesado, poco concreto y poco práctico le achacaban los demás pueblos, en su contenido y en su forma, y ponía impedimentos a su difusión europea, posteriormente sólo en parte vencidos por haberse comprendido la profundidad e importancia de algunos entre sus conceptos, y por la buena voluntad

y la labor de quienes se dieron a traducirlos, aclararlos, desarrollarlos y detallarlos. Uno que otro forastero oyó con asombro las argumentaciones de doctos alemanes contra la libertad de pensamiento, razonadas no en torno a motivos políticos sino sobre los riesgos que ésta, junto con el periodismo que consigo llevaba, haría correr a la severa ciencia, cuyo pudor habría comprometido. Realmente en aquellos doctos vivía el pedante Wagner, en el corazón de ellos, y allí el poeta lo había encontrado escuchando sus palabras, observando sus costumbres, y se había regocijado y dado regocijo con la risa y las sonrisas. Y el Estado, por su parte, no se daba cuenta de lo que perdía en ágil vigor con súbditos tan sumisos y devotos, que tanto se abstenían de las rencillas políticas; prestaba atención a su propia defensa y a su buena administración, a la burocracia y al ejército, de tal suerte que, cuando un historiador alemán que ha sido uno de los últimos y más fervientes representantes de aquel concepto estatal, quiere expresar lo que la humanidad y la civilización deben a Prusia, ensalza la ley del 3 de septiembre de 1814 sobre el servicio militar obligatorio, como «una de las acciones legislativas que marcan una época y hacen comprender en qué consiste verdaderamente la historia» (casi como si esa misma ley hubiese podido nacer sin el antecedente de la Revolución francesa y su reclutamiento, y, por tanto, del pensamiento democrático). Pero, si entre la libertad interior y la exterior, entre la teoría y la práctica, no había comunicación y tránsito adecuados, también una especial manifestación de libertad, que en aquel entonces se abrió camino, avanzó en cierto sentido desunida y por su cuenta: el ímpetu nacional, el sentimiento de la individualidad germánica y la voluntad de darle potencia en el mundo o acrecentarla. Este ímpetu perturbó a veces la serenidad de la ciencia alemana y de la literatura, contaminando a la una de una pasión ajena y a la otra de espíritu tendencioso; acarreó otras veces embarazo y temores a los demás Estados y gobiernos; pero no se fusionó, o muy rara vez y de manera inestable, con el ideal de la libertad política, tal como hubiera sido según la naturaleza de las cosas y como ocurría entre otros pueblos que no habían subido, como el germánico, a las más elevadas cimas de la especulación, y que no podían ostentar, como éste, sólidas instituciones militares, pero que, en lugar de estas últimas, poseían un concepto de la realidad y de la vida más simple, límpido y coherente. Por eso se dijo que, mientras el patriotismo ampliaba el aliento de todos los demás pueblos, a los alemanes se lo estrechaba y volvía mezquino, y les precluía la comprensión y la simpatía. En verdad, incluso en su interesarse por los demás pueblos, reflejaban sus propias tendencias o imaginaciones: de manera que el filohelenismo alemán, a diferencia del inglés, francés o italiano, no se dirigió tanto a los griegos de la realidad presente, como a la Hélade y a los jonios y dorios que la filología clásica había construido; y en Italia no vieron a los hombres del *Risorgimento*, sino que se entretuvieron en buscar, entre las ruinas de los monumentos y las costumbres de las clases populares, los vestigios de los antiguos romanos y paganos, y en observarlos con satisfacción de arqueólogos e incluso admirarlos como persistencias de la estirpe, la que fuese. La restauración, y el



príncipe de Metternich que la tutelaba y dirigía en Austria, en toda Alemania y en la misma Prusia, allí chocaron, no propiamente y en primera línea con los liberales, sino con esos enardecidos patriotas y nacionalistas que habían acuñado la palabra «*Deutschheit*», que se regodeaban en la insipidez y en la rudeza, de quienes los forasteros, al observarlos, notaban con asombro el furor y la manía que parecía haberlos poseído y que se bautizó como «germanomanía». Un joven liberal italiano, poeta y goethiano, Alessandro Poerio, que fue a Alemania en 1825 con mente ávida y corazón generoso, lleno de afecto hacia el pensamiento y la poesía de Alemania, al contacto con los fanáticos estudiantes del lugar se echó atrás, ofendido, entre el desdén y el disgusto. Los gobiernos de la restauración reprimieron aquel movimiento, castigaron sus manifestaciones, suspendieron o prohibieron sus periódicos, persiguieron y encarcelaron a sus cabecillas, sin excluir a alguno de aquellos que habían sido los propios oradores y héroes de la guerra de liberación; ya sea porque, incluso en esa forma desabrida y aberrante, percibían el aura, para ellos adversa, de los nuevos tiempos, sea porque el problema efectivo, que estaba en el fondo de aquel hervor, el problema de la unidad germánica, amenazaba todo el ordenamiento fatigosamente elaborado en el congreso de Viena y no podía resolverse sino con una guerra entre los Estados alemanes, a la que entonces ninguno de ellos se habría arriesgado. En aquel problema, y en la propia guerra inevitable que llevaba consigo, los agitadores, que no lo relacionaban con el problema de la libertad política, no servían para señalar una dirección segura; y se extendían y envolvían en ideas vagas y confusas, arquitectando muchos de ellos algo aproximadamente similar al Sacro Imperio Romano, y, dado que la semieslava y reciente Prusia mal se adaptaba como centro o remate de dicho edificio, miraban hacia la vieja Austria, que durante siglos había sido la sede de aquel imperio, mientras otros miraban hacia los Estados germánicos meridionales, que se consideraron más cabalmente tudescos, «alemanes», a diferencia de los nórdicos «prusianos». Lo más concreto que se logró entonces en este sentido no fue obra de ellos, sino principalmente de Prusia: la unión aduanera germánica, ciertamente una premisa y una promesa de unidad estatal, y notable paso en esa dirección. Con todo ello, incluso aquel perezoso organismo político empezaba a verse recorrer por respingos de libertad; y, por poca cosa que fuesen los parlamentos reformados o instituidos después de 1815, dóciles, cargados de burocracia, disueltos a la primera señal de resistencia los de Baviera, Württemberg y Baden (el rey de Prusia no dio la esperada y prometida constitución), junto con otros, minúsculos y a veces risibles, todos ellos constantemente hostilizados por la Dieta federal y por Austria, que la presidía y, de habersele dado la ocasión, los habría borrado del suelo alemán; por inexperto que fuese el periodismo político, ejercido por profesores y hombres de ciencia, siempre bajo sospecha y vigilado de cerca, en ocasiones puesto en penitencia o directamente suprimido, como ocurrió, entre otras razones, por efecto de las deliberaciones de Karlsbad de 1819; sin embargo, incluso así como eran, su presencia significaba la imposibilidad de excluir totalmente esa

clase de ordenamientos y de poner impedimento por completo a las necesidades que en ellos se manifestaban y que progresivamente los vigorizarían y ampliarían. En las uniones de los jóvenes nacionalistas el impetuoso teutonismo se entremezclaba con el odio a la tiranía y la martilleante pasión por toda clase de libertad; que era, a decir verdad, un estado de ánimo un poco anticuado, propio del *Sturm und Drang*, o (como diríamos los italianos) «*alfieriano*»,<sup>[2]</sup> más libertario que liberal, y, sin embargo, era una vida de sentimientos de la que podía nacer una vida política. Por otra parte, en las esferas doctrinales y en las publicaciones se empezaba a ilustrar e inculcar un concepto de libertad más práctico y político; y si algunos aspiraban a instituciones a la manera inglesa, entre medievales y modernas, con autonomías locales, privilegios feudales y representación de los estados o clases —cosa que hubiera llevado a Alemania a recorrer nuevamente, en el siglo XIX, el desarrollo de las instituciones inglesas, precisamente cuando en Inglaterra dicho desarrollo llegaba a una crisis de racionalización—, otros, en cambio, preferían los ejemplos franceses, aunque también aquí no sin algún retraso, recordando la constitución de 1791 y no viendo, o no acompañando con toda el alma, la fecunda lucha constitucional de la Francia de aquellos días. Las poblaciones renanas y las de Alemania meridional, que habían tenido las reformas y conocido la administración francesa, no ocultaban su amor por Francia y por su estilo de vida, y en ocasiones se atrevieron a exhortar a la «conquista de los derechos neolatinos», con horror y escándalo de los teutones, y se profesaban tan «liberales» como «feudales» eran los prusianos, y (ésta era la consecuencia de haber dividido el movimiento nacional del liberal) desconfiaban de la unidad geométrica por aversión a Austria o a Prusia, ambas diversamente pero parejamente iliberales. Polonia, entre tanto, experimentaba en sí misma la prueba de la inconciliabilidad entre régimen constitucional y dependencia nacional, con su dieta que el emperador de Rusia había concedido pero cuyas sesiones suspendía durante años, además de prohibir que los debates fuesen públicos, y con sus otras libertades, que, según las ocasiones, ora se gozaban y ora se suspendían, restringían o abolían. Pero, dado que no se resignaba ni se acomodaba a esa suerte y siempre tendía a la independencia y a una vida propia de libertad asegurada, Polonia, que había recibido fuerte influencia, primero de la cultura italiana y después de la francesa, pertenecía a Europa, pese a su singular y atrasada composición social, y los pueblos de Europa sufrían por ella, participando en sus desventuras y en sus esperanzas y asimilándolas a las suyas propias, ciertamente no sin algún grado de ilusión. En cambio, aún no se podía decir que Rusia perteneciese a Europa, pese a todo lo que el zarismo había imitado del absolutismo europeo en las instituciones administrativas y militares, al variado diletantismo europeo de su aristocracia, a ciertas imitaciones de las sectas europeas entre los oficiales y al generoso pero descabellado intento de 1825, llamado de los «decembristas», en el que los regimientos de la guardia, al mando de oficiales conjurados aristocráticos e idealistas, aclamaron la «constitución» creyendo, como es sabido, que era el nombre de la esposa del gran duque Constantino. También el

«paneslavismo» de los reaccionarios, del que entonces se sentaron algunas premisas ideales y sentimentales, nació del romanticismo europeo y particularmente de las «filosofías de la historia» germánicas, de las que fue imitación y casi parodia.

Un sostenedor del absolutismo que hubiese pasado reseña a los pueblos de Europa en los años inmediatamente anteriores a 1830, aquellos pueblos que parecían sonreír a sus ideales con mayor alegría, cuando las revoluciones constitucionales habían sido domadas y Austria, y, para ésta, su príncipe de Metternich dominaba a Alemania e Italia, y reinaban Fernando VII en España, don Miguel en Portugal, Carlos Félix en Cerdeña, Francisco I en las dos Sicilias, Nicolás I en Rusia, y en Francia gobernaba el príncipe de Polignac, difícilmente habría podido obtener de todo ello motivo de satisfacción, de júbilo y argumento de tranquilidad. Una voz íntima le susurraba que no se había hecho todo, y que por eso no se había hecho nada: la restauración había mantenido sus posiciones, pero el espíritu europeo no había cambiado. Metternich confesaba, refiriéndose a aquel tiempo, que la opinión pública estaba contra él y contra el partido que él representaba; y que sus victorias eran vistas como delitos, sus conceptos como errores y sus proyectos como locuras. Chateaubriand, al visitar Italia en 1829, esa Italia ceñida y cercada por toda clase de gruesas y finas cadenas, juzgaba que estaba «madura para una revolución». ¿Y qué era luego ese extraño acalorarse por pueblos extranjeros y lejanos, y la idealización, a la que todos con ahínco aportaban su participación, de los griegos tan bandoleros y piratas, bárbaros y crueles como los turcos (como a veces no se podía dejar de advertir)? ¿Y qué era la otra asombrosa transformación idealizadora, la admiración, el fanatismo, la añoranza, la emoción que en todos los países se observaba por Napoleón, por aquel déspota opresor de libertades, ahora convertido, no solamente en el ánimo de los jóvenes, sino en el de aquellos que lo habían visto actuar, casi en un héroe de la libertad o en alguien que habría regalado a los pueblos, entre tantas otras cosas útiles y grandes, también la libertad? Y frente a todo eso, ¿qué era la aversión hacia las figuras paternas de los legítimos soberanos, y la frialdad hacia las otras, las de los valerosos capitanes que habían derrotado al aventurero corso, los Wellington y los Blücher? ¿Por qué el vencido había sido elevado a los altares y los vencedores dejados de lado, sino por el recuerdo de que aquel hombre, con sus armas, había rejuvenecido a Europa, derramado heroísmo en los corazones, sacudido y derribado costumbres e instituciones que ya no se habría debido ni siquiera pensar en restaurar y que, después de él, convenía pisotear para progresar hacia nuevas formas, de las que se veía en él, y no en las monarquías restauradas, el precedente, y dicho precedente se volvía, por virtud de la imaginación, una promesa o directamente un comienzo?

La vida intelectual, por otra parte, hervía toda ella en los hombres y en los círculos liberales, porque, como ya hemos dicho, la mayor, más directa y sistemática oposición, la católica, además de su filosofía, teología y apologética de seminario, no exhibía sino invectivas, súplicas y refutaciones acerca de los «errores del siglo». Uno

que otro pensador no desprovisto de temperamento, que le provino del mundo laico, le sirvió, al principio, para determinadas finalidades ocasionales, pero no entró a formar parte de su tradición ni incrementó el cuerpo de sus doctrinas. Así, por ejemplo, José de Maistre y Haller, que, por otra parte, no son notables: el primero por la doctrina del Papa soberano absolutísimo por encima de todos los soberanos absolutos de la Tierra, y el segundo por la anacrónica recuperación del concepto patrimonial del Estado, aunque el uno y el otro sí lo fueron por la crítica que realizaron de ciertos aspectos del jusnaturalismo y de la doctrina del contrato social del siglo XVIII, por haber devuelto autoridad a los hechos y a la historia, a la fuerza que genera los Estados, a la providencia que educa a los pueblos suscitando con dicha finalidad las revoluciones y todos los horrores; puntos doctrinales en los que coincidían con las análogas manifestaciones y teorías de los liberales, a veces anticipadamente, por lo que entre éstos, acaso más que entre los clericales, tuvieron lectores y estudiosos, que condujeron a mejor significado y entendieron con mayor objetividad y plenitud sus doctrinas tendenciosas y unilaterales. En aquel tiempo, por obra de Madame de Staël, de algunos emigrados franceses y de otros intermediarios, en todos los rincones de Europa adquirieron reputación la filosofía, la historiografía y la estética de los alemanes, así como la literatura y poesía del mismo pueblo, también cargada de ideas y problemas filosóficos: Kant, Fichte, Schelling, Hegel, como así también Juan Müller, Niebuhr y Savigny fueron traducidos o variadamente expuestos, resumidos y comentados; se leyeron y se volvieron populares las tragedias de Schiller y se empezó a saborear el difícil *Faust*, y conjuntamente se formó, por primera vez en los países neolatinos, el culto de Shakespeare, y se trasplantó a Francia y a otros sitios el conocimiento de los poetas de todos los pueblos y de todos los tiempos, invocado con el nombre de *Weltliteratur*; y verdaderamente fue aquélla la gran edad europea del germanismo, mucho mejor y mucho más de lo que lo había sido la otra, la de las invasiones bárbaras, cuando, por más que de ello se fabulase posteriormente, los germánicos no pudieron aportar muchas cosas de mérito y valor, y tuvieron que dejarse instruir y pulir en la escuela de Bizancio y Roma. Aquel pensamiento germánico que recogía la herencia de la Reforma y del humanismo, se remontaba de Roma a la Hélade y ahora de la Hélade a los indoeuropeos y al antiquísimo Oriente, para volver a bajar, con amplia mirada, al conocimiento del mundo moderno, daba, como ya hemos apuntado, la sólida base especulativa e histórica para el edificio de la libertad, pese a que muchos de sus autores y cultores nacionales pusieran sobre esa base viejos y mal restaurados ídolos políticos o estatales, y, sobre todo, el del conservadurismo, y pese a que la mayoría no pusiese nada, considerándola acabada en sí misma, extremo de llegada, inerte doctrina y contemplación. Pero que en su ser intrínseco ese pensamiento fuese progresivo, y asimismo revolucionario, quedaba inconscientemente confesado por el paralelismo que Fichte, Hegel y otros con ellos colocaron entre las dos revoluciones, la política de los franceses, y, contemporáneamente, la mental de los alemanes: paralelismo que, no pudiendo

mantenerse como tal, lógicamente llevaba a la consecuencia, no vista o eludida o silenciada, de que así como del racionalismo abstracto había nacido la revolución jacobina, del nuevo y concreto racionalismo o idealismo había de nacer otra, con otro espíritu y otro ritmo, y tal vez estaba ya en acción. En Francia, efectivamente, que por aquel entonces acogió ampliamente el pensamiento germánico, y en Italia, que por medio de ésta y después directamente se valió y se enriqueció con dicho pensamiento, se extrajo la consecuencia; y aquellos filósofos e historiadores que en Alemania eran conservadores e incluso reaccionarios, en los otros países cogieron, si no precisamente el gorro frigio, ciertamente las enseñas de la libertad, erigidos, por lo que habían pensado, en maestros de aquello mismo que no habían querido y que habían rechazado en la práctica. Esta fusión del pensamiento especulativo y la práctica política confiere eficacia histórica a hombres como Cousin, aunque haya de admitirse que en él la fusión no se produjo por profundización crítica y vía especulativa, dado que era débil filósofo, sino por las condiciones mismas del diverso ambiente, e incluso que en ello hubiese algún malentendido. Palabras como éstas que pronunciaba Cousin en sus lecciones, arrebatando de entusiasmo a su auditorio de jóvenes franceses, y que son más o menos las mismas de Hegel: «La historia, en su principio como en su finalidad, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra quien le pone cepos, la liberación del espíritu, el reino del alma, y el día en que la libertad desapareciese del mundo sería también el de la detención de la historia», resonaban y obraban de distinta manera en Francia que en Alemania; de ahí que Heine bromease sobre la «providencial ignorancia» de Cousin, saludable para los franceses, quienes (explicaba), si verdaderamente hubiesen conocido y entendido la filosofía germánica, no habrían llevado a cabo la revolución de julio: broma, por otra parte, porque no iba al fondo de aquella lógica objetiva que, más allá de las imaginaciones de los individuos, lleva a donde tiene que llevar. Así también se entiende cómo desde Alemania proviniesen conjuntamente corrientes y aspectos del pensamiento que el absolutismo y el catolicismo saludaban como fuerzas aliadas, y otros o los mismos pensamientos que después éstos lamentaban como perniciosa obra corruptora ejercida por la mente germánica en los países católicos. Al pensamiento germánico, y a su eficacia inmediata o variadamente mediata, se debía principalmente el nuevo rumbo de los estudios históricos, y a la levadura de la libertad su acrecentarse por todas partes, tras haberse quedado del todo estériles durante la edad del despotismo napoleónico, porque solamente quien tiene esperanzas y trabaja para el porvenir mira hacia atrás, cauteloso en lo que proyecta y quiere, consciente de su responsabilidad, y tan sólo la patria por la que se trabaja o de la que se participa con la ansiedad del deseo es la que se ama, y, dado que su persona es su vida histórica, se indaga la historia de esa patria. En Francia, durante aquellos quince años, Augustin Thierry publicaba sus cartas sobre la historia de Francia, y su historia de la conquista de Inglaterra por los normandos, y su hermano Amadeo la historia de los galos antes de la dominación romana, y Thiers y Mignet las suyas de la Revolución francesa,

Guizot las de los orígenes del gobierno representativo y de la civilización en Francia y en Europa, relacionando expresamente el pasado con el presente, y la otra historia de la revolución inglesa, es decir, de la primera gran revolución liberal; Quinet traducía la obra de Herder sobre la humanidad, Michelet la *Scienza Nuova* de Vico y componía los ensayos sobre la filosofía de la historia y sobre la edad moderna; Cousin, Villemain y Sainte-Beuve redactaban sus primeros trabajos de historia filosófica y literaria. Igualmente en Italia, donde ya se habían leído mucho las *Repubbliche italiane* de Sismondi y prestado atención a las advertencias que concluían esa relación; Manzoni y Troya investigaban la historia longobarda y los orígenes del pueblo italiano, e innumerables otros los acompañaron y siguieron diligentes por ese camino; y se honró a Vico, a sus especulaciones e interpretaciones; y en Inglaterra se veía en Hallam, en cierto sentido, la transición entre la historiografía del siglo XVIII y la del XIX, y allí se introducían entre los eruditos los métodos que habían elaborado los filólogos alemanes; y Grote emprendía su reconstrucción de la historia griega, y Macaulay escribía sus primeros ensayos en la *Revista de Edimburgo*. Ésta era la ciencia del nuevo siglo, como pronto se notó y divulgó, mientras que la del siglo anterior había sido la física: lo que no quiere decir que la física y las demás ciencias de la naturaleza se dejasen de lado y no recibiesen impulso, y asimismo que no sintiesen la virtud del pensamiento histórico, como se vio en las doctrinas de Lamarck, y, sobre todo, que se desconociese su función baconiana para incrementar la potencia de la actividad humana; dado que, en aquellos años, las aplicaciones industriales, y, especialmente, los nuevos medios de transporte y de comunicación, fueron señal de fervoroso interés y de aladas esperanzas, casi a la par de los problemas y de los ideales políticos, también aquéllos como maneras de ampliar la humanidad: tanto es así que Byron decía, en su *Don Juan*, que por entonces el género humano parecía estar totalmente absorbido y arrebatado por la reflexión «*on constitutions and stream-boats of vapour*», sobre constituciones y barcos a vapor. En el «*Conciliatore*», nuestros<sup>[3]</sup> primeros liberales o carbonarios no sólo trataron argumentos de literatura, historia y filosofía, sino, como Confalonieri, se ocuparon de máquinas y de navegación fluvial a vapor, sin perder de vista los progresos que en estos sectores se llevaban a cabo en Inglaterra.

Parecidos estremecimientos de libertad recorrían toda la literatura; y entendemos por tal, como aquí se debe, no solamente las obras genialmente poéticas (y éstas, más aún, sólo en algunos de sus aspectos, porque, precisamente por su elevado carácter de cosas bellas, mal se prestan para manifestar, y luego documentar, tendencias históricas), sino el conjunto de las obras, poéticas y no poéticas, de efusión, confesión, imaginación, exhortación y entretenimiento. El que reinó entonces sobre las imaginaciones fue Byron, fogoso declamador y de alegre discurrir, polemizar, satirizar y motejar, con escasas chispas de poesía propiamente dicha, pero siempre impetuoso y mordaz contra toda ralea de tiranos: aborrecedor de los conservadores ingleses, de curas, militares y guerras, dado que no admitía otras guerras que por la

libertad ni otros guerreros que no fuesen los Leónidas y los Washington. Amor furioso por la libertad hay también en sus figuraciones de corsarios y aventureros, gentes desamparadas y hombres reos de culpas y delitos, como lo hubo posteriormente en las muchas otras de género similar que durante un siglo proporcionaron héroes y protagonistas a dramas, novelas y poemas: bandidos de gran corazón, homicidas por virtud, mujeres que proclaman los derechos de la pasión y rompen la fe marital, cortesanas que se purifican en el amor y que por amor saben morir, bufones de profundo sentir que de pronto exhiben su íntima tragedia, disolutos geniales y así por el estilo. Figuras que han sido ásperamente censuradas como incoherentes, absurdas y moralmente monstruosas, casi como si fuesen personas de carne y hueso, en tanto que, al ser criaturas del sentimiento, hay que buscar tan sólo los sentimientos que las generan, entre los cuales no se puede negar que se contase, junto con otros menos dignos o directamente malsanos y habitualmente por encima de éstos, aquel amor que hemos dicho, tan violento como para deformar los objetos a los que se dirigía, tan revoltoso contra las leyes inicuas como para revolverse también contra las buenas y santas, tan enceguecido en su furioso anhelo, como para no darse cuenta de estar abrazando conjuntamente a veces, y de envolver en el mismo deseo, cosas esencialmente contradictorias entre sí. Hasta el cándido Silvio Pellico dibujaba entonces el personaje, que tuvo prolongada progenie, del adúltero-patriota, elevando a esta dignidad al dantesco amante de su propia cuñada, que se ofrecía a la admiración por la doble rebelión contra el sometimiento de Italia a los extranjeros y contra el pérfido vínculo que había enlazado a la gentil Francesca con el feo y rudo Gianciotto, por aquella doble y al mismo tiempo generosa pasión. El mismo místico matrimonio se celebraba entre el romanticismo de la tristeza y la desolación, del que Byron era asimismo uno de los más destacados representantes, y el noble sentimiento político; y eso ocurría especialmente en los románticos de los países latinos, distintos de los alemanes en la literatura como en la vida: en aquellos años estos últimos, tras haber pasado por las más afanosas insanias, se diluían mentalmente y perdían su fascinación, rodeados no ya solamente de críticos, sino de burladores y parodistas. Chateaubriand, que en ciertos sentimientos morbosos tenía afinidad con los alemanes, y por añadidura monárquico y legitimista, cuando se encontró ante la censura y demás opresiones del pensamiento tomó parte resueltamente por la libertad de prensa. Constant, que tenía la misma afinidad y nunca pudo dar paz y armonía a su vida afectiva, fue uno de los primeros, más finos y elocuentes propugnadores y teorizadores del sistema liberal. Ugo Foscolo, oprimido por la obsesión de la muerte y la disolución de las cosas en la tiniebla de la nada, salvaba, como únicas realidades, las que llamaba ilusiones: la belleza y el heroísmo; y no solamente fue viril su canto, sino que su vida fue de elevada inspiración y él la cerró con la revuelta contra la restauración austríaca y con el exilio voluntario. Giacomo Leopardi, que escarneció la civilización y el progreso, y consideró que era libre pensamiento sólo el que, libre de esos antojos, reconociera la desesperada nulidad del todo, pese a ello fue considerado

por sus jóvenes contemporáneos como un liberal a pesar suyo, no consciente de serlo; y tal vez era ésta, no tanto ilusión, como clarividencia por simpatía, y de todas maneras fue la conclusión que los jóvenes sacaron por su cuenta de aquel canto dolorido. Los románticos que no redimieron el desorden interior y se mantuvieron en el afanoso soñar, en aquel entonces eran pocos y no hallaron sucesión, ni siquiera en algún caso genial como el de Stendhal, al que no entendieron sus contemporáneos y cuyo arte, por momentos exquisito, no fue paladeado. Intenciones políticas conservadoras, o reaccionarias, o de monarquismo legitimista, había asimismo en novelistas y poetas que evocaban y adornaban la Edad Media, como Walter Scott, y, en los primeros años de la restauración, también entre algunos franceses y más tarde en Victor Hugo y Lamartine, muy jóvenes por aquel entonces; pero en estos jóvenes pronto fueron sustituidas por otras totalmente distintas; y las intenciones de Scott no se incorporaban a sus novelas y ciertamente, luego, no pasaron a sus lectores, que puede decirse eran entonces todos los que sabían leer: en esas obras, el mayor número de lectores, o los mejores, no obtenía otra cosa que un acrecentado interés y una especie de amorosa *pietas* por las costumbres y vicisitudes del pasado, admiración hacia los hombres valientes y las mujeres gentiles y simpatía por la gente sensata, bonachona y perspicaz. Purísima, entre heroica y melancólica, anhelosa y viril, se elevó la poesía de la patria, de la libertad y de la independencia nacional, en ánimos emocionados como el del italiano Giovanni Berchet. El catolicismo de Manzoni se casó con los mismos sentimientos; él y otros de su escuela pertenecen, a decir verdad, al ámbito liberal y no al católico o clerical, que, así como no produjo pensadores o los produjo heterodoxos o poco ortodoxos, no tuvo en Italia poetas ni escritores de algún peso.

Por lo tanto, desprovista de su elemento vivificador e incapaz de generar nuevas formas y hasta nuevas órdenes religiosas, tanto es así que no supo hacer cosa mejor que restablecer a los jesuitas que ella misma había abolido, la Iglesia católica no podía perseguir a sus adversarios en las altas esferas en que éstos se movían, y cada vez más se reducía a ser potencia prevalentemente política. En este aspecto, ciertamente no era pequeña ni desdeñable; al contrario, había adquirido posibilidades que antes le faltaban, modalidades de ataque y de defensa, capacidades de prestar servicios o infligir daños, y, en resumen, múltiples medios para negociar y arrancar concesiones y favores, y ganar lo que pudiese ganar. Revolución e Imperio, poniendo fin al galicanismo y a las iglesias nacionales, aboliendo el feudalismo eclesiástico y los privilegios del clero, y, con ello, las ligaduras que lo anudaban a las otras clases de la nación y a los soberanos temporales, mediatizando los territorios de los obispos-príncipes y llevando a cabo otras operaciones similares, mas no por ello aboliendo el catolicismo, inconscientemente habían coincidido en la generación de aquello que se llamó «ultramontanismo», habían encauzado el clero de los varios pueblos y Estados hacia Roma y puesto en manos del papa una nueva y mundana potencia. Con lo cual la Iglesia católica, ante todo y en los primeros tiempos, apoyó, apoyada por ellas, las



monarquías absolutas contra los conatos revolucionarios y liberales: esas monarquías que había considerado enemigas cuando representaban el Estado moderno en gestación, pero que ahora, al haberse vuelto conservadoras y por ello deprimiendo la vivacidad intelectual y moral, eran de su gusto, dado que, desde varios siglos en condiciones de inferioridad intelectual, experimentaba la misma necesidad y pasaba por la misma depresión. Así la Iglesia signó una serie de concordatos, en provecho propio y recuperando posiciones que había perdido en el siglo XVIII, incluso con aquella Nápoles que había sido la de Giannone, Tanucci y Caracciolo; alguno de tales concordatos fue señaladamente escandaloso, como el que estableció con Baviera. Así los jesuitas y criptojesuitas, y la congregación que instituyeron en Francia, sus tejemanajes con los *ultras* y las llamadas misiones de propaganda, penitencia y expiación, junto con los *Frères de la doctrine chrétienne*, obtuvieron para la Iglesia múltiples éxitos, y, durante algún tiempo, le supeditaron la enseñanza pública. Mucho peor les fue a otros países, como Italia, donde volvió a aparecer el cura junto al príncipe y sus ministros, a la censura política se añadió la episcopal y por todas partes se percibió un tufillo, mezcla de olor a sacristía y policía; por no hablar de España, donde el comportamiento de la Iglesia católica fue tan estólido en su aferrarse al pasado, como para que de las remanentes vísceras de aquella tierra irrumpiese un feroz anticlericalismo, muy extraño entre aquellas gentes y con aquellas tradiciones. Pero los acuerdos con los Estados, dado que eran políticos, ocultaban, como todas las transacciones de esa naturaleza, el desacuerdo y la hostilidad: y ya en varias ocasiones en Alemania se había intentado oponer a la curia romana una iglesia nacional alemana, y Prusia había tenido grandes conflictos con el papa y había recurrido a encarcelamientos y expulsiones de obispos y arzobispos; y en Austria, donde se prohibían los libros de escritores no ortodoxos y hasta la Biblia, perduraba, con el gobierno de Metternich, el «josefismo»;<sup>[4]</sup> y en Inglaterra una de las objeciones contra la emancipación de los católicos era que éstos dependían de un poder político extranjero; y entre los legitimistas franceses se levantó en 1826 la protesta del legitimista y feudal conde de Montlosier contra la alianza entre el trono y el altar, y contra las intrigas de los jesuitas. Contraria pero análoga protesta provino de un católico y sacerdote, Lamennais, quien, lanzando una grave reprobación contra la alianza de los católicos con las monarquías absolutas y sus intereses particulares, y reclamando al principio libertad para la Iglesia, tenía que concluir por indicar a ésta una nueva obligación, la alianza con el liberalismo y la democracia, seguro como se sentía, en el carácter absoluto de su fe, que tal alianza, con la consiguiente plena separación entre Iglesia y Estado, habría traído, por el camino de la libertad, nuevo triunfo y otorgado nueva vida al catolicismo. «El liberalismo —escribía en 1829— tiene razón: la libertad salvará al mundo; ciertamente no la suya, sino la que él prepara sin darse cuenta». El pensamiento de Lamennais encontró en seguida, dentro y fuera de Francia, amplio consentimiento; pero la Iglesia, después de un primer período de complacencia, tenía que echarse atrás, tal como era previsible, consciente

del peligro de aquella propuesta, y, por último, condenar tajantemente a su demasiado diligente y arriesgado defensor. Pero, mientras tanto, la recíproca conveniencia, obrando en otro terreno, daba un primer desgarró al buen acuerdo de la Iglesia con el ordenamiento político de la restauración, y la obligaba a acuerdos y uniones con los patriotas, con los liberales y con los revolucionarios: cosa que no tanto se daba en las frecuentes alianzas de los católicos con radicales y demócratas en Inglaterra, en pro de las reformas que incluían su emancipación y en las protestas por las intolerables condiciones de Irlanda, cuanto, señaladamente, y no sin la eficacia de las doctrinas de Lamennais, en Bélgica, en la resistencia común y en la preparación común para la revuelta de católicos y liberales contra Holanda, con la que Bélgica había sido amarrada en un Estado único. Otras alianzas similares habían de verse más tarde, pero todas de carácter político, aconsejadas o impuestas por los acontecimientos, y que, en cuanto tales, volvían a confirmar la evidente naturaleza del todo política de la Iglesia; ésta encontraba su fórmula en la doctrina de la indiferencia hacia la forma de los gobiernos, fórmula que ya se capta en boca del papa León XII, y que es luego la misma máxima utilitaria que practican los Estados, uno contra otro, en sus relaciones internacionales, y que, por más que intente justificarse con la frase evangélica sobre la obediencia que ha de prestarse al César, es renunciar al verdadero carácter moral de una fe religiosa, a la que nada puede jamás resultar indiferente.

Mucho menos equívocas que estas alianzas, y, dado que más leales, más fecundas, eran las que el liberalismo estrechaba con la democracia la cual, por efecto de tales alianzas, se fue transformando, no ya en sus ideas pero sí de hecho: en sus hombres y en la táctica de éstos; se convirtió casi en un ala extrema del propio liberalismo, ala que con su radicalismo ayudaba a combatir antiguallas y abusos y a rechazar los atentados contra las instituciones liberales, y, con su talante resuelto para volcarse en la calle, también era necesaria en los casos desesperados. Cosa que se demostró en Francia con el grupo de Lafayette, con parlamentarios y oradores como el general Foy, y posteriormente en las jornadas de julio, cuando Cavaignac, Raspail y los demás jóvenes republicanos rompieron las vacilaciones de los moderados y supieron movilizar a estudiantes y obreros, inducirlos a coger las armas y construir barricadas; pero asimismo se vio varias veces en Italia, en España y durante las agitaciones y las reformas inglesas. El comunismo no llegaba todavía a tener la fuerza de un movimiento social con su correspondiente partido, pero en las agitaciones obreras inglesas ya algunas voces pedían la devolución de los campos al dominio común y se asomaban similares propuestas radicales; y, cosa más importante, ya maduraban su pensamiento los primeros teóricos y redactores de programas comunistas, Saint-Simon, Fourier y Owen, y empezaban a llamar la atención. El estímulo lo ofrecían las condiciones efectivas de la sociedad moderna y particularmente de la economía moderna: tanto es así, que en aquella misma época un escritor liberal, Sismondi, también se hallaba frente a dichas condiciones, percibía su gravedad y quedaba casi desconcertado por los males y peligros que observaba y

preveía; y, entre los no liberales, los aristocráticos y feudales las tomaban como objeto de observación, comparaciones, deploraciones y sarcasmos. Saint-Simon, desarrollando el pensamiento de las *Lettres d'un habitant de Genève* de 1802, entre 1821 y 1822 escribía el *Système industriel*; y estaba rodeado de auditorio y discípulos, hombres de ciencia, técnicos, jóvenes historiadores y filósofos como Augustin Thierry y Comte; y, poco después de su muerte, su escuela emprendió una ruidosa propaganda, encabezada por Enfantin. Fourier, que desde 1808 había publicado la *Théorie des quatre mouvements*, en 1822 publicaba el *Traité de l'association domestique* y en 1829 *Le nouveau monde industriel et sociétaire*; y también él tenía una escuela propia, más reducida pero entusiasta. Owen, tras haber dado durante años, con su industria algodonera de New Lanark, ejemplo de diligentes atenciones a los obreros, se había erigido en reformador social con su libro de 1812 *A new view of society*; con su *Book of the new moral world*, de 1820, había ejercido una asidua y variada acción de apostolado, y, en 1825, había fundado en Indiana la colonia de New Harmony. Todo ello configuraba un argumento, ora de simple curiosidad, ora de más seria consideración, y generalmente se lo contemplaba con benevolencia; pero seguía quedando fuera del ámbito más propiamente político y activo.

Por lo tanto, no como antítesis de esta oposición todavía embrionaria, sino de las tres primeras, durante esos años el liberalismo fue desarrollando su principio, sus conceptos particulares y sus instituciones; y esto, junto con la disgregación del absolutismo monárquico, fue el hecho más importante de aquellos tres lustros activos y creativos, período del que el liberalismo no sólo salió victorioso, sino consolidado en un conjunto de doctrinas y sus correspondientes hábitos y puestas en práctica, de los que vivió largo tiempo y se puede decir que vive todavía hoy. Está claro que dicho desarrollo teórico no podía tener lugar en Alemania e Italia; pero tampoco tuvo lugar en Inglaterra; ya poseía en acto ese sistema, que nadie contestaba, y por eso tenía poca necesidad de atarearse alrededor de las argumentaciones de la mente y darles justificaciones doctrinarias, siéndole suficiente extraer sus últimas consecuencias. Inglaterra, para los demás asuntos de los que sobre todo se ocupaba asiduamente (incremento industrial, impuestos, tarifas aduaneras), cultivó preferentemente la ciencia que más le servía, la economía política, que dio entonces las figuras de Malthus y Ricardo. La filosofía inglesa, representada por Bentham y otros pensadores de similar talante, todavía operaba con los conceptos del interés del individuo y el interés de la totalidad, y de su armonía, conservando en el liberalismo, en teoría, mucho de aquel utilitarismo y abstracción que derivaban del racionalismo del siglo XVIII, y no lo dialectizaba e historizaba como requería el pensamiento del nuevo siglo. La religiosidad de las sectas era totalmente práctica y moral, y los debates acerca de los católicos y la iglesia anglicana, incluso en el movimiento llamado de Oxford, notable por cierto sentimiento romántico-medieval, carecieron de importancia especulativa. No que Inglaterra hubiese atenuado o perdido su celo por

los ideales, toda ella volcada en la vida práctica y en los negocios, como entonces y posteriormente se ha dicho; pero su atención se había trasladado de los asuntos generales a los particulares. El país en que verdaderamente se efectuó aquel desarrollo doctrinario fue Francia, que estaba agobiada por la necesidad de defender la libertad contra absolutistas, feudales, clericales y republicanos, y estaba preparada para ese trabajo por haber dado acogida al pensamiento especulativo e histórico de Alemania, y por haberle dado la adecuada realización política. La tarea fue calurosamente emprendida por Madame de Staël y continuada por Constant, que en ese aspecto fue casi un alumno de ella, y proseguida por el grupo que recibió el nombre de «los doctrinarios», que precisamente se formó en el salón de la hija de Madame de Staël, la duquesa de Broglie, cuyos principales componentes, inflamados de pasiones políticas y metidos en las luchas parlamentarias y periodísticas, habían vivido en Alemania y en Suiza, al igual que Madame de Staël y Constant, o, en otros casos, se habían volcado por otros rumbos en la literatura y en la ciencia alemana o captaban indirectamente su eficacia. Cuando se leen los libros de teoría, de historia, y los discursos políticos de Royer-Collard, Guizot, Broglie, Jordan, Barante o De Serre, en ellos se encuentra, espléndidamente expresada, la plena conciencia de lo que el liberalismo era y quería, y de sus diferencias respecto a lo que los otros sistemas eran y querían. La tradición de 1791 se había dispersado en Francia entre las peripecias de la Convención, el Directorio y el Imperio, y la generación que había nacido en los primeros años del siglo —como relata Quinet en su autobiografía— ya no sabía qué significaban los términos «constitución», «girondinos» y «jacobinos», «estatutos» y «garantías», casi como si fuesen palabras de una lengua muerta, y no oía, en boca del pueblo, de los soldados, de todo el mundo, sino la lengua del despotismo, tan fácilmente inteligible por ser simple y de pocas palabras. Tampoco correspondía intentar la recuperación de aquellos conceptos de un cuarto de siglo antes, tantos eran los cambios que se habían producido en el orden de los hechos y en el de las ideas, sino que era necesario reconstruirse desde el principio, como precisamente hicieron aquellos escritores, dando, después de los jacobinos, una idea no jacobina de la libertad y del proceso mismo de las revoluciones, y, después de Napoleón, una idea no usurpatoria y no despótica de la monarquía, y, después de tantas rudezas y violencias, una idea no ruda y no violenta de la acción política, y, después de tanta orgía de guerras, una idea civil del oficio de los pueblos, y, por último, después de tanta árida irreligiosidad y de tanta hueca ortodoxia eclesiástica rebajada a *instrumentum regni*, una idea respetuosa de los desarrollos espontáneos y cuidadosa en la conservación de los elementos éticos, incluso de las viejas religiones. Eso llevaron a cabo los «doctrinarios», que recibieron ese despectivo nombre de sus adversarios y también de la ligereza de muchos espíritus de su país, que se impacientaban ante lo que era sólido y sentían como pesado; y tal vez más tarde lo hayan merecido en cierta medida, porque se paralizaron, se encerraron en sus primeros conceptos y decayeron. Pero la historia, contemplando aquel momento suyo

eficaz y creativo, debe pronunciar ese nombre con diverso sentimiento y llenarlo de gratitud. «Sostener la restauración, combatiendo a la reacción»; he aquí, en la fórmula que ofrece Guizot en sus memorias, cómo se configuró para ellos, en 1815, el problema y el deber; un problema de historia que se ha de recoger y proseguir, de conservación y progreso, que respondía a la necesidad de la situación que entonces se había planteado. En relación con este deber y este problema, profundizando y ordenando la esencia y la doctrina política inglesa, elaboraron de manera particular la institución del electorado, que concibieron como reducido a las fuerzas sociales maduras, capaces de entender qué es el gobierno y el interés nacional, fuerzas que entonces se hallaban en la llamada burguesía y en la cultura, que, aun floreciendo en ese ámbito social, siempre lo rebasaba por su propio carácter de cultura. Y por eso se opusieron, tanto a los intentos de sufragios indirectos o de doble grado, como a las propuestas de un sufragio tan ampliado que podía convertirse en un instrumento de reacción en las manos de los *ultras* y del clero; y por ello se ocuparon de preservar las fuerzas conservadoras e históricas y hasta la dignidad hereditaria de par; pero, al mismo tiempo, defendieron en primera línea la primera y fundamental entre todas las instituciones liberales, la libertad de prensa, y, con ella, la libertad de conciencia, sin favorecer por eso el crudo iluminismo anticatólico. Estas y las demás instituciones que entonces ya estaban formadas o delineadas, y que posteriormente se determinaron mejor, se agilizaron y adaptaron a nuevas condiciones y necesidades, junto con la casuística de la vida constitucional y parlamentaria; y los debates en las cámaras francesas fueron la escuela de liberalismo para los demás países de Europa que aún carecían de régimen constitucional: Francia trabajó entonces para todos ellos, valiéndose de la carta que le había sido concedida y que nunca más dejó que le arrebatasen o rompiesen. Los estatutos de 1848, y, por ejemplo, los italianos y entre éstos el albertino,<sup>[5]</sup> que posteriormente se convirtió en el estatuto del reino de Italia, recogieron el fruto de aquel trabajo porque se modelaron sobre su resultado, que fue el estatuto de 1830.

Si, por lo tanto, como se deduce de esta rápida evocación de los hechos y sucesos de aquellos quince años, el ideal liberal tuvo entonces preponderancia sobre los demás, efectiva y no solamente teórica, y estaban de su parte las fuerzas mejores y más combativas, que plegaban y dominaban a las adversarias, no desde el exterior, sino desde adentro, ¿qué fue la revolución de julio? ¿Fue, según el juicio de algunos historiadores, la consecuencia de un error, que se habría podido evitar si el rey Carlos X no se hubiese dejado aconsejar por sus Polignac, quienes, a su vez, tomaban consejo de sus fervorosas plegarias a la Virgen, o si, tras haber frenado su propósito, el que fuere, de disolver una vez más la Cámara de mayoría liberal y emitir ordenanzas, hubiese tomado también, cosa que no hizo, las precauciones militares adecuadas? ¿O, según juzgan otros, se trató de un accidente que podía no ocurrir y el liberalismo habría vencido igualmente por diversa vía? Estas cavilaciones sobre posibilidades abstractas, que, al así calificarlas, quedan implícitamente refutadas, no

deben distraernos de la realidad, que es solamente la que ha ocurrido. Y las jornadas de julio, consideradas en su realidad, no fueron otra cosa que lo que todos ven y saben: el momento en que la lucha, que con variado ritmo y variadas formas duraba desde hacía años, entre el liberalismo y el absolutismo, desembocó en un conflicto armado, en el que las dos partes contrapuestas afirmaron, respectivamente, el mismo carácter que ya se había manifestado en el período anterior, y en aquel acto mismo, a través del conflicto, una de ellas acrecentó la energía que poseía y la otra aminoró y perdió la suya, y fue derrotada.

Con ella fue moralmente derrotado todo el absolutismo europeo; y, por lo contrario, el liberalismo europeo que se debatía o se estremecía reprimido, tuvo una prueba de que se podía triunfar de esa manera, recibió una ayuda por el hecho mismo de que una gran potencia se hubiera elevado a plenitud de libertad, y confianza en que se produjesen próximos cambios profundos. Después de quince años, después de tantas mañas de gobiernos, tantas artes de policías, el absolutismo, que en el campo intelectual había demostrado su debilidad e ilogicidad, se dejaba batir incluso en el campo que era más suyo, en el que se consideraba más seguro: el de la fuerza que se suele llamar material. Y, en esos quince años, el liberalismo había avanzado tanto como para poner la democracia a sus dependencias y atraer a los mejores elementos de la misma aristocracia y del catolicismo. Esos combates en las calles de París se elevaron al significado de una batalla mundial, y a los ansiosos espectadores les pareció que de pronto las densas y oscuras nubes, que pesaban sobre el horizonte de la vida política europea, hubieran sido puestas en fuga por el sol, por el «sol de julio».

## V

### PROGRESOS DEL MOVIMIENTO LIBERAL. PRIMEROS CONFLICTOS CON LA DEMOCRACIA SOCIAL (1830-1847)

Un temple espiritual más vivaz en Europa fue lo que se suele llamar el «efecto» o los «efectos» de la revolución de julio, es decir, una intensidad de acciones y reacciones tras aquel solemne acontecimiento, que había sido la relativa resolución de una tensión, una gran batalla ganada, pero no una guerra concluida, al no darse jamás en la vida moral guerras verdaderamente concluidas. Los liberales reemprendieron su acción con impetuosa confianza, y los absolutistas trataron de enmendar la situación llamando a rebato a fuerzas todavía intactas, con agudezas y astucias según aconsejasen las situaciones. Las recíprocas proporciones ya no eran las de antes, ni entre las dos partes, ni en la relación de éstas con las otras; y el esfuerzo que había emprendido el absolutismo en 1815 para asentarse en el mundo europeo y volver a plasmarlo según sus conceptos, si desde el principio no había sido tanto una ofensiva segura de sí misma, sino una defensa, ahora veía reducirse mucho su espacio, de manera que se pudo hablar del «fracaso de la Santa Alianza»; y, por el contrario, el liberalismo obtenía no pocas ventajas y cada vez más asumía el carácter de ofensiva: mientras, por otra parte, en los varios ordenamientos liberales que se habían formado, se asomaban problemas y enfrentamientos de diversa naturaleza.

El primero de los «efectos» que se suele atribuir a la revolución de julio fue la reivindicación de independencia nacional por parte de Bélgica, y el nuevo reino que surgió, con una constitución no solamente mucho más liberal que la un tanto anticuada que Bélgica poseía en su unión con Holanda, sino que la francesa misma de 1830, especialmente en el ordenamiento de los municipios y de las provincias. El desacuerdo entre los dos pueblos estaba en curso desde los primeros tiempos de la unión, a pesar de los beneficios comerciales nada pequeños que ésta proporcionaba a las provincias belgas; y se refería a la representación inadecuada de los belgas en la Asamblea holandesa, a la distribución de los gravámenes financieros, a los empleados holandeses en Bélgica, a los tribunales supremos que se habían concentrado en La Haya, pero, sobre todo, al trato que se daba a la religión y al idioma, y al régimen de la prensa, cosas que ofendían y rebelaban conjuntamente los ánimos de los católicos y de los liberales. Un par de años antes de 1830 se estableció el acuerdo entre estos dos partidos para las finalidades nacionales que tenían en común y para las que exteriormente coincidían, aunque fuesen interiormente muy diversas, que uno y otro perseguían. Las jornadas de julio no tuvieron allí una repercusión inmediata, ni aceleraron la solución radical de separarse de Holanda, pensamiento que todavía no había alcanzado la madurez. La insurrección belga del 25 de agosto al principio dio

lugar a la negociación de acuerdos; y sólo tras las luchas callejeras en Bruselas, entre el 23 y el 26 de septiembre, y habiendo rechazado a las armas holandesas, el gobierno provisional y el consejo nacional convocado declararon, el 19 de noviembre, la independencia de Bélgica, y el 24 declararon caducada la casa de Orange. Y, a través de varias peripecias militares y diplomáticas, bajo el patrocinio de Francia e Inglaterra y con la intervención del ejército francés que expulsó de Amberes a los holandeses, se fundó el reino de Bélgica con la dinastía de la casa de Coburgo, y, por voluntad de las cinco potencias, fue declarado neutral: un reino que pronto vio florecer industrias y comercios, y que se contó entre los primeros que construyó una densa red ferroviaria.

La aceleración de un proceso que se hallaba en curso se vio también en la gran reforma electoral inglesa, reclamada con creciente insistencia por obreros e industriales, tras los sucesos de París, mediante agitaciones y manifestaciones, mítines y desfiles populares que en ocasiones asumieron una actitud amenazadora: en vano se opuso a dicha reforma el ministerio de Wellington, que cayó en noviembre de 1830; y en vano votaron contra ella, en una ocasión la Cámara de los Comunes y en otra la de los Lores, porque en 1832 se convirtió por fin en ley: incrementó en más de trescientos mil el número de electores y modificó su calidad, de manera que las elecciones sucesivas dieron amplia representación a las nuevas clases y una mayoría a los liberales, no sin cierto número de radicales. También en países menores como Suiza prevaleció la tendencia liberal contra el régimen de patricios que se había afirmado en 1815, corroído por la crítica y la polémica; y en noviembre de 1830 una manifestación en Zurich fue indicio de la transformación constitucional y de la introducción de las correspondientes instituciones en doce cantones, mientras que en otros pocos se mantuvieron los viejos y los nuevos. Esto ocurría entre 1830 y 1833; y, poco después, Portugal veía terminar la lucha entre los constitucionalistas de la joven reina María, sostenida por su padre don Pedro, y los absolutistas de don Miguel (a quien Wellington no había visto con malos ojos y que había sido reconocido por Carlos X y Fernando VII); este último recibió el golpe de gracia de las fuerzas conjuntas de la Francia de Luis Felipe, de Inglaterra con su ministerio liberal y de España. Ésta, por su parte, después que Fernando VII, hostil al de Orleans, sufriera una incursión que habían preparado en Francia algunos emigrados españoles, y, tras rechazarla, había endurecido los castigos y estrechado todos los frenos, también ella, muerto aquel rey, a través de una lucha de sucesión entre la reina madre Cristina, regente en nombre de su hija Isabel, y su cuñado don Carlos, se fue apartando del absolutismo. La regente, tratando de apoyarse en los liberales, promulgó en 1834 un *estatuto real* o primera carta constitucional, y, con la ayuda de los liberales, echó de Portugal no sólo al pretendiente portugués, sino también el español, que allí se había aposentado. Así entró España en la secuela de sus vicisitudes, que, por afanosas y desordenadas que fuesen, y, a causa de los frecuentes *pronunciamientos* militares (herencia del período inmediatamente posnapoleónico) y de las también frecuentes y



más o menos encubiertas dictaduras (de corte no liberal, ni mucho menos), ya no volvieron a llevarla jamás al absolutismo, por lo menos de manera formal.

En otros sitios hubo intentonas y no logros, como en Italia, en 1831, con los levantamientos de Módena y Parma, de Bolonia, de la Romaña, de las Marcas y de parte de la Umbría, que enarbolaron la bandera tricolor, establecieron gobiernos provisionales y legislaron con talante liberal, pero que pronto fueron derribados por la intervención austríaca. Las modestas, elementales reformas que, tras la represión, las potencias aconsejaron mediante un memorial al gobierno de los curas, de hecho no tuvieron efecto alguno. En Alemania, algunos pequeños Estados, como Brunswick y Hesse, se desembarazaron de sus estópidos principetes y obtuvieron cartas constitucionales de sus sucesores; a idéntica cesión se vio obligado el rey de Hannover; Sajonia, en 1831, reformó su Asamblea de Estados; las cámaras, donde ya existían, y especialmente las de Baviera y Baden, se reanimaron y las oposiciones se envalentonaron; en la cámara de Karlsruhe la oratoria doctrinaria de hombres como Rotteck y Welcker provocó la admiración de toda Alemania, y el gran duque Leopoldo fue aplaudido por haber dejado que dicha asamblea controlase las finanzas y las demás partes de la administración, y por haber ampliado la libertad de prensa; en la Baviera renana, Wirth y Siebenpfeifer publicaban periódicos valientes y casi republicanos. Desde hacía unos años se observaban signos de recuperación en las asociaciones de la juventud universitaria, que en parte tenían tendencias políticas. Pero Prusia se mantuvo inmóvil y su rey, siguiendo a Metternich como de costumbre, y junto con los dos emperadores, cooperó con la más áspera represión y opresión: ello ocurrió apenas le ofreció la deseada ocasión la concentración de Hambach en mayo de 1832 en ocasión del aniversario de la constitución bávara, donde treinta mil hombres, que tomaron parte, casi todos ellos de la Baviera renana, proclamaron el principio de la soberanía popular, la unidad y la república de Alemania, y la confederación de los Estados libres de Europa. Además de los procesos y condenas que el gobierno bávaro tuvo que llevar a cabo por dichos excesos, en junio la Dieta federal prohibió las asociaciones y concentraciones, las fiestas populares y la exhibición de los colores nacionales, renovó las medidas de Karlsbad acerca de las universidades, y, por añadidura, ordenó a los príncipes que rechazasen cualquier intento de disminuir su soberanía, toda solicitud de constitución, y prohibió cualquier legislación que discrepase de las máximas que guiaban a la Dieta, ordenando que las propuestas legislativas de cada Estado fuesen examinadas por una comisión permanente de la Dieta misma, instituida a tal efecto. Como consecuencia de todo ello, Baden tuvo que suspender su ley de prensa. El atentado de Francfort en agosto de 1833 por obra de un pequeño grupo de conjurados, que se proponía eliminar la Dieta y sustituirla por un gobierno provisional, llevó a la disolución de la cámara de Hesse, el país del que provenían muchos de los conjurados, y al incremento de la vigilancia en todos los Estados. En el tratado de Berlín del mismo año, las tres potencias absolutistas reiteraron su derecho a brindar socorro, para asuntos exteriores

o interiores, a cualquier soberano que lo solicitase y sin que otras potencias hubiesen de inmiscuirse. Muy diversamente grave y terrible fue la derrota de Polonia, que se sublevó en noviembre de 1830 y sostuvo tenaces y heroicos combates hasta septiembre del año siguiente contra la fuerza aplastante del ejército ruso, porque, tras aquel inmenso esfuerzo de liberación que resultó vano, la despiadada venganza se desató sobre el pueblo polaco, que perdió todas las instituciones concedidas o a medias concedidas por el emperador Alejandro y la parte de autonomía que conservaba, y durante muchos decenios no pudo intentar siquiera sacudirse el yugo que se le impuso, aún más pesado.

Esta revancha y estas victorias de las potencias absolutistas, este alto en el extenderse del movimiento revolucionario por la independencia y la libertad; el papel de Austria cayendo sobre Italia sin que nadie se le opusiera, para sofocar todo aliento de vida; el de Rusia, que imponía su plena autocracia sobre Polonia y enviaba al patíbulo o a presidio a los patriotas; el espectáculo de los refugiados polacos, que se agruparon principalmente en Francia, sumándose a los italianos exiliados tras las recientes o anteriores revoluciones y hermanándose con ellos; la indignación por las nacionalidades desgarradas y oprimidas; la tristeza por los dolores que se presenciaban, la piedad hacia las víctimas, la admiración ante la valentía desafortunada, todo ello causó, tras el júbilo de los primeros momentos, un sentimiento de amarga decepción, y pensar, creer y declarar que la revolución de julio no había logrado su fin. Y era natural que tal cosa se diese entre los espectadores contemporáneos, y más aún entre los que luchaban y sufrían; pero dicho sentimiento no puede ser el juicio del historiador, que no mide los hechos en proporción con las esperanzas, respecto a las cuales (que son ilimitadas) siempre resultan pequeños o menores, sino únicamente en relación con los hechos precedentes, y observa en qué sentido se han modificado las condiciones y qué es lo que ha nacido, nuevo y positivo. Y lo nuevo era esto: que el absolutismo se había derrumbado en toda Europa occidental, y que los regímenes liberales se habían reforzado y correspondían mejor a las condiciones económicas y sociales; tanto es así, que la cuádruple alianza de 1834 contra don Carlos y don Miguel pudo parecer durante algún tiempo una respuesta a la triple que el año anterior habían establecido las potencias centrales y orientales. Allí, en la Europa occidental, el legitimismo decaía pasando de ser un ideal práctico y activo a convertirse en ideal de la imaginación y en suspiro idílico; pasaba de partido político a pequeños círculos de la buena sociedad, de decorosas damas ancianas y exquisitos caballeros, que se apartaban del presente en sus salones del Faubourg Saint-Germain y en otros similares rincones selectos de la Tierra. En ocasiones la imaginación intentaba descender a la realidad, como en la empresa de la duquesa de Berry en la Vendée, de la que se dijo que la culpa correspondía a Walter Scott, y a la que la ironía del azar quitó su encanto merced a la prosa de una especial condición fisiológica que la heroína de los lirios de oro había conseguido como pobre y débil mujer que no soporta largo tiempo el frío de la viudez. En aquella aventura hubo

quienes supieron derramar su sangre por sus viejos reyes: otros se ocuparon de socorrer con armas y dinero a los pretendientes de España y de Portugal; otros (y entre éstos Bourmont junto con muchos más) ofrecieron sus espadas a esos monarcas del legitimismo, como más tarde a Austria, que representaba los viejos buenos tiempos, o, en ocasiones, incluso a los bandoleros que se dedicaban a rapiñas y matanzas en nombre de los príncipes destronados: últimos residuos o imitaciones tardías y un tanto artificiales de las legiones de emigrados y de la Vandée de la época de la gran revolución. En la misma España, que veinte años antes se había levantado en todas sus regiones contra los franceses aportadores de civilización racionalista, ahora tan sólo las provincias vascas, afectas a sus *fueros* y costumbres medievales, tomaban directamente partido por don Carlos y le ofrecían un punto de apoyo. La polémica del absolutismo se había envenenado por aquellos ruinosos sucesos, que dejaban prever otros no lejanos: tal como se observaba en Italia en los libros del príncipe de Canosa y en los dialoguitos que escribía el conde Monaldo Leopardi e invadían de rubor el rostro de su hijo Giacomo, así como gritos de horror y asombro a Lamennais. Las tres potencias absolutistas habían tenido que aceptar, despechadas y estremecidas, y no sin que alguna de ellas, particularmente Rusia, hubiese pensado seriamente en recurrir a las armas, el parcial desmoronamiento de la obra tramada por los tratados de 1815, y en Francia la sustitución de los Borbones *maiorum gentium* por los Orleans, en Bélgica el independizarse de Holanda, en España y en Portugal la expulsión de los pretendientes, adalides de sus sacras ideas y reconocidos o a punto de ser reconocidos por dichas potencias; y, en todos aquellos países, la formación o el progreso de las constituciones liberales. Ellas, que tenían entre sí un vínculo particular en lo que la nueva conciencia de los pueblos veía como un *pactum sceleris*, la laceración y el reparto de Polonia, todavía podían hacer mucho con sus sólidos ejércitos y con sus diplomacias; y la rapaz águila austríaca, algunos años más tarde, llegó incluso a poner sus garras sobre la libre ciudad de Cracovia y a mancharse con la sangre de los señores polacos, contra los cuales desató en la Galitzia los estragos de los campesinos rutenios. Pero eran victorias que equivalían a derrotas, y la opinión del mundo civilizado estaba cada vez más en su contra, contra sus soberanos, contra sus ministros, contra sus mismos ejércitos, cuyas virtudes y acciones bravias no eran objeto de admiración, sino de conmiseración y tristeza; y no emocionaban a los corazones, esos corazones que se conmovían sobre las páginas del pequeño libro de un italiano, que relató entonces, sin énfasis ni polémica, sus «prisiones», la cárcel que había sufrido a causa de la libertad bajo la opresión austríaca.<sup>[6]</sup>

Pero no hubo solamente, en aquellos años, la amargura desencantada que ya hemos mencionado, sino otro sentimiento, una rebelión de los ánimos porque no se habían mantenido las promesas, casi una acusación de traición, de la que fue objeto Francia: Francia, en la que habían confiado los sublevados italianos de 1831, seguros de que ésta vetaría de palabra y de hecho la intervención de Austria a favor del gobierno papal; los insurrectos polacos, que de ella, como de Inglaterra, esperaban el

socorro de batallones y habían enviado a sus representantes para solicitarlos; los liberales alemanes del Rin, que en la fiesta de Hambach brindaron por Lafayette. Las esperanzas no se fundaban solamente en las simpatías individuales y privadas, y en los juicios de escritores, sino en incitaciones y promesas que habían salido de los comités franceses en pro de la emancipación italiana y de la reconstrucción de Polonia, de hombres de gran autoridad en aquel mundo político, así como de algún ministro en ejercicio, y, en los primeros tiempos, también del rey Luis Felipe, que permitió se preparase una expedición de exiliados italianos que tenía que reunirse en Marsella y posteriormente recibió una contraorden. Y más ampliamente se fundaban sobre lo que Francia alardeaba haber sido en su larga historia, y, sobre todo, en su gloriosa revolución: la libertadora de los pueblos, la enemiga de las opresiones, como ahora decía haber vuelto a ser con su última revolución, que reemprendería la obra de la otra, continuaría con diferente espíritu la de Napoleón, rompería las cadenas de los pueblos y, con la colaboración de todos ellos, crearía una nueva Europa. También recientemente sus historiadores, los Guizot y Michelet, le habían otorgado la primacía en este aspecto: era «el centro y el hogar de la civilización europea» (como decía el primero) y, según decía el otro, llevaría a cabo, después de la revolución cristiana, otra no menos grandiosa, toda ella social y humana; y era Francia (añadía Buchez) la «única en condiciones de comprender y realizar una obra desinteresada». Y he aquí que había dejado de asumir dicha primacía, había faltado a dichas promesas, y, tras haber incitado los pueblos a la rebelión, los había abandonado en manos de sus verdugos; había pactado con los reyes y había dicho, por boca de sus ministros, que «la sangre de los franceses sólo pertenece a Francia», al tiempo que anunciaba fríamente que «el orden reinaba en Varsovia».

Había, en aquella actitud francesa, una realidad y una ilusión, o, más bien, cierto género de realidad que, transferida a otro género, se transformaba en ilusión. La realidad era la efectiva disposición del espíritu francés, que ya su lengua tan ágil y coloquial atestigua, para difundir y hacer valer en la práctica la *raison*, que es a la par humanidad, igualdad, libertad y justicia; y un impulso generoso, aunque a veces mezclado con autocomplacencia en la búsqueda de *gloire*: un impulso que se podría rastrear ya en aquella Edad Media de la caballería y las cruzadas, que irrumpió con la irrupción de la revolución de 1789 y formó tradición y escuela. Pero el pueblo francés, que alimentaba esta manera de sentir y en parte la practicaba, no podía coincidir con el pueblo francés en cuanto componente del Estado francés, que como todo Estado, obedecía a las leyes de la política y, por ello, de su propia salvación y conservación; y aunque las maneras de sentir no dejan de actuar incluso en la política, actúan solamente en la medida en que ésta puede admitirlos y hacerlos propios, es decir, mediatamente y no inmediatamente, como extrañamente se pretende cuando se apela a ellos para dictar las normas de la política y ponerse en su lugar. La diferencia ya había sido experimentada y sufrida en la práctica por los patriotas y jacobinos italianos, en ocasión de la intervención de los franceses en Italia con Bonaparte y

otros generales franceses, anhelados, invocados y esperados como redentores, quienes, en cambio, agotaron a las poblaciones italianas y hasta a las de Francia, las abandonaron bruscamente a veces, y las utilizaron como material de negociación, como en el caso de Venecia en Campoformio. Lafayette y sus demás amigos y correligionarios unificaban excesivamente estos dos diversos aspectos de las cosas, y prometían o dejaban esperar lo que ni ellos ni otros estaban en condiciones de cumplir. El Estado francés, que acababa de salir de la revolución de julio con su nuevo rey, tenía peligros interiores y exteriores que había de enfrentar o eludir, dificultades e intereses de los que debía ocuparse. Rusia, que tardó en reconocer a Luis Felipe, habría entrado en guerra y tal vez hubiera arrastrado consigo a Austria, si la insurrección polaca no la hubiese mantenido ocupada en el momento oportuno y si Austria no hubiese visto reclamar su atención por los asuntos de Italia; y, entre tanto, Austria, al tener en sus manos el hijo de Napoleón, amenazaba suscitar el bonapartismo contra los Orleans: en el interior, los republicanos se mostraban osados e incitaban a la revuelta. El principio de no-intervención, que el nuevo régimen había afirmado contra el de la Santa Alianza y que había dado alas a tantas esperanzas, era, y no podía no ser, una fórmula política, con los persistentes equívocos y con los efectos oratorios de las fórmulas políticas, y quería decir (como en la debida ocasión se explicó posteriormente) que Francia rechazaría toda intervención extranjera en sus asuntos internos, mantendría alejada dicha intervención en los países que se hallaban en el radio de sus próximos intereses, donde también intervendría cuando su política lo permitiese o reclamase, y que, en cambio, dejaría intervenir a Rusia en Polonia y a Austria en Italia, cuando no podía impedirlo sin enredarse en una guerra desastrosa o sumamente arriesgada, y, a lo sumo, como hizo en Italia, ocuparía Ancona para dar a entender a Austria que no pensaba permitirle extender su dominio en Italia y para sugerirle que abandonase las tierras ocupadas una vez realizadas sus operaciones militares y policíacas. No por ello carecía la política francesa de rasgos cívicos, liberales y humanitarios, como no carecía la de Inglaterra, que entendía parecidamente la intervención y la no intervención, y a la que (aunque tantas veces se haya imprecado contra la «pérfida Albión») no se querrá negar, por cierto, lo mucho que ha hecho por la libertad, la independencia y la civilización de los pueblos. Cualquier otra forma de participación en las causas de los pueblos sometidos y oprimidos era, y debía seguir siendo, tanto en Inglaterra como en Francia, asunto de particulares; y en ello bien se atarearon Lafayette y sus amigos; y aquellos italianos y polacos que el Estado francés no pudo socorrer en sus patrias encontraron en Francia, como en Inglaterra, Bélgica y Suiza, entre los liberales, amistad y consuelo, y a menudo recibieron protección contra cierta dureza que ejercían los gobiernos de Francia y de los demás países, y en ellos formaron el pelotón de los soldados de la nacionalidad y de la libertad, el símbolo de la hermandad de los pueblos por encima de las luchas de los Estados particulares por existir.

Pero, volviendo luego a contemplar aquella idea de la primacía francesa en los

pueblos que en ella habían creído, y que habían visto confirmar su fe por obra de las barricadas de julio, y que habían aguardado el cumplimiento de aquella obligación de nobleza, han de tenerse en cuenta las condiciones desesperadas en que dichos pueblos se encontraban, divididos, esparcidos y desarmados bajo la opresión de poderosos Estados militares que los estrechaban en una red de fortalezas y guarniciones militares y con sus policías vigilaban cada acto y cada palabra; y si su anhelante atisbar, como dijo Manzoni de los italianos, la aparición de un estandarte amigo sobre los Alpes, era la necesidad de un evento que rompiese en algún sitio aquel círculo de hierro y diese paso a la insurrección y al combate, también hay que admitir, por otra parte, que pecaban de desconfianza en sus propias fuerzas, y caían de la justificada prudencia al injustificado abatimiento e inactividad, olvidando que la línea de lo posible se desplaza grandemente gracias a la audacia inventiva y a la fuerza creadora de la voluntad verdaderamente volitiva. Junto con la sensatez de no seguir acunándose en ilusiones, aguardando de la política de los Estados lo que ésta no proporciona, o no proporciona como institución propia, de no contar más con la primacía francesa y el deber francés de la «iniciativa», tenía que darse conjuntamente un nuevo despertar de aquella confianza en sí mismos, en su propia «iniciativa», una educación de la voluntad con la acción, un intentar y volver a intentar sin darse jamás por vencidos; sublevarse, aceptar la ocasional o incluso segura derrota y sublevarse nuevamente, generosidad en el sacrificio con segura conciencia de la victoria final, que había de buscarse por esta vía, que es su vía regia, y no en las combinaciones de intereses particulares ni en los fantaseos sobre posibles accidentes afortunados.

En la percepción de esta verdad, en la resolución inflexible de comportarse de manera conforme a ella, estriba la verdadera grandeza de Giuseppe Mazzini, que en 1831 el gobierno piemontés dejaba partir hacia el exilio, sin darse cuenta de que con ese exilio daba a Italia, y a todos los pueblos en busca de libertad, su más grande maestro de vida. Pero no tardó en notarlo y conocerlo la policía austríaca, y Metternich lo calificó como «uno de los hombres más peligrosos» de la facción juvenil e inquieta. Mazzini vio que hay algo más fundamental que la política manejada por los hombres de Estado, algo que ha de hacerse cuando no se puede hacer ésta, y antes de hacer ésta: y es despertar en el hombre el sentimiento de lo universal, el ideal, y con él la conciencia de la misión que a cada cual le ha sido asignada, y del deber que de ésta se desprende, y de la dedicación del ser entero a este deber, que potencia las fuerzas y hace que sea posible aquello que los hombres de poca fe creen imposible. Por eso, contra la anticuada *Carboneria* que aún sobrevivía en algunos puntos de Italia y a la que él mismo había pertenecido, habituada a cálculos políticos y a la búsqueda de subterfugios; contra los que habían envejecido en tales costumbres y en tales ideas, fundó en 1832 la *Giovine Italia*, que se remontaba a las fuentes religiosas del carácter viril y combatiente; contra la expectativa de la «iniciativa» francesa, y en medio de la decepción que a él también le había dado la revolución de julio, contra todas las esperanzas depositadas en los

gobiernos extranjeros, inculcó al pueblo italiano y a los demás pueblos la «iniciativa» de cada uno; y esbozó, en contraste con la hegemonía francesa, una *Giovine Europa*. «El árbol de la libertad no fructifica —solía repetir— sino plantado por manos ciudadanas, fecundado por sangre ciudadana y tutelado por espadas ciudadanas». Esta grandeza suya (como, por otra parte, generalmente se la siente y reconoce) es grandeza moral, de un apóstol que vive aquello en lo que cree y obra a la par con la palabra aclaradora e inflamadora, y con el ejemplo, y análogamente aconseja e impulsa a comportarse a aquellos a quienes se dirige y que reúne a su alrededor. Todo lo restante, en su complejo de ideas, o no es propio de él, o es secundario, o es vago y erróneo. La idea de la unidad republicana de Italia ya pertenecía a la tradición, de la que tal vez la tomó, de los jacobinos italianos, que, como él, de la decepción y el disgusto por la acción en Italia de la Francia del Directorio, se vieron llevados a dibujar la república italiana, una e indivisible, entonces, en el tiempo de las repúblicas báltica y helvética, ciertamente menos alejada de la realidad de lo que se había vuelto en el siglo XIX: pero aquellos no aportaron, como él, sentimiento religioso y ardor de apostolado, y su idea no arraigó ni tuvo, como suele decirse, eficacia dinámica. El concepto de las naciones, y de la misión que a cada una le corresponde, había sido propio de los filósofos e historiadores alemanes y pertenecía al patrimonio intelectual común, aunque Mazzini lo haya promovido válidamente, implantado en la conciencia europea y hecho popular. La sustitución, que él insinuó realizar, de la primacía francesa por la primacía italiana, no guarda otro valor que el de un mito para reconfortar el orgullo de un pueblo que ha de volver a levantarse y combatir; y había sido precedido, además del francés, por el mito de la primacía alemana, sostenido por Fichte en condiciones análogas, y se vio acompañado y seguido por el diverso *primato d'Italia* de Gioberti y por la primacía polaca de Cieszkowski, y, si se quiere, por la primacía suiza de Melchor Hirzel, que profetizaba hallarse en Suiza el centro generador de la república europea, liberada del cristianismo y gobernada por la filosofía moderna. Mayor restricción ha de hacerse sobre sus construcciones doctrinarias, donde, animado como estaba por un vigoroso sentimiento de la libertad, y haciendo brotar de las fuerzas liberales el movimiento de nacionalidad e independencia, por defecto de profundización especulativa y de sentido histórico no logró formular y deducir teóricamente el concepto de libertad; y, más aún, teóricamente lo comprometió y casi lo negó, al acoger del sansimonismo el principio de asociación contra el de competencia, y la nueva religión humanitaria con dogmas, teología, culto y disciplina, y, si no exactamente con un papa, con un concilio religioso puesto a la cabeza de los pueblos; y la poesía y el arte al servicio de finalidades sociales, y similares; así como acogió de la ideología democrática la vaga idea de Pueblo, oscilante entre el todo y la parte, y, en el fondo, una representación general cuyos elementos le ofrecían los campesinos españoles de la sublevación contra los franceses y los voluntarios y soldados de las guerras de la república de 1793, con lo cual soñó su insurrección de guerrillas que había que encender de un

extremo a otro de Italia, como de cualquier otro país a liberar. Pese a todo esto, pese a no ser un pensador coherente ni un hombre de Estado, Mazzini alcanzó potencia intelectual, moral y política también en la vida europea: a él se referían patriotas y revolucionarios de todos los países, y contra él llevaban una guerra cotidiana, con los medios del espionaje y las insidias, los gobiernos absolutistas y conservadores. Y si, en aquellos años posteriores a 1830, se formó o más bien se incrementó (porque nunca ha faltado y ni siquiera hoy falta del todo) una conciencia europea común, un fondo de ideas común, un juicio común, una opinión común, una sensibilidad común, y casi un tribunal cuyas sentencias no se dejan de lado sin grave sanción, ciertamente no fue ésta la obra de un solo hombre: más aún, nacía de lo más íntimo del movimiento liberal en cuanto continuación del iluminista; pero Mazzini contribuyó, en lo general y en lo particular, con el aliento de su espíritu religioso y con el amor que lo llevó a sentir, comprender y abrazar a los más diversos pueblos: junto con el italiano, el alemán y las poblaciones eslavas del sur que fue el primero en descubrir y a las que señaló el porvenir.

Las voces de desánimo, incidentes naturales en todas las guerras y en todas las empresas, y, por su lógica inconsistencia y esterilidad en la práctica, destinadas a ser sucesivamente hundidas por la necesidad de obrar e ir hacia delante, se veían a su vez replicadas por voces opuestas, como la de Lamennais, que en 1835 escribía al propio Mazzini: «*Prenez courage, monsieur; les mères enfantent pour vous*». Y tan bien se ocuparon las madres de aquel menester, que en Italia, en 1846, el poeta Giuseppe Giusti, dirigiéndose a un personaje reaccionario para advertirle que el tiempo (gran caballero, el tiempo) había emprendido airosamente su marcha hacia la libertad, añadía:

*Se non lo crede, il campanil del Duomo  
è là che parla a chi lo vuol capire:  
a battesimo suoni o a funerale,  
muore un brigante e nasce un liberale.*

[Si no lo cree, el campanario de la Seo  
está allí hablando a quien quiera entenderlo:  
ya repique a bautismo o funeral,  
muere un bandido y nace un liberal].

En Italia, los jóvenes soberanos de sus dos Estados principales, el reino de las dos Sicilias y el de Cerdeña, eran ambos antiliberales, ligados por juramentos y tratados a no conceder ordenamientos constitucionales y contrarios a estos últimos por su mentalidad clerical y hasta santurrona, aunque uno de ellos, Carlos Alberto, de temperamento y educación militar, alimentase ambiciones de expansión y por eso mirase a Austria como natural enemiga, y el otro, Fernando II, no tuviese esa clase de



ambiciones ni fuese adversario de Austria, pero se mostrase celoso de gobernar sin injerencias austríacas ni de otras potencias: menos fanático y más sagaz, concedió amnistías a los condenados políticos, abrió las puertas a exiliados, se valió de los hombres de la década napoleónica y de la revolución de 1820, fue indulgente con los que conspiraron, intentaron insurrecciones y atentaron contra su vida, y no quiso saber nada de las intrigas absolutistas internacionales, en tanto que Carlos Alberto favoreció el carlismo y el miguelismo, y, por odio a la monarquía de julio, apoyó a la duquesa de Berry y castigó despiadada y cruelmente a los primeros conspiradores de la *Giovine Italia*, súbditos suyos. Pero uno y otro emprendieron reformas administrativas, se cuidaron de las finanzas del Estado y de la vida económica de sus países, negociaron tratados comerciales, construyeron ferrocarriles (con efectos más amplios e intensos, correspondientes a la situación geográfica y a los antecedentes históricos, en el Piamonte que en la Italia meridional). Así uno y otro, indirecta e inconscientemente, auxiliaban y preparaban el progreso de la libertad, como, por su parte, lo hacían aquellos aristócratas y miembros de la burguesía culta que en el Piamonte, en la Toscana y en otros sitios se ocupaban de experimentos agrícolas, de escuelas y parvularios, de enseñanza general y de asistencias al pueblo. Los congresos de hombres de ciencia italianos, que se sucedieron regularmente a partir del de Pisa en 1839, y que los príncipes (salvo el papa) no prohibieron e incluso favorecieron, confluían en el mismo efecto. En el estado de la Iglesia, donde tras las revueltas de 1831 se había instaurado un miserable gobierno de cardenales legados que utilizaban bandas asalariadas de malhechores, todo se mantenía inmóvil hasta el extremo que, después de alrededor de quince años, los liberales podían, por medio de Farini, adoptar por propia iniciativa en el *Memoranda di Rimini* de 1845 la solicitud que en 1831 habían presentado las potencias al cardenal Bernetti; y, por lo que atañe a los progresos económicos, ha quedado la famosa frase del papa Gregorio XVI declarando que el ferrocarril y la tracción a vapor eran obra de Satanás: que, por otra parte, era una frase que no carecía, a su manera, de agudeza y de coherencia lógica. La *Giovine Italia* se expandió rápidamente, sobre todo en la Italia septentrional y central: sus adeptos se contaban por decenas de miles, y los escritos de Mazzini, eludiendo la vigilancia de las policías, circulaban y, aunque no convirtiesen los ánimos a aquellos conceptos sociales y religiosos, y tampoco introdujesen vigorosamente la idea política republicana, disponían a dichos ánimos en pro de la revolución y los templaban para enfrentar gestas audaces y sacrificios. Pero la auspiciada insurrección popular general no estalló, y, tras el desgraciado intento de una expedición a la Saboya en 1834, también ralearon los intentos abortados, como el de Romagna en 1843 y el de Cosenza en 1844, además del desembarco de los hermanos Bandiera en Calabria unos meses después; pese a ello Mazzini, desde Londres, donde se había radicado tras alejarse de Suiza, no dejaba de pensar en las revueltas y estudiaba otras nuevas junto con sus emisarios y corresponsales, entre éstos Fabrizi desde Malta.

En contraste con Mazzini, con sus conceptos políticos y su método, y fuera de las sectas y conspiraciones, se iba formando y crecía en Italia otro partido, que alcanzó gran dimensión entonces: el de los liberales moderados, quienes, a diferencia de Mazzini y los suyos, en sus convicciones religiosas eran todos o casi todos católicos y, por reminiscencias de la historia medieval, recibieron el nombre de «neogüelfos». Fueron éstos los católico-liberales a los que nos hemos referido al delinear la dialéctica de las fes políticas a comienzos del siglo XIX, y es necesario distinguirlos cuidadosamente de los otros de igual nombre que contemporáneamente aparecieron y dieron que hablar en Francia, en Bélgica y en otros sitios, quienes, más bien, para señalar su genuina naturaleza y verdadero carácter, merecerían que se los llamase clerical-liberales o clericales liberalizantes. Y tanto más es necesario deslindarlos de éstos porque no sólo frecuentemente han sido desordenadamente amontonados, sino que a causa de semejante confusión han sido mal juzgados por hombres como Quinet, que acusó a Balbo, Troya, Rosmini y Gioberti de colaborar en la destrucción del último reducto del espíritu italiano, el pensamiento, dando así el golpe de gracia a su propio pueblo, y de ser secuaces de De Maistre, De Bonald, Görres, Gunther y similares. Basta prestar atención, en lo que atañe a las ideas religiosas, que su catolicismo era simple vivificación de los asuntos éticos y espirituales del cristianismo, o era continuación y reflejo del jansenismo, que tan fuertemente había actuado sobre los regalistas, reformistas y revolucionarios de finales del siglo anterior, cuya influencia también había alcanzado a Mazzini; y que demostraron constantemente ser antijesuitas, y que entre ellos había quienes de buena gana habrían quitado al papa todo dominio temporal, restituyéndolo a una función únicamente espiritual, y que todos, quien más quien menos, pusieron mente en una «reforma de la Iglesia» más o menos radical. Su moderación era sensatez política, a la cual la idea de la República italiana parecía una idea nebulosa y sin fundamento, e incluso la misma idea de la unidad estatal de toda la nación; les parecían fantástico apelar a un fantástico pueblo que desde los campos y los talleres se levantase para expulsar al extranjero y los déspotas indígenas con armas improvisadas, poco viables las conspiraciones y perjudicial el método de «todo o nada»; razón por la cual pensaban que era necesario basarse en las clases cultas, no desconfiar totalmente de reyes y demás príncipes, y preferir las conspiraciones al aire libre antes que las secretas; pedir sucesivamente aquello que había esperanzas de obtener: reformas administrativas, representaciones de intereses, consultas, y, más adelante, constituciones políticas; considerar la situación internacional y valerse de las condiciones que ofrecía, o que ofrecería, para expulsar de Italia a los austríacos y componer una federación de Estados italianos. En estas dos supremas finalidades, independencia italiana y libertad política, coincidían con los mazzinianos, con los demócratas y anticlericales; de ellos diferían en la imagen del porvenir deseado y en los medios a utilizar en el presente, como en la entonación de la polémica y de la propaganda. Observó De Sanctis que los dos partidos o «escuelas» manifestaban toda

su diversidad en la prosa: en los moderados o liberales, un estilo analítico, lengua próxima a la lengua hablada, popularidad, llano discurrir, razonada persuasión, uso de la ironía; en los mazzinianos y en los demócratas, estilo sintético, lengua áulica, maneras solemnes y a veces retóricas, invectiva y sarcasmo: los unos tenían ante sí un pueblo real a educar, los otros un pueblo imaginario a excitar. Pero, en la realidad, ninguno de ambos partidos abatía ni desarraigaba al otro, y más bien cubría las carencias del antagonista: cosa que apareció a lo largo de los acontecimientos, y, mientras tanto, se veía en el pasar de algunos hombres del uno al otro, en las necesidades que a veces algunos sentían de mayores osadías y otros de más moderación (más conservador Balbo; con tendencia a la democracia Gioberti; dispuesto D'Azeglio a romper los titubeos y reclamar independencia y libertad al mismo tiempo); y, por último, en la cooperación a que se veían inducidos; por no decir que al mismo Mazzini, aunque no fuese más que por breves momentos, no le repugnó ceder el paso a Carlos Alberto y acaso hasta a Pío IX, y a la monarquía que cumpliera la promesa nacional. Todos se veían arrastrados, en la práctica, cualesquiera fuesen sus ilusiones, hacia lo que era práctico y se podía llevar a cabo; en cuanto a lo que no era posible de ser puesto en acto, la idea mazziniana de la República italiana estaba en contraste con las condiciones de hecho, que son mudables, pero la de Gioberti acerca del papa nacionalista y liberal contradecía a la lógica, que no cambia. Pese a ello, también esta idea giobertiana, que tenía algo de ambiguo en su un tanto ambiguo autor, aborrecedor de los jesuitas pero no ajeno a sus maneras tortuosas y a sus simulaciones, y, en cualquier caso, confuso o perplejo en sus conceptos y trasmudable en muchos aspectos, produjo benéficos efectos; y si los clarividentes percibían su falacia, para muchos católicos, para muchos jóvenes curas e incluso para algunos personajes del alto clero, aquel mito papal fue el vado que se abrió ante su intenso deseo de *risorgimento*, de un volver a surgir nacional, de un progreso cívico y de una renovada vida religiosa. La escuela moderada del catolicismo liberal produjo entonces casi todos los libros de filosofía, de historia, de novelas y versos que cultivaron en los italianos esos deseos: desde los tratados de Rosmini y Gioberti hasta las historias de Troya, Balbo, Capponi y Tosti, la novela y las tragedias de Manzoni, que había sido el precursor; el *Ettore Fieramosca* y el *Niccolò dei Lapi* de Massimo D'Azeglio y las sátiras de Giuseppe Giusti; pero, por la unidad de intentos fundamentales en las dos escuelas opuestas, también se leyeron los libros menos sustanciosos de los llamados «gibelinos», como las tragedias antipapistas y antiextranjeras de Niccolini, o menos educativas, como las frenéticas novelas del byroniano Guerrazzi: y de estos libros se asimiló lo bueno y veraz que se podía asimilar. A la escuela moderada también se debe la dirección más realista que se dio a las discusiones políticas, en *Speranze d'Italia* de Cesare Balbo, en *Casi di Romagna* de Massimo D'Azeglio y en los libros de Durando, Galeotti y otros; y en su seno se dio algún primer esbozo de una orientación de la política nacional hacia el Piamonte. Fuera de la escuela católico-liberal, en el puro pensamiento filosófico y

crítico moderno, que en aquélla se encontraba mezclado yavenido un tanto extrínsecamente con la religión tradicional, unos pocos ingenios, de hombres jóvenes, empezaban a moverse; e igualmente fuera de ella, en el pensamiento liberal y laico, se venía formando un hombre también joven, Camilo de Cavour, que recibió con fuerza el impacto de la revolución de julio, no siguió los ideales de Mazzini y aceptó la política moderada. En aquel entonces Cavour escribía: «No hay gran hombre que no sea liberal: en cada hombre, el grado de amor a la libertad está en proporción con la educación moral que haya alcanzado»; y añadía en su *Diario*: «*Nous autres qui n'avons pas de foi religieuse, il faut que notre tendresse s'épuise au profit de l'humanité*». Y a él había de tocarle posteriormente desarrollar y poner en acto gran parte de todo aquello que la escuela moderada había deseado, querido y preparado, incluso en las relaciones religiosas, con la libre iglesia en el estado libre y con la proclamación de Roma, que era del papa, como capital del reino de Italia.

El otro pueblo que, igual que el italiano, tenía que resolver al mismo tiempo el problema de la libertad y, si no el de la independencia, sí el de la unidad nacional, el pueblo alemán, no sólo no tuvo la suerte de que sus varios partidos, bajo diversas apariencias y con diverso énfasis, se dirigiesen hacia una única finalidad, sino que siguió en el dualismo, por lo cual no logró unificar los dos problemas: la fuerza unificadora de carácter liberal era siempre en él un tanto escasa e intermitente. Los alemanes (observaba en aquel entonces Balzac, dando forma jocosa a una convicción europea común), «*s'ils ne savent pas jouer des grands instruments de la Liberté, savent jouer naturellement de tous les instruments de musique*» (*Une filie d'Ève*, 1839). La «Joven Alemania», que, bajo ciertos aspectos había tenido a Börne y Heine como precursores y llamó la atención en los primeros años posteriores a 1830, no tuvo sino el nombre parecido al de la asociación mazziniana: fue una agrupación de mediocres literatos, escritores de novelas y de variedades, que elevaron la voz contra la separación de literatura y política y profesaron una literatura de tendencia, pero carecían de conceptos y de verdadera pasión política, y, en ocasiones, puestos a prueba en la vida y en la acción, hicieron un magro papel. Los literatos alemanes que, por acaloramientos transitorios, abrazaban los ideales de la libertad y el progreso, fácilmente volvían a convertirse a la idea contraria, como Menzel, que, en su período de enardecimiento, fue uno de los primeros que abrió proceso contra Goethe por su apoliticismo (y es extraño que precisamente sobre un gran poeta y un genio de la contemplación se quisiese hacer pesar una tacha que era, en todo caso, de la cultura alemana en general), y después se convirtió en nacionalista alemanísimo y antifrancés, monárquico y absolutista, adversario de los liberales. En un país de sabios, admirable por la gran cantidad y el valor de sus maestros y pedagogos, no había escritores que orientasen a ese pueblo en los grandes problemas de la vida nacional, como, sin embargo, los había en Italia. Por otra parte, también la poderosa ala del pensamiento especulativo iba replegándose en aquel entonces, y, tras los ingenios originales y los creadores, se sucedían los epígonos y florecía casi solamente

la crítica histórica, en cada parte de la historia y especialmente en la del cristianismo, que hacía fructificar algunos conceptos de la filosofía anterior. Y si los franceses habían sabido coger tanta nutrición vital de la filosofía, historiografía y poesía germánicas, nada o muy poco que fuese sustancial aprendieron los alemanes de su pueblo vecino, mucho más adelantado que ellos en lo que eran las necesidades morales y la experiencia política de la edad moderna. Los franceses habían rectificado mucho, gracias a sus estudios históricos, la abstracción de sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad del siglo XVIII; pero los alemanes, huyendo de aquella abstracción y no corrigiéndola, se volcaban hacia una especie de misticismo del pasado, una adoración por lo irracional que el pasado emana siempre que se lo disocie del vivo presente, según una de las variadas formas, que ya hemos descrito, del romanticismo malsano, que tenía sobre ellos más poder que las ideas claras y pronto las sobrepujaba y arrollaba, impidiendo que adquiriesen fuerza en el sentir general. Liberales seguían siendo algunos estudiosos y profesores, siete de los cuales, Dahlmann, ambos Grimm, Gervinus, Weber, Albrecht y Ewald, supieron dejarse destituir por haber protestado en 1837 contra el rey de Hannover, por haber éste anulado la constitución que había concedido su predecesor; y entre ellos Gervinus, con sus libros de historia, se convirtió en el principal representante doctrinario del partido liberal. Los parlamentos de los Estados constitucionales menores y pequeños, una vez superado el vendaval de las represiones, trataron de recobrar cierta eficiencia; y seguía destacándose el Parlamento de Baden, que experimentaba la proximidad de Francia y Suiza. En alguna de las provincias prusianas, es decir, además de en las tierras renanas (donde, entre 1842 y 1843 se publicó, crítica y mordaz, la «Reinische Zeitung», pronto suprimida), en la Prusia oriental y en Silesia, de vez en cuando se elevaron razonadas solicitudes de participación del pueblo en el gobierno, no pudiendo satisfacer tal necesidad las ocho asambleas, una por cada provincia, meramente consultivas además, que habían sido establecidas en 1823. Las necesidades de instituciones acordes con los tiempos, aunque no encontrasen su camino de manifestación y puesta en acto, ciertamente se incubaban en Alemania como en otros sitios, porque nacían de las cosas mismas. Pero el rey Federico Guillermo IV, cuya subida al trono se esperó y saludó como comienzo de una edad nueva, era, tal como hemos dicho y como sus propios contemporáneos notaron con asombro, la personificación del romanticismo político medievalizante. La monarquía administrativa y «fridericiana»<sup>[7]</sup> nada decía a su romántica imaginación, porque advertía demasiado su frío intelectualismo y racionalismo dieciochesco; pero tampoco le agradaban los parlamentos modernos, que ya otro romántico entronizado, y versificador por añadidura, Luis I de Baviera, en un poema había desdeñado como sumamente prosaicos. Él dirigía su mente hacia un parlamento, sí, pero de corte medieval, formado por las representaciones de los Estados, con su correspondiente ceremonial y correspondiente funcionamiento; y se entretenía con esta dilecta imaginación suya sin reunir el coraje o sin encontrar la manera de llevarla a cabo, y

titubeaba en su actitud hacia los liberales, al principio concediendo amnistías y mitigando la censura a la prensa, y a continuación llevando a proceso o forzando al exilio a quienes sostenían propuestas contrarias a su sentimiento. En estas condiciones, el otro problema, el de la unidad alemana, no pudiéndose resolver merced a un país políticamente homogéneo y con una voluntad nacional expresada en sus asambleas, no tenía otro camino que el de la conquista y asimilación por parte de uno de sus Estados; y dado que, entre los dos más fuertes, Austria representaba lo contrario del principio de nacionalidad, no quedaba más remedio que mirar hacia Prusia y hacia la reanudación que ésta realizaría de ese aspecto de la tradición de su Federico II. Pero dicha tradición era antirromántica, como la del Estado burocrático, y el rey se apartaba de ella con un estremecimiento de horror, porque reverenciaba en Austria la huella del Sacro Imperio Romano y la veía como cabeza de un Estado cristiano-germánico en el que el rey de Prusia ocuparía el sitio y asumiría la figura de grande y primer vasallo, insigne por fidelidad y valentía; y en semejante disposición de ánimo él, protestante, sentía también igual ternura y reverencia hacia la Iglesia católica, sombra, al igual que Austria, de la perdida unidad estatal europea, y se encontraba con las parecidas fantasías que habían florecido en la Germania meridional o «alemana». En la medida en que eran vacilantes e inertes las ideas políticas en torno a la unidad nacional, igualmente fácil era la irrupción, por los recuerdos de 1813, del sentimiento de independencia, es decir, de odio hacia aquella Francia que durante algún tiempo la había oprimido, que todavía poseía antiguas tierras del Imperio y que parecía anhelar la posesión de la orilla izquierda del Rin; y este odio estalló de manera formidable en 1840 a causa de las sospechas que suscitaba la política de Thiers, y se expresó en canciones que fueron los únicos cantos políticos verdaderamente populares en Alemania: la «marsellesa» de un pueblo que jamás tuvo la otra, la genuina, contra los tiranos y a favor de los oprimidos. Y, dado que en Alemania no perduraba dominio extranjero alguno, ese sentimiento de independencia, sólo en pequeña parte justificado como defensa contra posibles amenazas, hubiera sido vano si no hubiese contenido un motivo no propiamente patriótico sino nacionalista e imperialista, comprobado no sólo por la imagen idealizada del Sacro Imperio Romano de la nación germánica, sino también por el hecho de que aquellos patriotas alemanes no pensaban en los derechos a la independencia que tenían los demás pueblos, y, en sus proyectos, incluían, junto con Austria, la prolongación de su dominio sobre tierras italianas y sobre otras, de otra nacionalidad, incluidas en aquel Estado: cosa de la cual se vieron las intenciones incluso en 1848 y en el Parlamento de Francfort. Efectivamente, los Otones (¡otras memorias!) habían intentado la invasión hasta la Italia meridional, y los Suabos habían poseído esas tierras junto con Sicilia.

De inspiración liberal, aunque no del todo libres de gérmenes imperialistas, eran los movimientos de independencia que empezaban a dibujarse en otros pueblos; y todos, en Hungría, en Bohemia, en Croacia, en Serbia, tuvieron su estímulo inicial en

la preocupación por devolver lustre a las lenguas nacionales, elaborarlas literariamente, reivindicar su uso oficial, y, en general, en el culto a las costumbres y a la historia patria: y acerca de esto, dado que ya hemos evocado a Mazzini, que prestamente captó las aspiraciones nacientes de estos pueblos y se convirtió en su pregonero, habrá que recordar también que, con el mismo sentimiento, un italiano de la Dalmacia, Tommaseo, alrededor de 1840 recogía y traducía las canciones populares de la Iliria. Fuera del imperio austríaco, entre las poblaciones sometidas a la soberanía turca, Serbia lograba una forma de autonomía gracias a los hábiles manejos de los Obrenovich; el pequeño Montenegro gozaba, de hecho, una autonomía propia con su propio príncipe, y, poco a poco, la iban adquiriendo Moldavia y Valaquia bajo la protección de Rusia y modernizadas por la cultura occidental, particularmente por la francesa. Polonia estaba aplastada bajo las tres potencias absolutistas y representada casi exclusivamente por sus numerosos prófugos; Rusia no se sustraía a la fuerza de la idealidad nacional, la cual, privada allí de su significado liberal, se había modelado sobre el pangermanismo de los románticos medievalistas alemanes y de otros similares políticos o utopistas reaccionarios, convirtiéndose en paneslavismo e imperialismo. También Europa occidental presenciaba un doloroso esfuerzo de independencia justamente en el seno del más libre de sus Estados, Gran Bretaña: aquella Irlanda a la que divisiones religiosas, insurrecciones y conquistas habían puesto en una condición patológica de muy difícil curación, a pesar de las palabras enardecidas de su O'Connell y de las reformas iniciales propuestas por Peel pero rechazadas por la Cámara de los Lores; una Irlanda que en 1845, devastada por el hambre, perdía la cuarta parte de su población y no encontraba otro alivio que despoblarse con la emigración de sus hijos hacia tierras americanas. Inglaterra no podía vivir con ella en una tranquila y próspera unión, ni sin ella, a causa del peligro que le habría aportado la separación de esa isla que la naturaleza había puesto a su lado. Dondequiera que el movimiento fuese claramente nacional, no tardaba en acompañarlo y darle forma el que reclamaba constituciones liberales: en Bohemia, la dieta de 1840 empezó a insistir para que se le reconociese el voto de los impuestos; en Hungría, en 1832, el Kossuth no sólo emprendía la reclamación de reformas económicas en la antigua constitución, sino también políticas, para remover la preponderancia de los magnates y dar paso a la nobleza menuda; y Grecia, tras una sublevación en Atenas, en 1843 obtuvo del rey Otón una constitución con cámara y senado. En Austria, donde el movimiento de las reformas había sido interrumpido a finales del siglo anterior por obra de los José y los Leopoldos, los ejemplos de Alemania meridional y lo que lograba penetrar, pese a las prohibiciones, de los libros y periódicos de los países occidentales, despertaron cierto espíritu de crítica y deseos de novedades. No es oportuno detenernos sobre estos y parecidos indicios que demostraban la extensión, más o menos rápida y desembarazada, del movimiento liberal; así como, por diferente razón, habrá que sobreentender toda la acción que Europa, y en primer lugar la Europa liberal, ejerció

entonces y fue acrecentando cada vez más, con las colonizaciones y con las conquistas de los países históricamente pasivos; y por ello la obra de Inglaterra en la India, donde, sustituyendo progresivamente la Compañía, eliminó costumbres bárbaras y abolió la esclavitud; y el nuevo imperio, guiado por nuevos principios, que la misma Inglaterra se fue forjando en lugar del que había perdido en el siglo XVIII; y el comienzo del imperio colonial francés, con la conquista y ordenamiento de Argelia; y lo que ocurrió en Egipto con Mohamed Alí; y así por el estilo.

Todo este fermento que había en el mundo, fermento de ideas, de esfuerzos, de intentos, de expectativas, engendró en 1846, en medio de la universal emoción, una criatura en la que paradójicamente se expresaba la necesidad inevitable y la virtud de la idea liberal, capaz de atraer y plegar para sus propios fines a hombres e instituciones que únicamente hubieran debido ocuparse de abatirla: engendró un papa liberal, Pío IX. Un imposible, en la lógica y en la realidad; y que con razón el príncipe de Metternich decía ser la única cosa que él, en sus previsiones y en sus cálculos, jamás había pensado; y que, efectivamente, sólo fue real en tanto que el ímpetu de aquel movimiento ideal le prestó su alma y le hizo realizar actos y gestos como en un delirio, arrastrado y arrollado, pero que, sustancialmente, era una proyección del sentimiento, una fantasía llevada a efecto a la que dieron escenario Roma, Italia y el mundo, y cuyas masas corales proporcionaron los pueblos. Hubo quien ya entonces vio un atisbo de lo que ocurría, y se compuso entonces una copla que decía:

*Pio nono non è un uomo, e non è quello  
che trincia l'aria assiso in faldistoro:  
Pio nono è figlio del nostro cervello,  
un idolo del cuore, un sogno d'oro;  
Pio non è una bandiera, un ritornello,  
un nome buono de cantarsi in coro...*

[Pío nono no es un hombre, no es aquel  
que corta el aire desde el faldistorio:  
Pío nono es hijo de nuestro cerebro,  
un ídolo del corazón, un sueño de oro;  
Pío nono es una bandera, un estribillo,  
un nombre bueno que ha de cantarse en coro...].

Y Gioberti se felicitó de haber dado, con su «cuadro ideal del pontificado cristiano», el impulso a la autosugestión del obispo Mastai<sup>[8]</sup> (que, en sus momentos de extravío y desconcierto, declaraba no ser más que un «pobre cura») y a la más fuerte sugestión colectiva; y ciertamente el *Primato d'Italia* fue el «libro galeotto»,<sup>[9]</sup> pero no habría



llevado a cabo la seducción si no lo hubiese precedido todo el minucioso trabajo de los católicos liberales, especialmente la epopeya liberal-nacional-papal que ellos tejieron acerca de la Liga Lombarda y la batalla de Legnano. Por el momento, la fuerza revolucionaria que se desató a través de ese símbolo poético fue grandísima, en Italia y en el mundo: los liberales, de cualquier confesión religiosa o fuera de toda confesión religiosa, aclamándolo vieron cómo caían las objeciones que se oponían a sus reclamaciones y los obstáculos a su labor; gran parte del clero abrió los brazos a aquellos que hasta entonces era obligatorio considerar como enemigos suyos y de la religión; los regímenes absolutistas vieron menguar las ayudas que recibían merced a la alianza con la Iglesia. Amnistías, aboliciones o atenuaciones de la censura de prensa, solicitudes y promesas de consultaciones, solicitudes e instituciones de la guardia cívica o nacional, se fueron sucediendo y se entrelazaron, entre 1846 y 1847, en Roma, en la Toscana, en el Piamonte, y ya se pasaba a reclamaciones expresas de cartas constitucionales y parlamentos; y en Nápoles, donde Luigi Settembrini publicaba su *Protesta*, los liberales volvían a levantar cabeza y el gobierno tenía que recurrir a encarcelamientos preventivos, mientras había levantamientos en Reggio Calabria y Messina, y en la zona Lombardo-Véneta las congregaciones salían de su habitual docilidad, las poblaciones cantaban himnos a Pío IX y ostentaban sus colores, a manera de protesta contra Austria que no se marchaba de allí, y la soldadesca austríaca recurría a las consabidas brutalidades. El congreso de hombres de ciencia reunido en Génova en septiembre de 1846 había elevado himnos al rey Carlos Alberto y a la libertad, a la independencia y al *risorgimento*, el resurgir de Italia; el año siguiente se estudiaba establecer una liga comercial entre los Estados romanos, la Toscana y el Piamonte; cada incidente, desde los funerales de Confalonieri hasta la elección de un arzobispo italiano para sustituir a uno austríaco en Milán, daba ocasión para demostrar los sentimientos que se agolpaban en los ánimos. La ocupación de Ferrara por parte de Austria, que se había puesto nerviosa, en agosto de 1847, provocó una reacción inmediata y dio lugar a que Carlos Alberto ofreciese la defensa de los derechos del papa. Garibaldi, un mazziniano exiliado desde 1833, de cuyas gestas en América del Sur había llegado el eco, acariciaba el proyecto de convertirse en guerrero del papa liberal y se disponía a regresar a Italia. Y regresaban otros oficiales que, prófugos de las pasadas revoluciones y conspiraciones, no pudiendo combatir por su propio pueblo lo habían hecho por otros. Cobden, con los laureles de su victoria a favor de la libertad de comercio, recorría Italia recibiendo homenajes. Palmerston, convertido en promotor de la libertad contra el absolutismo, enviaba a sus agentes hacia las capitales italianas para aconsejar y estimular a los príncipes en pro de reformas y constituciones. La agitación se propagaba a otros países, por aquel ejemplo italiano o por los mismos motivos que habían generado aquel ejemplo italiano. En Suiza llegaba a su crisis el desacuerdo y conflicto con siete cantones, adictos al absolutismo: los clericales y los jesuitas, que en 1845 se habían separado de la confederación estableciendo el

*Sonderbund*, vieron sometida su resistencia por la fuerza de las armas en 1847, restableciéndose así la unidad de la confederación y expulsándose de Suiza a los jesuitas. En Alemania, Metternich, olfateando el ambiente, se daba cuenta de que no era un momento oportuno para cometer imprudencias, y, de acuerdo con Prusia, frenaba las veleidades del nuevo elector de Hesse, que se disponía a cambiar la constitución que su padre había concedido. En Baden asumía el gobierno un gabinete liberal y allí se daba el primer caso de partidos democráticos y radicales en la oposición. Mientras tanto, en febrero de 1847, el rey de Prusia se decidía a convocar el parlamento de las dietas reunidas, que según la ley de 1823 que lo instituía, tenía que decidir acerca de operaciones de préstamos a contraer por el Estado; y en el discurso de apertura el rey confirmaba que jamás admitiría que se interpusiese entre sus súbditos y Dios (es decir, el soberano con investidura de Dios) una carta que gobernase con sus formalidades y ocupase el sitio del antiguo lealismo. Pero ocurrió que aquellas dietas reunidas, que legalmente sólo tenían derecho de petición en los asuntos interiores y voto deliberativo sobre los proyectos de las leyes que al rey plugiese someter a su consideración, emprendieron una oposición encabezada principalmente por los representantes de las provincias renanas y de la Prusia oriental, para obtener el cumplimiento de la constitución que se había prometido en 1815 y también sesiones regulares de la asamblea. Al mismo tiempo, la cuestión sucesoria de Schleswig-Holstein, que para la patria alemana era la amenaza de la pérdida de un territorio alemán, hacía hervir los sentimientos nacionales y agudizaba el problema de la unidad.

Así se iba llevando a cabo, tras la primera gran conmoción de la historia moderna, que fue la superación de la teocracia medieval gracias a la lucha entre el Imperio y la Iglesia, con la consiguiente formación de los grandes Estados y eclosión del Renacimiento, la segunda conmoción de similar tamaño, que había empezado en Inglaterra a mediados del siglo XVII y se había vuelto europea con la Revolución francesa, con la sustitución de las monarquías absolutas por regímenes libres, proceso durante el cual también se había superado el primer y simplista ideal de dichos regímenes, que era abstractamente democrático o jacobino. Los hombres de los viejos ideales, teócratas de la supremacía de la Iglesia o del acuerdo entre Estado e Iglesia, partidarios del absolutismo real o aristocrático, antiguos jacobinos y adictos al Terror, se hicieron a un lado por intransigencia de fe, por desdén y despecho, por sentimiento de dignidad, repitiendo para sus adentros que la causa vencedora había gustado a los dioses, pero la vencida a Catón; o se adaptaron a lo ocurrido, es decir, participaron en los regímenes libres para recoger lo menos peor que éstos podían ofrecerles, conservando en sus corazones la esperanza y la espera de lo mejor y óptimo, que había de volver, y, mientras tanto, animaban las alas extremas de los partidos liberales o, practicando aquello que era menos peor y reflexionando sobre él, poco a poco se forjaban un nuevo ánimo y una nueva mente, se educaban y se convertían en genuinos liberales. Este triple acontecer (que, naturalmente, no excluía el tránsito de

determinados individuos de una a otra de las tres situaciones descritas) también se dio entre los clericales: una parte de éstos, que no se retiró a rezar e imprecicar, fingió aceptar la nueva condición política considerándola provisoria y pensando deshacerse de ella con el arma misma de la libertad, mientras otra parte terminó por aceptarla leal y sinceramente como buena y sana. Cosa, esta última, que no podía ocurrir sin una especie de secreta y casi inconsciente reforma en sentido racionalista e idealista, relegando los dogmas a un rincón del alma, respetados por adhesión al propio pasado, pero cada vez más inactivos, y, en realidad, sustituidos por un sistema de pensamiento distinto, que era el que resultaba verdaderamente eficaz y activo. En los países en que no había tenido lugar durante el siglo XVI, la Reforma se llevaba a efecto a través de este rumbo, saltando o abreviando los estadios en otra ocasión más o menos lentamente recorridos; y también en Italia este proceso se mostraba, más o menos osado, con mayor o menor relieve, en Manzoni, en Rosmini, en Gioberti, en Lambruschini, en Ricasoli y en otros. Pero ahí estaba siempre la Iglesia de Roma, firme en aquellos dogmas, que intervenía para recordar a todos que el enemigo del catolicismo había sido otrora el catarismo y el evangelismo, y que ahora lo era el liberalismo: tal como ocurrió con la encíclica *Mirari vos*, de 1832, contra Lamennais, encíclica que condenó expresamente la libertad de conciencia, de culto, de imprenta, la separación entre Estado e Iglesia y todos los adjuntos *deliramenta*, y puso en gran embarazo a los católicos de los países liberales, franceses, irlandeses, y, más que todos, a los de Bélgica, que solamente gracias a la unión con los liberales habían podido desligarse de la dependencia de la protestante Holanda, y que con ese pacto habían aceptado la constitución liberal, a la que sostenían y de la que se valían. Esta unión tenía carácter de necesidad nacional; y, por otra parte, eran evidentes las ventajas que los amigos católicos de Lamennais, que no lo habían seguido en su separación de la Iglesia, Montalembert, Lacordaire y otros, obtenían u obtendrían de su negociar el apoyo a los ministerios liberales ventajas que consistían en salvar algunas instituciones eclesiásticas y, sobre todo, los institutos de educación, además de utilizar la libertad de prensa para tutelar los intereses eclesiásticos, según había dado ejemplo Lamennais con el «*Avenir*», imitado por Montalembert y, violenta y virulentamente, por Veuillot. Los católicos obsecuentes a la Iglesia, y la Iglesia irremisiblemente contraria al liberalismo, políticos los unos y la otra, dieron satisfacción a los derechos de la conciencia y a los de la autoridad con el habitual recurso a la casuística y a los acomodamientos, distinguiendo entre «intolerancia dogmática», a mantener firmísima, y «tolerancia civil» permisible, y entre el «principio de la libertad», que la Iglesia y todo buen católico habían de reprobar y aborrecer, y las «libertades prácticas y limitadas» establecidas por las constituciones, que se pueden aprobar. Eran, en lógica, sofismas, y en ética, ofensas a la conciencia moral, y un espíritu sincero que lea ciertos discursos que entonces sostuvo monseñor Dupanloup o los *Cas de conscience* del obispo Parisi, no puede contener un gesto de repugnancia; y, sin embargo, eran política. También se vieron las primeras señales del

acercamiento (que Cavour consideraba inevitable) del ultramontanismo y el socialismo, en los católicos democráticos-sociales, como Ozanam, y en Buchez, que había pasado del sansimonismo al catolicismo; y esto al mismo tiempo que la iglesia anglicana de Kingsley forjaba la expresión «socialismo cristiano». Tal como en el clericalismo liberalizante, también aquí se combinaban concepciones sustancialmente opuestas, al principio recubriendo la heterogeneidad con coloridos medievales de asociaciones de comerciantes y corporaciones, para pasar luego a proyectos menos anacrónicos. El «partido popular» que se ha formado en Italia en nuestros días,<sup>[10]</sup> y los otros de igual o similar nombre en otros países, tienen su remoto origen en el efecto que sobre los clericales tuvieron la revolución de julio, el desbaratamiento del absolutismo y el surgir de los nuevos enfrentamientos sociales: dado que, en aquellos años, verdaderamente se plantearon todos los términos capitales de la lucha política que aún ocurre en el presente.

El comunismo, que entonces por vez primera ocupó los ánimos y las imaginaciones, sacudiéndolos y agitándolos, previsto como triunfador en el próximo porvenir, saludado con relumbrones de júbilo, rechazado con horror, formó asimismo entonces su sistema y sus métodos, y pensó todo su pensamiento, de tal suerte que nada esencial se le añadió o cambió posteriormente. La materia para el comunismo estaba dada por la revolución que se había producido y aún estaba en desarrollo en las industrias y en los comercios merced a la utilización de las máquinas y de los rápidos medios de transporte, revolución que, imprimiendo al proceso productivo un ritmo apremiante, perturbaba fuertemente el ordenamiento de las clases económicas, concentraba en las ciudades grandes masas obreras, presionaba sobre los salarios a causa de los desocupados, utilizaba a vil precio y en prolongadas jornadas el trabajo de mujeres y niños, enriquecía con repentinas y grandes ganancias a empresarios y capitalistas, y, correlativamente, a los propietarios de tierras, originaba la excesiva potencia de financieros y banqueros (representados por los Rothschild, mundialmente famosos), y, con todo ello, desataba una carrera de competencia con episodios de crisis, quiebras y miseria, además de los tumultos y revueltas obreras que con frecuencia se producían y los consiguientes peligros para el orden social. Estos hechos y estas condiciones no producían de por sí el comunismo u otro sistema político, como se gusta mitologizar, de manera determinista, casi como repercusión inmediata de los sufrimientos de los obreros, pero proponían a los hombres de pensamiento (y fueron éstos, no los obreros, los autores del comunismo, como de todo otro sistema político) problemas económicos y morales, de mejor ordenamiento de la producción, de justicia, humanidad y civilización, de estímulo y educación de nuevas clases sociales de cara al sentir y el querer políticos: sustancialmente, sin duda, los mismos con que se tejió perpetuamente la vida de las sociedades humanas y por los que discurre su historia, pero que, por las condiciones a la que se referían, se presentaban con nueva perspectiva y nueva fisonomía. Resolver dichos problemas era el deber político del presente, pero resolverlos en relación con el presente, con las

fuerzas intelectivas y éticas del momento, con los caminos que se ofrecían o que era posible abrir, y por ello con la conciencia de que, a causa del posterior cambio de las cosas y del efecto mismo de dichas soluciones, tales problemas volverían a presentarse sucesivamente de otras maneras y con otras posibilidades prácticas; ya que pretender resolverlos todos radicalmente y para siempre hubiera sido como pretender dar fondo a la vida humana y llegar al término de la historia. Pero si no hubiese esta pretensión, si ésta no volviese siempre a brotar en los ánimos, no se daría lo que se llama «utopía», que es precisamente la idea de semejante solución integral y definitiva, y la dilatación de los problemas particulares y circunstanciales, sólo ellos efectivos y solubles, a un inexistente problema total, que se llamará, por ejemplo, «la cuestión social»: una cuestión «*qui n'existe pas*», como exclamó en cierta ocasión un político francés. Tenía razón, y más fácilmente se le habría reconocido esa razón si la fórmula de «cuestión social» se hubiese trocado por la otra, sinónima, de «cuestión histórica» o por «cuestión de la historia humana»: que, claramente, es una cuestión que no existe. Y utopistas fueron aquellos que, todavía impresionados por el crecimiento de producción y de bienestar que, en determinadas condiciones, producía la abolición de vínculos en la industria y en los comercios (en particular y recientemente por los efectos de la grande y victoriosa batalla que se había librado en Inglaterra contra el impuesto sobre el trigo), se dieron a creer que la cuestión social o «cuestión de la historia» se resolvería sin más elevando los recursos económicos librecambistas a principios absolutos, a ley de la convivencia humana, esperando de ello la pacificación de todos los desacuerdos, el allanamiento de todas las dificultades y la felicidad humana; cosa que no se podía pensar sino colocando, en último análisis, la ley de la historia más allá de la historia, como efectivamente se observa en el más popular de aquellos librecambistas, Bastiat, que tenía un fondo religioso entre fe en la naturaleza según la filosofía del siglo XVIII, y fe en un Dios providencial.

Diversos y opuestos utopistas, dado que a su vez planeaban un asentamiento definitivo de la sociedad y de la vida humana, y un gobierno sobre-histórico, eran los comunistas, que convertían en absoluta la relativa, particular y circunstancial negación que se puede hacer de la libre competencia, en absoluta afirmación, igualmente relativa, de la bondad de la intervención autoritaria para regular la producción, y pensaban sustituir la competencia: algunos por un ordenamiento que logre la finalidad de la armonía, pero no por medio de la competición y la pugna, sino por medio de la espontaneidad y el deleite; otros, por una sabiduría de sabios que regulase científicamente el todo. Por muy nobles que fuesen los sentimientos y las intuiciones que movían a Saint-Simon, Fourier y Owen, sus concepciones eran defectuosas en lo que atañe al conocimiento de la vida humana en su integridad espiritual y moral: Owen, efectivamente, se atenía a presupuestos materialistas; Fourier aborrecía la «moral» y el «deber», no queriendo saber sino de «pasión» y «atracción», sin laborioso trabajo, sin luchas, sin dialéctica; y todos ellos, pero señaladamente Saint-Simon y su escuela, se pusieron en contra de la libertad, que es

(decía Saint-Simon) «una idea vaga y metafórica» que estorba «la acción de la masa sobre los individuos» y designa un «orden de sentimientos» y no ya una «clase de intereses», y que es buena, a lo sumo, como medio de lucha contra el viejo sistema teológico, pero perjudicial en la verdadera sociedad, enteramente científica y racional, en la que el individuo debe estar «ligado al conjunto y dependiente de éste», y no se puede concebir para él libertad política ni libertad de conciencia, de la misma manera que no hay libertad en la química, la física y la astronomía. La libertad (repetía Louis Blanc) es una «palabra», es un «señuelo para los ingenuos», no habiendo otra libertad que la que se obtiene en el Estado con la «organización del trabajo». Por ello los sansimonianos eran admiradores del catolicismo, poniendo ellos también, a la cabeza de la sociedad que ideaban, una especie de papado, aunque de carácter científico; y Enfantin reverenciaba grandemente a Austria, que «tan sólo ella había resistido ante los dogmas imperfectos de la libertad y la igualdad, que sólo ella representaba el orden y poseía una función sacerdotal». De tal suerte, no diversamente que cierta laya de clericales, cuando la revolución de julio dio el triunfo al liberalismo, los sansimonianos se propusieron solicitar y exigir todas las libertades: de asociación, de prensa, de enseñanza, de culto, no ya por amor a la libertad, sino para llegar, a través de los medios que ésta ofrecía, a su contrario. Y tampoco concedían libertad a la ciencia y al arte, queriéndolas ver siervas o empleadas de su gobierno compuesto de nuevos sacerdotes, científicos e industriales. No es sorprendente que, con semejante concepto del alma humana, tendiesen a dar prevalencia al goce y predicasen el dogma de la «regeneración de la carne», que fue lo que sobre todo gustó, del sansimonismo, a Einrich Heine y a los literatos de la «Joven Alemania»; y tampoco es de sorprender que lo mejor que el sansimonismo creó y en lo que fue precursor hayan sido instituciones y obras económicas, como las sociedades por acciones, los bancos de descuento, las redes ferroviarias, y que, tras haber representado sus adeptos una extravagante comedia religiosa en la que junto al «Padre» no faltaba la «Madre», es decir la mujer, y tras haber caído en el ridículo y haberse disuelto como escuela, los sansimonianos supervivientes y su cabecilla Enfantin, que, como muchos de ellos, provenía de los estudios politécnicos, se entregasen a los negocios y especulaciones, a trabajos de ingeniería como el proyecto de corte del istmo de Suez, e, indiferentes a los asuntos de la política, se acomodasen muy bien con el Bonaparte del segundo Imperio, en tanto que su filósofo, Augusto Comte, justificaba el golpe de Estado y lo que siguió meditándolo en su «política positiva». ¡Qué distintos de Giuseppe Mazzini, que del sansimonismo había extraído lo peor que introdujo en su sistema, la aversión a la competencia, el asociacionismo, la religión del porvenir, etc., y, sin embargo, infatigablemente trabajó por la libertad, sosteniendo toda clase de fatigas y penurias, desafiando toda clase de peligros, perseguido sin tregua y cercado como fiera de caza por la policía bonapartista y por todas las demás policías europeas! Mazzini, que siempre consideró al comunismo como «materialismo», en la historia veía lessinghianamente la educación del género

humano, y herderianamente la epopeya de las naciones; en tanto que Saint-Simon inauguró la interpretación de la historia económica o materialista, como se prefiera, no viendo en la Revolución francesa otra cosa que la subida al poder de la burguesía, y contribuyendo a extender el concepto de «burguesía» en sentido económico al de forma espiritual de la edad moderna, cosa que era una falsificación y una grosera confusión de conceptos dispares. Comunistas y socialistas, y, por imitación, también otros fuera de su círculo, prosiguieron este abuso de concepto (obedeciendo al cual se habría tenido que decir, por lógica, que inventores del comunismo fueron los «burgueses», o directamente que dicha idea, toda ella económica, es «quintaesencia del burguesismo»). Y, por efecto del mismo impulso, en la historiografía francesa se dio relieve a la lucha de clases, y se emprendió la tarea de descubrir bajo el velamen de las ideologías el meollo de los intereses económicos, en lo cual colaboró la reminiscencia de la explicación, habitual en el siglo XVIII, de las religiones como invención de los curas para sus finalidades de dominio. La filosofía de la historia con proyecto predeterminado, que se remontaba al sueño de Daniel (el sueño de los cuatro imperios) y se había transmitido al pensamiento medieval para ser después renovada en la filosofía idealista alemana, ofreció asimismo a comunistas y socialistas el marco para su cuadro de historia universal, en el cual, sobre el recorrido de las edades anteriores, se erguía, última y terminal, la palingénesis de la humanidad por fin redimida en la asociación del trabajo.

Pero aquellos primeros teóricos o programadores del comunismo, concibiendo sus programas a la manera de una empresa económica, de una reforma higiénica, de una institución educativa, tuvieron fe, por una parte, en la propaganda llevada a cabo mediante la palabra y con el ejemplo de algunas experiencias en tamaño reducido, y, por la otra, esperaron encontrar favor entre reyes y déspotas, y Saint-Simon elevó la mirada sucesivamente hacia Napoleón, Alejandro de Rusia y Luis XVIII. De diversas maneras sintieron el problema del método aquellos otros comunistas que se enlazaban con la tradición jacobina, y señaladamente con el recuerdo de Babeuf, cuya conspiración relató por aquel entonces uno que había tomado parte en ella, Buonarroti, e hizo escuela. Éstos, que tenían espíritus revolucionarios, en Francia y en otros sitios, miraban en cambio hacia los obreros, hacia los proletarios, hacia la fuerza que en ellos había, que, aclarada y dirigida, arrojaría por los aires con violencia todos los ordenamientos existentes, destruiría el capitalismo y establecería la sociedad de los trabajadores que participarían, todos ellos en igual medida, en el trabajo y en la retribución. Para uso de esta particular propaganda, que tenía necesidad del *virus* del odio, al no ser suficiente el vago concepto de opresión y explotación, se fue preparando, especialmente en Inglaterra bajo la eficacia de la teoría ricardiana de la renta, una doctrina sobre el origen del provecho deducida del trabajo no pagado al obrero.

Como se ve, todo lo que confluía en el sistema social de Marx existía esparcido, y también en parte sistematizado, antes que él: materialismo histórico; pensamiento,

arte y religión como fenomenología de la economía; antiliberalismo, lucha de clases, sucesión de épocas históricas con final proletario, sobretrabajo y sobrevalor, crítica del desorden de la producción capitalista y de sus crisis, y así por el estilo. Pero Marx dio singular vigor a todos estos conceptos y bocetos de conceptos, reelaborándolos y sintetizándolos gracias a la dialéctica de la escuela hegeliana: dialéctica que, de universal, formal y hermenéutica cual es por naturaleza propia, ya en el maestro y más aún en los escolares se había entremezclado con empirismo e imaginación, había llevado a extrañas construcciones éticas y sociales, señaladamente en la llamada izquierda de la escuela, a la que perteneció Marx, y en Alemania había llegado hasta el extremo de la desesperada egolatría y el anarquismo de Stirner. Cuando de ello tuvo en Francia alguna información Proudhon, le sugirió la crítica de las contradicciones económicas, con tesis, antítesis y síntesis, también en él, a su manera, anárquica. Marx, desarrollando las contradicciones de la edad capitalista o burguesa, que había seguido a la feudal, y haciendo nacer del seno de ella, engendrados y educados por ella, sus enterradores y sucesores, los proletariados, extrajo la síntesis comunista que estos ejecutores de la necesidad histórica llevarían a efecto; y sobre tal esquema dialéctico redactó y formuló, a finales de 1847, el *Manifiesto de los comunistas*. En ello reside su originalidad, no ya de filósofo ni de economista (dado que, en este aspecto, apenas algún fragmento de su pensamiento sigue siendo utilizable), sino de creador de ideologías políticas o de mitos, porque él dio al movimiento comunista, si no un fundamento, ciertamente un revestimiento de filosofía y de historia, y le proporcionó un libro, *El Capital*, de mucho prestigio sobre el pensamiento poco crítico, sobre las imaginaciones, sobre las pasiones y expectativas: un prestigio que, aun en la disgregación que se ha producido de todos los conceptos que entretienen ese libro, perdura y actúa todavía. En el acto mismo, él terminaba de una vez por todas con el moralismo y con el sentimentalismo, y se dirigía a motivaciones más fáciles y elementales. Y si todavía Weitling había dado a su «Federación de los Justos» el lema «Todos los hombres son hermanos», Marx dio otro: «Proletarios de todo el mundo, uníos»; uníos en el odio y en la lucha de destrucción. Pero con la dialéctica que él había introducido, si parecía que se adquiriese la certeza racional del porvenir, cambiaba fundamentalmente el método de la realización; y caía no solamente el de los primeros comunistas que él definió como «utópicos», sino también el de las insurrecciones y golpes de mano, pueriles unas y otros frente al método filosófico y dialéctico, que ordenaba acompañar con el pensamiento y con la acción el proceso histórico objetivo, viviendo sus fases consecutivas, y hacer intervenir la violencia solamente en el momento oportuno para recoger el fruto ya maduro. El fin era comunista y materialista, pero el método, por lo contrario, quería ser histórico y, en la práctica, se habría configurado como una forma de actividad política concreta y gradual, y por ello sustancialmente liberal, o en un fatalismo naturalista, negación de la historicidad de la actividad; y estas disensiones, entonces invisibles o no vistas y todavía en la actualidad poco claramente



reconocidas, entre ideal y método, habían de configurar la historia posterior del comunismo y del marxismo en sus aspectos contrastantes y en sus variadas peripecias.

Que el comunismo fuese la «novedad» que descollaba por encima de las demás en el interés general de los espíritus está confirmado por la literatura: una literatura que, si en los pueblos que todavía anhelaban la libertad y combatían por ella se ocupaba de los temas correspondientes, patrióticos, civiles, heroicos, y de los romántico-sentimentales, en los pueblos que ya poseían ordenamientos libres se iba apartando de aquellos temas o los proseguía de una manera sólo extrínseca y decorativa, como se dio en la mayor parte del romanticismo francés posterior a 1830, y, en su lugar, se iba llenando de imágenes y sentimientos de variado género, que correspondían a la nueva exigencia e inquietud social. George Sand pasaba de la novelesca reivindicación del amor-pasión a su *Compagnon du tour de France*, *Consuelo*, *Meunier d'Angibault* y similares; Balzac, en *La Comédie humaine*, daba en sus escenas amplio espacio a la plutocracia, a los banqueros, a los especuladores, a los enfrentamientos de las clases sociales, y se confería a sí mismo el título de «doctor en las ciencias sociales»; parecidamente, el drama y la comedia se ocupaban de temas sociales; Eugène Sue endilgaba al público *Les mystères de Paris* y sus demás novelas, que, aunque desprovistas de todo valor artístico, fueron ávidamente leídas. En Inglaterra, Dickens componía *Oliver Twist* y a continuación *Hard Times*; Disraeli, en *Sybil or the Two Nations* (1845) ofrecía la novela de las dos naciones extrañas entre sí y enemigas en el mismo suelo, la de los «ricos» y la de los «pobres», describiendo las condiciones de vida de los obreros de Lancashire; Elizabeth Gaskell relataba en *Mary Barton* la huelga de los textiles de Manchester; argumentos similares trataba Kingsley en sus dramas y novelas; Hood y la Barret cantaban cantos humanitarios y Carlyle se situaba contra el liberalismo y la democracia; poco más tarde había de aparecer *Uncle Tom's Cabin*, de Harriet Beecher Stowe, sobre la dolorosa vida de los negros esclavizados en América. La filosofía, particularmente en la ya recordada escuela hegeliana de izquierda, acogía los conceptos de Saint-Simon y de Fourier y se esforzaba por traducirlos en términos especulativos y dialécticos. El desarrollo teórico de las formas políticas cedía el paso al de los problemas sociales; Auguste Comte inventaba la palabra «sociología» y trataba de dar cuerpo a la ciencia que había bautizado con ese nombre; Quételet publicaba la *Physique sociale* y aparecían sucesivamente cuadros de las condiciones de las clases trabajadoras (uno de éstos, referido a Inglaterra, se debió al compañero de Marx, Friedrich Engels), así como disquisiciones acerca de la «cuestión social», asunto al que todos aportaban su grande o pequeña contribución de pensamientos o de palabras: también el futuro autor de la historia de Julio César, Luis Bonaparte, llevado por un espíritu humanitario muy suyo, disertaba sobre la *Extinction du paupérisme*. El comunismo está en el fondo de las preocupaciones de Tocqueville y es el tácito punto de referencia de sus acongojadas indagaciones sobre el argumento de la libertad, que él

ama con infinito amor, y de la igualdad, a la que admira y teme a la par: veía, durante los últimos setecientos años de historia, cómo la sociedad corría de manera irrefrenable hacia la igualdad, y, en esta contemplación, su ánimo se sentía invadir por una especie de terror religioso. Tras haber abatido la sociedad feudal, ¿querrá el empuje hacia la igualdad detenerse ante los burgueses y los ricos, y respetar el derecho a la propiedad? Pese a todos, aunque esta carrera hacia la igualdad parece señalada por el dedo de Dios, amenaza a la sociedad humana con la anarquía y, merced a ésta, con el despotismo y la servidumbre. ¿Será posible mantener o reconstruir instituciones locales como defensa frente a la cada vez más creciente centralización e igualización, casi a manera de escuela de libertad? ¿Se podrá enfrentar y superar el peligro por medio de la educación de las democracias, avivando en ellas la fe, purificando sus hábitos, corrigiendo su inexperiencia mediante la instrucción en la ciencia de los asuntos humanos?

Sin embargo, estos temores y esperanzas, estos deseos en direcciones opuestas, estas previsiones de variado signo, estas imaginaciones y cálculos, estas múltiples propuestas, si dividían las opiniones y disponían los ánimos diversamente, eran cosas que estaban muy lejos de un partido político, que significa una acción determinada sobre el gobierno y para el gobierno, ya tienda a derribar revolucionariamente una forma estatal, ya opere dentro de las posibilidades de esta forma tratando de llevar a efecto sus propias finalidades. Las colonias comunistas se intentaron de hecho, y no solamente por Owen, sino por el fourierista Considérant, que en 1832 fundó, con la ayuda de un rico inglés, el falansterio de Condè sur Vesgre, y en 1849 el de la Réunion en Texas; en 1848, Cabet fundó la colonia de Nauvoo en Illinois; pero todos fracasaron míseramente y entre violentos desacuerdos, y, aunque no hubiesen acabado así, habrían actuado sobre la opinión y no en el campo político propiamente dicho. La diversa excogitación de Louis Blanc, los *Ateliers sociaux*, es decir, asociaciones de obreros en cooperativas de producción con el Estado en comandita, aunque se hubiese llevado a efectos por ley, habría tenido parecidamente valor de experimento, el experimento de lo que posteriormente se llamó «socialismo de Estado». No sólo se predicaron las insurrecciones, sino muchas veces se llevaron a cabo en Inglaterra, en Francia y en otros sitios; en 1834 los obreros de Lyon se sublevaron al grito de «*Vivre en travaillant ou mourir en combattant*» y en París, en 1839, tuvo lugar la revuelta de la sociedad de las Estaciones; no sólo fueron siempre sofocadas, sino que no se puede decir que pretendieran iniciar el comunismo, que, así como no era capaz de formar un partido, tampoco lo era llevar una hipotética insurrección hacia una revuelta social conforme con sus principios; Blanqui, que fue uno de los cabecillas de la insurrección de 1839, declaraba claramente que no poseía «un sistema político preciso», que despreciaba la «dogmática» y que, en resumen, buscaba la insurrección por la insurrección pensando que de sus vísceras nacería algo, un algo cuyas facciones nadie preveía. Había vuelto a florecer, después de 1830, la teoría del terrorismo o «guillotomanía», ya formulada en 1797 en un opúsculo de

De Lezay (que refutó Constant), como método necesario para consolidar las revoluciones y volverlas irrevocables; y los obreros de los suburbios parisienses leían las reimpressiones de los discursos de Robespierre y de Marat, el relato de la conjura de Babeuf y el comunista *Viaje a Icaria* de Cabet, opúsculos políticos enrojecidos de llamas y sangre; y se cantaban canciones similarmente incendiarias y sanguinarias, al tiempo que se pintaban espectáculos apocalípticos de mundos a destruir y mundos a edificar. Pero, dado que los caminos de la realidad no son los de los sueños, o no son igualmente rectos y transitables, y la realidad eran los gobiernos parlamentarios y constituidos mediante elecciones, y la clase dirigente que, teniendo a su favor las fuerzas de la riqueza y de la cultura, defendía dichos gobiernos, a los que anhelaban profundas conmociones sociales, cuando pasaban de las teorías y programas a la práctica, no les quedaba sino pedir ampliaciones del electorado cada vez mayores hasta llegar al sufragio universal. Así lo hicieron, efectivamente, los carlistas en Inglaterra, en 1838, quienes precisamente querían una carta constitucional que contuviese el sufragio universal, diputados elegibles sin condiciones de censo y remunerados por su función, escrutinio secreto, circunscripciones electorales iguales y parlamento anual. Pero, en Francia, con tales reclamaciones los comunistas se convertían en gregarios o aliados del partido democrático y republicano, que, tras haber cooperado con los liberales en el derribo del absolutismo, pedía mayor participación del pueblo en el gobierno; y a causa de dicha confluencia, este último partido modificaba un tanto, a su vez, su fisonomía, se coloreaba con reflejos del comunismo, y, por consiguiente, se iba distinguiendo en una serie de gradaciones, desde la moderada, que se habría conformado con una ampliación no grande del electorado en el presente y otra mayor que se llevase a cabo en el futuro con igual cautela y discreción, hasta la extrema, que empezaba a denominarse «democracia social» o «socialismo». Con este nombre se enunciaba una unión y al mismo tiempo una distinción entre socialismo y comunismo, que estaba muy en auge, como percibieron los comunistas, quienes, valiéndose de la terminología más difundida, lo definieron como «partido burgués», es decir sustancialmente liberal e idealista y nada «proletario», es decir antiliberal y materialista como quería ser su propio partido. De tal suerte en Francia, a la vieja fórmula republicana, que había tenido en Carrel su personaje representativo y aún contaba con fieles, se añadió la que representaron hombres como Ledru-Rollin, que quería llegar al sufragio universal y por su intermedio a las reformas sociales. A la democracia social fue a parar Lamennais, antes autor del *Essai sur l'indifférence* y ahora de las *Paroles d'un croyant* y del *Livre du peuple*: habiéndole tallado el intento de fundir Iglesia y liberalismo, no supo seguir siendo católico ni liberal, sino que, fogosamente, se convirtió en demócrata y socialista.

La lucha política con estos términos cambiados, es decir, ya no de liberalismo y absolutismo, sino de liberalismo y democracia, desde la moderada hasta la extrema y socialista, esta lucha que fue la verdaderamente actual y progresiva del siglo XIX, se

desarrollaba, como hemos señalado, en los países que gozaban de libertad: porque en los otros, dedicados a su anhelada adquisición, el esfuerzo en tal sentido no dejaba surgir o hacía retroceder aquella lucha, de la que apenas se veía algún rasgo en los diversos semblantes de los combatientes, conservadores o democráticos, y en los desacuerdos en torno a las vías a seguir, las reformas graduales o la revolución, y en una que otra manifestación esporádica. El comunismo, al que los publicistas alemanes contribuyeron grandemente y por último dieron la sistematización doctrinaria que todavía conserva, era obra de exiliados alemanes en Inglaterra, en Francia y en Bélgica, dado que en el suelo patrio no podía crecer, aunque allí se diera alguna huelga y alguna revuelta de tejedores y otros obreros; exiliados eran Marx y Engels, y en un congreso internacional de la Federación comunista, en buena medida formado por exiliados, se discutió y aprobó en Londres, en diciembre de 1847, el *Manifiesto de los comunistas*; y la Rusia del zar Nicolás, con sus alborotadores prófugos, empezó a proporcionar adeptos a esas ideas extremistas y a otras extremísimas que apenas si pueden llamarse ideas, en los conciliábulos revolucionarios internacionales. En los países que todavía no eran libres, republicanismos, jacobinismos, y, sobre todo, las nuevas palabras «comunismo» y «socialismo» eran asuntos de inquietud también para muchos adversarios de los regímenes absolutistas, y estos regímenes utilizaban esos términos para intimidar y dividir; y Metternich insinuaba que, bajo falsas apariencias de libertad, la guerra se combatía sencillamente entre los que poseían y los que ansiaban poseer, y que estaba en tela de juicio el derecho mismo a la propiedad: también en Italia se agitaban esos espantajos, en Florencia, en Roma, en la zona de Nápoles, señaladamente desde que Pío IX había dado impulso al movimiento liberal y nacional, y hubo quienes titubeaban perplejos ante la idea de echar mano a cambios en el ordenamiento vigente, temiendo ruinas y catástrofes sociales. Y, hablando de los países libres, la mente se dirige a Inglaterra y Francia, dado que no serviría observar la lucha en Estados pequeños, donde parecería ver la tempestad en un vaso de agua: y tampoco en Bélgica, donde, por la composición social y política de su población, una parte de la cual se enlazaba con la antigua tradición estrictamente católica de las provincias flamencas españolas y austríacas, y la otra parte con la más reciente tradición de la Bélgica francesa y republicana, dado que se había producido un compromiso necesario entre partido católico y partido liberal en oposición a Holanda y en la subsiguiente separación, liberales y clericales se alternaban en el gobierno, y clericales moderados y liberales moderados, y sólo más tarde el proceso se vio complicado por el socialismo y el clericalismo democrático-social; tampoco, por último, en España, donde ya se notaba la frecuente interferencia de dictaduras encubiertas o manifiestas, cosa que hacía que fuesen poco fructíferas e instructivas sus diferencias entre liberales y radicales. Por diversa razón los Estados Unidos de América, que en aquellos años Tocqueville estudiaba y daba a conocer en Europa como país típico de la democracia, tampoco ofrecían documentos y enseñanzas para

este contraste a causa de su persistente carácter de país colonial, en el que la democracia, llevada allí por las sectas religiosas, se había desarrollado sin luchas contra monarquías absolutas y contra clases patricias, sin otros obstáculos, y la diferenciación social no era profunda ni fuerte, la producción económica configuraba casi el único objetivo de la actividad y la fortuna de los enriquecimientos circulaba según formas sumamente rápidas. Allá no se presentaban, por lo tanto, dos grandes partidos con el contenido político que ya sabemos, sino agrupaciones que contendían por el gobierno, cada una con sus propias clientelas; entre tanto, se perfilaba cada vez con mayor gravedad el conflicto entre esclavistas y antiesclavistas, que fue la gran cuestión americana, que también había surgido a causa del proceso especialísimo de aquel desarrollo económico. Europa había superado la esclavitud desde hacía un milenio y medio, y ahora terminaba de abolirla en sus colonias, tal como había superado en todas partes la servidumbre personal y de la gleba, salvo alguna persistencia residual en algunos sectores del Imperio austríaco y la plena persistencia en Rusia.

Inglaterra se mantuvo firmemente en el régimen establecido con la reforma electoral de 1832, que ya había sido, aunque lenta y cautelosa, una efectiva revolución en sus hábitos sociales y en la composición de la representación popular, y había llevado a la Cámara de los Comunes muchos hombres nuevos, industriales y comerciantes, y encaminado a los antiguos partidos de *tories* y *whigs* a renovarse en partido conservador y partido liberal, con la añadidura de un nuevo partido de radicales, y había cambiado la cualidad de los debates parlamentarios, que pasaron de ser doctrinarios y sobre principios generales a técnicos y particulares; asimismo había arrastrado hacia la reforma la administración municipal, con ordenamientos uniformes y voto para todos aquellos que pagaban impuestos. No se sentía la necesidad profunda e irresistible de una segunda revolución de este género; y, pese a que las demandas de los cartistas, sus seis puntos, contuviesen cosas que debían todas ellas producirse en el porvenir y ahora han sido llevadas a efecto, es decir, no eran, ni mucho menos, cosas intrínsecamente imposibles, en aquel entonces no se adaptaban a las condiciones reales del país y a sus tendencias mentales y morales, y por ello las peticiones que se presentaron al parlamento en tal sentido fueron rechazadas. Los gobiernos, al tiempo que permitían a los cartistas realizar sus *meetings* o reuniones, publicar sus *tracts*, es decir opúsculos, y llevar a cabo la más vivaz propaganda, mostraron firmeza en el reprimir todo intento de tumulto y de insurrección. En 1833 Owen emprendió su agitación en demanda de la jornada laboral de ocho horas, en 1836 se fundó en Londres la asociación de los obreros, en 1837 se concentraron las demandas que en mayo de 1838 se formularon en la Carta, con un *crescendo* que en 1839 pareció que podía llevar a la guerra civil, pero que fue detenido, tanto por las medidas militares y policíacas a las que recurrió el gobierno, como por la incertidumbre de los mismos conductores de aquel movimiento; pero aunque la agitación volvió a avivarse en 1840 y al año siguiente se diera la incidencia de una

huelga general, después de ese año se pudo considerar agotada y desapareció del escenario político al producirse la renuncia a las demandas de democracia social. Los obreros comprendieron que les convenía apoyarse en los radicales de las clases medias, e intentando por cuenta propia el camino de asociaciones cooperativas (de las que algunas fracasaron y otras, construidas con mejor experiencia, se mantuvieron y prosperaron), se dedicaron a ocuparse en sus *trade unions* de sus propios intereses económicos y de hacerlos valer de manera legal. Este resultado no era el efecto de la imposición de una clase social armada de las fuerzas del Estado, o de una agrupación de intereses materiales conservadores, sino, por decirlo así, del alma inglesa, de la manera de pensar, sentir y comportarse de todo ese pueblo, de su sentimiento moral de responsabilidad, de la educación para la libertad, de la devoción a la patria, de la aguda percepción de los intereses ingleses en el mundo, de la pragmática adhesión a la continuidad histórica, de la desconfianza ante todo aquello que se presentase como abstracto y excesivo, de la disposición hacia el *equitable adjustment* en las disputas, la satisfacción de las necesidades efectivas y el remedio de los males a los que se pudiese poner remedio, y, en fin, como consecuencia de todo ello, de la conciencia política generalmente difundida y de la calidad y número de hombres de Estado que Inglaterra producía, superiores a los de los otros países. En estas virtudes hallan su significado algunos juicios corrientes, como que el liberalismo sea «aristocrático»; de una aristocracia, por otra parte, siempre abierta y siempre renovada; o el otro dicho, que parece una acusación y, bajo cierto aspecto, es un elogio, de que los obreros franceses se movilizan por las «ideas» y los ingleses sólo por las «necesidades». Aquel ánimo era también el de los radicales, demócratas sociales, cartistas y socialistas, y actuaba como freno: de tal suerte, cuando parecía que del congreso nacional de los cartistas en Londres y Birmingham en 1839 tuviese que brotar el grito de insurrección, los cabecillas rechazaron recurrir a la violencia y deliberaron llevar a cabo una simple huelga, no sintiéndose apoyados por la generalidad del país, ni por la de los obreros, ni por su propia convicción interna. Mazzini conocía estos límites que los ingleses se imponían por sí mismos, y en una carta fechada en 1839 escribía que muy a menudo le rechazaban los artículos que ofrecía a los editores ingleses, que se echaban atrás ante «cualquier idea demasiado general, demasiado sistemática, demasiado continental, como dicen ellos». Pero la clase política dirigente no solamente sabía sofrenar y reprimir, o, con sabiduría, dejar que los movimientos se disgregasen, sino también poner manos a la obra en la mejora y progreso de las clases trabajadoras; y durante aquellos años hizo realizar las grandes encuestas que tantas durezas, miserias y tormentos desvelaron, y, muy tardíamente imitada en los demás Estados, dio comienzo en Europa a la sistemática legislación para la protección de los trabajadores. La primera ley sobre el trabajo de los niños se promulgó en 1833; en 1842 la que se refería a los niños y mujeres utilizados en las minas de carbón; en 1843 otra ley sobre el trabajo de los niños en todos los ramos de la industria y a continuación múltiples disposiciones acerca de la higiene y asuntos similares.

También supo adoptar muchas disposiciones en las que las clases obreras no divisaban el beneficio que les provendría, y a las que otras clases, ofendidas en sus intereses particulares, se oponían: así la abolición del impuesto sobre el trigo, solicitada desde hacía un cuarto de siglo, que, tras la vigorosa labor durante siete años de la *Anti-corn-law league*, se votó en 1846; y la orientación librecambista en general que se dio a la política comercial no impidió, por otra parte, la sagaz intervención del Estado donde fuese necesario. Pensadores y políticos que entonces intervinieron en la contienda habrían querido que dicha intervención fuese mayor, y más directa la acción del Estado, primero entre ellos el antidemocrático Carlyle, romántico a la manera alemana, paradójico y fantasioso, así como Disraeli, que prometía y anunciaba una «nueva generación», con un torysmo renovado, que se tomase a pecho los intereses del pueblo como no lo habían hecho a suficiencia los liberales y librecambistas, adversarios estos últimos, con Cobden, incluso de las defensas de los obreros que se venían forjando desde 1834 en sus *trade unions*. La monarquía aceptó definitiva y lealmente el gobierno parlamentario después de que, en 1835, el rey Guillermo IV, que había postergado a los liberales y llamado a los conservadores, a causa del resultado de las elecciones se persuadió sin más a llamar al jefe de los liberales Melbourne; y a la joven reina Victoria el príncipe consorte aconsejó avanzar en constante acuerdo con el parlamento.

Justamente lo contrario de lo que se desarrollaba en Inglaterra ocurrió en Francia, que, con la revolución de julio y con la sustitución de los Borbones por los Orleans, había elevado su carta constitucional concedida al rango de constitución pactada: había quitado al monarca la facultad de emitir ordenanzas (que habían sido el incentivo de la insurrección de julio), transformado la cámara de los pares, hereditaria, en cámara vitalicia de nombramiento real, dado al parlamento la iniciativa legislativa, disminuido el censo que se requería al electorado doblando así el número de electores, que subió a doscientos mil y se acrecentó después a doscientos cuarenta mil, reestablecido la guardia nacional, suprimido el artículo sobre la religión del Estado y abolido la censura de libros y periódicos. Pero la vida del organismo así formado era entendida de diversa manera por los dos partidos que lo habían traído al mundo, que asumieron los nombres contrapuestos de «movimiento» y «resistencia». Para los hombres del «movimiento» el haber establecido la monarquía de julio era un paso necesario, pero sólo el primero, que sin pérdida de tiempo tenía que verse seguido por otros pasos hacia reformas liberales en todos los sectores de la sociedad y en la dirección de una participación del pueblo cada vez mayor en el gobierno; y tenía que favorecer en toda Europa el movimiento similar, y, más aún, capitanearlo, devolviendo en ese aspecto a Francia la hegemonía que no sólo había de ser su grandeza moral, sino que le acarrearía grandeza de poder, y que desharía o corregiría, también respecto a Francia, los tratados de 1815. En otras palabras, querían declarar la guerra a la Santa Alianza, y por eso aclamaron con júbilo las insurrecciones que se produjeron en Bélgica, en la Emilia, en Polonia,

considerándolas como la causa misma de Francia.

Ciertamente, en este programa de vigoroso impulso que se habría querido dar a la política interior y exterior francesa, impulso que era solicitado y amenazadoramente exigido por hombres que se agitaban fuera del gobierno y no soportaban la responsabilidad de éste, se encerraban dificultades e imposibilidades de hecho, así como el peligro de desastre y ruinas en caso de querer tomarlas por asalto para estrellarse contra ellas. Los hombres del gobierno tenían que refrenarlo, en cierta medida, y oponerle resistencia y moderarlo; mas no por ello sofocarlo, o proponerse desviarlo, o comportarse como si aquel empuje no existiese en los ánimos. Reprimiendo tumultos como el de 1832 en ocasión de los funerales del general Lamarque, y otros que se reiteraron sucesivamente, rehusando intervenir en guerras que las relaciones de fuerza entre Francia y las demás potencias o las agrupaciones de éstas no permitían, cumplían con su deber hacia la patria; mas no por ello las tendencias que se expresaban en aquellos anhelos y en estas incitaciones, ni las otras que se manifestaban en los deseos de república, de democracia social y asimismo de comunismo, cualesquiera fuesen sus exageraciones y formas extravagantes, dejaban de dirigirse también al bien, ni dejaban de ser gérmenes de vida que se esforzaban por irrumpir desde el terreno y abrirse al sol, y que era conveniente educar y cultivar. Un gobierno liberal desmiente su propio carácter y viola su ley íntima si no es un gobierno para la adquisición de una libertad cada vez mayor; y las mismas necesidades políticas que ha de tener en cuenta en las relaciones con los demás Estados, y que a veces obligan a respetar regímenes antiliberales y en ocasiones aliarse con éstos con finalidades internacionales y dejarles las manos libres en su política interior conservadora y reaccionaria, no valen para justificar el abandono de la defensa de la libertad en el mundo, que es el principio que anima su vida, una defensa que ha de perdurar incluso en las retiradas circunstanciales, en los renunciamientos temporales, siempre dispuesta a volver a avanzar no solamente aprovechando el rumbo de los acontecimientos, sino preparándolo: porque, de lo contrario, la política de un gobierno pierde lo que se suele llamar «su línea», que es luego la línea de la historia de un pueblo.

Los hombres de gobierno de la monarquía de julio consideraron, en cambio, que la libertad era una *res condita* y no perpetuamente *condenda*, y que el régimen instituido era tal que satisfacía las exigencias de la razón indicando el punto medio entre los extremos: un punto medio, a decir verdad, no sintético y dialéctico, es decir móvil en el movimiento, sino analítico, estático y arbitrario límite del movimiento, que era lo que se llamó «*juste milieu*» y se convirtió en objeto de sátira y desestima. Y esta su rigidez, a la que se oponía la igualmente rígida y abstracta del radicalismo y republicanism con su persistente confianza en los procedimientos expeditivos de los jacobinos y de los hombres de la Convención, que preparaba inevitables estallidos revolucionarios, temibles convulsiones y un oscuro porvenir, no se debía, como se imaginó, a la escasa aptitud natural del pueblo francés para el gobierno libre, sino a



unas condiciones históricas, y, podría decirse, conjuntamente a una experiencia y a una inexperiencia históricas. La experiencia de las revoluciones que Francia había padecido desde hacía medio siglo, rebotando de una a otra revolución y de una a otra dictadura, de la revolución de 1789 a la dictadura jacobina, del terror a la dictadura napoleónica, después al restablecimiento de la monarquía con una carta de libertad y a continuación a la ruina de dicha monarquía; y la espera, siempre en vano, de que se cerrase ese proceso, tan distinto de la secular historia francesa y de su monarquía, eran elementos que llevaban a abrazar, tras tan afanosas peripecias, el régimen que se había establecido y que parecía capaz de satisfacer a todo espíritu moderado y de eludir las innovaciones que hubieran podido ponerlo en peligro abriendo nuevamente las compuertas al torrente revolucionario. Y la inexperiencia, o demasiado breve ejercicio de la vida libre, todavía no había permitido la formación de aquel sentido del cambio y la continuidad unificados, un sentido que seguramente el pueblo inglés poseía, no, por cierto, como don de la naturaleza, sino por formación histórica. Por todo ello había demasiado temor a los enfrentamientos, se era demasiado poco conscientes de la fuerza que se recibe de los opositores y de la utilidad del alternarse de los partidos en el gobierno, había poca persuasión de la necesidad de refrescar sucesivamente los ánimos y las mentes, y de renovar la clase política dirigente. Así aquellos hombres, que brillaban por su ingenio y sabiduría, probidad personal y claro amor hacia la cosa pública, rechazaron toda demanda de reforma electoral, que, contra la norma exclusiva del censo, habría abierto el acceso a las que se llamaban «capacidades», e incluso rechazaron la modesta reforma parlamentaria que proponía disminuir en la Cámara el número de diputados empleados (y, por ello, dependientes del gobierno o esperanzados en que el gobierno favoreciese sus carreras). No quisieron o no supieron cultivar y educar a los opositores y sucesores. Por lo que atañe a la inalterable conservación del orden existente, Périer, Molé, Thiers, Guizot y los demás que presidieron los distintos ministerios, no diferían entre sí o diferían muy poco. Thiers, por ejemplo, tenía distinto temperamento que Guizot; más individualista éste, más estatista el otro, más disponible para alianzas con los radicales el primero y con los católicos el segundo; pero Thiers, como Guizot, no reconocía nada fuera del «país legal» y aborrecía el principio de la «soberanía del pueblo», que contiene su parte de verdad, si no jurídica, moral; y en 1840 hizo postergar la propuesta de reforma electoral y nuevamente en 1845, cuando estaba aliado con Barrot y con los demás radicales, consiguió de estos aliados suyos una nueva postergación; y la oposición «constitucional», suya y de sus amigos, probó ser floja e insegura. Igualmente en los otros sectores de la legislación y de la administración predominaba esta renuencia a mover las aguas y engendrar descontentos en el cuerpo electoral, ya se tratase de conversión de la renta, o de impuestos, o incluso de la esclavitud en las colonias. Adversarios de los clericales y de los jesuitas durante los primeros años, pronto se inclinaron a considerar la religión como un baluarte de conservación social y a Dios

como el mejor gendarme: doctrina napoleónica, pero que había sido refutada con desprecio, en la generación precedente, por Benjamin Constant. En 1833 Guizot concedía vía libre a las escuelas primarias católicas, congratulándose de que así se educase al pueblo, y conformándose con reservar la instrucción superior, en la que había de formarse la clase dirigente, para el pensamiento laico e independiente; y, en los años siguientes, Molé contentaba más ampliamente a Montalembert y a los católicos o clericales liberales, hasta que se llegó al estrepitoso enfrentamiento entre la Universidad de Quinet y la de Michelet y los jesuitas. La política exterior, de ser prudente cual era, se volvió tímida y conservadora, al igual que la interior; y aunque Molé todavía declarase, en 1837, que detestaba los regímenes absolutos y se apiadaba de las naciones que conocen tan poco sus propias fuerzas como para someterse a éstos, de hecho el gobierno francés aceptó todo lo que quisieron las potencias absolutistas, y terminó por apartarse de Inglaterra y dirigirse hacia Austria. Y dado que el rey Luis Felipe, habiéndose librado progresivamente, con mucha astucia y finura, de los políticos que le resultaban incómodos, o habiéndolos reducido a instrumentos suyos, manejaba personalmente los asuntos exteriores, esa política asumió cada vez más un carácter de acción directa con la única finalidad de mantener a los Orleans en el trono. Si una cerrada oligarquía, provista de muy reducida base electoral, retenía para sí el gobierno excluyendo de éste a la gran mayor parte del pueblo francés, esa misma oligarquía, en realidad, se veía sometida a un poder extraparlamentario; y en vano se intentaron coaliciones parlamentarias a fin de remover dicho poder personal, y en vano Thiers caviló la doctrina de que «el rey reina y no gobierna», que no pasó a la práctica en la vida política francesa, mientras aproximadamente en la misma época se actuaba plenamente en Inglaterra. Se habían apagado el ardor, la valentía, el ímpetu, la fe, que habían animado a los liberales durante los años de la restauración. Entre los «doctrinarios», los que no habían muerto se habían como enfriado y extenuado, casi como si a los hombres no les fuese posible sostener una tras otra, a lo largo de su vida individual, dos grandes luchas y se gastasen en la primera. Royer-Collard, que se había retirado, ya no reconocía a sus alumnos de antaño: no se resignaba a lo que presenciaba y denunciaba «los astutos ataques contra la libertad», acusaba de «inmoralidad» a la escuela que se había instaurado, a la política de estar «desprovista de toda grandeza» y a Francia de estar sumida en un «sueño sin sueños».

Y si para esta monarquía, y para su manera de gobernar, nació espontáneamente la calificación de «burguesa», que ha perdurado, la razón no se debe, como han teorizado los materialistas de la historia, a la naturaleza económica y clasista de todo gobierno, sino precisamente a aquella falta de vitalidad política, que dejaba ocupar el primer plano del cuadro a los intereses económicos de la gran burguesía, de los financieros y banqueros, únicos consistentes y visibles. De un gobierno que verdaderamente lleve a cabo una obra política es imposible o del todo arbitrario decir que es aristocrático, o burgués, o pequeño-burgués, porque necesariamente incluye a

éstas y a todas las demás clases y las supera, o tiende a superarlas, como se ve en la comparación con los gobiernos ingleses. La impresión que a este respecto suscitaba la monarquía de julio fue la misma en hombres del más distinto origen. Con su pluma cargada de veneno y de hiel, Carlos Marx la describía como «una compañía por acciones para la explotación de la riqueza nacional francesa, cuyos dividendos se repartían entre ministros, cámaras, doscientos cuarenta mil electores con su séquito, y Luis Felipe era el director, auténtico Robert Macaire entronizado»; pero no de distinta manera a como el ponderado, ecuánime y caballeresco Tocqueville lo hacía, pensando que tal vez la posteridad jamás sabría «hasta qué extremo el gobierno de entonces, al declinar, tenía la andadura de una compañía industrial, en la que todas las operaciones se realizan a cuenta del beneficio que sus socios pueden obtener». Y Ernest Renan, recordando aquel tiempo y aquellos hombres, juzgaba que «jamás una generación había entrado en la historia con más inexactos conceptos sobre sus propios deberes, con tan pocas ideas acerca de las finalidades a perseguir, y, al mismo tiempo, con aquella avidez que nos lleva a arrojarnos sobre la vida como sobre una presa». En medio de la prosperidad del país y de la acumulación de riqueza, se percibía el vacío. Vencida la aristocracia, mantenido alejado el pueblo, sin oposiciones en su seno la clase dirigente, la oratoria del parlamento, pese a los brillantes ingenios que formaban parte de aquella asamblea, no se dirigía hacia diana alguna y se envolvía en sí misma: «nuestros grandes oradores —dijo asimismo Tocqueville— se aburrían mucho escuchándose el uno al otro, y, lo que es peor, la nación entera se aburría al escucharlos». El tedio: Lamartine lanzó su frase, que expresaba el sentimiento general, «Francia se aburre».

Ciertamente, el descontento bullía en las demás clases, en la pequeña burguesía, entre los campesinos y también entre una parte de los industriales: la guardia nacional estaba llena de pequeños burgueses y no ofrecía seguridad en caso de producirse sublevaciones; más de una vez los jurados, a manera de protesta, habían absuelto a los acusados políticos: las ideas que propugnaban los demócratas no conseguían el mínimo de satisfacción al que ciertamente tenían derecho. Pero, puesto que la clase dirigente no realizaba una acción política, también la oposición era vaga, confusa y desordenada. A la necesidad insatisfecha de progreso político se añadía la insatisfacción del sentimiento de amor propio nacional, de la grandeza, de la *gloire* de Francia; sentimiento no solamente insatisfecho sino ofendido, señaladamente en 1840, cuando Francia se encontró repentinamente aislada y humillada en la cuestión egipcia, en su política de apoyo a Mohamed Alí, y se vio obligada a aceptar todo lo que Inglaterra había establecido en acuerdo separado con Rusia y con Austria. El culto a Napoleón, que en la generación anterior había significado irritación contra los absolutismos restaurados y anhelo de libertad, ahora asumía un nuevo significado de nostalgia de la potencia y gloria militares perdidas; y el gobierno lo favorecía como desahogo de la imaginación que se alimenta de memorias: el rey encargaba la pintura de cuadros históricos para la galería de Versalles, la estatua de Napoleón recuperaba

su sitio en lo alto de la columna de la plaza Vendôme y las cenizas del emperador regresaban a Francia y se colocaban en los Inválidos, mientras Thiers, con intenciones de oposición al mismo gobierno sin gloria, componía su *Historia del Consulado y del Imperio*. Y, mientras tanto, se iba dibujando en la sombra la figura del futuro dictador, de aquel Luis Bonaparte que en 1831 se habían encontrado junto a los carbonarios sublevados en Italia y que, tras la muerte del duque de Reichstadt, era la cabeza de la familia napoleónica, el pretendiente, y casi como un programa había publicado en 1836 el libro sobre las *Idées napoléoniennes*, y que en dos ocasiones, en Estrasburgo y en Boulogne, había intentado sublevar a Francia al grito de su nombre.

En 1847, mientras en toda Europa se encrespan las aguas por la tempestad inminente, el ministerio de Guizot, que en la política exterior cortejaba a Metternich y se mostraba hostil a Palmerston, hacía rechazar la propuesta de reforma electoral que las oposiciones reunidas reclamaban dentro límites moderados con el incremento de otros doscientos mil electores; con lo cual empezaba, sobre el ejemplo inglés, la agitación de los «banquetes» y asumía un sesgo inquietante, aunque no inquietase al gobierno, que en las elecciones del año anterior había obtenido una amplia mayoría. Profeta mal recibido y no escuchado, Tocqueville, el 27 de enero de 1848, avisaba la proximidad de la revolución, declaraba la necesidad de la reforma electoral y de las otras relacionadas con ésta, pero, sobre todo, recomendaba y auguraba que se cambiase «el espíritu mismo del gobierno».

La inercia y la insensibilidad del gobierno preparaban en Francia una revolución, así como otra de diversa naturaleza preparaban la actividad y el entusiasmo que por entonces se habían encendido en Italia y en los demás países anhelosos de independencia y libertad. Y el estallido de las dos diversas calidades de revolución, su entrelazarse y mezclarse, así como los variados desenlaces de unas y otras, fueron los acontecimientos del año 1848.

## VI

### REVOLUCIONES LIBERAL-NACIONALES, REVOLUCIONES DEMOCRÁTICO-SOCIALES Y REACCIONES

En el significado que conserva dentro del habla corriente y en las imágenes que vuelve a despertar, esta fecha, «1848», indica en primer lugar el conjunto de las revoluciones liberal-nacionales que entonces estallaron en Italia, en Alemania, en Austria y en Hungría: revoluciones que ciertamente tuvieron fuerte impulso y nuevo alimento de la revolución que estalló en París en febrero —por la cual fue derribada la monarquía de los Orleans y se proclamó la República—, pero de las que no sería exacto, ni en sentido cronológico ni en sentido ideal, referir sin más su origen y nacimiento a esta última. Efectivamente, Palermo ya se había sublevado el 12 de enero, exigiendo autonomía siciliana y parlamento; y el día 29 del mismo mes el rey de Nápoles había concedido un estatuto que, modelado sobre el francés de 1830 y aprobado el 1.º de febrero, abrió la serie de estatutos liberales de aquel año; más aún, ya antes había entrado Italia en el fervor que hemos recordado, de expectativas y de reformas, y había pedido y obtenido múltiples instituciones que preparaban el régimen liberal; y los conatos insurreccionales en Calabria habían proporcionado a Europa una insignia de libertad con el «sombrero calabrés», que medio siglo antes había sido símbolo de reacción y de bandolerismo *sanfedista*. Por lo tanto, si se quisiese marcar para las revoluciones liberal-nacionales de 1848 un comienzo cronológico indicando un acontecimiento particular, tal vez más convendría a tal fin la elección del obispo Mastai-Ferretti como papa. La verdad es que aquéllas fueron la continuación del movimiento iniciado en 1815, y la extensión de la revolución de 1830 a dos pueblos, el italiano y el germánico, en los que entonces dicho impulso había sido obstaculizado y reprimido, y que no por ello habían dejado de agitarse y volver a intentarlo, o, por lo menos, de anhelar y buscar; y también a otros pueblos que entonces se habían mantenido tranquilos y que posteriormente, a su vez, habían dado signos de impaciencia y manifestado deseos de innovaciones. Bajo el aspecto ideal, por último, la revolución parisiense de febrero, pese a algunas afinidades de tonos psicológicos y pese a ciertos consensos individuales, tuvo materia y espíritus totalmente distintos de las liberal-nacionales, y en seguida asumió una andadura diferente.

Una impresión entre de embriaguez, sueño, exaltación juvenil y consiguiente desembriaguez, regreso a la realidad y desilusión, fue lo que aquel año dejó en los tardíos sobrevivientes, de cuyos labios muchas veces nos ha ocurrido escuchar la sonriente y, sin embargo, melancólica admisión: «Ese año todos habíamos perdido la cabeza». Y, por otro lado, la necesidad pedagógico-política de ofrecer lecciones de

sabiduría extrayendo admoniciones del pasado, ha llevado a dar relieve a la liviandad, a la puerilidad, a las hipérbolas, a la teatralidad de las que entonces se pecó, a la escasa reflexión y prudencia así como al abundante aturdimiento, a la credulidad en los prodigios, sobre todo en los que se producirían con el mero arengar, decretar, gritar, cantar y enarbolar banderas, aunque, a decir verdad, la sátira sarcástica y la broma burlona no hayan osado mezclarse con estas censuras. No lo han osado porque, cualesquiera que fuesen las insuficiencias, debilidades y errores que se cometieron, la humanidad vivió entonces uno de esos pocos momentos en que la alegre confianza en sí misma y en su porvenir la llena totalmente, y, dilatándose en esta alegría, se vuelve buena y generosa, sólo ve hermanos alrededor y ama. Así fue el comienzo de la revolución de 1789, que sacudió y embriagó los corazones en todos los rincones del mundo; y así fue, y más todavía, en 1848, cuando duros obstáculos, contra los cuales se había chocado en vano durante más de medio siglo, parecieron deshacerse por ensalmo como las murallas de Jericó al sonar las trompetas. La ola de entusiasmo envolvía a todos y los arrastraba; y los propios enemigos del día anterior, los aborrecidos monarcas absolutos, los déspotas deleznable, los odiados tiranos, no parecían los mismos, ya se vieran arrastrados ellos también con los demás, ya simulasen por cálculo e instinto de defensa, o, en ocasiones, no supiesen ellos mismos a cuál de estos dos órdenes de motivos obedecían en realidad. Los hombres que habían sido sus instrumentos, a menudo malvados y crueles instrumentos, generalmente se vieron libres de castigo, o perdonados, o dejados de lado y olvidados junto con el pasado que se alejaba. Por otra parte, tal es el carácter de las revoluciones liberales, nada deseosas de verdugos y pelotones de ejecución, pacíficas por su propia naturaleza y tendentes a conciliar consigo a los adversarios; y así se demostró en las de 1848, como en las otras anteriores y posteriores. Estudiantes, intelectuales, burgueses, artesanos fueron sus ejecutores, y en todas partes se iniciaron y desarrollaron entre aclamaciones, lanzamientos de flores, festejos, delirios de júbilo, abrazos en las calles entre personas que hasta ese momento no se conocían, entregas de armas a ciudadanos convertidos en guardia nacional, desfiles de esta nueva fuerza y reclutamiento de voluntarios, y la irrupción de periódicos, hojas sueltas y carteles escritos con estilo emocionado, solemne, sublime, de buena gana bíblico como lo era en Italia el de los «salterios» del monje Tosti y en Francia el de los escritos que tenían resonancias de las *Paroles d'un croyant* del ex cura Lamennais; y discursos en las plazas públicas, en las convocatorias y círculos donde similarmente la elocuencia fluía abundante, y donde las propuestas y diversas sugerencias se debatían y aplaudían fogosa y apasionadamente. Las exuberancias, las carencias, los errores que más tarde se reprocharon, no fueron, como aquí<sup>[11]</sup> se suele creer, una particularidad del pueblo italiano, o en éste mayores que en otros sitios, porque los asuntos se desarrollaron de la misma manera y mostraron idéntica fisonomía, tanto en Nápoles, Roma y Florencia, como en París, Berlín y Viena. Parecía que un mismo genio agitase la mole europea; y bajo este aspecto, 1848 fue

también uno de esos momentos en que la unidad histórica de la vida europea, ordinariamente ocultada por los enfrentamientos de los distintos Estados, salta a la vista con evidencia y parece invocar una unidad que también sea política.

Y no por las reacciones antinacionales y antiliberales que cerraron su proceso aquellas revoluciones han de ser consideradas como un fracaso o como una maraña de múltiples experimentos, negativos en sus resultados y sólo aptos para inculcar la necesidad de cambiar de finalidades y medios. En sentido general, todo acontecimiento histórico es al mismo tiempo un fracaso, porque nunca adapta la realidad al ideal, que sigue planteando sus exigencias y ejerciendo su crítica, y, de no ser así, la historia se detendría; pero fracaso efectivo y en un sentido particular se tiene solamente cuando se abandona un principio porque se aclara su falacia o porque está agotado, en tanto que las revoluciones nacional-liberales de 1848 confirmaron sus principios, consiguieron dar a éstos formas nuevas y más adecuadas y así los llevaron a dar un gran paso hacia delante en el camino de su realización.

Empezando por Italia, el signo bajo el cual se había emprendido el proceso revolucionario fue la idea neogüelfa de la independencia y libertad de Italia bajo la protección de las alas del Papado, que, de ser un impedimento interior para su unificación, como lo había definido Maquiavelo de una vez para siempre, y asimismo adversario natural del concepto liberal, se había de convertir, y parecía haberse convertido ya de hecho, en autor y cooperador de aquéllas y de este último. En aquellos primeros meses un joven filósofo de inspiración hegeliana, Silvio Spaventa<sup>[12]</sup> todavía se las ingeniaba para pensar lo impensable y decía que el infinito abstracto de la Iglesia y el que vivía en la nacionalidad y en el Estado, el infinito de la religión y el infinito de la sociedad, por obra y acción de un «hombre al que se tiene por infalible» se habían reconocido en la unidad, en la unidad de Dios, «que reina en el intelecto y en los corazones como en su propio cielo, que más luz suya acoge». Pero el equívoco de esa conciliación, si bien había envuelto en una nube rosada el movimiento italiano permitiéndole difundirse con mayor facilidad, ante la prueba política concreta había de poner en evidencia su incurable contradicción. Por el momento, aún sirvió al estallar las revoluciones: entre los gritos de «viva Pío IX» el rey de Nápoles tuvo que ceder ante las reclamaciones revolucionarias, y en medio de esa disposición de las mentes y de los ánimos, junto con la sobrevenida conmoción de los sucesos de Francia, se concedieron las constituciones de Turín, Florencia y Roma; después, con la otra sacudida de la revolución de Viena, los milaneses se sublevaron y, tras cinco días de combates callejeros, obligaron al ejército austríaco a replegarse y a despejar toda la Lombardía; Venecia se reivindicó como república, Carlos Alberto atravesó el río Tesino y entró en guerra contra Austria; el papa permitió que sus tropas avanzasen hasta la frontera; partieron hacia la guerra el batallón universitario toscano y otras legiones de voluntarios, y, por último, el rey de Nápoles dejó que se desplazase hacia el valle del Po un cuerpo de ejército, al mando del viejo republicano de 1799 y carbonario de 1820 Guglielmo Pepe. La desconfianza de Carlos Alberto

respecto a la Francia republicana, así como las miras de ésta sobre la Saboya, el recuerdo de cómo habían tratado a Italia el Directorio y Bonaparte, el efecto de la predicación mazziniana y el animoso impulso de los ánimos, en seguida llevaron a dejar de lado cualquier propuesta de alianzas y de ayudas extranjeras, y a proclamar y aplaudir el lema de «*Italia fa da sé*».<sup>[13]</sup> Pero ya la mal hacinada constitución romana del 14 de marzo, un hircocervo que abrazaba conjuntamente el voto de la Cámara (por otra parte solamente consultivo) con el *veto* del concilio cardenalicio, y la libertad de prensa con la censura eclesiástica, ponía en evidencia el nudo irresoluble; y cuando se tenía que llegar a la declaración de guerra contra Austria, el papa, sin conocimiento previo de sus ministros, el 29 de abril pronunció la alocución que recordaba, a quienes había gustado olvidarlo (y se diría que también a sí mismo), que el jefe de la Iglesia católica no puede tomar las armas por un pueblo contra otro pueblo igualmente católico; a lo que no había de tardar la prosecución del corolario que los pueblos y los Estados católicos tenían el deber de sostenerlo contra el pueblo que se le rebelase y amenazara la seguridad de su poder temporal, como se vio el año siguiente cuando llamó a austríacos, franceses, españoles y napolitanos contra los italianos en el Estado pontificio y en Roma. Fue el derrumbe del neogüelfismo, pese al viaje que realizó el mes siguiente a Roma su principal inventor, Gioberti. Y con ese derrumbe el movimiento italiano se quedó privado de su originario punto de apoyo en una potencia históricamente existente, como lo era la del Papado. Carlos Alberto, que había también él obtenido fuerza de la solidaridad con el papa para su resolución, se vio asignar la única alianza del sentimiento nacional, sin consagración religiosa. Ya había eludido las negociaciones para formar una liga con los demás príncipes italianos, aceptando su colaboración militar pero postergando las determinaciones sobre el futuro ordenamiento italiano hasta después de la victoria; y, aunque hubiese entrado en esas negociaciones, en el fondo de éstas se habría hallado la discordia y no el acuerdo: cosa que tal vez se sumaba a sus ambiciones para persuadirlo a no emprenderlas. En ese futuro ordenamiento, sustancialmente se trataba de una cuestión de preponderancia y hegemonía, porque Carlos Alberto no habría podido, ciertamente, renunciar al fruto de la victoria, a la potencia que le significaría la ampliación del reino de Cerdeña a reino de Italia septentrional. Y ¿cómo el rey de Nápoles, que se sentía par y émulo en Italia del rey de Cerdeña, se acomodaría a ese desequilibrio? Y el gran duque de Toscana y los demás príncipes menores ¿podrían oponer resistencia a la atracción que ejercería un reino de Italia septentrional sobre los pueblos de sus Estados? ¿Y en qué se convertiría la condición de Sicilia, que había decretado la caída de la monarquía borbónica y buscaba un nuevo rey pensando en algún príncipe de la casa de los Saboya, y entre tanto corría el riesgo de caer bajo el dominio o el protectorado inglés? Carlos Alberto, con su rechazo, no solamente intentó salvar la hegemonía, sino también promoverla de hecho merced a la «fusión», proclamada entre numerosas y fuertes contraposiciones, de Lombardía y Venecia con el Estado sardo. En vano el proyecto de una liga de príncipes italianos, tras haber



fracasado durante la primavera, se reemprendió en otoño de aquel año (y en un momento muy poco propicio, cuando la mayor parte de ellos ya se apresuraba a instaurar la reacción) por obra de Pellegrino Rossi, ministro de Pío IX, y después por obra de Gioberti, ministro de Carlos Alberto, sin que se lograra ni siquiera convertirlo en objeto de una discusión seria. El congreso federal, que Gioberti reunió en Turín, fue una conferencia de carácter académico; y el constituyente, ideado e impulsado por Montanelli, compuesto de representantes elegidos por las poblaciones italianas, que presuponía no sólo la posibilidad de estas elecciones populares, sino la fuerza de imponer a los príncipes las deliberaciones de la asamblea resultante, quedó como un proyecto en el aire, a pesar del voto del parlamento toscano. Por otro lado, la insurrección nacional, la guerra popular por la independencia y la república que siempre Mazzini tenía en la cima de su pensamiento aunque, de hecho, la hubiese suspendido para dejar libre el campo a la guerra regia contra Austria, y que reafirmó y proclamó cuando dicha guerra pareció haber fracasado, no tuvo efecto alguno. Carlos Alberto, mientras tanto, forzado por el armisticio, dejaba la Lombardía; y en Nápoles, con la victoria de las armas realistas contra las barricadas el 15 de mayo, y con el ordenar el regreso del contingente napolitano antes que llegase a las campiñas lombardas, había empezado la reacción y con ésta la agonía del parlamento y del régimen constitucional, mientras el ejército emprendía la reconquista de Sicilia. Durante el año siguiente, la reanudación de la guerra del Piamonte contra Austria terminaba rápidamente con la derrota de Novara; Toscana, que había pasado por una serie de convulsiones internas, volvía a manos de su gran duque, militarmente sostenido por los austríacos; en Roma, que, habiendo huido el papa para ponerse bajo la protección del rey de Nápoles, había proclamado la república, intervenía, alejando a los demás rivales en la intervención, el ejército francés, que devolvía la ciudad al papa; y Venecia, por último, volvía a caer bajo la dominación austríaca. Siguieron las expresas o tácitas aboliciones de las constituciones que se habían jurado, los juicios sumarios, condenas a presidio y a muerte, exilios, rigores policiales, denuncias y venganzas: todo aquello que se llama reacción, con sus bien conocidas y uniformes semblanzas.

La pérdida de lo que se había adquirido durante la primera mitad del año 1848 se mostraba grande en el aspecto material; pero, en el moral y político, de haberse establecido una comparación con las condiciones de la Italia anterior, también en este caso habría surgido claramente la ganancia que se había obtenido como consecuencia de aquellos sucesos. Italia había añadido a su patrimonio ideal un tesoro de fastos recientes, de generosas insurrecciones populares, de guerras combatidas por ejércitos nacionales, de legiones de voluntarios, de batallas victoriosas y de otras vigorosamente combatidas, de prolongadas defensas de ciudades asediadas por las armas austríacas y francesas: los cinco días de Milán y los diez de Brescia, Curtatone y Montanara, Goito, Roma, Venecia y otros refulgentes recuerdos de heroicas empresas; y contemplaba con emoción y orgullo las figuras de aquellos que habían

caído por la idea nacional o vivían preparados para el desquite. Y había tenido la experiencia de una vida libre, experiencia que no se olvida. Y parlamentos, ministros, debates de prensa política, a menudo se habían mostrado a la altura de los pensamientos y de las obras que aquella forma de vida requiere. Lo que se dijo en el Piamonte tras el último revés, «volveremos a empezar», estaba en las cosas mismas, que decían esa frase con su mudo lenguaje. En el campo de las ideas políticas, no fueron pequeños los beneficios de haberse despejado del neogüelfismo, que ya había brindado todos los servicios que podía brindar y cuya perduración habría sido una obstinación en lo imposible; y, al mismo tiempo, el hecho de alejarse de la otra imaginación opuesta, de esa guerra que entablaría y combatiría la entidad Pueblo contra el extranjero y contra los príncipes indígenas para proclamar la república; y, con todo ello, una forma más desprejuiciada de pensar alrededor de la idea monárquica, y también sobre las posibles alianzas con potencias extranjeras. Y, lo que era más importante, había surgido un nuevo y firme punto de apoyo para reemprender la acción nacional y liberal en un Estado italiano, que poseía una administración digna y un ejército disciplinado, que había derramado la sangre de sus soldados para expulsar de tierras italianas a los extranjeros, único Estado que había conservado los ordenamientos constitucionales y liberales. Carlos Alberto, a pesar de las contradicciones y deficiencias de su carácter, al no desistir de la lucha después de haber cambiado el papa su actitud, al no ceder ante la vieja razón de Estado que le habría aconsejado ponerse de acuerdo con Austria (que, durante algún tiempo, estuvo dispuesta a cederle la Lombardía), prosiguiendo la guerra en 1849 bajo condiciones desesperadas y de segura derrota, se hizo cargo de su honor y del de su casa, sí, pero con ello enlazó la monarquía de los Saboya a la causa de Italia y de la revolución liberal, dio una nueva orientación a los problemas que se referían a la hegemonía, a la preponderancia y a los modos de la unificación, y, sin proponérselo ni pensar en ello, preparó a la distancia la conversión del otro problema, el del Papado y su poder temporal, que pasó de ser una cuestión internacional, como se había considerado y tratado en 1849 y aún se siguió considerando y tratando en los años siguientes, a ser una cuestión nacional e italiana. Después de Novara, Carlos Alberto se apartó, abdicando y muriendo poco después en voluntario exilio; pero la obra que había sido suya y también no suya, es decir de las muchas voluntades que en ella confluyeron, prosiguió su lógico desarrollo. La hegemonía de la casa de Saboya, su misión italiana, fue la tesis que el antimunicipal Gioberti, antes neogüelfo, propuso y defendió en *Rinnovamento*. Y la unión con el Piamonte fue la consigna que empezó a circular, aceptada por muchos de aquellos que habían sido cultores de la fe republicana, o autonomistas y federalistas, y a la que dieron su asentimiento incluso patriotas que estaban encerrados en presidio, como el cabecilla de los liberales napolitanos, Carlo Poerio.

Mayor claridad en los términos de la lucha política y modificación de relaciones entre las fuerzas que habían de llevarla a su fin, también fue, aunque menos veloz y

menos visible que el italiano, el progreso que se llevó a cabo en Alemania. Como sabemos, no faltaban ordenamientos constitucionales en muchos de sus Estados, aunque en general fuesen más de apariencia que de realidad; pero justamente le faltaban (sin mencionar a Austria) al más grande y poderoso de dichos Estados, Prusia. En 1848, como efecto de la nueva aura o, mejor del viento impetuoso que sopló sobre Europa, se reavivaron donde los había y brotaron por primera vez donde faltaban. En Prusia todavía se congregaban las dietas reunidas cuando el gobierno se vio sorprendido por la revolución de febrero; y el rey Federico Guillermo IV vaciló en conceder la constitución solicitada y al principio se limitó a prometer, al disolver las dietas, la periodicidad de éstas cada cuatro años; después, a causa de la creciente agitación del pueblo, volvió a convocarlas para el mes siguiente a fin de consultarlas para un proyecto de constitución; y sólo el 18 de marzo, tras la noticia de la revolución vienesa, publicó un despacho para la transformación de Alemania en Estado federal, con una representación preliminar de las asambleas de todos los países alemanes, y para la reunión anticipada de las dietas prusianas. Ello no impidió que se erigiesen barricadas en las calles de Berlín y hubiera un conflicto sangriento, que el rey, cuando ya las armas reales habían cobrado ventaja, interrumpió con una proclama a los berlineses, haciendo alejar de la ciudad las tropas y sometiéndose. Pero ocurrió que en noviembre del mismo año, ante el acontecimiento contrario de la caída de Viena, volviese a eruirse y, mal soportando las propuestas demasiado radicales de los diputados (como la que se refería a la fórmula de la «gracia de Dios», y acerca de la nobleza, los títulos y órdenes caballerescas), transfirió y posteriormente disolvió la asamblea constituyente: el 5 de diciembre concedió por propia iniciativa un estatuto no distinto del que había surgido de las discusiones de la misma asamblea, pero detrás del cual vino una ley electoral restrictiva, modificada poco más tarde en sentido aún más conservador, y otras disposiciones parecidamente restrictivas respecto de la prensa y los procesos políticos, y unos trámites constitucionales capciosos y hostiles a la constitución misma. Análogos tratos se aplicaron a las constituciones en otros Estados, si bien solamente en algunos, como en el mal afamado Hesse electoral, en Hannover, en Mecklemburgo, se revocasen los estatutos y se volviese a los ordenamientos del buen tiempo antiguo. Pese a todo ello, bajo el aspecto formal, quedó en Alemania, después de 1848, mucho más constitucionalismo que el que había anteriormente; y, al mitigarse las reacciones, también la puesta en práctica había de mejorar, aunque, y señaladamente en Prusia, siempre en el aspecto constitucional y no en el parlamentario. En Baviera, el rey Maximiliano II no tenía la menor gana de representar el papel de déspota, deseoso, según decía, de «estar en paz con su pueblo», y se dejaba suministrar lecciones de historia por Leopoldo Ranke, en 1854, dirigiéndole concienzudas preguntas de carácter político: a él y a los demás príncipes alemanes Ranke aconsejaba mantener con firmeza el gobierno *von oben*, desde arriba, en la medida que fuese posible, pero asimismo hacer todo aquello que el espíritu de los tiempos y la potencia que había adquirido la idea de la soberanía

nacional imponían, y de no abolir los parlamentos, sino modificarlos. También los residuos de feudalismos, diezmos, derechos de caza, justicia señorial y similares, barridos aquel año, ya no se volvieron a establecer, salvo en el recién mencionado Mecklemburgo, donde por ley se volvió a permitir que los propietarios infligiesen apaleamientos a sus campesinos y, por celo luterano, volvieron a producirse vejámenes contra los católicos.

Pero el gran esfuerzo, en el que se aglutinó en Alemania la revolución de 1848, no consistió en la reforma constitucional de los Estados particulares, sino en el intento de unificación de todos ellos por la vía liberal y parlamentaria merced a una asamblea popular; cosa que, de haber tenido éxito, no sólo habría motivado la renovación en la forma y en la sustancia de las constituciones mismas, sino que toda la vida política alemana habría emprendido otra marcha. Ese esfuerzo se llamó Parlamento de Francfort, que, propuesto en marzo por una reunión pequeña y no oficial en Heildelberg, preparado en abril en Francfort por una reunión compuesta de literatos, periodistas, ex prófugos políticos y miembros de las oposiciones de las cámaras alemanas, se eligió mediante amplísimo sufragio directo de todas las poblaciones alemanas y se inauguró en dicha ciudad el 18 de mayo: bajo la presidencia de Gagern, emprendió la investigación y debate, con altura de mente y acopio de doctrina, de la mejor manera de lograr la unificación germánica. Superando las propuestas extremas de los conservadores, que hubieran querido dejar las resoluciones al respecto en manos de los príncipes y de sus gobiernos, y las de los democráticos, que tendían a una república federal sobre el modelo americano, la parte moderada y más numerosa se decidió por la forma monárquica constitucional y hereditaria. En la formación de esta unidad monárquica y en la elección del monarca al que había de corresponder la hegemonía, a los hombres políticos alemanes se les presentaron dificultades parecidas a las que habían impedido en Italia la liga entre Estados, y al igual que aquéllas insolubles. Además de vencer la resistencia o mala disposición de los príncipes menores y de la propia Prusia, que no quería ponerse a la par con los Estados alemanes más pequeños, había que resolver si Austria entraría en el futuro ordenamiento unitario, ya fuese con todos sus dominios plurinacionales o sólo con los alemanes, o si se mantendría ajena, dejando que los demás Estados se agrupasen alrededor de Prusia: solución «gran-alemana» la primera, solución «pequeño-alemana» la otra. Por último prevaleció esta última, con la declaración añadida de que entre ambos imperios, el germánico y el austríaco, a continuación seguiría un tratado de unión; y se pasó a la deliberación conclusiva, con la que se ofreció la dignidad imperial germánica al rey de Prusia. Pero Federico Guillermo, tras recibir a la diputación del Parlamento el 3 de abril de 1849 en Berlín, rechazó una corona que le presentaba una asamblea popular y que por ello le parecía amasada con sangre y barro, con olor a revolución: él nunca dejaría que se sumergiese y volviese a bautizar su derecho divino en voluntad de la nación, ni dispersar el «borusismo», el prusianismo, en el germanismo, como contenía la tendencia de aquel movimiento

nacional-liberal. Diferente en ello de los Saboya, que, con Carlos Alberto, y después con su hijo y sucesor, habían experimentado y superado repugnancias similares, el Hohenzollern estaba rodeado de amigos y consejeros, ministros y militares, que compartían sus sentimientos. Por mencionar un episodio, el general Wrangel gritaba entonces, escandalizado: «¿Realmente deberíamos unir nuestro sagrado estandarte con la bandera de los Mazzini y de los Kossuth?». Ahora bien: ante este rechazo, que era una negación de su principio ideal y sonaba sumamente ofensivo y casi displicente, el Parlamento de Francfort, si hubiese representado una fuerza política, si hubiese tenido espíritus revolucionarios y medios adecuados, habría tenido que agrupar a su alrededor la nación alemana para tutelar su dignidad y sus legítimas exigencias contra los intereses particulares y contra la antigualla aristocrática de los príncipes, imponer lo que había deliberado y no inhibirse ni siquiera de proclamar, en caso extremo, la república. De manera dispersa, esa decisión de resistencia y el ímpetu de rebeldía se manifestaron en la insurrección de Dresde, sofocada después de tres días de áspera lucha y con la ayuda de los regimientos que envió el rey de Prusia; en la menos enérgica y más descompuesta insurrección del Palatinado y de la comarca de Baden, a la que similarmente pusieron fin las tropas al mando del príncipe de Prusia, y en el superviviente muñón del Parlamento de Francfort, compuesto por las izquierdas, que intentó reunirse y proseguir sus deliberaciones y emitir sus ordenanzas: fue expulsado de los sitios a los que se trasladó y, por último, dispersado. Pero la mayor parte de los que componían aquel parlamento lo habían abandonado sucesivamente, y el presidente Gagern, junto con todos los más autorizados, en mayo de 1849 suscribió un auto de dimisión y de disolución de la asamblea. En lo profundo de su ser, aquellos hombres estaban atados a la vieja Alemania de los principados y reverenciaban en grado sumo al rey de Prusia; muchos de ellos eran sabios, hombres de ciencia y profesores tradicionalmente propensos a la condición de súbditos, y devotos de dicha condición: personas muy estimables en todos los sentidos, no tenían madera de revolucionarios. Y, dado que no eran tales en su interioridad, tampoco supieron resistir y perseverar en las deliberaciones que, razonando, habían adoptado, ni, por lo menos, representar con su actitud una teórica o incluso muda protesta y apelar al porvenir; de tal suerte, todos o casi todos cambiaron su voluntad y hasta modificaron sus criterios políticos e históricos de lo que dio destacado ejemplo uno de ellos, Droysen, que pasó entonces, en filosofía, de la teoría del *ethos* a la de la *Macht* o potencia, y en historia a la idolización de la historia prusiana a manera de historia sacra de un pueblo, o, más bien, de una dinastía elegida por el Señor, no rehusando para tal finalidad torcer y plegar en sus relatos la realidad frecuentemente recalcitrante de los hechos. Cosas peores se oyeron en boca de otros filósofos, historiadores y hombres de ciencia, como Stahl, que era el rector de la Universidad de Berlín, quien en su discurso inaugural sentenció que la ciencia alemana se había vuelto culpable de entrar «en lucha con la condición de las cosas existentes, y señaladamente contra los poderes dominantes», y que tenía que «realizar

una inversión de marcha». Ellos, primero intentando y después desmintiendo la transformación liberal-nacional del pueblo alemán, y sustituyendo ésta por otro ideal, perjudicaron más la educación política de su pueblo que los mismos monarcas del tipo de Federico Guillermo IV, que jamás desmintió su sueño del pasado; y a ellos ha de achacarse la destrucción de su propia obra, la nula virtud de afecto, añoranza y nostalgia que dejó en el recuerdo el Parlamento de Francfort, donde, sin embargo, se habían dado tantas pruebas de sólida doctrina y elevado pensamiento; y a ellos ha de achacarse, aproximadamente, el sucesivo descrédito en que cayó o permaneció en Alemania el liberalismo como fuerza o manantial de fuerza política. Decimos aproximadamente, porque las razones de este retrasado u obstaculizado desarrollo, si ciertamente no habían de atribuirse a una conformación natural y de raza, se hallaban sin embargo en su historia medieval y en la de su reforma religiosa y eclesiástica.

Con el gesto de rechazar una corona ofrecida por una asamblea popular, Federico Guillermo IV había mantenido como suya y de su monarquía la misión unificadora asignada a Prusia, y se preparó para efectuarla por la vía, que consideraba única legítima y digna, del acuerdo con los demás príncipes; razón por la cual tuvo tratos con los reyes de Baviera, Sajonia y Hannover, y, habiéndose retirado el primero de éstos, se puso de acuerdo con los dos últimos mediante el llamado pacto de los «tres reyes», al que rindió homenaje el partido imperial, que se había formado en el Parlamento de Francfort, en una reunión o posparlamento que se sostuvo en Gotha durante junio de 1849; y, dado que se retiraron también los otros dos reyes, Federico Guillermo IV trató de proseguir él solo, convocando para el año siguiente un parlamento de la unión nacional en Erfurt. Pero Austria, que mientras tanto había derrotado a las revoluciones en sus dominios y ganado las guerras, y que ya en el Parlamento de Francfort se había opuesto a la constitución imperial y había querido demostrar que no tenía en ninguna cuenta dicha asamblea fusilando a uno de sus miembros, Blum, que había tomado parte en la defensa de la Viena revolucionaria; Austria, que en abril había retirado sus diputados y a continuación había presionado sobre los tres reyes para que abandonasen la alianza con Prusia, estaba dispuesta a cortar por lo sano y, como dijo su ministro Schwarzenberg, «à avilir d'abord la Prusse et à la démolir ensuite». Razón por la cual atrapó al vuelo la ocasión de la revuelta del Hesse electoral contra su príncipe violador de la constitución, y del enfrentamiento que había surgido entre éste, que había apelado a la vieja Dieta, sostenido por Austria y Prusia, que había movilizado sus tropas en aquel país: y amenazó con la guerra en caso de que Prusia no se retirase. Ya se había dado un pequeño choque cuando Prusia cedió, y, enviando su ministro Manteuffel a entrevistarse con Schwarzenberg en Olmütz en noviembre de 1850, retiró sus tropas; y, en la conferencia de Dresde, aceptó que se restableciera la antigua constitución federal y la Dieta que la encabezaba según la forma que se le había dado en 1815, dominada por Austria. Fue un ultraje, aunque no todos los políticos prusianos lo sintieran así, porque muchos de ellos, por odio a las revoluciones, seguía siendo fieles

partidarios de Austria: lo sintieron, sobre todo, aquellos patriotas alemanes que habían depositado en Prusia sus esperanzas. Y el ultraje se acrecentó por el renunciamiento de esta última a proteger los derechos alemanes en los ducados de Schleswig y Holstein, una causa que el Parlamento de Francfort había considerado nacional y por la que se había combatido con contingentes federales y prusianos, pero que ahora, a causa de la presión que ejercía Inglaterra junto con Rusia y del desinterés de Austria, volvían a encontrarse en la condición de antes, bajo la ley danesa. Pero precisamente esta secuela de fracasos y humillaciones hizo que en otros políticos y militares prusianos surgiera el pensamiento de que la misión unificadora de Alemania correspondía, sí, a Prusia, y que ésta no debía dejársela escapar, pero que era conveniente, tras haber rechazado las alianzas populares, deshacerse también de los antojos romántico-medievales y recobrar los métodos federicianos o maquiavélicos que fuesen. El príncipe de Prusia había expresado su sentimiento escribiendo en mayo de 1849: «El que debe gobernar a Alemania, debe conquistársela: los procedimientos a la manera de Gagern ya no corresponden. Que Prusia esté destinada a ponerse a la cabeza de Alemania es algo que resulta de toda nuestra historia; pero cuándo y cómo, éste es el asunto». De manera diversa que en Italia, también se delineaba en Alemania el programa del porvenir; y la experiencia del trienio 1848-1850, junto con la vergüenza de Olmütz, ponían a la vista el único partido que, tarde o temprano, se había de seguir.

En el imperio austríaco el proceso revolucionario fue diferente, tanto del italiano como del germánico, porque el asunto principal no era de independencia y libertad, ni de unidad estatal, sino de nacionalidades enfrentadas por la independencia y la potencia de cada una, y, en consecuencia, contra el Estado unitario que otorgaba predominio a una de ellas sobre todas las demás. En otros tiempos, aquellas naciones o partes de naciones habían convivido en paz, lombardos, alemanes, húngaros, bohemios y croatas, con mucha devoción por el emperador común, sin espíritu de rebelión de una nacionalidad contra otra, que, al no sentirse como extranjera, no podía ser llamada extranjera: aquéllas utilizaban para uso oficial el latín, y, sin celos y de buena gana, en el no oficial el italiano, lengua de Metastasio y de tantos otros literatos que, como él, y también antes y después que él, adornaron la corte imperial; y sólo se había dado alguna perturbación con el reformador y centralizador José II y con el predominio que éste quiso dar a la lengua alemana y al elemento alemán. Pero las guerras napoleónicas, la exaltación romántica de las nacionalidades y el fermento liberal habían cambiado la disposición de los ánimos, despertando en cada una de esas naciones necesidades de independencia. Verdad es que el imperio habsbúrgico-lorenés, gracias a la hegemonía del elemento alemán, ejercía una función de civilización, si no hacia Italia (que poca ayuda recibió, por lo que atañe al conocimiento del nuevo pensamiento alemán, de la retrógrada y santurrona Austria, por lo que le convino beber directamente en las fuentes o valerse de la mediación francesa), ciertamente sí hacia poblaciones como las eslavas, todavía rústicas e

incultas; pero esa misma función parecía estar muy cerca de su límite, y la otra función, que le atribuían los profesores, de ofrecer con su unión política un ejemplo de armonía y fraternidad entre las principales razas de Europa, la latina, la germánica y la eslava, era, precisamente, una idea propia de retóricos o profesores. Como tal ha de considerarse la teoría que asimismo propugnaron publicistas y profesores alemanes: que ese Estado plurinacional, de origen y carácter patrimonial, fuese modelo y ensayo de una futura Europa: y tampoco cabía mucho esperar que de dicho plurinacionalismo resultase, por lenta transformación y sin una conmoción profunda, algo como una suiza más grande, no tanto porque era demasiado extenso, sino porque ese imperio no había sido, como Suiza, un centro de activa reforma religiosa y refugio de los perseguidos de los pueblos vecinos, y tampoco, salvo en sus territorios italianos, le había agitado y fecundado la Revolución francesa (por no decir que la propia Suiza, en última instancia, también había tenido que pasar a través de los enfrentamientos y la guerra del Sonderbund). Su destino era, por lo tanto, como justamente veía Mazzini, la disolución, y su progreso sería el comienzo y el progreso de dicha disolución a la que solamente podía seguir, en el futuro, una distinta recomposición. También allí, en 1848, la revolución asumió apariencias liberales; y Hungría se dio una nueva constitución sumamente democrática, que el emperador aprobó, con un parlamento que ya no albergaba tan sólo representaciones de clases, sino que procedía de una elección popular directa, y con un ministerio responsable que tuvo como presidente a Batthyány y contó a Kossuth entre sus ministros; al mismo tiempo, en marzo, hubo en Viena ruidosas agitaciones, Metternich dimitió y se exilió, y en dicha ciudad se convocó un parlamento de todos los demás Estados del imperio, posteriormente inaugurado en julio. Pero en Viena el liberalismo carecía de una preparación ideal: fue una inquietud de los tiempos en la que participaron sobre todo estudiantes, obreros, polacos y otros revolucionarios llegados de todas partes, y, democrática y demagógicamente, pasó de desorden en desorden y de exceso en exceso; y, cuando se reunió el parlamento, no había cosa más heterogénea que aquellos diputados, diversísimos por grado de civismo y que se entendían mal entre sí: de manera que lo más concreto que pudo llevar a cabo fue la abolición de gravámenes feudales que aún perduraban (como, por otra parte, por entonces se abolió íntegramente en Hungría la servidumbre de la gleba y el clero húngaro renunció a los diezmos que todavía recaudaba). En otro aspecto, las nacionalidades del imperio no tendían todas puramente a la independencia, sino también, algunas de ellas, a mantener y promover imperialismos particulares, especialmente los húngaros sobre croatas y rumanos; otro tanto, aunque de distinta manera, los bohemios, que convocaron una conferencia paneslava y, frustrado su intento de independencia por las fuerzas militares del príncipe Windischgrätz, desahogaron su odio a los alemanes ofreciéndose como instrumento de la política de la casa de Austria. La cual salvó por entonces su imperio con esa actitud de valerse de las nacionalidades enfrentándolas una contra otra, alemanes y croatas contra italianos, bohemios y croatas contra la



Viena rebelde, croatas y alemanes contra húngaros, y, para domar a estos últimos, recurriendo a la ayuda del zar, que envió un ejército ruso de refuerzo. Con la victoria sobre los húngaros, y con las otras anteriormente logradas, la casa de Austria restableció en el imperio el Estado autoritario retirando la constitución, concedida y formulada por el emperador mismo después de disolver el parlamento de 1848, y volvió a asumir en Alemania y en Italia su papel de restauradora de los legítimos príncipes y tutora del orden. Pero la frase de un poeta austríaco, que «Austria estaba en el campamento de Radetzky», proporcionaba a un tiempo una definición exacta y una condena histórica de ese imperio, no pudiendo la civilización moderna respetar un Estado que era un campamento militar, un Estado que únicamente se basaba en la fuerza de su ejército. Los prófugos de Italia y de Hungría, pese a las diversas tendencias de sus dos pueblos, hermanados por el enemigo común y por el exilio compartido, aguardaban con seguridad la disolución total o parcial del imperio, una disolución que, en sustancia, se puso en marcha en 1848 y que la restauración subsiguiente sólo detuvo precariamente en los efectos sin poder eliminar sus causas.

En aquel año los irlandeses se propusieron una sublevación nacional, la proclamación de la república de Irlanda y la separación de Gran Bretaña: la asociación de la «Joven Irlanda», tras la revolución de febrero, pasó de ser literaria a ser política. En abril se hizo necesario votar una ley de seguridad, en julio se suspendió el *habeas corpus* y se reprimió severamente la revuelta de O'Brien. Hambre, hurtos, atracos, homicidios, conflictos sangrientos entre católicos y anglicanos no cesaron por aquellas medidas; y probaron ser insuficientes los medios de conciliación y las medidas de socorro a los pobres, así como las labores de saneamiento. Pero, salvo por esta enfermedad crónica destinada a arrastrarse todavía largo tiempo, Inglaterra pudo contemplar las revoluciones del continente como quien contempla desde la orilla el mar tempestuoso: con sentimiento de participación, pero, al mismo tiempo, de satisfacción íntima y de noble orgullo, que por aquel entonces expresaba Macaulay en una célebre página de su *Historia*. El cartismo tuvo todavía una llamarada, que se consumió y apagó con la petición firmada por algunos miles de nombres, que el 10 de abril de 1848 un desfile de cien mil manifestantes habría tenido que presentar al parlamento, pero que, declarada ilegal en esa forma y posteriormente sometida al examen del parlamento, acabó cayendo en el ridículo. En 1849 el libre comercio alcanzaba su completa realización al abolirse el acta de navegación; y, mientras por efecto de dicho libre comercio se extendió el cultivo del trigo en países extranjeros y en las colonias, los tráficos ingleses tuvieron gran incremento. La primera exposición mundial, abierta en Londres en 1851, fue la solemnidad festiva de la nueva vida industrial y comercial que se había inaugurado. Las últimas resistencias de los conservadores sucumbieron en el parlamento y en las elecciones de 1852; y, modernizándose los viejos partidos, por primera vez se enfrentaron Disraeli y Gladstone, que posteriormente capitanearon a conservadores y liberales durante treinta y cuatro años, respectivamente. Bélgica, cuyo gobierno rigió

entre 1847 y 1852 el gabinete liberal de Rogier y después el de coalición de Brouckère, ni siquiera fue tocada por la revolución general: por otra parte, reformó la ley electoral rebajando el censo e introduciendo disposiciones sobre las incapacidades parlamentarias, reformas a las que en Francia se había opuesto incautamente una constante negativa; e intentó regular el trabajo infantil en las fábricas, cosa que por entonces se vio impedida, junto con la libertad de las uniones obreras, por obra de industriales sumamente poderosos. En su vecina, Holanda, se cumplió por fin en 1848 el paso del régimen semiabsoluto al constitucional mediante la formación de dos cámaras, que representaban a los mayores y a los menores del censo, la segunda de éstas por sufragio directo.

Por condiciones directamente opuestas a las de la vida inglesa, igualmente libre de conmociones sociales se mantuvo Rusia; tampoco se movió Polonia, que el zarismo dominaba con mano férrea, aunque los polacos de Posnasia se insurreccionasen y batiesen contra los alemanes, y aunque prófugos polacos participaran en todas las revoluciones europeas, a veces encabezando sus legiones de voluntarios o sus ejércitos regulares. El zar había dicho que la ola revolucionaria se abatiría sobre la frontera de sus Estados, y así fue. Rígida y recelósísima la vigilancia en el interior; y vueltos a purgar los centros de lectura; extirpada de la universidad la cátedra de derecho público europeo; restringida la enseñanza filosófica de la lógica y de la psicología para ser puesta en manos del profesor de teología, y casi abolida la enseñanza clásica. Bajo esta forzada tranquilidad se preparaba una generación de rebeldes extremistas, porque la ausencia de toda libertad, al impedir la formación de una cultura que fuese discernimiento y crítica, dirigía las mentes hacia los turbios fantaseos de origen místico, o hacia el racionalismo abstracto y simplista, o hacia ambas cosas alternadas y mezcladas, y hacía confundir las explicaciones universales de la filosofía, mal entendidas, con programas prácticos, y provocaba la ansiedad, como se dijo entonces, de aplicarlos; además, si en tiempos de Alejandro I los que después fueron los decembristas leían las obras de Constant, Destutt de Tracy y Bentham, la nueva generación se abrevaba a hurtadillas en las doctrinas de los materialistas, sociólogos y utopistas franceses y alemanes. El gran problema de Rusia, que era el agrario, parecía dar allí actualidad al comunismo y preferencia sobre el librecambismo económico y el liberalismo político, superados antes de nacer, y se empezaba a formular el concepto de que Rusia, diversamente de los países de Europa occidental, abreviaría el camino de la historia enlazándose con el porvenir comunista gracias a sus antiguas comunidades agrarias y saltando así la edad burguesa y liberal; pero, lamentablemente, al mismo tiempo había saltado el largo y minucioso trabajo religioso y filosófico de Europa, la secular educación para el pensamiento lógico correcto y riguroso, para la crítica y la cautela, y toda la correspondiente y compleja experiencia, rica en humanidad; y su «inteligencia», como se llamaba, es decir su clase culta, ni siquiera sospechaba el grado de afinamiento y complejidad de la inteligencia europea. La conciencia jurídica era débil en Rusia, o estaba ausente

incluso entre la clase de los grandes terratenientes, única que tuviese importancia junto al inmenso número de campesinos aún atados a la gleba: cosa que le hacía decir a Herzen (a quien se remonta el origen de la mencionada teoría sobre el porvenir de las comunidades agrarias) que ningún país como Rusia estaba preparado para una revolución integral y para una radical «regeneración social», para lograr lo cual bastaba un golpe de fuerza. Por el momento, lo que tenía peso en Europa era la Rusia oficial con su zar, que siempre estaba en primera línea en la defensa de la buena causa y que a lo largo de las revoluciones de aquellos años había enviado a Austria su ejército para poner punto final a la insurrección húngara, se había opuesto a Alemania en las ambiciones pangermánicas de ésta, había apoyado las pretensiones de Dinamarca sobre los Ducados, roto las relaciones diplomáticas con Carlos Alberto, desleal al legitimismo y al absolutismo; había distribuido elogios y condecoraciones a todos los hombres de la reacción, desde Windischgrätz, domador de Praga y Viena, Filageri, domador de Sicilia, hasta el general Cavaignac, quien, siendo republicanísimo, tuvo a sus ojos el mérito de derrotar a los obreros parisienses durante las jornadas de junio. En medio del odio por su tiranía y dureza, la fervorosa fe religiosa del zar Nicolás, su firme convicción política, su rectitud, su lealtad, su desinterés, lograban que este último e intransigente paladín de la causa absolutista que todavía se contaba entre los príncipes de la tierra, a veces se viese reconocer méritos por parte de sus mismos adversarios. Pese a ello, la eficacia reaccionaria de Rusia en Europa había disminuido entre 1815 y 1830, y entre 1830 y 1848, aunque perdurase entre los publicistas la preocupación, y asimismo el miedo, ante ese vasto imperio que tenía la capacidad de volcar sobre Occidente millones de hombres armados con invasiones dignas de Atila. Pero no había de transcurrir mucho tiempo para que esa amenazadora ultrapotencia militar mostrase sus límites, y aquella eficacia decayese totalmente.

Aunque las revoluciones de 1848 estuviesen casi totalmente desprovistas de agudos extremos anticatólicos y antieclesiásticos, y aunque el clero figurase a menudo en las ceremonias patrióticas y la misma República romana, erigida sobre las ruinas del poder temporal del papa, se guardase de tocar las convicciones religiosas, la Iglesia católica, apenas se emprendió la reacción, acudió dispuesta a ofrecer y prestar su cooperación, a compartir el botín con los gobiernos absolutistas, a recibir salarios y premios por sus servicios. Así se pudo ver en Viena cómo una asamblea de obispos austríacos ponía marca de «impiedad» al liberalismo y calificaba de «paganismo» el valor que se atribuía a las nacionalidades, cuyo origen (según dijeron) residía únicamente en el castigo de Dios, que diversificó las lenguas al pie de la torre de Babel. Los concordatos que la Iglesia concluyó en aquel entonces le devolvían o le daban todo aquello que parecía una locura esperar. En el austríaco del año 1855, que recibió la definición de «una Canossa impresa», el Estado, borrando toda la obra de José II, renunció al plácet y a tener injerencia en la preparación del clero y en las penas que infligía la Iglesia; encargó a los obispos la vigilancia de las

escuelas, tanto privadas como públicas: excluyó de las escuelas medias e institutos a los enseñantes no católicos; reconoció para los asuntos matrimoniales la jurisdicción eclesiástica según los cánones y deliberaciones del concilio de Trento; se comprometió a prohibir mediante todos los medios adecuados los libros irreligiosos; dejó libertad para el establecimiento de nuevas órdenes y asociaciones y la adquisición de bienes por parte de éstas, prometiendo la inviolabilidad de la propiedad eclesiástica en el presente y en el porvenir, y, en todos los demás casos que tuviesen que ver con cosas o personas de la Iglesia no expresamente contemplados, se remitió a la doctrina y a la disciplina de la Santa Sede. De igual calidad había sido el otro concordato, de 1851, con España, en el que, por añadidura, se declaraba la religión católica como única de España. Los que se firmaron con Baden y Württemberg fueron rechazados por las respectivas cámaras a causa de su enormidad. En Prusia, Federico Guillermo IV abandonó todos los derechos que el Estado había mantenido sobre la Iglesia católica y dejó a ésta y a sus jesuitas vía libre. Al mismo tiempo, la Iglesia se encargó de alejar de sí toda sospecha de transacciones con la civilización moderna; los jesuitas fundaron una revista que se llamó *Civiltà Cattolica* («Civilización Católica»), Tras el dogma de la Inmaculada Concepción (que asumió colorido reaccionario, casi a manera de pago por la ayuda que la Virgen había prestado contra las recientes y superadas revoluciones) había de venir, en 1864, el *Sílabo* de los errores del siglo: capital y fundamental entre todos ellos el liberalismo; posteriormente se convocó un concilio que decretó (cosa previamente anunciada en las acciones anteriores) otro dogma, el de la infalibilidad papal; se celebraron sin recato santificaciones de hombres que habían sido inquisidores del Santo Oficio y por tal causa particularmente aborrecibles para el mundo civilizado en su significación histórica. La altanería por los reveses de sus adversarios y por el favor que encontraba ante los gobiernos le abrió la esperanza de suplantar en breve tiempo al protestantismo en Alemania gracias a la ayuda de los jesuitas, las sociedades Pías, de san Vicente de Paúl y de san Bonifacio; en Inglaterra, Russell definió como «arrogante» el procedimiento con que la curia romana había instituido en el país doce diócesis y un arzobispo, y en 1851 se votó una ley, la *Title bill*, para ponerle freno, ley que no se aplicó y por último fue abolida como no acorde con el sentir liberal. Dado que la posibilidad de tal arrogancia y la acrecentada seguridad, la independencia ante el Estado y, en general, su poder supraestatal, internacional o ultramontano, como se lo llamó, le provenían a la Iglesia católica no de otra cosa que de la naturaleza del Estado moderno y de ese liberalismo de cuya fuerza y de cuya debilidad, de cuya vida y de cuya muerte ella, a la par y sin escrúpulos, sacaba provecho en cada ocasión. Pero el peligro de esta partida doble fue observado por algunos católicos como Montalembert (quien, a decir verdad, en ocasiones también lo había utilizado); pero empezó después a preocuparse por la creciente impopularidad del clero y por la rebeldía antirreligiosa que se incubaba en el ámbito de los jóvenes, de los intelectuales e incluso de los obreros, y llamó «cínica» la teoría que se profesaba y

practicaba desde la Iglesia, que resumía en estos términos: «Cuando soy yo el más débil os pido la libertad, porque es vuestro principio; pero, cuando soy el más fuerte, os la quito porque no es mi principio». Él temía que, en el siguiente episodio, se le echaría en cara ese cinismo y la Iglesia recibiría un trato riguroso que no había dejado de merecer. Por otra parte, pese a toda la capacidad práctica que había adquirido mediante la disciplina que pudo dar al clero, sustraído a los Estados y sólo de ella dependiente, pese a la libertad y privilegios de los que gozaba, la Iglesia no llevó a cabo ninguna adquisición en el reino del espíritu; y pareció cobrar cada vez más la configuración de una especie de empresa industrial, que, según lo que el mercado le permite, ora realiza grandes ganancias y extiende su producción, ora sufre pérdidas y se retrae en espera de que el mercado mejore. Su reiterada prosperidad se relacionó con los períodos de depresión mental y moral de la sociedad y con la necesidad que pueden tener los gobiernos, en determinados casos, de aliarse con las fuerzas no siempre selectas de que dispone la Iglesia.

Toda la reacción, por otra parte, en todos los países de Europa, por más fastidiosa, obstaculizadora y oprimente que fuese, por más que acarrease dolores, tormentos, cárceles y desolación de exilios, y por más desdenes y furores que encendiese en los pechos, se sentía vacía de esa seriedad que también las reacciones pueden poseer cuando una fe vieja, pero también tenaz y arraigada, respetable por su sinceridad, las anima: cuando se llevan con el misticismo, con el fanatismo, con la inflexible coherencia de un Nicolás I. A esas alturas ya demasiado habían cambiado y vuelto a cambiar, jurado y perjurado los monarcas y otros hombres del absolutismo; demasiadas veces aquellos reyes y príncipes habían sido vistos, en las ventanas de los palacios, por las calles o en las iglesias, ostentando escarapelas nacionales o liberales, acomodadizos y halagüeños con los revolucionarios, y, de buena o mala gana, entrando en sus rumbos y avanzando por éstos; eran ya demasiado habituales los anuncios de la muerte del liberalismo y, junto con ésta, la de las veleidades nacionales de los pueblos, anuncios siempre seguidos por un rebrotar más joven y gallardo que el anterior. Lábiles fueron las alegrías de los momentáneos triunfadores, y pronto languideció la retórica de los himnos serviles. Los ánimos de los vencidos no estaban abatidos y la confianza en el porvenir los mantenía diligentes y preparados para la acción, cuya hora había de llegar sin gran tardanza. No se sentían solos en el mundo ni apabullados, porque nunca como entonces fue tan sensible la conciencia cívica europea, ni la opinión europea tan concorde y activa. Su principal centro era Inglaterra, que no se encerró en el egoísmo de su firme estructura liberal, elaborada a lo largo de siglos, y de su seguridad y bienestar, sino que se valió de estas condiciones suyas políticamente afortunadas para hablar y actuar en pro de la causa liberal contra la absolutista. Sus ciudades dieron albergue a los prófugos de los países afligidos por las reacciones, que allí formaron sus círculos nacionales e internacionales; sus escritores y publicistas atacaron, desacreditaron y cubrieron de reprobación y vergüenza a aquellos gobiernos; los agitadores y conspiradores

recibieron toda clase de ayudas privadas de ciudadanos ingleses: el pueblo inglés aclamó a Kossuth y persiguió con injurias y cosas peores al general Haynau, «la hiena de Brescia y de Arad», cuando tuvo la osadía de viajar a Londres. Palmerston, que había proporcionado armas a los insurgentes sicilianos, prosiguió impertérrito, siendo ya ministro, con sus manifestaciones contra los regímenes autoritarios de cualquier país, en cierta ocasión recriminado por Peel, a quien parecía excesivo ese oficio de juez y preceptor dirigido a gobiernos extranjeros, pero muy admirado y aplaudido por el pueblo inglés, que cariñosamente lo apodaba «*Lord Firebrand*»; y a las manifestaciones de pensamientos y palabras añadió las acciones, y mantuvo a raya a los emperadores de Rusia y Austria cuando éstos pretendían que Turquía les entregase los revolucionarios que se habían refugiado en su territorio; asimismo, aunque no pudiendo eludir la presentación de formalistas disculpas ante el embajador austríaco por el trato que el pueblo londinense había brindado a Haynau, no dejó de notificar incluso en tal ocasión hasta qué punto ese hombre le repugnaba. Gladstone dirigió al ministro lord Aberdeen sus cartas sobre el gobierno borbónico de Nápoles, haciendo circular por el mundo civilizado la definición que allí daba de «negación de Dios». No sin razón, por lo tanto, contemplando desde la altura de la historia, Gervinus, en su *Introducción a la historia del siglo decimonoveno*, que es de 1853, exhortaba a sofrenar las impacencias y mantener viva la certeza del próximo desquite, mostrando cómo el absolutismo se había replegado cada vez más a la defensiva, cómo ésta mostraba ser débil y disipando las sombrías imaginaciones del pesimismo, que desde aquel entonces veía en marcha la «decadencia de Europa»: de Europa, tan rica en luminarias intelectuales y morales, además de su riqueza de productividad económica, cuya grandeza ya no residía en las personalidades individuales, sino en la difusa y creciente civilización de las muchedumbres, por lo cual su historia ya no era biográfica y de soberanos, sino de pueblos enteros.

Tan sólo en un país se mostraba grave el derrumbe y era innegable la regresión de la causa liberal, porque parecía que se hubiese perdido el fruto de más de sesenta años de historia y destruido un régimen de libertad, no simplemente gozado durante unos pocos meses, sino mantenido, profundizado y ampliado a lo largo de treinta y cinco años: en Francia. Allí, el imprudente comportamiento de la monarquía de los Orleans y de sus ministros, por no haber permitido una modesta o gradual ampliación de la libertad y la participación de mayor número de ciudadanos en el electorado, había provocado la revolución, y, con la caída de la monarquía, la proclamación de la República; y con la República se había abierto el vado al democratismo y a la demagogia, que se inspiraban en las tradiciones de los jacobinos y de los hombres de la convención, poniendo con ello en peligro la libertad misma. Y dado que la democracia que vivía en el escenario, diversamente a la de la vez anterior, no se encontraba a la greña con un feudalismo a extirpar y una aristocracia que abatir, ni con una amenazadora restauración del absolutismo, ni se le ofrecía la gloria de despertar a Europa e impulsarla hacia la revolución, porque Europa ya se había

despertado y se movía por su cuenta, no le quedaba más que rellenar su vacuidad y alimentar su ímpetu con la confusa idea de una reforma radical de la sociedad en su aspecto económico y cívico para la felicidad del pueblo, y, aun aborreciendo el comunismo, presentarse como democracia y republicanismo social. Después de tanto discurrir y soñar durante los últimos veinte años sobre comunismo y socialismo, después de haber excitado tantos anhelos para actuarlos total o parcialmente, de una u otra manera, y, comoquiera que fuere, experimentarlos, era inevitable que en Francia la revolución intentase ese camino, y ya en 1842 Lorenzo de Stein lo había profetizado con certeza.

También en los demás países de Europa, a lo largo de los acontecimientos que hemos descrito, la democracia de corte jacobino y de tendencia social o socializante se había asomado en uno y otro sitio de vez en cuando: en Italia, en Austria y más aún en Alemania (donde, en 1848, intentó una primera insurrección en Baden), y, con sus exigencias intempestivas y excesivas, con sus métodos provocadores y débiles al mismo tiempo, había contribuido a que los temerosos del derrumbe se apartasen de los regímenes liberales y volviesen a hacer buenas migas con los autoritarios, ofreciendo así a éstos oportunidades y facilidades que no dejaron escapar, ayudando así a que se aupasen los Fernando de Nápoles, Leopoldo de Toscana, Federico Guillermo de Prusia y Francisco José de Austria, y haciendo tolerar en España las dictaduras de Narváez y de Bravo Murillo. Pero, en general, donde la lucha se libraba alrededor de la independencia y unidad nacional y sobre las constituciones, prevalecieron los partidos liberales, variadamente moderados o acentuados, y la derrota no se debió a la labor de conservación social, sino a la fortuna adversa en las batallas y a la fuerza política y militar que todavía tenían en su puño las monarquías absolutas.

En Francia, en cambio, aquella mal rellena vacuidad de conceptos políticos, que no solamente señalaron los conservadores y moderados, sino que todo un Marx puso en la picota satirizando la palabra «Pueblo», que era su principal manifestación, tenía a su lado la pasión de la población obrera de París, que, desde hacía años, había sido inflamada a la espera de una palingénesis social, había derramado su sangre en julio de 1830 y tenido la sensación de que la victoria común había aprovechado a otra clase social; había posteriormente intentado más de una revuelta y poco antes, en febrero, nuevamente había combatido y triunfado, y no tenía intención de verse una vez más estafada en sus esfuerzos y decepciones en sus esperanzas. Y si las teorías comunistas merecen, en su fundamento lógico, la tacha de materialistas, no eran materialistas luego aquellos obreros, estimulados, sí, por la muy humana búsqueda de mejor nivel de vida o directamente por la necesidad de subsistencia y por la falta de trabajo, pero íntimamente impulsados por un ideal de justicia y felicidad por el que estaban dispuestos a dar la vida. En aquel entonces ellos no sabían traducir dichos ideales en instituciones vitales o en acciones que condujesen a ellos, en un hecho o en un serio programa político; y mucho menos lo sabían aquellos hombres que la

revolución había llevado a encabezar el gobierno, y menos que todos los más ruidosos, los demócratas sociales. Mas no se quiso confesar dicha incapacidad o imposibilidad, y durante las primeras semanas ni siquiera hizo falta porque también en París reinó la psicología de 1848, y el entusiasmo envolvió y arrastró a todo el mundo: los jóvenes (según dice un contemporáneo) estaban sumidos en el placer de sentirse libres y «*ils marchaient d'un air insouciant, d'un pas dégagé et léger*»: la alegría y la confianza predispusieron a la generosidad, a las recíprocas condescendencias, a los acuerdos y a la armonía. Por lo tanto, se proclamó el derecho al trabajo, los obreros se convencieron y renunciaron a la bandera roja para aceptar la tricolor; se instituyó y estableció una comisión de los trabajadores; se abrieron los *ateliers nationaux*; se prometieron aboliciones de impuestos; se sucedieron velozmente leyes humanitarias, la abolición de la pena de muerte en asuntos políticos, de las penas corporales, de la prisión por deudas, y el sufragio universal aumentó de golpe el número de electores de doscientos cincuenta mil a nueve millones. Pero pronto se empezó a asumir conciencia de estar moviéndose en un mundo de sueños, y que no podía durar mucho tiempo esa fantasmagoría. La comisión de los trabajadores trazaba en los papeles una pacífica revolución social, que un ministerio del trabajo habría de realizar convirtiendo el Estado en un gran industrial, que con los productos de sus propias obras empresarias rescataría las fábricas patronales, crearía colonias agrícolas cooperativas, aseguraría trabajo para todos, vendería los géneros a precio de coste con tan sólo un incremento del cinco por ciento, y así por el estilo. Los *ateliers nationaux* nada tenían de seria empresa económica y ni siquiera respondían a los conceptos de Luis Blanc, sino que resultaban ser un simple expediente para dar ocupación provisoria, en trabajos no solicitados o inútiles o poco útiles, y, por tanto, con gran dispendio en vano, a obreros desocupados; y el número de los que acudían y no se podía rechazar se multiplicaba un mes tras otro. Los periódicos populares parecían haberse propuesto asustar a las muchas personas que aman su propia tranquilidad y ven atracos, violaciones, incendios y lluvias de sangre en cada desahogo de grandes palabras. Pero en los hombres que gobernaban faltaba la virtud creadora de formas y de medios para realizar lo realizable de las exigencias democrático-sociales y oponer una insuperable barrera contra todo lo demás, restableciendo el orden y llevando nuevamente las mentes hacia la reflexión, la ponderación y la sensatez: ellos siguieron los impulsos sin dirigirlos o se columpiaron al manejarlos prolongando la batahola de esperanzas y equívocos, mostrándose incapaces de desenmarañar la madeja revuelta y dejando que una solución cualquiera naciese del rumbo mismo de los acontecimientos.

Semejante solución no se hizo esperar, y, dado que París y los obreros parisienses no eran toda Francia, y que la andadura emprendida no gustaba o no daba garantía de bien a la mayor parte de la población, y especialmente los campesinos mal toleraban el aumento del impuesto inmobiliario que sobre ellos recaía, las elecciones para la Asamblea constituyente mediante sufragio universal (elecciones que los extremistas



parisienses, presintiendo el resultado, habían intentado postergar) dieron una cámara prevalentemente conservadora o moderada; y, dado que una cámara de tal tipo no era del agrado de las masas obreras y de sus agitadores, el 15 de mayo la multitud invadió el salón de la asamblea, trató de dispersarla mediante la violencia y proclamar un nuevo gobierno provisional: golpe que no logró sus objetivos y motivó la detención de Blanqui, Barbès y los demás cabecillas comunistas. De ahí se pasó a enfrentar el contratiempo y el peligro de los *ateliers nationaux*, donde ya no había trabajo y no se sabía cómo pagar a los desocupados y ociosos (aunque el miserable jornal ya se había reducido a la mitad). El decreto de supresión de los *ateliers nationaux* desencadenó la batalla de junio en las calles de París contra las masas obreras que se levantaron, heroicamente combatida por éstas, con desesperado furor por parte de ambos bandos, que se saldó con la sangrienta derrota de los obreros y con el sello final de los consejos de guerra, cárceles y deportaciones.

Pero tampoco esto puso punto final al proceso revolucionario ni fue el principio del asentamiento y ordenamiento de una República que garantizase esa libertad más amplia que se había solicitado durante los años anteriores y que, al no ser obtenida, había causado la caída de la monarquía orleanista. El miedo causado por los hechos de junio había sido grande, y más grande se sentía una vez pasado el peligro; más alto se elevaba el grito de alarma en defensa del hogar, de las mujeres, de los hijos, de la propiedad, de la moralidad y de la religión; nuevamente se volvía a mirar la Iglesia y sus curas con mirada ya no hostil, buscando en ella una fortaleza para el orden, volviendo a someterse a su dirección, enviando los hijos a sus escuelas. Y los demócratas o *montagnardes*, como se llamaron, insistían en sus amenazadoras demandas de reformas sociales y en su hinchada fraseología, y cuanto más lo hacían, más estrechaban filas los grupos conservadores y moderados, junto a reaccionarios de toda clase, clericales y legitimistas que daban un paso al frente, y cada vez más, entre aquellas facciones exasperadas (una de las cuales, la defensora del orden social, se sentía cada vez más fuerte y estaba decidida a utilizar su fuerza), disminuía la posibilidad de la mediación liberal, que se podía y debía intentar, como ante el desatarse de una enfermedad que se intenta detener, pero sin esperanzas, porque se sabe que de todas maneras desarrollará por entero su proceso. Terminadas las tareas de la Asamblea constituyente y convocada la elección del presidente de la República mediante sufragio directo y universal, el éxito, con enorme mayoría de votos, de Luis Napoleón contra el republicano Cavaignac señalaba ya el paso del proceso revolucionario al opuesto y reaccionario. En esos años, Francia, sin paz en el interior y reducida a una especie de impotencia de cara al exterior, no halló crédito alguno, ni entre los pueblos ni entre los gobiernos, durante las revoluciones del continente, y no actuó de manera alguna; su única y nada gloriosa empresa, la expedición contra la República romana, se vio forzada por la inexorable necesidad de no permitir que solamente Austria interviniese en Italia, y, al mismo tiempo, por su debilidad interna: tanto es así, que a fin de no enfadar a los clericales de su pueblo tuvo que dejar que el

papa, devuelto por ella a Roma, rechazase toda sugerencia de reformas y volviese a sus pésimas maneras de gobernar, empeorándolas aún más, casi a manera de desafío y befa dirigida a los demócratas franceses. Quienes, a causa de aquella expedición ordenada por el príncipe presidente y por el ministerio contra el voto de la asamblea, se rebelaron apelando a la insurrección popular, que no se produjo; y fue esta derrota la desbandada final de su partido, que se vio privado de sus cabecillas, puestos a salvo mediante la fuga. Pero la mayoría conservadora de la asamblea, pese a votar una serie de restricciones sobre las asociaciones y periódicos y para el estado de sitio, pese a volver a abrir las puertas de las escuelas al clero con la ley Falloux, y pese a haber abandonado de hecho la norma parlamentaria acrecentando cada vez más el poder que el príncipe presidente se arrogaba como elegido por el pueblo de Francia, dejaba sin embargo sobrevivir, con la asamblea, la norma constitucional; y esta última libertad no podía durar, porque, no siendo tolerada por el príncipe presidente, habiendo decaído en la estima pública, vista con fastidio por el sentimiento público, en caso de peligro no habría sido defendida por la voluntad pública. El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, previsto, esperado, también temido, mas no por ello enfrentado en alguna resistencia, no fue la insidia de un tirano que mediante la violencia se adueña de un pueblo recalcitrante, sino, más bien, una intervención quirúrgica que dio a luz lo que Francia había formado y alimentado en su seno durante esos cuatro años de democracia y antidemocracia: el Imperio autoritario, con aquel conjunto de leyes, métodos y hábitos que son los mismos en todos los regímenes autoritarios, sea cual fuere su origen y ocasión, y que se reducen a la sencilla operación de atar las manos y tapar las bocas para imponer su propia y unilateral voluntad.

Igualmente los mismos efectos que siempre siguen a los ceses de los regímenes libres (y que no hace falta detallar porque ya Tácito, de una vez por todas, ha analizado y descrito en clásica prosa el *ruere in servitium*) fueron los que entonces se vieron en Francia: aclamaciones, adulaciones, servidumbres voluntarias, perjurios, rápidas conversiones de encendidos demócratas (que habrían sido cómicas de no haber sido humillantes), restricciones mentales, actitudes acomodaticias, temores, terrores, abandonos de amigos y vileza de denuncias, insensibilidad ante la justicia violada y los atropellos cotidianos, simulaciones de no ver y no saber lo que bien se veía y sabía para así aquietar los reproches de la conciencia, ignorancia en torno al desarrollo de los asuntos públicos con la añadidura de un incesante murmurar sobre escándalos, aplauso supino ante cualquier frase o aseveración que proviniese de lo alto y, al mismo tiempo, incredulidad ante toda noticia de carácter oficial; y, en medio de este pavor general, audacias de los que tenían la audacia de tomar por asalto la fortuna, prontitud en el aferrar ventajas particulares o en el satisfacer odios privados bajo apariencias de celo político, sin que nadie osase oponerse o protestar; en resumen, todas aquellas cosas que, a veces practicadas también por hombres a quienes la sociedad no rehúsa su estima, hicieron exclamar al novelista que describió

aquellos tiempos: «Las personas honestas, ¡qué canallas!». Y no es que aquellas personas no fuesen luego, en su gran mayor parte y en otras relaciones, honradas y provistas de virtudes; pero la humanidad, en su condición media, está hecha de tal suerte que no hay que someterla a pruebas demasiado difíciles ni pedirle sacrificios demasiado duros, como sería el renunciar a la vida sosegada y al cuidado de los asuntos propios y de la propia familia; y tampoco hay que ponerla en situación de hacer mal papel: más aún, hay que ayudarla a no hacerlo. Volvieron asimismo a aparecer los sofismas de los adoctrinados sobre el «*enchaînement nécessaire des choses humaines*», sobre su «*développement inévitable dans un certain ordre*»: un orden que es de sabios reconocer y someterse a él. Y, por lo contrario, tremendamente se estremecían y estallaban el odio y el furor de quienes no quisieron doblegarse y de los muchos que prefirieron el exilio, de los que provenían libelos feroces como *Napoléon le petit* y los *Châtiments* de Victor Hugo. El dolor y la tristeza, en cambio, se abatieron sobre los espíritus más nobles y meditativos, habituados a mirar más bien las cosas que las personas y a buscar la explicación de los acontecimientos en los desarrollos de las ideas y de los sentimientos antes que en la culpabilidad individual; los cuales, sin embargo, no podían resignarse a la pérdida de la libertad, y a causa de tal pérdida experimentaban una íntima y angustiosa mortificación por sí mismos y por su patria, a la que, aunque hubiesen querido, no habrían podido arrancar de sí mismos. Todavía hoy nos conmueven las páginas que entonces escribieron Tocqueville, Quinet, Prévost-Paradol y otros de similar temple. Pero la libertad es cosa divina y a veces los dioses despojan de ella a los hombres, eternos niños, y, rígidos ante sus súplicas, no la devuelven si éstos no han vuelto a ser dignos de ella.

Si la reacción de las viejas monarquías absolutistas, que se produjo tras las revoluciones de 1848, no tuvo un carácter profundo, tampoco lo tenía ésta del Segundo imperio, llevada a cabo por un sobrino del aventurero corso y aventurero él mismo. Aquellos monarcas y los demás paladines del absolutismo dieron alegre acogida y festejaron al recién llegado que se ponía del lado de ellos; y, en primer lugar, el papa Pío IX, quien, habiendo recibido la noticia del golpe de Estado, dijo que «el cielo había pagado la deuda de la Iglesia con Francia» y fue el primero que envió sus felicitaciones: permitió que sus obispos llamasen a Luis Napoleón «el enviado del Altísimo» y hubiera ido a coronarlo en París (así como más tarde bautizó al príncipe heredero) si hubiese habido un acuerdo sobre el precio, que era la abolición del matrimonio civil y de los artículos orgánicos que se habían añadido al concordato napoleónico. Pero Luis Napoleón no formaba parte verdaderamente de la asociación absolutista de los viejos monarcas, sinceramente compenetrado como estaba del significado de los siete millones de votos que lo habían llevado al trono imperial, sinceramente preocupado por las clases populares, y, tal como se dijo, deseoso de una «democracia sin libertad»; tampoco alimentaba la ilusión de haber abierto, con la constitución imperial, nuevos rumbos para la sociedad humana y para la historia. Mal dispuesto ante las asambleas, no tenía ideas bien claras sobre la forma

estatal que habría sustituido ventajosamente los servicios que éstas prestan. Decía «haber cerrado la edad de las revoluciones al satisfacer las necesidades legítimas del pueblo» y haberse propuesto «crear instituciones que le sobreviviesen»; pero no se sentía satisfecho y tranquilo con el ordenamiento que había dado al Estado, y en otra ocasión le daba por decir que «la libertad nunca ha podido fundar un edificio político duradero, pero lo corona cuando el tiempo lo ha consolidado». Con solemne promesa anunciaba que «el Imperio era la paz»; pero este propósito, que es propio de los monarcas conservadores, no podía ser el de un sobrino de Napoleón, heredero del título imperial y de las venganzas contra los tratados de 1815: y la guerra, que su nombre llevaba consigo, significaba necesariamente un cambio de situaciones políticas y con ello una reapertura de las revoluciones. Bondadoso de ánimo y benigno, había llevado a cabo el golpe de Estado sin alegría, como obedeciendo al hado que creía suyo y le asignaba aquel papel; y, aunque no le era posible borrar la irrazonable y al mismo tiempo razonable condena moral que cae sobre aquellos que, por haber llevado a cabo esa clase de operaciones históricas, violan la legalidad y quebrantan sus propios juramentos, se mostraba sensible al juicio que de él tenían los hombres probos e intentaba merecer su aprobación, y era previsible que, una vez superada la primera prueba y los primeros años de su gobierno autoritario, necesariamente se habría inclinado hacia la libertad. Y liberales, o proclives a la libertad había entre quienes lo rodeaban, entre los mismos ejecutores del Dos de diciembre, en su propia casa imperial, como el príncipe Napoleón. De manera que no solamente el Estado que él había reformado no podía considerarse como una creación original y no incluía, superándolo, el Estado liberal, sino que en todas sus partes mostraba la huella de lo provisorio y transitorio. Para acentuar estos rasgos trabajaban con la palabra y el silencio aquellos que habían mantenido lealtad a la causa entonces derrotada, y muchos otros que poco a poco tocaban con sus propias manos los daños del autoritarismo y juzgaban de manera más ecuánime los inconvenientes de los ordenamientos liberales y les restituían su afecto, dirigiendo hacia ellos sus deseos, y librándolos así del descrédito y el escarnio que los había envuelto, y refrescándolos y rejuveneciéndolos en sus almas. No es verdad que la gran prosperidad de las industrias, comercios, negocios y especulaciones de que entonces gozó Francia y que, si no fue precisamente obra del Imperio, se vio acompañada por éste e incluso promovida mediante medidas librecambistas y tratados comerciales, tuviese el electo de adormecer las necesidades políticas y de impedir la reanudación de los correspondientes esfuerzos, ya sea porque no es ése el efecto, en general, de la prosperidad sobre los hombres, ya porque los hechos demostraron que tras la prosperidad se produjo la recuperación política. Los obreros, a quienes el emperador había dirigido sus pensamientos proporcionando asilos para los que necesitaban descanso y cuidados, estableciendo fondos de invalidez y pensiones para la vejez, intentando la construcción de viviendas obreras y medidas similares, pero a quienes negaba el derecho de asociación y la vida política, no le agradecieron aquellas

asistencias en su beneficio, ya que más les escocía esa negativa; y, si durante los primeros años había sentido un malvado júbilo por la opresión de los republicanos que los habían derrotado en las jornadas de junio, ahora iban olvidando ese sentimiento y volvían a suspirar, ellos también, por la libertad.

En verdad, al movimiento de ésta se enlazan las suertes de ese complejo de exigencias múltiples y siempre cambiantes y en desarrollo que se llaman la «cuestión social»; y así como las suertes de la libertad no se hundieron ni perdieron para siempre en las reacciones posteriores a 1848, igualmente ocurrió con las esperanzas de los reformadores e innovadores sociales. Acerca de aquel tiempo, Marx escribió que a la Comisión parisiense de los trabajadores, llamada del Luxemburgo por el sitio en que se encontraba su sede, «le quedaba el mérito de haber revelado desde lo alto de una tribuna que el secreto de las revoluciones europeas del siglo XIX es la emancipación del proletariado». Pero, dejando de lado esta exageración que volvía mezquina y materialista la historia de un siglo y de sus revoluciones, que siempre abrazan integralmente los múltiples problemas de la cultura, de la civilización y de todos los aspectos del espíritu humano, en realidad aquella anecdótica asamblea no era necesaria para revelar un pensamiento que estaba en la mente de todos los políticos y de todos los escritores que se ocupaban de asuntos políticos; y, sin citar también aquí, entre tantos, al más profundo de todos, Tocqueville, sin hacer referencia a lo que escribió Gervinus y a lo que significaban los *Principios de economía política* de Stuart Mill, publicados precisamente en 1848, y prefiriendo limitarnos tan sólo a algún nombre italiano, bastará recordar que Gioberti, en el *Rinnovamento*, resumía en tres puntos «las principales necesidades de nuestra edad», es decir, «el predominio del pensamiento, la autonomía de las naciones y el rescate de las plebes, que es como decir del mayor número de personas»; y Camillo de Cavour pensaba que el problema de las relaciones entre capital y trabajo y de las condiciones de las clases trabajadoras estaba madurando, y en 1858 confesaba que, de no haber tenido entre manos el problema nacional de Italia, se habría dirigido hacia aquél, reconociendo así, por su parte, el estrecho nexo de sucesión que había entre los dos órdenes de exigencias. Y Marx sabía bien que las insurrecciones, como la de junio, que no estuviesen precedidas por alguna preparación social ni por la madurez de instituciones económicas, no ofrecían el medio para instaurar el comunismo, y ya se había reído de los utopistas ingenuos y había rechazado las teorías de los sansimonianos (los últimos de los cuales, con Enfantin, tal como ya hemos dicho, se entregaban al Segundo imperio declarando que «sólo la autoridad era capaz de llevar a efecto la felicidad social e individual»); y los eventos de 1848 lo reafirmaron en sus convicciones. Los artículos y opúsculos que compuso entonces sobre la historia de dichas revoluciones y reacciones, clarividentes como son pese a la estrechez de su punto de vista y a la total ausencia de simpatía histórica y humana, no perdonaban a los proletarios y a sus conductores en la sátira universal. Esa falta de simpatía, ese «mayor elemento de ira que de amor en el corazón», como en él notaba Mazzini junto

con el «temple dominador»; ese defecto de bondad, el sarcasmo contra sus propios secuaces y la única admiración que sentía, que era hacia los «aristócratas», sus rivales y modelos, según las impresiones que acerca de Marx tenía el demócrata Tecnow, le impidieron no sólo acercarse a la democracia, que escarnecía, sino a toda forma liberal. Su metafísica, materialista y determinista, que le sugería la grosera interpretación de las revoluciones de 1848 como efecto de la crisis comercial del año anterior, así como la otra, simplista, del Segundo imperio como una «reacción del campo contra la ciudad», lo llevó a considerar que otra revolución requeriría como condición necesaria una nueva crisis general del comercio y de la industria, y a prever la proximidad, de esa crisis (que no se produjo: las crisis asumieron diversas formas y menor extensión, y de ahí su posterior palinodia); y, por el momento, llegaba a la conclusión de que en una sociedad de próspera economía no había nada que hacer, y que, en espera de la crisis, los comunistas tenían que mantenerse, rígidos e intransigentes, junto a los demócratas y liberales, ayudándolos, claro está, a conquistar el poder, pero con el sobreentendido propósito de tomarlos luego por asalto, derribarlos y destruirlos, tal como ellos lo habían hecho con los adversarios comunes. Idea un tanto complicada y un tanto literaria, como pareció a los demócratas-sociales alemanes sobrevivientes, como Willich, que se había batido en la insurrección de Baden y vivía también él en el exilio: y este desacuerdo produjo la escisión en el seno de la *Liga de los comunistas*, cuando los hombres de acción se separaron de Marx y de su fiel Engels y demás secuaces suyos. Marx se dedicó a la elaboración doctrinaria de la economía y de la historiografía cuyo esbozo había trazado en el *Manifiesto de los comunistas*, y emprendió la serie de trabajos que, a través de la *Crítica de la economía política*, lo llevaron a *El capital*. Prácticamente, por aquel entonces prevaleció en él el determinismo o fatalismo naturalista; y la otra alternativa de su materialismo histórico, la formación de un partido político socialista o comunista que participase en las luchas parlamentarias y llegase a ser capaz de asumir el gobierno, había de producirse más tarde, entre diversas condiciones y merced a la obra de otros hombres.

## VII

### LA RECUPERACIÓN REVOLUCIONARIA Y EL GENERAL ORDENAMIENTO LIBERAL-NACIONAL EUROPEO (1851-1870)

Había en Europa, como hemos visto, un pequeño Estado, el Piamonte, en el que el movimiento liberal y nacional no había padecido interrupciones, y, más aún, en medio del huracán reaccionario pareció como si se limpiase y purificase, se volviera más claro en los conceptos y más seguro en cuanto al camino a recorrer. En otros sitios, el liberalismo se ocultaba en las catacumbas; y en los países libres, expandiéndose al aire abierto y sin obstáculos, estaba exento del estímulo punzante de guerra y revolución a preparar, provocar y enfrentar. Pero el Piamonte, independiente y liberal, vivía al mismo tiempo la vida de Italia, oprimida y sometida a servidumbre, y de ésta, mucho antes que tal expresión resonase en el lenguaje oficial, había acogido el «grito de dolor»; y por ello, valiéndose de cuanto poseía, mantenía y acrecentaba, como de un medio para más elevada finalidad, era en Europa el único país activamente revolucionario. Esta posibilidad de acción dicho país ciertamente la debía, por un lado, a su situación geográfica, que, así como le había permitido conservarse y crecer en medio de las guerras de Francia y del Imperio, ahora había participado en su protección ante el peligro de vasallaje o aplastamiento por parte de la triunfante Austria. Y así como en los meandros de su secular historia lo habían sostenido virtudes de príncipes y de pueblo, en su condición presente lo llevó al honor de ser la vanguardia de la italianidad la sabiduría de sus hombres de Estado, que lo asistieron y dirigieron en su nueva vida de libertad, de manera tal que le hicieron ganar fama de moderado entre todos los demás países en revolución, puede decirse que hasta su primer ministerio constitucional de 1848, presidido por Balbo, en el que tomaron parte conjuntamente los conservadores, los moderados y los de tendencias radicales: Pareto junio con Tahon de Revel y Sclopis. Moderado fue el ministerio que accedió al gobierno en 1849, el de Massimo d'Azeglio, que, consciente de la hoguera revolucionaria que el Piamonte encerraba y que era necesario no dejar dispersarse, y, más aún, alimentar, supo comportarse con firmeza ante los impacientes y temerarios, o demócratas como se llamaban; hizo que el rey dirigiese a su pueblo la severa proclama de Moncalieri; no se inhibió de recordar a los electores que a veces la civilización se salva por medio de la fuerza militar y de las cortes de justicia, y obtuvo una cámara de mayoría conservadora y moderada que aprobó el tratado de paz con Austria. Con esta cámara se emprendió una valiente obra de reformas, señaladamente en materia eclesiástica, con las que se quitó de en medio cuanto aún quedaba de privilegios del clero y sometimiento del Estado a la Iglesia, con el efecto, claro está, de conseguir la enemistad de la curia romana, pero también

de entrar resueltamente en la meditada puesta en práctica de la «libre iglesia en libre Estado».<sup>[14]</sup> La obra innovadora, que en pocos años llevó al viejo Piamonte al grado de país totalmente moderno y seriamente cívico, y, por tanto, capacitado para aspirar a más amplios destinos, siguió dilatándose y abarcando todos los sectores de la administración con el acceso al gobierno de Cavour, el hombre de genio que Italia había expresado desde su seno, quien, tras larga preparación de estudios políticos y de vida práctica, y tras haber participado como periodista y publicista en los sucesos de 1848-1849, sintió que había llegado su momento y dio los pasos necesarios para asumir el puesto de mando: no, a decir verdad, «*pensif et pâlissant*», como el elegido por Dios para conducir pueblos del que habla el poeta, sino diligente y jovial como el que sabe lo que le corresponde hacer y se sabe capacitado para hacerlo, sumiéndose enteramente en el trabajo y en las batallas.

Él verdaderamente amaba la libertad, desde lo más profundo de su alma, tanto como siempre había odiado el poder absoluto; y no la amaba en un ensueño idílico, sino con la límpida conciencia de que la libertad encuentra y siempre encontrará dificultades y peligros, y siempre quiere lucha, pero una lucha «en que se nos coja de frente», en la que «un hombre de poderoso ingenio no teme el combate», a diferencia de como ocurre en los gobiernos absolutos en los que un ministro siempre tiene que defenderse constantemente de las pequeñas cábalas que se tejen a sus espaldas, asunto no solamente penoso, sino intolerable para un hombre de honor. Fundamental fue la formación, a la que se dedicó entonces, de una ordenada actividad parlamentaria, con partidos que representasen necesidades y reuniesen fuerzas, y que, en casos de necesidad, pudiesen agruparse con vistas a determinadas finalidades comunes, como lo hizo al estrechar con Rattazzi y con la izquierda el llamado «connubio». Los debates de la cámara y el senado subalpinos, la obra legislativa y política que en ellos se realizaba, los discursos de Cavour, las combinaciones de alianzas parlamentarias, las soluciones de las crisis, ofrecieron un ejemplo de correcta y fecunda vida constitucional y sirvieron como modelo y escuela al resto de Italia; el Piamonte ejerció sobre ésta, en la década entre 1850 y 1860, análoga función a la que hemos visto que tuvo Francia durante los quince años de la restauración con su «carta», sus luchas constitucionales, sus parlamentarios y doctrinarios, frente al resto de la Europa continental. La monarquía de los Saboya, perteneciente a la más antigua estirpe soberana que perdurase en Europa y que había aceptado los modernos ideales de la libertad y de la nacionalidad; el ejército real, admirable por constante fidelidad, disciplina y capacidad, convertido en nacional a causa de la guerra nacional recientemente sostenida; la tradición medieval y la de la edad de las monarquías absolutas, que aportaban sus antiguas y experimentadas fuerzas a la nueva Italia y recobraban una especie de vigor juvenil; todo ello parecía afirmar con los hechos aquella continuidad histórica cuyo alto significado el pensamiento del siglo había descubierto, cuya seria fuerza benéfica conocía la sabiduría política, y sobre la que poesía y literatura habían entretejido tantas entre las más gratas imágenes de sus



dramas y novelas históricas. La tierra del Piamonte, cuyos castillos y ciudades evocaban los épicos recuerdos del pasado feudal y regio; su capital, Turín, con el marcado carácter de orden y regularidad que le imprimieron sus duques y reyes, ahora animada por la vivaz actividad de los ministerios, del parlamento, de los periódicos, ponían frente a los ojos la confluencia de pasado y presente, la armonía entre el pasado y el presente. Y en el Piamonte, que de municipal se elevaba a representar la nación entera, Italia no estaba tan sólo idealmente, sino también con muchos de sus hijos que allí se habían refugiado, en un exilio que no era ya el amargo exilio porque no se vivía en tierra extranjera, sino en tierra italiana, cargada de promesas; y abundaban, aparte de los lombardos, los prófugos sureños, entre ellos algunos oficiales que habían dirigido la defensa de Venecia, pero en su mayor parte hombres de cultura, economistas, literatos, filósofos, críticos, historiadores adversarios de los Borbones y perseguidos por éstos, animosos ingenios que en gran medida contribuían a robustecer los estudios y la cultura italianos. Volvía a ocurrir, después de 1848, en Turín, lo que a finales del siglo XVIII y principios del XIX había ocurrido en Milán, en tiempos de la República cisalpina, con los prófugos del *mezzogiorno*, del sur, cuando en esa acumulación de hombres de las distintas partes de Italia brotó como un destello la conciencia política nacional. Entre aquellos italianos la idea neogüelfa de pocos años atrás estaba totalmente olvidada y parecía pertenecer a un pasado distante; la idea republicana ya no arraigaba; y ni siquiera se sentía, como antes de 1848, gran necesidad de trazar proyectos sobre el futuro ordenamiento de Italia, porque realmente, en ciertos casos, el «movimiento lo es todo y la finalidad no importa», es decir, en el movimiento mismo está el fin, que a su debido tiempo emprenderá la marcha por las vías prácticas que pueda, sobre las cuales no es provechoso devanarse los sesos. Hasta tal extremo la finalidad estaba en el movimiento mismo, que, cuando asomó el proyecto, que se creía pudiese encontrar apoyo en Luis Napoleón y al que el mismo Cavour no se mostraba hostil, de librar a Nápoles de los Borbones sustituyendo a éstos por un rey Murat, los propios exiliados meridionales dejaron oír una voz de reproche advirtiéndole que el camino de la salvación y del honor era sólo uno, el de avanzar estrechamente unidos al Piamonte y a su política. Y aproximadamente al mismo tiempo se adhería a la política piamontesa el republicano y ex dictador de Venecia Daniele Manin; y el defensor de la República romana en 1849, Giuseppe Garibaldi, al regresar a Italia en 1854 veía y declaraba que la unidad de Italia no se podía alcanzar sino por ese camino.

De tal suerte, quien observa el desarrollo de la vida moral no puede dejar de percibir en la acción del Piamonte después de 1848 el proseguimiento y, al mismo tiempo, la nueva puesta en marcha de la acción revolucionaria en Europa. Y esta afirmación no es irreconciliable con aquella otra que, observando en cambio el equilibrio y desequilibrio de las grandes fuerzas políticas y de los efectos que nacen en consecuencia, pone el origen de dicha puesta en marcha en la guerra de Crimea, que trastornó las relaciones anteriores debilitando la estructura conservadora y, a

manera de contragolpe, elevando las esperanzas de los innovadores y proporcionándoles oportunidades antes no sospechadas. Efectivamente, la guerra de Crimea fue un acontecimiento político movilizado por el interés de los ingleses en impedir que Rusia extendiese su dominio o su protectorado sobre Constantinopla y la península balcánica, y de entrar con sus naves de guerra en el Mediterráneo con perjuicios para los comercios y peligro para la potencia de Inglaterra en los mares; y, de forma correlativa, por el interés de Luis Napoleón en romper el acuerdo que se había formado desde 1814 contra Francia y devolver a ésta un sitio en la política europea, ganando para sí mismo y para su causa un prestigio que echaba a faltar. El idealismo moral se hallaba, en todo caso, en el campo opuesto: el del zar Nicolás, que, religiosísimo como hemos dicho y celoso defensor de la fe, considerando como un oprobio para la cristiandad lo que quedaba de dominio turco en Europa, sinceramente persuadido de la justicia y santidad de su misión y de su empresa, partió hacia una especie de cruzada y fue presa de no menos sincera indignación al ver que se levantaban contra él las potencias occidentales, aliadas con el enemigo de la cristiandad, y se sintió herido en su ánimo caballeresco cuando Austria (que, sin embargo, no tenía elección para llevar otra política) no solamente no le prestó ayuda, sino que lo hostilizó y le dirigió amenazadoras intimaciones: Austria, a la que, por fidelidad a la causa monárquica y para mantener una promesa efectuada muchos años atrás, él había brindado tan valiosa ayuda en 1849 contra los húngaros. Tan idealista moral era él a su manera, que, al ir mal los asuntos de la guerra, desesperando de alcanzar la victoria, entristecido por las que a él le parecían desertiones y traiciones, murió o se quitó a sí mismo trágicamente la vida. Inglaterra consiguió sus objetivos; Luis Napoleón obtuvo el esplendor y la autoridad que ambicionaba; y mucho más que lo que ganó este último fue lo que perdió Rusia, a la que se consideraba invencible, aún beneficiaria de la gloria que había logrado en las campañas de 1812-1814 y que, durante más de cuarenta años, había pesado sobre Europa; y se descompuso el bloque de las tres potencias conservadoras, porque en aquella ocasión se puso en plena evidencia la incurable divergencia de intereses balcánicos entre el imperio ruso y el austríaco, divergencia envenenada por el rencor y posteriormente convertida en el odio que dominó su historia a lo largo de los sesenta años siguientes. Windischgrätz y Radetzky podían llorar sobre esa quebrantada hermandad de armas reaccionarias, pero el asunto era irreparable. Turquía, que el zar Nicolás había sido el primero en definir «el hombre enfermo», demostró la vitalidad suficiente para merecer el apoyo y la alianza de las potencias civilizadas, y los Cobden y Bright se afanaron en vano por recordar lo que bien se sabía acerca de su barbarie, pero que se quería no saber y olvidar; cosa esta que se logró, como ya se había logrado muchas veces durante los siglos en que estaba más vivo en las conciencias el contraste entre cristianismo e islamismo. Quisieron olvidar y olvidaron, y tampoco podían hacer otra cosa, también los progresistas y demócratas, que dieron a esa guerra la interpretación de una cruzada, pero en sentido opuesto a la cruzada del zar, una cruzada por la libertad y la

independencia de los pueblos: es decir, presentaron como finalidad lo que era un probable suceso posterior, y con ello introdujeron una finalidad propia y la favorecieron; de ahí la circular de Mazzini, unido a Ledru-Rollin y Kossuth, a los republicanos de todo el mundo para que obrasen en ese sentido, y otras manifestaciones similares, hasta por parte del comunista Barbès que todavía se hallaba en la cárcel. Palmerston, que había vuelto al gobierno, perspicaz en brindar provecho a los intereses de su país, pero incluyendo entre dichos intereses también la comunicación a los demás pueblos de las instituciones que eran orgullo de Inglaterra, incansable y audaz contribuía en consolidar aquella interpretación e inflamar aquellas esperanzas. Ahora bien, para volver a nuestro asunto, ¿dónde vuelve a mostrarse una vez más la obra autónoma, ininterrumpida, tenaz y directora de la conciencia moral, sino justamente en el Piamonte? Fue éste, entre los demás pueblos y Estados de Europa, el primero y más rápido en aventajarse, para la causa nacional, de la nueva condición que había producido la guerra de Crimea.

Piamonte, es decir el reino de Cerdeña, en 1855, gracias a la segura intuición y al carácter resuelto de Cavour se había unido en alianza con Inglaterra y Francia contra «el coloso del Norte, el peor enemigo de la civilización», según decía el autor del tratado al parlamento subalpino, añadiendo que esa participación en las batallas que se libraban en Oriente serviría para la suerte futura de Italia mucho más que las declamaciones y escritos; y, de hecho, el cuerpo expedicionario sardo adquirió gloria en la batalla de Cernaia. Y si bien las esperanzas de un rumbo sucesivo de la guerra y de una reestructuración del Estado austríaco con la adquisición de principados danubianos y la correlativa cesión de la Lombardía no se hubiesen visto satisfechas porque el mundo de los negocios ejerció presiones, tras la caída de Sebastopol, en el congreso de París para las negociaciones de paz Cavour consiguió todo lo que se refería a Italia, si no la discusión y deliberación, sí el intercambio de ideas y las declaraciones: el dominio extranjero en la zona Lombardo-véneta, las guarniciones que mantenía Austria en las tierras pontificias, qué clase de cosa eran el gobierno borbónico en Nápoles y el papal en Roma, que lord Clarendon calificó de «vergüenza para Europa», y, en resumen, la inevitabilidad y urgencia del problema italiano en relación con el ordenamiento pacífico europeo; y, entre las protestas del ministro austríaco contra semejantes injerencias en los asuntos de Estados independientes y las reservas de los ministros de Prusia y Rusia, que arguyeron no tener instrucciones al respecto, obtuvo el resultado de que sus declaraciones se incluyesen en el protocolo. Algunos meses más tarde, en Nápoles, Francia e Inglaterra elevaban protestas ante el rey Fernando II por el método de su gobierno, tras lo cual seguía la ruptura de relaciones diplomáticas. Austria, que había sentido el pinchazo del golpe, el 18 de marzo de 1856 envió a sus representantes diplomáticos ante las cortes de Roma, Nápoles, Florencia y Módena, una circular que se hizo pública oponiéndose con energía a «la misión de la corte sarda, de elevar la voz en el nombre de Italia» y reafirmando su derecho a «intervenir con las armas cuando uno de los gobiernos

italianos solicitaba su auxilio contra quienes perturbaban la tranquilidad». Pero ya no se trataba de un asunto de afirmación de derechos, proveniente de viejos tratados y de viejos congresos internacionales, sino de fuerza moral y de hecho; y el hecho era que la semilla arrojada con la guerra de 1848 y la batalla de Novara había hecho crecer un árbol vigoroso, y que a esas alturas el Piamonte representaba a Italia, hablaba en su nombre y se aprestaba a romper el predominio y el dominio austríaco en la península.

En tal intento, Cavour no solamente se había situado en el terreno adecuado, sino que también había encontrado al hombre que le hacía falta en Europa: Luis Napoleón, quien, en su alma dividida, ondulante y a menudo neblinosa, tenía un punto claro y firme, el pensamiento de desbaratar los tratados de 1815, y, puesto que aquellos tratados habían conculcado el principio de nacionalidad, ya fuese motivo o consecuencia de ello su aversión, la defensa a asumir de aquel principio, modificando según éste el ordenamiento de Europa, juntamente con su ambición personal, no discorde con lo que en él había de idealista humanitario y soñador, lo llevaban a «guerrear por una idea». La guerra de Crimea le había servido para debilitar el principal sostén del *statu quo*; pero durante esa guerra él había acariciado el proyecto de brindar independencia a italianos, polacos y húngaros, y hasta a finlandeses y circasianos; y cuando Inglaterra quería proseguirla y él se veía arrastrado a la paz por el mundo financiero, para la posible prosecución ponía en primer plano la adopción de aquellas finalidades; y en el Congreso de París hubiera querido proponer y tratar el mismo problema, pero ocurrió que Clarendon le hizo notar que eso no era posible sin un acuerdo preliminar entre tres o cuatro potencias. Lo que no evitó que París se convirtiese entonces, como se dijo, en «un inmenso hogar de conspiraciones» con vistas a las guerras y revoluciones a las que se apuntaba; y Cavour no solamente obtuvo fruto del papel que había representado en el Congreso, sino también de los conocidos, amigos y relaciones de toda clase que consiguió en París entre quienes rodeaban a Luis Napoleón. A éste ya le había preguntado, en el invierno de 1855, qué podía hacer por el Piamonte y por Italia, por esa Italia en cuyas conjuras y conspiraciones se había visto envuelto durante su juventud agitada y aventurera, y hacia la que había asumido un compromiso que, algún año después, Felice Orsini había de recordarle a su manera.

Con el acercamiento a Luis Napoleón se volvió más profundo y ya no superable el distanciamiento entre la política del conde de Cavour y la que recomendaba y trataba de poner en práctica Mazzini. Éste, tras haber tenido un papel relevante en la breve república romana, dando en aquella ocasión pruebas de sensatez práctica, una vez regresado al extranjero y a su propaganda de palabras y de acciones, empezaba a parecer un hombre del pasado, no menos por su sistema mental que por sus programas y métodos políticos. La Italia de 1850 ya no era la de 1831, y la «iniciativa nacional» que entonces convino despertar y formar se había vuelto un hecho en 1848, que vivía y actuaba en las conciencias; la «guerra del pueblo», que tampoco entonces se había producido, encontraba ahora su verdadera forma en un Estado que

representaba a una nación, en un ejército que se ampliaría a ejército de dicha nación; las conspiraciones, los tumultos, los intentos insurreccionales, si valían para comprobar que los italianos no se habían resignado a prolongar su ya largo martirologio nacional, por otra parte sacrificaban vidas preciosas y provocaban el miedo, que conviene no provocar, en los gobiernos y entre los amantes del orden, que temen la violencia y la ceguera de los desórdenes. El «comité central democrático europeo» de Mazzini y las proclamas que este organismo dirigía, firmadas por él y por prófugos franceses, alemanes y polacos, similares al de julio de 1850, a los «pueblos de Europa» como a «individuos de la humanidad», exhortándolos a elegir parlamentos nacionales de los que había de salir después el «congreso representativo de las naciones libres», no lograban efectos, como es natural, y tampoco ecos, aparte de suscitar las befas de Marx, que, como Mazzini, vivía exiliado en Londres. Y no es que aquel congreso del porvenir no fuese un noble deseo, y, asimismo, un pensamiento serio, pero pertenecía a otra faceta de Mazzini, la de precursor, y el precursor es necesariamente un personaje anacrónico, ineficaz en la política del presente. Llegaría el tiempo en que aquel pensamiento volviese a brotar y echaría fuertes raíces; pero por entonces incluso Richard Cobden, de comprobada capacidad para convencer y persuadir, se veía motejar de utopista y encontraba partidarios solamente entre los cuáqueros y los *dissenters*, y, en el mejor de los casos, cuando emprendió su propaganda en favor del desarme, se tuvo que conformar con los elogios a sus buenas intenciones; y Clarendon, que era un hombre de Estado, vio cómo caía en el vacío su propuesta en el Congreso de París para lograr que los Estados contendientes intentasen una mediación antes de recurrir a las armas. Cavour, que por temperamento y educación jamás había sido un mazziniano, y que, descreyendo de las virtudes de las dictaduras, alimentaba una equivalente incredulidad sobre las virtudes taumatúrgicas de las multitudes en materia política, en Mazzini aborrecía a un tiempo al dictador y al demagogo. Él, por lo contrario, estaba firmemente convencido de que la empresa italiana había de llevarse a cabo con una guerra regular entre ejércitos y entre gobiernos, y que «si nuevamente se entremetía la revolución, se correría el riesgo de naufragar como en la otra ocasión». Mazzini se esmeraba en intentar alejar los ánimos de una empresa de tal suerte concebida, y también le causaba estorbos y daños según los métodos antes indicados. Verdad es que, en los momentos de la acción, Mazzini aconsejaba a los suyos que cooperasen; pero con reserva, no solamente mental sino explícitamente declarada, de que posteriormente se habrían de echar cuentas, contra las monarquías y por la república: cosa que quitaba sinceridad y vigor a su cooperación. Y persistía en su obstinación de hombre sistemático, que prohibía las alianzas con Estados extranjeros; de manera que habría admitido que el rey Víctor Manuel II librase una guerra, pero con la condición de que la llevase a cabo tan sólo con fuerzas italianas. Es de imaginar qué gritos de horror, propios de un profeta infausto y de un visionario apocalíptico, elevó cuando el aliado extranjero fue precisamente «el hombre del Dos de diciembre»; y ya en 1855,

al proclamarse la participación del Piamonte en la guerra de Crimea, había acusado a Cavour de querer convertirse en «aliado de Austria y del despotismo franco-imperial». Y Cavour no podía ser de su parecer en lo que atañe a la preconcebida abstención de las alianzas, y, en lo que se refiere a la necesidad de éstas, contestaba: «Estoy resignado: hay en Europa tres potencias interesadas en deshacer el *statu quo*, Francia, Rusia y Prusia, y dos interesadas en conservarlo, Austria e Inglaterra; me duele que las primeras no sean las más liberales, pero ¿qué hacer? Yo no puedo estar del lado de las otras dos». Vanas y desastrosas resultaron las nuevas empresas promovidas, inspiradas o aprobadas por Mazzini en Italia meridional, como lo habían sido el empréstito nacional de 1850 y la insurrección de Milán en 1853, y peor que inoportuno fue el intento de insurrección en Génova en 1857, que incrementó el aborrecimiento de Cavour, hombre que ciertamente no tenía escrúpulos en ponerse de acuerdo con revolucionarios y hombres de acción que profesaban ideas muy diversas de las suyas y se puso de acuerdo con Garibaldi, pero no pudo hacerlo con Mazzini, como posteriormente no pudo con el papa. Y cuando se dice que se valió de Mazzini como peón de su juego y agitó el espantajo del mazzinismo y de la revolución — práctica en la que hay que apostillar que habría seguido el ejemplo del rey Carlos Alberto en 1848, que de aquella forma justificaba, en las notas diplomáticas de su ministro Pareto, su entrada en la guerra—; cuando, con el ministro ruso Gorchakov y con otros se repite que, con el pretexto de combatir la anarquía, el gobierno sardo no hizo otra cosa que «avanzar con la revolución para cosechar su herencia», con todo ello no tanto se admira o censura la astucia de Cavour, cuanto se viene a reconocer una sencilla verdad: que no existe, o todavía no se ha encontrado, otra manera de derrotar un error en filosofía o de evitar una opción peligrosa y ruinosa en la práctica, sino la de aceptar el uno y la otra, es decir, las legítimas exigencias que impulsan a uno y otra, y satisfacerlas por un camino mejor y de manera más adecuada. Admira la grandeza de Cavour la persona que, recorriendo su vida y su epistolario, puede ver cuánto ingenio, qué versátil trabajo, cuánta perspicacia y valentía, cuánta pasión y poesía, cuántos dolores y furores a veces, qué terrible tensión del ánimo y la mente — hasta quebrarse, quebrando la vida física—, le costó aquella obra que la historia le había asignado.

Se llegó así a la guerra de 1859, que Luis Napoleón pretendía provocada por Austria y que Cavour, provocando él, logró por fin que Austria provocase; el objetivo era expulsar a los austríacos de la Lombardía y el Véneto y la formación de un reino en Italia del norte con la inclusión de la Romaña y las Legaciones pontificias<sup>[15]</sup> bajo la corona de la casa de Saboya. Luis Napoleón añadía el proyecto de un ordenamiento de Italia en cuatro Estados, dejando intacto el de las Dos Sicilias, formando un reino de la Italia central con la Toscana unida a Las Marcas y a la Umbría, bajo la duquesa de Parma u otro príncipe, y reservándole al papa Roma, desde donde sería éste presidente de la confederación italiana: proyecto sobre el que, a decir verdad, nada había que objetar, dado que de hecho dependía de la voluntad ajena, sobre todo la del

rey de Nápoles y la del papa, que hubieran tenido que asumirlo o acomodarse a él. La unidad de Italia, es decir, la formación de un gran Estado vecino de Francia, no estaba en su pensamiento, como no lo estaba en el interés político francés. Y tampoco Cavour tenía en su mente la idea de la unidad de Italia, cosa que en muchas ocasiones se le ha reprochado, citando entre otras cosas sus palabras, en una carta dirigida a Rattazzi en 1856, acerca de Daniele Manin, «que quería la unidad de Italia y otras necesidades», y se ha dicho que Mazzini había visto más claramente que él, y que era de Mazzini y no suya la idea que se llevó a cabo. Pero, dado que la política no es arte de profetizar ni adivinación, Cavour, políticamente, veía mejor que Mazzini, es decir, que antes que el problema de la unidad estatal-nacional, había el problema de independizarse del extranjero y de instaurar un régimen libre en un amplio Estado de Italia septentrional; y esta fatiga le bastaba por el momento, lo ocupaba por entero y le hacía considerar todo lo restante como un entretenimiento de la imaginación. Ciertamente, Mazzini no había hablado y actuado en vano, y tampoco lo hacía en ese momento, y coincidía, tanto de manera positiva como negativa, con la misma obra de Cavour; y su otro problema, más amplio, no dejaría de pasar a primer plano, pero la solución podía ser variada y pasar a través de varios grados y absorber más o menos tiempo. Pero ocurre que la historia (como solía reiterar Cavour) «acostumbra improvisar», y, una vez empezada la guerra, ante las primeras derrotas de los austríacos, las poblaciones de la Toscana, de Parma y de Módena se sublevaron, y tanto el gran duque como los duques huyeron, al no tener ya autoridad moral para dar nueva forma a sus Estados ni fuerzas para mantenerse en ellos; y se sublevaron las de los dominios pontificios expulsando a sus gobernadores, salvo en Las Marcas y en la Umbría, donde los tumultos de Perugia fueron reprimidos por la soldadesca suiza; y en todas esas tierras el clamor fue de anexión al Piamonte. Era la improvisación de la historia, el elemento nuevo, «Italia que obraba por su cuenta» sin ocuparse de tratados, diplomacias y congresos; y ninguna de las potencias europeas tenía razones o posibilidades para poner impedimentos, excepto Francia. Pero Francia era Luis Napoleón, atado a las consecuencias de la guerra que había querido y combatido, comprometido psicológicamente por el papel que había asumido de protector de la legítima voluntad del pueblo italiano: de manera que la primera parte del drama se cerró con las anexiones y con los plebiscitos —una especie de ficción jurídica, sin duda, o de ceremonia simbólica, pero simbolizando el principio de nacionalidad—, y con la cesión a Francia de la Saboya y Niza, que era otra consecuencia de ese aceptado principio de nacionalidad («no podemos —honestamente decía Massimo D'Azeglio— estar por la nacionalidad en este lado de los Alpes, y contra ella en el otro lado»), y había sido un pacto de la alianza franco-sarda, posteriormente suspendido por haberse interrumpido la guerra tras la batalla de Solferino sin la liberación del Véneto. Muy diversamente arduas se mostraban las anexiones futuras del resto de Italia, porque, ciertamente, los Borbones de Nápoles tampoco poseían autoridad moral para volver a conceder constituciones que ya dos veces habían jurado

y perjurado, y la escisión de la dinastía, así como la hostilidad de la clase intelectual, que jamás había olvidado los patíbulos de 1799, duraba tenazmente desde hacía setenta años, aparte de que dichos Borbones eran completamente ajenos a todo concepto nacional; y el papa, aunque hubiese querido o vuelto a querer reformar liberalmente su Estado, no podía hacerlo por la naturaleza teocrática de éste y por haber tenido, en 1848, la experiencia de la contradicción que no lo consiente.<sup>[16]</sup> Pero aquéllos y éste poseían fuerzas materiales de defensa: el papa soldadescas internacionales a las que aportaban su contribución los voluntarios legitimistas y clericales, sobre todo franceses, y el rey de Nápoles un ejército que se le había mantenido fiel durante las sublevaciones de 1848-1849 y había reconquistado Sicilia para la corona. Este nudo no lo desató Cavour, sino que lo cortaron Garibaldi y los garibaldinos como Crispi, con la expedición llamada «de los Mil», que en pocos meses, en 1860, liberó Sicilia y, pasando al continente, llegó casi hasta la frontera septentrional del reino de Nápoles. También aquí se daba el elemento imprevisto, preparado por treinta años de educación mazziniana y por la acción misma de Cavour contra Austria junto con las anexiones; pero que se salía del marco de una lucha entre ejércitos, entre gobiernos, en el que este último se había movido. Y se renovaba el peligro de un dualismo de tendencias políticas, tanto más que Mazzini proyectaba introducir en la obra, leal y únicamente nacional, de Garibaldi, su programa republicano; y el dualismo fue rápidamente eliminado por Cavour con la expedición a Las Marcas y a la Umbría que, al liberar también esas provincias de la dominación pontificia, tendió la mano a los voluntarios de Garibaldi y se dio a proseguir su obra hasta el asedio y la caída de Gaeta, donde se había recluido la última resistencia del rey de Nápoles y su ejército. No quedó otra cosa que una secuela de guerrillas, que ante la opinión y la imaginación europeas los legitimistas y reaccionarios quisieron transfigurar en guerra civil de ideas y desacuerdos, en una segunda Vendée, alterando su realidad sustancial, que era de operaciones militares y de seguridad pública contra un repugnante bandidaje.

Si para la historia política se pudiese hablar de obras maestras como para las obras de arte, el decurso de la independencia, libertad y unidad de Italia merecería ser llamado la obra maestra de los movimientos liberal-nacionales del siglo XIX: hasta tal punto se vio en él admirablemente la adaptación de los variados elementos, el respeto a lo antiguo y el profundo innovar, la prudencia sagaz de los hombres de Estado y el ímpetu de revolucionarios y voluntarios, la valentía y la moderación; tan flexible y coherente fue la logicidad con que se desarrolló y alcanzó su finalidad. Se le dio el nombre de «*risorgimento*», como ya se había hablado de «resurgimiento de Grecia» pensando en la gloriosa historia que había tenido el mismo suelo por teatro; pero era, en verdad, un «surgimiento» y por primera vez en los siglos nacía un Estado italiano con todo su pueblo y sólo su pueblo, y plasmado por un ideal; con toda razón, el rey Víctor Manuel II, en el discurso de la corona del 2 de abril de 1860 decía que Italia ya no era la de los romanos, ni la de la Edad Media, sino que era la «Italia de los



italianos». Y el carácter osado y moderado al mismo tiempo tampoco faltó en el trabajo de construcción legislativa, administrativa, económica y financiera del nuevo Estado unitario, llevado a cabo con buen trabajo parlamentario, principalmente entre 1860 y 1865; y la osadía se demostró sobre todo en la manera de prepararse para resolver el problema del poder temporal del Papado, del que quedaba el último pero más precioso residuo, Roma, y que, como cuña en medio del Estado, ofendía igualmente al principio nacional y a la conciencia liberal a manera de vestigio que no podía sujetarse al gobierno civil. Que el Papado no se rindiese ante estas evidentes razones nacionales y cívicas no podía ser objeto de asombro, porque la Iglesia, sociedad perfecta, incluye lo temporal con lo espiritual, y en sus tiempos extendía muy ampliamente su poder, investía y coronaba a los príncipes de la Tierra y los excomulgaba y deponía, y, si ahora se veía reducida a dominar tan sólo un trozo de Italia, no por ello había renunciado a un derecho al que no le era dado renunciar sin contradecir su propia doctrina y naturaleza. No igualmente razonables, ni exentos de hipocresía, demostraban ser entonces los ciudadanos católicos de otros Estados, que furiosamente defendieron el superviviente poder temporal en Roma; y, señaladamente, aquellos curas y obispos franceses que utilizaron contra Italia la elocuencia de sus púlpitos y las polémicas de sus periódicos, porque, a fin de cuentas, pretendían que un solo pueblo se hiciese cargo del cumplimiento de un deber que era de todos los pueblos católicos por igual, y, poco cristianamente, que sólo ese pueblo sacrificase sus razones de vida, que ni los franceses, ni los belgas, ni los alemanes habrían jamás sacrificado. Pero, salvo en sus premisas doctrinarias y en las fórmulas tradicionales, tampoco en el Papado vivía ya el espíritu de un Gregorio VII ni de un Inocencio III, y menos que en cualquier otro en Pío IX, de quien se decía que era muy tibia su persuasión sobre la tesis política que le correspondía sostener hasta lo más extremo y con toda clase de medios; y en los círculos diplomáticos se comentaba, en esos años, que ante las condolencias y protestas que le ofreciera un insigne personaje alemán por las rapiñas sufridas a manos de los italianos, él, tras haberlas escuchado y recibido con la cara de circunstancias que la ocasión requería, girándose hacia alguien que estaba a su lado, murmurase: «¡Este animalote alemán no entiende la grandeza y la belleza de la idea nacional italiana!». El parlamento italiano, poniendo fin a las vacilaciones de los dubitativos, desafiando las hostilidades de los clericales de todos los rincones del mundo, con una solemne afirmación de voluntad proclamó a Roma capital de Italia. Y, a través de transacciones provisionarias con Francia y los renovados intentos de Garibaldi por resolver las dificultades nacionales todavía no resueltas mediante el mismo método utilizado para las Dos Sicilias, así como la renovación del viejo proyecto diplomático de Luis Napoleón (que repugnó a la conciencia y la opinión pública italiana) de inducir a Austria a ceder Venecia a cambio de Rumania, que vivía entonces una grave crisis interna; gracias, por último, a las dos guerras europeas de 1866 y 1870, el nuevo Estado integró en su territorio el Véneto y Roma. Aquí la intransigencia del Papado permitió a Italia, al adquirir la Ciudad Eterna y

convertirla en su capital, arrancar de raíz el poder temporal de la Iglesia sin dejar al Papado ni siquiera ese pequeño trozo de tierra, ese mínimo cuerpo que, como se ha dicho con imagen franciscana, parece hacerle falta para adherirle el alma, y regulando las relaciones entre el reino de Italia y la Santa Sede con una ley, monumento de sabiduría jurídica, que recibió el nombre de ley de garantías. En el aspecto político, la terminación del poder temporal se produjo en medio de la indiferencia general y no conmovió a los demás gobiernos, entre los cuales solamente alguno, más adelante, avanzó objeciones, no ya en defensa de la libertad del Papado, sino, por lo contrario, porque con esa forzada espiritualización que Italia le había infligido, dicho gobierno había perdido medios de presión en caso de litigios y conflictos. Pero, idealmente, aquel acontecimiento fue, en la historia de la civilización mundial, la cancelación del último rastro de la teocracia medieval de la Iglesia de Roma.

El *risorgimento* italiano se había visto acompañado por la simpatía, la inquietud, la admiración de todo el mundo civilizado; y los hombres que lo guiaron y personificaron durante los dos años del milagro, el rey Víctor Manuel, Cavour, Garibaldi, tuvieron fuerte impacto en las imaginaciones, como siempre ocurre con lo grande y extraordinario, pero también hablaron a los ánimos por su significado que se elevaba por encima de la pasión particular de un pueblo y llegaba a la humanidad: singularmente en la poética figura del combatiente de América, el defensor de Roma, el capitán de los Mil, en cuyos labios la fraternidad de los pueblos, la paz de las gentes en la libertad, en la justicia y en el trabajo concorde parecían una realidad viviente. A los pueblos que todavía se afanaban entre dificultades y enfrentamientos parecidos a los que los italianos, después de tantos impedimentos, travesías y decepciones, habían superado fácilmente en un impulso, a los alemanes, húngaros, polacos y otros eslavos, el ejemplo italiano, como es fácil imaginar, se les convirtió en enseñanza, incitación, renovado dolor, esperanza, impulso hacia la acción: el revolucionario Bakunin, cual eco de lo que todos ellos sentían y pensaban, escribía entonces en su manifiesto que «la victoria de Italia sobre Austria era la fecha en que se originaba en Europa la existencia de un número de pueblos que se ocupaban de lograr su libertad y eran capaces de crear una sociedad nueva fundada en la libertad». Además de eso, la caída del viejo sistema político, propio del país en que emperadores y papa, príncipes borbónicos y loreneses, se sostenían estrechamente para mantenerlo, y la formación del nuevo reino sin desbarajustes y sin venganzas ni otras acciones torpes y crueles (dado que, como había dicho Cavour, la libertad rechaza que a su favor se utilicen «las armas del despotismo») eran hechos que removían obstinadas convicciones, desvanecían temores, aflojaban las tensiones, persuadían a no insistir en negativas poco sensatas y llevaban a inclinarse hacia la conciliación y mirar con otros ojos el sistema liberal. El reino de Italia fue reconocido por los demás Estados, incluso por los marcadamente conservadores autoritarios, como Prusia, una vez que su nuevo rey Guillermo I venció su natural resistencia, y Rusia, en la persona del hijo del zar Nicolás, que jamás habría imaginado que fuesen

posibles tal hecho y tal reconocimiento.

Los efectos de todo ello se dejaron sentir en las nuevas tendencias que se notaron en todas partes, incluso en Alemania, donde, tras el Congreso de París y el comienzo de la edad que puede decirse cavouriana, se abrió la que fue saludada como «nueva era», cuando, habiéndose retirado por enfermedad mental el atormentado y perplejo pero no desprovisto de generosidad Federico Guillermo IV, el príncipe Guillermo se convirtió en regente y después en sucesor. Se intentó entonces, durante algún tiempo, volver a enlazar con la tradición del parlamento de Francfort y volver a intentar la unificación de la patria alemana, siempre con el apoyo de Prusia pero por la vía liberal y popular; y se fundó, en septiembre de 1859, la *Unión nacional alemana* sobre el modelo de la *Società nazionale italiana*, con la que La Farina, Pallavicino y Manin, en 1857, habían empezado a colaborar con la obra de Cavour, y que, efectivamente, trató de entablar relaciones de acuerdo con su hermana germánica. Por otra parte, será útil recordar que al embajador prusiano, que presentaba protestas por lo que estaba ocurriendo en Italia, Cavour repuso que pronto Prusia le agradecería a Italia el ejemplo que le daba; y los periódicos franceses hablaban de la «misión piemontesa» de los Hohenzollern; y Luis Napoleón creía en esa misión de Prusia, portaestandarte del porvenir frente a Austria, representante del pasado, y en 1858 había buscado su alianza para la reelaboración del mapa europeo. Entre italianos y alemanes, a pesar de la diversidad de sus actitudes mentales, o, mejor dicho, precisamente por esa diversidad, era vivaz la simpatía y se vaticinaba un recíproco intercambio entre los dos pueblos y las dos culturas, «*entre la grave et profonde Allemagne* (como el propio Cavour había escrito antes de 1848) *et l'intelligente Italie*». La *Unión nacional alemana*, no tolerada por la Dieta federal en Francfort, encontró protección bajo el duque de Coburgo-Gotha y rápidamente se extendió por Alemania, prohibida en algunos Estados pero admitida en Prusia. En 1861 se formó en la cámara prusiana el partido progresista alemán, que, aceptando aquel programa nacional, tendía a rejuvenecer la vida política prusiana y pedía la responsabilidad de los ministros, la reforma en sentido autonómico de las administraciones municipales, de distritos y provinciales, la abolición de la justicia señorial, la introducción del matrimonio civil y otras equivalentes partes del ordenamiento liberal. Las posteriores elecciones volvieron a enviar a dicha cámara, confirmado y acrecentado, al partido liberal, que llevó a cabo una moderada pero no floja oposición, y, entre enfrentamientos con la cámara de los señores, obtuvo numerosas ventajas. Igualmente en aquel tiempo, en el resto de Alemania, cesaron los escándalos de las violaciones a la constitución; el consabido gran duque del Hesse electoral se vio obligado por Prusia a restablecer en 1862 la constitución de 1831; se intensificó, en unos sitios más y en otros menos, la actividad parlamentaria, y, en conformidad con los antecedentes, más en Baden que en otras partes. Ciertamente Guillermo I, una vez jurada la constitución (contrariando lo que a él y sus sucesores había recomendado Federico Guillermo IV en su testamento), no era hombre que fuese capaz de faltar a

su juramento: pero, militar por vocación y educación, aborrecedor de los desórdenes y revoluciones, plegándose a la idea constitucional no sin resistencia interna, llegado al trono cuando contaba más de sesenta años, mantenía firmemente el principio del derecho divino del monarca, para quien se solicita el consejo de las cámaras pero cuya autoridad no pueden éstas sustituir, y con dicha autoridad la responsabilidad ante Dios. En su entorno otras personas, nobles y oficiales, pensaban de la misma manera; y las desavenencias que tuvo con la cámara de los diputados seguían siendo siempre las que había entre el liberalismo y el espíritu prusiano: también en torno a la reforma militar, en la que la cámara, que no veía al rey y a sus amigos demasiado inflamados por la unificación nacional, tenía buenas razones para sospechar la intención de mantener bajo las armas un gran ejército por motivos de política interna; y no tenía luego malas intenciones al proponer, para disminuir gastos, que se redujese el servicio militar de tres a dos años, medida no acorde con el criterio personal del rey, pero sostenida por otros hombres políticos y a la que el mismo Bismarck no oponía objeciones absolutas de naturaleza técnica. Pero, dado que esa disidencia se había convertido en una cuestión de principios entre la autoridad del rey y el poder de la cámara, Bismarck, nombrado presidente del ministerio en septiembre de 1862 como hombre de la situación, el hombre de mano dura, se comprometió a realizar la reforma y administrar sin presupuesto previamente aprobado, haciendo prevalecer así la voluntad del rey, la que fuese, sobre la de la cámara. De la revolución italiana Bismarck no había extraído otra idea sino que el nuevo reino de Italia (como dijo en enero de aquel mismo año) era «la creación que mejor no se habría podido desear para las finalidades de la política prusiana», hasta tal extremo que «si no estuviese ya hecho de cabo a rabo, habría sido necesario inventarlo». Pero con la aparición en escena de Bismarck la política prusiana asumió otro tono que el que se había intentado darle en la «nueva era», y el desarrollo liberal de Prusia, no menos que el del resto de Alemania, quedó interrumpido y rebasado.

En el imperio austríaco, principalmente el elemento alemán, en el que abundaba la cultura, decepcionado por la promesa y posterior retirada de la constitución, gravado por el peso del concordato y experimentando la vergüenza de la desenfrenada insolencia eclesiástica, participando en el sentimiento común europeo, se mostraba cada vez más descontento e impaciente respecto al régimen paternalista que todavía perduraba; y entre las nacionalidades, la húngara, en primera línea, se mantenía a la espera del momento oportuno para reconquistar la autonomía que había conseguido en 1848, mas no sin que las otras también se agitasen y el gobierno tuviese que preocuparse, como va había ocurrido con los italianos de la Lombardía y el Véneto y como se había visto en 1858, cuando en el principado de Serbia se convocaron elecciones para una asamblea nacional y Austria, temiendo su eficacia atractiva para sus propios súbditos de nacionalidad serbia, hizo lo posible por impedir las, cosa que no logró por la oposición de Francia. La política centralista que llevaba a cabo el ministro Bach había construido sobre la arena, como es propio de

todos los esfuerzos contra natura. No pocos súbditos, pese a amar a su patria y desearle el bien, habían llegado por entonces al extremo de hacer votos por una derrota militar del Imperio austríaco, como único recurso para volver a abrir las puertas a las reformas y profundos cambios indispensables. Y, efectivamente, cuando Austria perdió la guerra de 1859, la condición ruinoso en que se hallaban las finanzas del Estado llevó a la idea de pedir colaboración y ayudar a una asamblea popular; sin embargo, también en este caso el miedo a esa clase de asambleas provocó que se diesen pasos inseguros y tardíos: al principio, en marzo de 1860, se recurrió a la ampliación del Consejo imperial, incluyendo en éste también miembros electivos y otorgándoles periodicidad, aunque no carácter público a las reuniones; y, dado que este remiendo de un órgano que dependía del emperador no podía dejar a nadie contento, y menos aún a los húngaros, el paso siguiente fue el edicto de octubre del mismo año, que incrementaba el número de componentes de dicho Consejo en cien diputados de los parlamentos provinciales y devolvía a Hungría su parlamento en la forma que tenía antes de 1848, en tanto que establecía un Consejo imperial más restringido para los asuntos de los países no pertenecientes a la corona húngara. Tampoco esto podía satisfacer, y no satisfizo: los alemanes se mostraron contrariados y los húngaros se agitaron con violencia; tanto fue así, que el asunto no se llevó a la práctica. Y tampoco la constitución propiamente dicha de febrero de 1861, que establecía dos cámaras: la de los señores, en parte hereditaria y en parte nombrada por el emperador, y la de los diputados por elección de los parlamentos locales, también en este caso con doble distribución, una para todos los países del Imperio y la otra solamente para los no húngaros. Bohemia protestó, manifestando su descontento; Hungría no envió sus diputados, como no los envió el Véneto, y en 1865 se tuvo que suspender la constitución y la asamblea hasta ver el resultado de las negociaciones que se habían de entablar con Hungría. Durante aquellos años reapareció, por poco tiempo, el partido de la «Gran Alemania», y el ministro Schmerling confiaba en compensar por ese camino al Imperio austríaco de la pérdida de la Lombardía; pero la guerra sucesiva con la nueva derrota de 1866, que apartó a Austria de Alemania y le costó también la pérdida del Véneto, produjo la persuasión de que era hora de acabar con el régimen absolutista y, por lo que atañe a las nacionalidades, entrar en el sistema de las autonomías, único que habría podido frenar o por lo menos retrasar la disolución del Imperio, que ya había empezado con el desprendimiento de las provincias italianas. En 1867 se restableció la constitución en Hungría junto con la legislación de 1848, y los demás países del Imperio tuvieron un parlamento por separado: los dos Estados constitucionales así formados se unieron bajo el nombre de Monarquía austrohúngara, con un ministerio en común para los asuntos comunes y con una asamblea de las Delegaciones que se reunía alternativamente en Viena y en Pest. Este acomodamiento no tranquilizó a las demás nacionalidades, incluidas en la parte austríaca o unidas a la húngara, pero puso de acuerdo a los dos grupos más poderosos, el alemán y el magiar. Emprendida así la

vida constitucional de la monarquía austrohúngara, la primera calamidad que se quitó de encima, en 1868, fue el concordato de 1855, anulado de hecho con la inclusión de leyes orgánicas sobre los pleitos matrimoniales, la vigilancia de las escuelas y la libertad de culto, para ser denunciado dos años más tarde: conclusión habitual de la indiscreta avidez a la que la curia romana suele abandonarse cuando las ocasiones le resultan propicias.

En los más diversos sitios de Europa se observaba el progreso del principio nacional y liberal: desde los países balcánicos —entre los que el principado de Rumania, unión de la Valaquia y la Moldavia, pasó por constituciones, golpes de Estado y dictaduras bajo Alejandro Cuza y tuvo por último una constitución sobre el modelo belga con la dinastía de los Hohenzollern-Sigmaringen; y Serbia y Montenegro fueron adquiriendo mayor independencia mientras el dominio turco en tierras europeas se iba estrechando y atenuando cada vez más—, hasta el extremo septentrional, donde en 1865 Suecia obtuvo, en lugar del viejo ordenamiento por clases, un parlamento más democrático con dos cámaras basadas en las varias medidas del censo y elegidas, la primera por los consejos regionales y las corporaciones de las grandes ciudades, y la segunda directamente por el pueblo; y desde allá hasta España, que se insurreccionó en 1868, expulsó a la reina Isabel y se dio a la búsqueda de un príncipe que le garantizase una ordenada libertad. España, bajo aquella reina y con los ministerios y dictaduras de Narváez y de Bravo Murillo, había padecido largos períodos del más mezquino y avaro clericalismo; allí el gobierno había declarado que «la defensa de la Santa Sede es el primer deber del país», y, entre las risas del mundo entero, Pío IX había enviado la rosa de oro a dicha reina, objeto de mofa y proverbial por su conducta impúdica. Al estallar la revolución, el concordato de 1851 fue quemado ante el domicilio del nuncio; se suprimió la orden de los jesuitas y todas las demás órdenes, y sus bienes fueron incautados; el pueblo invadió y devastó conventos que se habían erigido ilegalmente, y se decretó la plena tolerancia religiosa. Aquel país, que más que ningún otro había demorado el reconocimiento del reino de Italia, ahora pedía que acudiese desde Italia, como nuevo rey, el hijo segundogénito del usurpador del Estado pontificio, el príncipe Amadeo de Saboya.

También ocurrió que Rusia, por efecto de una derrota militar, como Austria, y por el aire que se respiraba en todas partes, se dio a reformar sus condiciones internas y a mejorar las condiciones de Polonia, por la que sufría toda Europa, con los franceses y los italianos a la cabeza, pensando que tenían con ella y consigo mismos un compromiso de honor. En 1861, Alejandro II procedió a la abolición en Rusia de la servidumbre de la gleba, con lo que cuarenta y siete millones de campesinos se convirtieron en hombres libres, tuvieron la propiedad de sus casas y de la pequeña alquería correspondiente, derecho a utilizar parte de la tierra que era propiedad de los señores y la posibilidad de adquirirla merced a hipotecas facilitadas por el Estado: un gran paso, aunque por entonces no fue seguido de efectos prácticos adecuados, para

la mejora de sus condiciones económicas. Al mismo tiempo, el zar instituyó los consejos provinciales, que era una forma de encaminarse hacia la asamblea parlamentaria; concedió el jurado a los tribunales; restableció en las universidades las enseñanzas filosóficas, jurídicas y políticas que habían sido suprimidas, convocando a un mayor número de estudiantes, necesarios para la formación de magistrados y abogados, cuya escasez se lamentaba; dejó que el empeño privado abriese escuelas dominicales para el pueblo; permitió la libertad de prensa en San Petersburgo y en Moscú, emprendió grandes obras ferroviarias gracias a la participación de bancos y sociedades nacionales y del extranjero, y volvió a abrir las fronteras para que sus súbditos pudiesen viajar al exterior. El ministro Gorchakov, que odiaba a Austria y por eso había favorecido a los aliados en la guerra de 1859, además de amenazar con la ocupación de la Galitzia en caso de intervención prusiana, se había orientado hacia Francia, con la que actuó de acuerdo en los asuntos balcánicos y en Oriente. Alejandro II concedió a Polonia amnistías y el regreso de los prófugos, extendió hasta allí las reformas que había introducido en Rusia y preparó una especie de autonomía instituyendo en Varsovia una sección especial para el culto y la instrucción, y un consejo de Estado; en los municipios, provincias y gobiernos instauró consejos electivos. Pese a los tumultos y atentados, y a las consiguientes represiones, llevó a cabo este nuevo ordenamiento y las correspondientes reformas de la instrucción y la universidad, asignó las funciones a individuos del país, concedió el equiparamiento civil a los judíos, y otras medidas bien aceptadas por aquellos polacos que, con tal de salir de la opresión que había durado treinta años, no rehusaban la unión y buenas relaciones con Rusia. Pese a todo ello, en 1863 estalló la insurrección contra el dominio ruso, violenta, manejada por una extensa sociedad secreta que se valía de recursos terroristas (pero sin la adhesión de gran parte del pueblo y del campesinado), con bandas de voluntarios (entre éstos, italianos y garibaldinos), que fue sangrientamente sofocada: las potencias occidentales no pudieron intervenir sino con notas diplomáticas, inaceptables para el gobierno ruso y sólo aptas para ofender su dignidad y excitar su orgullo; por su parte, Prusia cerró la frontera. Después de la victoria, el zar cambió de método y, aunque no retiró las concesiones que había otorgado, atacó a la aristocracia y al clero católico que (comoquiera que en Europa quisiesen ver, o mejor dicho, no ver) era la verdadera alma de las insurrecciones polacas, para emprender a través de todos los medios la rusificación de Polonia, proyecto que respondía a los conceptos del partido antiguo-ruso, o panruso o paneslavo. Este partido, enemigo de todo cuanto proviniese de Occidente y cuya ideología literaria, por otra parte, tal como hemos dicho, tenía origen occidental, era contrario a las constituciones; también Alejandro II fue dejando de lado el pensar en ellas, disgustado por la insurrección polaca, por el atentado de 1866 contra su propia persona, por la insensatez de la prensa y por no hallar en ningún sector de la población rusa el firme soporte para una vida de libertad. La gran mayoría, compuesta de campesinos en su parte más baja y de empleados del Estado en la alta,

era del todo indiferente respecto a la política y, en general, rehuía los esfuerzos mentales y no mostraba amor y constancia para aprender. Los intelectuales y revolucionarios, cuyo número iba en aumento entre los jóvenes, no solamente negaban unas u otras condiciones históricas del presente, al igual que en los demás países, sino que, armados de ciertos conocimientos de ciencias naturales y desprovistos de educación clásica y humanística, negaban, con groseros razonamientos de rígidas deducciones de consecuencias, la historia por entero: todo el pasado, todas las creencias, todas las costumbres sociales, el matrimonio, la familia, la sociedad, la propiedad, el Estado, la libertad, la responsabilidad, la discriminación entre el bien y el mal; y, dado que en lugar de lo que negaban no proponían ni podían proponer nada, nació para designarlos el nombre de «nihilistas», que, como es sabido, se asoma por primera vez en la novela *Padres e hijos* de Turgueniev (1861). También Tolstoi tuvo ocasión de describir a hombres de tal laya, desprovistos de la necesaria premisa de una educación religiosa y moral, y, en consecuencia, lanzados contra la sociedad a manera de salvajes. El fermento de ese negar por negar y de la revolución por la revolución, junto con el ímpetu frenético hacia la destrucción de toda la civilización y de toda la historia, que ya tenía un apóstol en la generación anterior, en un ruso que vivía fuera de Rusia, Bakunin, la ausencia de una clase media y política, las condiciones de la propiedad de la tierra por parte de los campesinos y de sus comunidades agrarias, no representaban para Rusia sino la disyuntiva entre autocratismo y anarquía, o, mejor dicho, dado que la anarquía no era una elección, entre una u otra forma de autocracia, socialmente diferentes pero políticamente idénticas, y, ciertamente, tal como argumentaban los observadores políticos y ratificaban los hechos, eran sumamente débiles las esperanzas en una revolución en sentido liberal. Cavour decía al enviado ruso que Rusia, más que por sus inmensos ejércitos, era peligrosa por la constitución de tipo comunista de sus campesinos. En el fallido intento de Alejandro II la eficacia del liberalismo había llevado a cabo (en su momento más vigoroso y más feliz) el mayor esfuerzo que pudo en Rusia.

Del todo natural era, en cambio, que Francia, que a sus espaldas tenía siglos de desarrollo cívico y de rica cultura, además de las revoluciones de 1789, 1830 y 1848, volviese progresivamente a los ordenamientos liberales, pese al abismo en que pareció perderse toda ella y para siempre la libertad de 1851, y pese a que Luis Napoleón se envaneciese de haber vuelto a colocar sobre su base la pirámide política, anteriormente puesta de punta, y también a pesar de las doctrinas que entonces se fabricaron sobre la eterna forma política absolutista apta para el pueblo francés, y, en general, para los neolatinos y católicos. Ya en las elecciones de 1857 se había dado un número de votos a la oposición, exiguo respecto al total pero notable en comparación con los años anteriores; y tres diputados republicanos habían aparecido en el cuerpo legislativo, a los que se sumaron otros dos en las elecciones suplementarias de 1858 para formar el llamado «grupo de los cinco». El atentado de



Orsini, que dio lugar a una nueva intensificación de severidad con la ley de seguridad general, con detenciones arbitrarias destinadas a intimidar y con parecidos procedimientos, fue al mismo tiempo la crisis determinante que llevó a la guerra con Austria; así como esta guerra dio el primer impulso a la disolución gradual del régimen autoritario. ¿Cómo podían los franceses quedar en condición de inferioridad, casi como menores de edad bajo tutela, cuando los italianos, que ellos eficazmente habían ayudado a liberar de la opresión y ponerse en revolución, se habían vuelto mayores de edad? ¿Cómo guerrear por la independencia y libertad de un pueblo contra un Estado autoritario, y mantener bajo un régimen autoritario al pueblo que había combatido en esa guerra? Los medios no pueden discordar de los fines, con los que forman una unidad, y, cuando parecen discordar, quiere decir que sobre los primeros han brotado o están brotando nuevas finalidades. Al regreso del ejército después de la campaña de Italia, se concedió la amnistía para todos los delitos políticos y se permitió el regreso a Francia de los exiliados; y, en noviembre de 1860, un decreto imperial devolvía al Senado y al cuerpo legislativo el derecho de discutir y votar anualmente un mensaje en respuesta al discurso del trono, y el de discutir en comité secreto los proyectos de ley que presentase el gobierno, antes de nombrar la comisión para examinarlos, al tiempo que restablecía el carácter público de los debates mediante la impresión integral de los discursos. Desde hacía algunos años se multiplicaban los libros de vario género, tratados, ensayos, historias sobre la libertad, como el de Jules Simon, *De la liberté*, que es de 1859, en general todos de carácter moderado y contrarios al democratismo jacobino. Ante las primeras concesiones, ante el primer aflojar las riendas, el pueblo francés experimentó las sensaciones y emociones que son propias de los convalecientes cuando empiezan a moverse, a ver nuevamente el sol y respirar al aire libre. Pero de la dulzura de este sentimiento no participaron los curas y obispos, a quienes el Imperio había mimado y favorecido económica y políticamente, y que habían disfrutado, tan sólo ellos, de una libertad muy suya, como de privilegio, negada a los demás ciudadanos. La guerra de Italia, la ocupación de tierras pontificias y la amenaza a Roma los pusieron furibundos; y Lamoricière, hombre valeroso, convertido en clerical y guerrero papista, llamaba a la cruzada contra la revolución, «nuevo islamismo» similar al que él había combatido a sangre y fuego en África, digno de ser liquidado sin piedad «como un perro rabioso». En el asunto de la Roma papal los clericales franceses siguieron ejerciendo sobre el gobierno imperial una presión ruinosa para su patria, porque, en última instancia, favoreció a Bismarck, llevó a Mentana, impidió la alianza de Italia y con ella la de Austria, y dejó a Francia aislada en 1870. Mientras tanto, los clericales perdían terreno en el campo de la instrucción y la educación, bajo el ministerio de Duruy, que promovió la enseñanza elemental gratuita y obligatoria al tiempo que devolvía libertad científica a la enseñanza universitaria; y en 1864 se oyó por primera vez el lema «*Le cléricalisme: voilà l'ennemi*», que, reiterado más tarde por Gambetta, se convirtió en una fuerza directiva de la vida francesa. Con las elecciones de 1863

ingresaron en el cuerpo legislativo, entre republicanos e independientes, unos treinta opositores: se percibía que el sistema autoritario ya no se sostenía, que sus hombres no se renovaban ni rejuvenecían, que sus órganos ya no cooperaban hacia una misma finalidad, que la fe había decaído. Los mismos autores principales del golpe de Estado se aprestaban a dirigir la barca hacia un rumbo contrario: Morny aconsejó las concesiones de 1860, y en 1865, en punto de muerte, aconsejó al emperador que devolviese la libertad; más o menos un año después, Persigny hablaba en el mismo sentido y declaraba concluido el papel de ellos, los hombres del Dos de diciembre; el príncipe Napoleón fue tan enérgico en la defensa de sus viejas convicciones que disgustó a su imperial primo. Con el ministro Rouher hubo todavía una que otra vacilación, algún titubeo, algún conato de resistencia; pero las leyes que por fin se votaron sobre los periódicos y el derecho a reunión abrieron el paso a una copiosa y robusta prensa de oposición. Con las dimisiones de Rouher, con el ministerio el 2 de enero de 1870 de Ollivier, que había sido uno de los «cinco», con el decreto ejecutivo del senado del 20 de abril y con el plebiscito del 8 de julio, el Imperio autoritario se convirtió en constitucional, conservando el emperador la fuerza que le provenía, más allá de las Cámaras, de los plebiscitos, y la responsabilidad de los ministros solamente hacia él, que los nombraba: era lo que él mismo llamaba «unión de la libertad con el orden». Y era la solución a la que se amoldaba el llamado «tercer partido», entonces recién formado, que con Prévost-Paradol pensaba, en sustancia, que «la libertad es cosa tan santa y dulce que hay que acogerla, cualquiera sea la mano que la tienda: felices si se la puede obtener de un Washington, más que ha de acogerse de buen grado incluso si viene de un Estuardo o hasta de un Cromwell». No pensaban así otros, a quienes aquel dualismo de parlamento y sufragio universal, manejado por el emperador, no daba seguridad.

Inglaterra había favorecido la causa liberal también a lo largo de los acontecimientos de 1859-1860, cuando Palmerston hizo valer el principio de no intervención en los asuntos italianos (como en vano se había deseado treinta años atrás), es decir, dejar que pueblos, Estados y hombres italianos interviniesen a favor o en contra de otros Estados y hombres italianos sin que ninguna potencia extranjera se entremetiese en ello. También hay que recordar la cesión espontánea que llevó a cabo Inglaterra respecto a Grecia, en 1862, de las islas Jonias que la primera ocupaba. En su vida interna, como nación más desarrollada económica y políticamente, era precursora de desarrollos que en otros sitios se vieron algunas décadas más tarde; y el liberalismo manchesteriano, que allí había celebrado sus mayores triunfos, fue sometido a crítica, se percibieron sus límites y se empezó a integrarlo, teniendo en cuenta necesidades económicas y también políticas que por aquel único camino librecambista no se podían satisfacer. Ello asumió al principio, con Disraeli, la forma de un intercambio de simpatía entre la aristocracia o torismo y la clase popular, que deberían entenderse entre sí contra la burguesía: algo parecido a la atracción entre abuelos y nietos, y, por otra parte, un caso de afinidad electiva del que se podría

ofrecer otros ejemplos en la historia de otros pueblos y otros siglos. Pero en esta forma particular y transitoria se encerraban las que después se llamaron «previsiones sociales», «intervenciones del Estado» y, según las intenciones y los partidos que las propusiesen, «democracia social» si la pedían los radicales y «socialismo de Estado» si la pedían los conservadores o radicales conservadores y similares. Treinta años después de la memorable reforma, a través de variadas peripecias y con exigencias y agitaciones, en 1867 se amplió el electorado. Las nuevas elecciones, que provocaron la caída del ministerio Disraeli, marcaron otro adelanto por el camino del gobierno popular. Nuestros motivos de temor provocaba la situación de Irlanda, cuya población decrecía al tiempo que aumentaba la miseria: concluida la guerra americana de secesión habían quedado sin sueldo miles de irlandeses que en ella habían luchado, en tanto se formaba la secta de los Fenianos, que incluso intentaron un ataque contra Canadá. Era necesario, por tanto, alejar prestamente uno de los motivos punzantes y permanentes de las rebeliones, la injusticia de los diezmos que los irlandeses católicos pagaban al clero anglicano; paladín de esta causa se irguió Gladstone, al que Disraeli se opuso en vano: este último en su extraño romanticismo, veía en aquella flagrante prepotencia, en aquella odiosa explotación eclesiástica, «la sacra unión de Iglesia y Estado, fuente de la civilización inglesa y de su libertad religiosa y política»; pero en 1868 Gladstone hizo votar la ley de *disestablishment* o abolición de la Iglesia de Estado en Irlanda. Se intentó socorrer en alguna medida otro motivo del malestar y de las rebeliones irlandesas mediante la ley agraria para la adquisición por parte del Estado de latifundios para su posterior distribución en pequeñas propiedades; pero el efecto fue escaso. Por otra parte, florecía la prosperidad inglesa: en los quince años entre 1853 y 1868 la población se había incrementado en tres millones y medio, el comercio se había duplicado, los ferrocarriles más que duplicado y el tonelaje naval había aumentado un tercio; el cable submarino atlántico unía a Inglaterra con América, y la industria inglesa era la primera del mundo, casi en situación de monopolio.

Éste es también el período de una gran expansión de Europa, cuando China le abrió sus puertas a causa de la guerra que allí libraron Inglaterra y Francia (1858-1860); también abrió sus puertas Japón (1855), que en 1868 llevó a cabo una revolución que rápidamente lo hizo pasar de país medieval a país moderno; Inglaterra derrotó la insurrección de la India y suprimió totalmente el predominio de la Compañía, imponiendo el gobierno de la reina (1857); se desarrollaron y extendieron sus colonias de Australia y África del Sur; se llevó a cabo el corte del istmo de Suez (1869); Rusia se extendió en el Turkeistán. Era una expansión política y comercial que se elevaba en la conciencia de la civilización europea, de la potencia de su ciencia y de su técnica, del deber y del derecho que de ello le provenían respecto a todas las demás gentes, a las que había que elevar gradualmente a la misma forma de civilización; y en ello confluían las fuerzas, en otras ocasiones distintas, de los conquistadores y los misioneros, ahora reunidas en el Estado moderno, en

representación de aquel derecho y de aquel deber. A menudo los procedimientos eran duros y crueles, como en Argelia, en las guerras para someter y doblegar a poblaciones bárbaras o reacias aferradas a su civilización inferior; pero solían encontrar justificación en el bien futuro, en el *timor domini principium sapientiae*. La aversión a la esclavitud, ya abolida, como hemos dicho, por los Estados de Europa en todas sus posesiones coloniales, llevó a la sangrienta guerra de cuatro años entre los Estados del norte y los del sur de la Unión americana, concluida en 1865 con la victoria de los abolicionistas. La conciencia del progreso se había vuelto general y viva, no solamente como concepto de interpretación histórica, sino como certeza de haber entrado por fin en una vía real, una vía que el género humano, al poseer ya el dominio de las cosas, y, lo que vale más, de sí mismo, ya no abandonaría ni perdería y por ella iría avanzando siempre cada vez más.

En los dos o tres años anteriores a 1870 había personas que se entregaban a la convicción de estar cerca de haber derrotado la guerra con las guerras, por haberse llegado casi en todas partes a la formación de Estados nacionales con ordenamientos libres: Italia ya no era campo de batalla como lo había sido durante siglos; Alemania se encaminaba hacia la unificación; Austria, separada de Alemania, se había puesto de acuerdo con Hungría; y dichas personas esperaban que una competición pacífica se desarrollase entre pueblos iguales y ya sin motivos de odio y repulsión, aspiración representada por el dicho italiano, dirigido a los alemanes, en los años del *Risorgimento*: «Que se marchen cruzando los Alpes, y volveremos a ser hermanos». La magnífica exposición mundial de París en 1867 parecía una prueba de ello y un presagio. En ese año, incluso, se reunió en Ginebra un Congreso de la paz, obra de la democracia internacional, en el que intervinieron, entre otros, Stuart Mill y Jules Simon, Quinet y Victor Hugo, Pierre Leroux y Herzen, y, recibido con general expectación, Garibaldi. Sin embargo, en aquellos años aparecían algunos signos inquietantes que se oponían a aquellas esperanzas o no brindaban un buen presagio de su inmediato cumplimiento. En efecto, el régimen imperial de Francia, precisamente mientras condescendía en su transformación interior y, por ese lado, negaba su razón de ser, en política exterior se sentía mermado en su autoridad al no poder contar, después de la guerra de Italia, sino con una serie de errores o de fracasos; la ligereza e impotencia de la acción diplomática por Polonia; el desastroso intento de fundar en México un imperio bajo influencia francesa; la nula ventaja obtenida de las reelaboraciones territoriales de Alemania; el haber permitido, contra su intención, que en Italia se formase un gran Estado que ni siquiera era amigo porque su actitud contraria en el asunto, vital para este último, de Roma: y de ahí el estímulo que espoleaba y agitaba dicho imperio a fin de recobrar el grado que había tenido después de Sebastopol. Y dado que para Francia la rival que surgía en el continente era Alemania, que había alcanzado gran esplendor con la victoria prusiana sobre Austria en 1866, y dado que el espíritu público francés miraba a Alemania con sospechas y celos, también Luis Napoleón se veía forzado a mirar hacia allá, llevado a pesar suyo

a buscar un campo de acción para conseguir la gloria que anhelaba el pueblo francés y era necesaria para el imperio. Y, recíprocamente, Alemania advertía esa hostilidad y el impedimento que significaba o significaría para su desarrollo político, y repasaba en su memoria todo el pasado de esa rivalidad, todos los daños que el «enemigo hereditario» le había infligido, y soñaba también con su propia gloria en un triunfo que fuese al mismo tiempo venganza y cierre permanente de aquellos daños y de aquella amenaza. Había, por lo tanto, el oscuro peligro de otra guerra en preparación. Pero la guerra, que poco más tarde estalló, por la manera con que se condujo y concluyó tuvo grandes consecuencias para toda Europa, contribuyendo a determinar en ésta un estado de ánimo muy diferente del que había estado en los deseos y esperanzas de la generación que había llevado a buen término su obra entre 1848 y 1870.

## VIII

### LA UNIFICACIÓN DE LA POTENCIA GERMÁNICA Y EL CAMBIO DEL ESPÍRITU PÚBLICO EUROPEO (1870)

La formación del Imperio germánico y la del reino de Italia se suelen colocar la una junto a la otra como dos casos paralelos del movimiento nacional general, que con esos dos nuevos Estados habría conseguido su principal finalidad y habría descansado en ellos. Este juicio común se debe a la consideración de algunas similitudes genéricas y extrínsecas y a la prevalencia de la visión cronológica de la contemporaneidad sobre la visión histórica propiamente dicha, la cual, en cambio, al discernir lo que es propio y característico de ambos acontecimientos, lleva a diferenciarlos como dos distintas formas o épocas ideales: una que se cierra y la otra que se abre. Ciertamente, como se ha observado, una afinidad más íntima entre los dos pueblos y entre sus ideales se había insinuado en 1848 y se perfiló, por poco tiempo, en la llamada «nueva era» de alrededor de 1860; y ello explica cómo los patriotas italianos se sintieron animados por un sentimiento de fraternidad hacia los que pedían y buscaban los alemanes, sin prestar demasiada atención a los elementos imperialistas que habían aparecido incluso en el parlamento de Francfort. Pero la afinidad se hundió en el proceso de lo que efectivamente se desarrolló entre 1862 y 1870, que, a diferencia del italiano, no fue un movimiento de libertad e independencia del yugo extranjero, y tampoco de compacta unificación nacional, dado que, por lo contrario, consistió en expulsar de la unión de Estados alemanes al Estado que por larga y venerable tradición histórica había representado ante el mundo a la nación germánica por entero, y en reagrupar los demás bajo uno de ellos de origen e importancia más reciente, que constituyó el Imperio alemán. Fue, por tanto, hablando con propiedad, la formación de una potencia, o, lo que es lo mismo, la potenciación de potencias dispersas o débilmente relacionadas gracias a una soldadura unitaria, y la capacidad, de tal suerte adquirida, de ejercer una eficacia o preponderancia política en Europa bajo la forma de un gran Estado situado en su centro. El hombre que llevó a cabo dicha obra, Bismarck, a diferencia de Cavour, tuvo genio exclusivamente político, sin cuidarse de ideales, cualesquiera fuesen, «duro realista», «hombre de la realidad», «hombre de la voluntad», «dominador» y «titánico», tal como acostumbraron celebrarlo sus connacionales; de buena gana dado a motejar y burlarse como quien se atiene y quiere siempre atenerse a lo práctico, con el pliegue del desprecio y el escarnio en los labios, como de quien maneja los argumentos de la fuerza: fisonomía totalmente distinta de la sonriente y abierta de Cavour, que contaba con la irresistible fuerza de la verdad y de la libertad, y que, nada «titánico» en su actitud entre hombre de negocios y gentilhombre, fue sin

embargo un gran hombre. La misma devoción que Bismarck profesaba hacia la autoridad monárquica, si bien se mira, no expresaba una idealidad moral, sino que era el afecto hacia el instrumento de su trabajo, al encontrar él en el apego de los prusianos a su rey, en su disciplinada disposición a cumplir con sus deberes de súbditos, en el ejército que el primer Federico Guillermo y el viejo Fritz habían forjado, el medio que necesitaba y que no fallaría en la obtención de sus fines. Si hubiese sido una idealidad moral se habría manifestado como en el romántico Federico Guillermo IV, o, como bajo ciertos aspectos todavía se manifestaba en Guillermo I, conciencia de la gracia divina, religiosa ligazón con la tradición histórica del pueblo y de los príncipes alemanes, irresistible repugnancia hacia los innovadores, demócratas, revolucionarios y liberales, compromiso de caballeresca pureza que, de ser necesario, hasta llegaría a trascender la utilidad política. Pero Bismarck no conocía otra cosa que esa utilidad, ciertamente entendida por él de manera no mezquina y, más aún, grandiosa y clarividente; y el nombre austríaco no le infundió sacra reverencia y utilizó a Austria como le convino según los momentos y los acontecimientos, y ora sostuvo que en los asuntos alemanes había que obrar en constante acuerdo con ella, ora la llamó y trató como enemiga a la que era necesario someter; y le gustaron los pequeños señores feudales así como él gustó a ellos, pero también supo disgustarse y alejarse de su compañía; y a las instituciones liberales y asambleas, ora las desestimó y quiso conculcar, llegando incluso a tildar a la prensa y a los periódicos de «armas del Anticristo», ora se puso de acuerdo con aquéllas transigiendo y manteniendo caminos intermedios; definió como «vergonzosa» cualquier alianza con la democracia y después dio al pueblo alemán el sufragio universal y prestó oídos al socialismo de Lasalle; aborreció a los rebeldes y revolucionarios, pero no dejó de conspirar con ellos, prófugos húngaros o republicanos garibaldinos de Italia, y de instigar insurrecciones y tumultos contra el principio monárquico en Europa; y quiso acabar de una vez por todas con la «peligrosa idea de una solidaridad entre todos los intereses conservadores»; y a legítimos derechos y tratados y compromisos jurados consideró como viejas defensas de papel incapaces de ofrecer resistencia al ímpetu de la fuerza. A ello también se deben los contrastes que tuvo con su rey, que, impulsado por un sentimiento de origen y calidad diferente del suyo, al no coincidir los planes prácticos que de uno y otro derivaban, en ocasiones se resistía a llevar a cabo determinados actos y de mala gana se amoldaba a abstenerse de otros, y quería mantenerse más acá o más allá que su ministro. También la poca consideración que Bismarck tenía del liberalismo, de las discusiones y deliberaciones parlamentarias, así como de los intelectuales, sabios y literatos, se reducía a su persuasión sobre la impotencia táctica y política de dichos procedimientos, de aquellas asambleas y aquellos hombres, principalmente sobre la experiencia del parlamento de Francfort, que ridículamente (según él decía) había alimentado la ilusión de que sus deliberaciones tuviesen alguna eficacia frente a las órdenes que el rey de Prusia daría a sus fieles súbditos; pero cuando por aquel camino

liberal y revolucionario se desarrollaba una fuerza que creaba o transformaba algún Estado, cambiaba de parecer y decía, como dijo del reino de Italia, que también las revoluciones pueden engendrar un Estado, y que ahí estaba el de Italia y era un hecho. No comprendía cómo Inglaterra había podido donar a Grecia las islas Jonias y la consideraba una potencia acabada «porque daba en vez de coger». Por su parte, quería hacer y hacía política y nada más que política, tal como Moltke hacía la guerra y nada más que la guerra; y llevaba a cabo su política con un cálculo seguro, audaz y cauteloso, sabiendo renunciar a la menor utilidad a cambio de la mayor, a lo momentáneo a cambio de lo duradero, aprovechando todas las ocasiones y cambiando con el cambiar de las condiciones, sin perder jamás de vista su finalidad, que era, como hemos dicho, la creación de un centro de potencia. No se trata de que tuviese en la mente un proyecto bien seguro, progresivamente llevado a efecto y plenamente en 1870, como algunos imaginaron y como contradicen sus palabras, sus acciones y los documentos históricos. Semejante imaginación de designios prefijados, aunque corresponde al sentir del vulgo no corresponde a la realidad, porque el poeta tiene, sí, una inspiración, pero no prevé la obra que emprende y que a él mismo se le presenta como nueva y de la que se vuelve contemplador; y el filósofo tiene una vislumbre de la verdad y no sabe adónde lo va a llevar sino cuando ha llegado al término de su indagación, ha nacido su sistema y él es el primero en escucharlo y su primer discípulo; y similarmente el político sigue una tendencia suya incoercible y llega, entre obstáculos, detenciones, desvíos, concesiones y giros, a la obra política que incorpora aquella tendencia. El impulso íntimo al que obedeció Bismarck tenía como instrumento la fuerza, como hemos dicho, del Estado prusiano de los Hohenzollern y como materia próxima el Imperio austríaco, que él necesitaba descomponer para volver a componerlo de manera diferente, y Francia, contra la que tenía que defender su propia construcción política y, en esa lucha, acrecentarla y consolidarla. Cuando subió al poder en 1862, hacía ya varios años que había vuelto a la línea política antiaustríaca de Federico II, línea que Napoleón y la Restauración habían interrumpido; y veía claramente que la expansión y definición del Estado prusiano en Alemania, y conjuntamente la nueva condición de los Estados menores y el establecerse de la hegemonía, no se conseguirían y regularían sin que Austria renunciase a meterse en los asuntos alemanes, y, dado que tanto renunciamiento no se contaba entre las cosas posibles, sin un conflicto con Austria. E inmediatamente manifestó al embajador austríaco esta convicción suya, y, ante las objeciones, le dio un primer indicio de su pensamiento de que a Austria le convenía transferir el centro de gravedad hacia Oriente; y, poco después, habló «del hierro y la sangre» con que solamente, y no con parlamentos, se resolvería el problema de la unidad alemana. Por lo tanto, se negó a que su rey participase en la asamblea de los príncipes alemanes en Francfort, convocada por Austria, y a sus proyectos contrapuso otro, que también quedó en proyecto, de una reforma del Consejo federal con perfecta parificación de Prusia y Austria, a las que únicamente correspondería el derecho de guerra federal, y



con un parlamento mediante elección popular directa. Con similar paridad y con Austria de su lado, excluyendo los contingentes militares de la Confederación, en 1864 condujo la guerra contra Dinamarca, que, contra lo establecido en el protocolo de Londres de 1852, se había anexionado el territorio de Schleswig; pero, aun guerreando y venciendo junto con la aliada Austria, y ocupando en común los dos Ducados, consideraba haberlos conquistado para Prusia, y el efecto último de una larga cadena de negociaciones, de acomodamientos provisorios, de postergaciones, de provocaciones encubiertas y de amenazas fue, en medio de la oposición casi general que halló Bismarck en Prusia y entre los propios componentes de la familia real, la guerra de 1866. Guerra en la que Prusia se quedó sola en Alemania, al alinearse la mayor parte y más importante de los demás Estados con Austria y siendo las poblaciones germánicas contrarias al prusianismo por afecto hacia sus antiguas y locales casas principescas y a sus Estados autónomos, por sospecha contra el predominio prusiano y también, en parte, por la repugnancia de poblaciones católicas contra la hegemonía de un Estado y de una dinastía protestantes; pero Bismarck había conseguido, en compensación, la alianza de aquel reino liberal de Italia que, como él mismo ya había dicho, de no haber existido habría sido necesario inventar. Batida Austria, tuvo la posibilidad de realizar la Confederación germánica del norte con un parlamento elegido según la forma que había proyectado, y de establecer alianza con los Estados meridionales; pero la actitud de Francia durante esa guerra, sus amenazas de intervención militar, el obstáculo que interponía a la entrada de los Estados meridionales en la Confederación, las compensaciones que pedía (territorios renanos y soporte militar para la anexión de Bélgica) a cambio de la posterior unificación y de la alianza franco-germánica, la excitación de la opinión pública francesa, que consideraba la victoria de Sadowa como una derrota de Francia, le hicieron prever como inevitable, e incluso considerar deseable por la posición que brindaría a la nueva Alemania en Europa, una guerra contra Francia. Por lo cual, con suma habilidad, mientras la preparaba militarmente, se dedicó a aislar al enemigo políticamente y lo consiguió excitando en Italia la expedición garibaldina contra Roma, que terminó en Mentana, poniendo en contra de Francia el sentimiento de los italianos y, por ello mismo, volviendo imposible una triple alianza de ésta con Italia y Austria; confió esta última a la hostil vigilancia de Rusia, con cuyo canciller Gorchakov cultivó un estrecho entendimiento, que permitió a Rusia conseguir esa apertura del mar Negro que la paz de París le había prohibido. La guerra de 1870, que fue una sucesión casi ininterrumpida de triunfos militares, realizó la unión de los Estados meridionales con la Confederación del norte, bajo el nuevo título, glorioso por sus evocaciones medievales, pero que Bismarck entendía de manera nada medieval, de Imperio. Surgía así la potencia, y, en lugar de la francesa, la preponderancia alemana en el continente europeo; y, dado que el imperio de Alemania era una formación de potencia dirigida a la preponderancia, a Bismarck no le pareció que valiese la pena tener consideración hacia el sentimiento francés, que,

como ordenó decir a los gabinetes europeos durante la contienda, sería siempre, en cualquier caso, un sentimiento lleno de odio y con vistas a la revancha; y por eso, no conforme con haber conseguido tener libres las manos para ordenar los asuntos alemanes sin amenazas ni molestias por parte francesa, no conforme con unas indemnizaciones de guerra en medida hasta el momento inaudita y otras múltiples ventajas aseguradas, arrancó a Francia dos provincias que se convirtieron en tierras del Imperio, proporcionando en conformidad con la opinión de los militares mejor defensa de la frontera y satisfaciendo el orgullo nacional alemán, que parecía haber dado la vuelta de esta manera no sólo una historia reciente en perjuicio de Alemania, sino una historia de siglos. Si el resurgimiento italiano había sido la obra maestra del espíritu liberal europeo, este resurgimiento de Alemania era la obra maestra del arte de la política y de la virtud militar conjuntas: dos obras maestras aproximadamente tan diferentes como una bella poesía y una máquina poderosa; y a la creación bismarckiana, como era y quería ser una prueba de potencia, no le hacía falta otra justificación, ni tampoco casaba con ella la ficción jurídica de los plebiscitos, símbolos representativos del alma liberal, pero no aptos, ni siquiera como símbolos, donde el trabajo había sido efectuado, y se pretendía continuar, únicamente por la autoridad de los príncipes y por el príncipe de los príncipes, el rey de Prusia, ahora emperador alemán.

La impresión que causó este rápido y fulgurante ascenso de Alemania fue muy grande, equivalente al estruendo de sus victorias; y no se resolvió toda en admiración, porque muchos, en todos los rincones del mundo, se dolieron, y no por la unión estatal alcanzada por el probo y laborioso pueblo alemán, sino por el modo de conseguirla y por el efecto que consigo llevaba de un espíritu autoritario nuevamente vigorizado; y sentían en su alma el choque de la violencia y de la prepotencia que aplastaba a Francia; y no pudieron acompañar con su simpatía el júbilo, que parecía doblemente fratricida, del pueblo alemán ni las contorsiones hinchadas de sus literatos e historiadores, que celebraban a los Arminio, Alarico, Otones y Barbarroja, ofendiendo al mismo tiempo el buen gusto y el sentido humano. Pero, entre la mayoría, prevaleció la admiración y el aplauso que siguen a la buena fortuna, y, con la admiración, el impulso imitador; y, si desde la guerra de 1866 se había emprendido el estudio como modelo del ordenamiento militar prusiano (al que se solía atribuir gran parte de la victoria de los ejércitos, razón por la cual se dijo que en Sadowa había ganado el maestro de escuela prusiano), ahora la admiración se extendía a los demás sectores de la vida alemana y a las disposiciones mismas de la mente y el ánimo. Las clases conservadoras de todo género, los temperamentos autoritarios o adoradores de la autoridad y dispuestos a inclinarse a su servicio, tuvieron en su apoyo el aliento de los hechos y de grandes hechos, y de éstos se valieron como argumento irresistible en sus polémica. Y era natural, y también beneficioso, como todo lo que lleva a conocer mejor la realidad, que se desvaneciesen las ilusiones democráticas sobre la mágica eficacia de determinadas palabras, sobre los milagros

de los voluntarios y sobre la nación levantada en armas; y ya desde los últimos casos de Polonia e Italia se habían ido recogiendo lecciones en este sentido, y en la «defensa nacional» de Gambetta, que hizo brotar ejércitos del suelo francés y sin embargo no sirvió para expulsar al invasor bien disciplinado y técnicamente preparado, se agotó la leyenda de la invencibilidad del ímpetu patriótico popular, nacida de una historia militar un tanto fantasiosa de la gran Revolución. Pero también los liberales se vieron perturbados por dudas sobre su propia fe, porque ahora no se enfrentaban con alguno de aquellos viejos regímenes en los que el autoritarismo, mal sostenido por residuos de nobleza rancia y clerigalla, abandonado por los hombres de intelecto y de cultura, incapaz de progreso, reaccionario y retrógrado, descubría claramente su inferioridad en la lucha histórica; sino que se veían frente a un Estado que, rechazando el gobierno popular, basándose en la autoridad, asumiendo reglas solamente desde arriba, conseguía triunfos que ningún otro pueblo de Europa habría sabido ni osado disputarle: un Estado perfecto en sus engranajes y labor administrativa, y un pueblo que era el más rico en sabiduría y doctrina, así como el mejor instruido, entre los del mundo entero, ante el que se abría un amplísimo campo de actividad también en la producción económica y en los comercios. Ocurría que se diese en pensar que, cuando menos, no se había otorgado el debido peso a las fuerzas históricas y tradicionales, prosiguiendo en la actitud, si no precisamente de destruir y rehacer sobre abstractos temas racionalistas, ciertamente de tener demasiado en cuenta la crítica y el pensamiento; y, ciertamente, que se hubiesen dejado demasiado de lado, por el entusiasmo y las virtudes morales, el instinto vital y la voluntad de potencia, así como los prodigios que a veces de ahí provienen, y que, por la religión de humanidad que anima y guía la historia, no se hubiese tenido presente lo bastante y meditado nuevamente el momento de la fuerza, que le es inherente. Otras veces la insidia de la duda penetraba más a fondo, atacando el principio mismo del liberalismo, el concepto de la libertad, y haciéndolo vacilar.

Esta perturbación y estas dudas habrían sido, a decir verdad, transitorias y sin efectos positivos, y se habrían superado con la rápida reacción de dirigirse a sí mismos el reproche que se dirige a los hombres de poca fe y de cortas miras, y también con el otorgar su parte de razón a aquellos aspectos de la vida olvidados o poco tenidos en cuenta que ahora se imponían a la consideración, y luego asimismo reflexionando que no es oro todo lo que reluce y observar determinadas deficiencias y una que otra quebradura en la admirada grandeza germánica y avanzar alguna discreta duda sobre su porvenir. Pero la energía reparadora, la capacidad reconciliadora necesaria para esta finalidad, precisamente entonces disminuía o se perdía en el sitio en que se habría tenido que buscarla, en el área de las ciencias morales, o filosofía, o como se quiera llamar. Todo lo que se había llevado a cabo con el ordenamiento liberal y nacional de la sociedad europea, con el final de la opresión eclesiástica y monárquico-absolutista, con el aliento que se había conseguido y la facultad de moverse, trabajar y obrar según la inspiración y vocación, con el

desarrollo político progresivo y ordenado en lugar de las agitaciones y convulsiones terribles y ruinosas, todo ello había estado en estrechísima relación con el pensamiento idealista histórico que había madurado en las primeras décadas del siglo y que ahora había cobrado cuerpo y vivía en sus instituciones. Pero si las aguas habían bañado y fecundado la tierra que se había cubierto de buenas mieses, la fuente de la que brotaban se había ido paulatinamente adelgazando y casi reseca. ¿Dónde estaban ahora la gran filosofía y la historiografía que a ella se adecuaba, en Europa, alrededor de 1870? De la primera, ningún rastro o solamente epígonos; de la segunda, algún último y aún vigoroso retoño. El sitio de la filosofía y de la historiografía había sido poco a poco ocupado por la ciencia natural, que, por último, allí se había asentado irguiéndose sobre el trono, coronada cual reina. Pero ocurría que la ciencia natural, con su complemento de matemática y mecánica, seguía siendo hija o por lo menos nieta del pensamiento; y esa usurpación, que sus métodos llevaban a cabo, del campo que correspondía por derecho al pensamiento filosófico-histórico, provocaba desviaciones en las mentes y las predisponía a una especie de nuevo abstractismo iluminista, que, por sí mismo, en la práctica no daba origen a otro daño que alguna utopía o alguna propuesta y esperanza simplista, como se dieron unas cuantas y tal como aún hoy es dado encontrar en intelectos que de tal manera razonan: por ejemplo, en Wells cuando escribe (en su muy divulgada *Historia universal*) que «los Cavour, Bismarck, Bonaparte y todos los demás llamados grandes hombres, que tan caros le costaron a Europa, hubieran podido ser sustituidos provechosamente por un pequeño grupo de geógrafos, etnólogos y sociólogos, dotados de simple honradez, quienes de común acuerdo habrían trazado las justas fronteras de nuestro continente y asignado a cada pueblo la forma de gobierno que más le convenía». El hecho importante, que entonces se produjo, fue otro y más complicado, y ha de referirse no ya a la ciencia sino siempre a la filosofía, no a la ciencia natural sino al naturalismo, es decir, a una apresurada y mal razonada filosofía, y consistió en lo siguiente: que la ciencia, por su organización, no considera y no debe considerar sino la fuerza o las fuerzas, sin la menor calificación moral, estética o intelectual; la fuerza física o la fuerza vital, y ha de tratarla de manera determinista para medirla y ofrecer sus leyes; y la filosofía de aquel tiempo trasladó este concepto científico de la fuerza al encabezamiento de la vida del espíritu y lo convirtió en fuente de ésta, de lo que derivaron las pseudoteorías filosóficas, variadamente mecanicistas, y la pseudohermenéutica de la historia sobre la base de dichas fantasiosas teorías, y asimismo derivó, por una especie de simpática correspondencia entre teoría y práctica, el enaltecimiento de la mera y abstracta energía y vitalidad al grado de ideal, como ley del más fuerte y valor de la acción en cuanto acción y del hecho en cuanto hecho. El darwinismo ofreció entonces un caso destacado de este traslado de algunas simples observaciones y conjeturas de ciencia natural a interpretación general de la vida, de la realidad y de la historia, y, posteriormente, a dictado de acción práctica y regla suprema del comportamiento. Otro caso es la teoría de las razas, que Gobineau

y otros junto con él construían, que convertía unas muy empíricas clasificaciones naturalistas en entidades reales, y confería a una u otra de estas entidades el derecho a dominar la sociedad y la historia. En aquel tiempo, la historiografía, o iba decayendo a la condición de simple erudición y filologismo, o se configuraba en determinismo histórico, con una u otra causa o con variedad de causas naturalistas; y hasta la historia de la literatura, en Taine, se resolvía en los constantes efectos de la «raza» y del «ambiente» y en los variables del «momento», y la filosofía del arte en cuanto creación espiritual ya no encontraba lugar en la cultura de la época, o, si llevaba a cabo alguna aparición, era objeto de escarnio. El nihilismo hubiera quedado como una manifestación de la particular y singular vida rusa, pero alcanzó significación europea en cuanto forma extremada y loca de premisas planteadas por el naturalismo europeo, ignorante de la vida espiritual y de las formaciones históricas, y, por ello, sucesivamente llevado a aceptarlas todas a la par y con indiferencia como efectos inevitables e irremovibles de causas dadas, o a negarlas en bloque, porque todas, vistas de esa manera, no como obras que nacían desde adentro, sino como imposiciones que provenían de afuera, se mostraban injustificadas e irracionales y dignas de rebelarse contra ellas. A causa de esta identidad de premisas mentales, reaccionarios y anárquicos podían darse la mano y a veces lo hacían, sin ofender a la lógica. Estaban desacreditados tanto las «ideas» como los «ideales» y se solía observar el asunto, habitualmente para alegrarse de ello; y el hombre, por la eficacia del filosofismo naturalista que había prevalecido, se sentía adherido a los hechos, impulsado por los hechos, pero deprimido en el sentimiento de la libertad, enriquecido en cuanto a conocimientos y leyes científicas, pero privado de su ley espiritual, habiéndosele ocluido el conocimiento del significado y del valor de la vida humana. La libertad requiere ideas e ideales, y un cielo infinito, y el telón de fondo del universo, no como extraño al hombre sino como el espíritu mismo que en él piensa y obra y alegremente crea siempre nuevas formas de vida. El naturalismo, el determinismo y el materialismo práctico con sus enemigos, en la medida en que son amigos de los absolutismos y despotismos de todo género.

También la actividad económica, cuyo poderoso incremento hemos recordado, participaba en deprimir en los ánimos la vida moral y, con ésta, el sentimiento de la libertad: y no porque, como suele decirse comúnmente, dicha actividad, con la prosperidad y las comodidades, ablande y debilite a las personas, sino, al contrario, porque endurece y acostumbra a una tensión unilateral que entorpece aquel armónico desarrollo de todas las facultades, aquella «armonía» en la que con toda razón los griegos ponían la nobleza y la salud del hombre. Una vez acabadas las grandes luchas políticas, las nuevas generaciones, e incluso los viejos patriotas y combatientes, se entregaban a los negocios; y la competencia y la lucha por los mercados, por su parte, coincidían en sugerir la primacía de la energía, de la fuerza, de la capacidad práctica, por encima de los asuntos éticos y racionales. El florecimiento económico, que debía aportar nuevos y más copiosos medios al trabajo de la idealidad humana, parecía que,

por lo contrario, ahora estuviese a punto de abrumarla; y lo que había dicho Marx acerca del capitalismo moderno, que no se vería en condiciones de dominar las fuerzas productivas que había desatado, en cierto sentido y en cierta medida estaba ocurriendo de hecho, no en el mundo de la economía sino en el mundo moral. Y otra previsión de Marx se comprobaba, aunque ésta también de manera diferente de como él la entendía: es decir, que toda la sociedad se iría dividiendo cada vez más nítidamente entre núcleos capitalistas y masas obreras, entre plutocracia y proletariado; porque, verdaderamente, los intereses de los industriales y los de sus clases trabajadoras, las exigencias de los primeros y las necesidades de las segundas, así como los enfrentamientos entre ellos y los recursos para ir componiéndolos paulatinamente, empezaban a ocupar cada vez más el primer plano, y, por un lado, los parlamentarios se ocuparon con preferencia cada vez mayor de asuntos económicos, y, por el otro, la que recibe el nombre de clase media (que no es luego una clase económica, sino que brota y se eleva sobre todas las clases económicas como representante principal de los valores espirituales; y, por ello, mediadora, armonizadora e integradora de las clases económicas, estén éstas en lucha o de acuerdo) se fue empobreciendo, y, al no poseer más aquellos políticos de pasión y vocación que en otros tiempos abundaban en ella, proporcionó entonces en mayor número abogados y otros profesionales para enviar a los parlamentos. Sin embargo, ¿dónde se encontraban todavía las fuerzas de resistencia y equilibrio, sino en esta clase media intelectual? Y ¿cómo se hubiera podido entonces, cómo se podrá jamás, volver a encenderlas, reforzarlas y dilatarlas, sino a través de ella? Ninguna esperanza había de que tales fuerzas pudiesen provenir de las viejas religiones ni de sus Iglesias, porque la católica, aun rindiendo todavía determinados servicios sociales, ya no tenía capacidad de invención y de renovación; y menos aún tenían las otras; de la anglicana se ha observado que, si todavía se mostraba muy versada en cuestiones de derecho canónico y de propiedad eclesiástica, no tenía papel alguno en los nuevos problemas morales de la sociedad inglesa, ni en la reforma de las leyes penales, ni en las otras que se ocuparon de la higiene e instrucción del pueblo y suavizaron las asperezas de la competencia económica con las leyes sobre el trabajo.

También en este caso la literatura es un buen espejo, porque fue aquél el tiempo en que nacieron el realismo, el naturalismo, el verismo y el programa de un arte que fuese impersonal como las ciencias naturales, así como novelas y dramas no ya patrióticos ni socialistas ni humanitarios, sino sociológicos, fisiológicos y patológicos, en decidido contraste con la literatura de la primera mitad del siglo. A causa de este contraste se dijo que el romanticismo estaba ya acabado; y acabado estaba ciertamente, pasado de moda, en su acepción teórica y positiva, como aquel romanticismo que se identifica con el idealismo y con el espiritualismo filosófico e histórico, y que por eso sigue la suerte de éstos, y vuelve a surgir (porque no puede dejar de volver a surgir) en unión con éstos. Las ciencias naturales y el concepto naturalístico había logrado la supremacía también en la literatura y en el arte, que

eran la expresión de dicho triunfo. Pero el otro romanticismo, que hemos distinguido del primero, el romanticismo sentimental, práctico y moral, y, en tal sentido morboso, que, señaladamente después de 1840, en general se había calmado y purificado convirtiéndose en hábito más severo y en acción cívica y política, recibió nuevo alimento de la misma concepción naturalística. Fue la época en que alcanzó auge una filosofía, de la que medio siglo antes, cuando había aparecido ante el mundo, nadie había querido saber nada al considerarla una no profunda reelaboración de cosas ya pensadas por otros, dirigida hacia la finalidad no filosófica de una estéril y caprichosa negación de la vida, la filosofía de Schopenhauer; e hizo escuela y suscitó imitadores y tuvo sus cantores, en consonancia con los tiempos por su fundamento, que se basaba en la ciega e insaturable voluntad, al tiempo que ofrecía una conclusión, a gusto de los ánimos no elevados, en el renunciamiento al querer, que era al mismo tiempo renunciamiento al deber de la búsqueda incesante y de la labor infatigable, y ficticia purificación en la impureza del indiferentismo ocioso, decorado con el nombre de ascetismo, misticismo, budismo y orientalismo. Junto a este pesimismo, otra forma de romanticismo vuelto a excitar, que se movía dentro de la misma visión naturalista, se dirigía anhelosa hacia la exasperación y el éxtasis sensual donde se viese satisfecha la no aplacada insatisfacción en que se agitaba; y la idolatraba como Belleza, una belleza totalmente distinta de aquella en que sonrío la alegría de la vida, porque la imagen en que se representaba era, en cambio, de triste y espasmódica lujuria, de descomposición y de muerte, y se coloreaba de satanismo y de sadismo. Muy lejos se estaba, tanto de los ímpetus faustianos de los primeros románticos, como de sus sueños de amor sublimado y fusión de almas. Y alejada del fantaseo de los primeros románticos sobre una vida toda ella artística y poética se hallaba la neurosis por las palabras, por el color, por el ritmo y el verso en sí mismos, por las fuerzas herméticas y esotéricas, por las exquisiteces de refinados en que se atormentaban algunos de los neorrománticos; y en todos ellos reinaba luego el fastidio por la política, por las pasiones de los partidos, por las luchas sociales, por los debates de las asambleas, por los periódicos, por todas las manifestaciones de la actividad práctica; y ni siquiera soñaban más con las formas de ingenua vida medieval, religiosa y caballeresca, y Ruskin, que sí lo hacía, y adoraba el artesanado contra el industrialismo, las catedrales contra los talleres y los viajes aventureros y peregrinaciones de los tiempos lejanos contra los ferrocarriles, era un ejemplar tardío de la primera edad romántica. A las imaginaciones de los neorrománticos, mucho mejor que el poético Rin de las leyendas se adecuaban la Italia de los Borjas y la Bizancio de las Teodoras, símbolo de aquella lujuria, de aquel sadismo y de aquel satanismo que atormentaban sus almas. Así, replegados en sí mismos y torturadores de sí mismos, ni las evocaciones humanas de la historia, ni los espectáculos de la consoladora o religiosa o misteriosa Naturaleza solicitaban su interés. Véanse los versos, fragmentos y confesiones de Baudelaire, los libros y el epistolario de Flaubert, el diario de los Goncourt y otras obras, no solamente de la literatura

francesa en particular, sino también de la inglesa, para observar en ellos aquellos estados de ánimo, que en los más grandes entre aquellos escritores, los cuales no desconocían la nobleza del dolor, tuvieron a veces su catarsis poética y entonces se pudo verdaderamente saludar en ellos la Belleza. En Italia, manifestaciones similares, pero menos intensas, se notaron entre 1860 y 1870; eran los mismos años en que se intentaba recuperar Venecia y Roma, y en los que Giosue Carducci lanzaba sus yambos políticos. Y se volvió a hablar, entonces, tal como antes se había hablado y se volvió a hablar posteriormente por parte de quienes no tienen nada mejor que hacer ni que pensar, de la «decadencia de Europa», con sentimiento directamente contrario a la fe general del siglo XIX, el «siglo del progreso». Pero más característico es que, en los neorrománticos, muy a menudo la decadencia se transformó de concepto negativo en positivo, y de antiideal en ideal: por eso no solamente prefirieron aquellos poetas latinos de la decadencia que en la generación anterior había analizado Nisard como comparación y censura del estilo romántico (y en los que ahora ellos paladeaban o decían paladear sensaciones y vibraciones de nervios, con sus correspondientes imágenes, que en los grandes y clásicos poetas no se encontraban), sino que asignaron el nombre de «decadente» a su época y se complacieron de sí mismos como tales, además de dar este nombre a alguna de sus escuelas de poesía: de todo ello, de dicha calidad de romanticismo, ha pasado al uso el nombre de «decadentismo».

Esta aparente detención o regresión respecto al pensamiento, al sentir, al ideal y a la actividad política del medio siglo anterior, parecerá incomprensible sólo a quien no considere o no tenga firme en la mente que la libertad no es tampoco ella un *ergon*, sino una *energeia*, y, al igual que el pensamiento, siempre tiene una materia nueva, frecuentemente espinosa y rebelde, con la que ha de luchar para dominarla y plasmarla, y que a veces parece sobrepujarla. ¿Qué era aquel positivismo y naturalismo y materialismo que venía tras el idealismo y espiritualismo de la filosofía anterior? No la destrucción de las indestructibles verdades de ésta, sino las peripecias de los conatos que se efectuaban para resolver los nuevos problemas que habían nacido de aquellas verdades, y, conjuntamente, las supervivencias de problemas no bien resueltos, que de tal suerte se vengaban. Y ¿qué era la política de la mera potencia, que se erguía con aires de aplastante superioridad frente al concepto liberal, sino el reflejo de la retrasada e inconclusa formación liberal y política de un gran pueblo, cuyas capacidades y virtudes habían estado históricamente dirigidas y sido utilizadas con aquella finalidad y ahora daban lugar a esa jactancia de superioridad? Y ¿qué era el ímpetu tumultuoso de la actividad económica sino, por un lado, el producto de la civilización europea, y, por el otro, la no bien regulada relación de dicho producto con las demás partes de esta civilización, y que ahora abultaba mucho con su presencia y de ahí el apremio para regularlo, y, ante todo, oponerle fuerzas de otra cualidad que contuviesen sus excesos y lo refrenase y encauzase en el lecho por el que debe fluir? Y en la caída que se lamentaba del entusiasmo moral, en el



incipiente desapego por el ideal de la libertad, ¿no había que asignar su papel al ritmo natural de los esfuerzos y las fatigas, a la «Iglesia triunfante» que tiene menos vigor que la «Iglesia perseguida» y que, por lo tanto, requiere solícita vigilancia para ascender perpetuamente de *ergon* a *energeia*, de lo ya hecho al hacer?

Y el hecho era, entretanto, que la disposición nacional de los Estados, incluso si no en todo realizada, y las instituciones liberales, incluso con variadas gradaciones, se encontraban ya en Europa como una adquisición, que había costado prolongadas fatigas, y como una posesión asegurada; y que si el espíritu daba algunos indicios de fatiga y desconcierto, el cuerpo, por decirlo así, de robusta constitución, proseguía en su empuje de crecimiento y en su sana vida fisiológica. Contraste de espíritu y cuerpo, o, metáforas aparte, contraste ora descubierto, ora cubierto, de dos diferentes ideales, en el que se desarrolla la historia posterior: una historia que en cierto sentido podría decirse la historia del variado entrecruzarse del ideal cavouriano con el ideal bismarckiano, de su irse complicando y transformando, y, al acoger en su seno otros elementos, contraponerse según nuevos modos.

## IX

### LA EDAD LIBERAL (1871-1914)

En el período que siguió al año 1870 ya no se vieron en Europa recuperaciones de viejas monarquías absolutas ni estallidos de nuevos cesarismos. De tales asuntos fueron raros los conatos y los pensamientos mismos, y alguna nube que pareció ser amenazadora se disipó, dejando más límpido el cielo.

El país que, tanto en la opinión corriente como en el documento de los últimos ochenta años de su historia, estaba considerado como el de los acontecimientos extremos y se reputaba incapaz de una ordenada vida de libertad, Francia, estableció y consolidó su república, que había nacido en medio de las derrotas militares, con firmeza de intenciones y suma sagacidad. De aquellos ochenta años, durante los cuales había intentado los más variados y opuestos ordenamientos buscando en vano el punto de equilibrio, extrajo no ya la perdición final que se temía y que sus enemigos esperaban, sino la experiencia que la encaminó por el rumbo justo, en el que entró como por la fuerza de las cosas mismas, señal ésta también de que se trataba del rumbo justo. La tercera República, la República «conservadora» y «sin republicanos», como la definía Thiers (con la autoridad, precisamente, de su larga experiencia personal), es decir, sin aquellos modales de los republicanos de 1848 que habían llevado a la ruina la segunda, se presentó con aspecto de asunto provisorio, pero, de hecho, demostró ser duradera y no sustituible por alguna otra forma. En su primer período tuvo que abatir, ante todo, la insurrección de la *Commune* de París, una convulsión de gente vencida, armada y no resignada, en la que volvieron a aflorar absurdas ideas federalistas y se incubaban tendencias de república social; eludir después la restauración monárquica, que habría vuelto a conducir a condiciones inestables e intolerables, a recorrer caminos ya recorridos: colaboró en salvar a Francia de este peligro el pretendiente legitimista, conde de Chambord, que, obstinándose en imponer para su regreso al trono de sus antepasados la bandera blanca de los Borbones, dejó ver claramente qué aportaría semejante regreso y medir el abismo que se había abierto entre el pasado y el presente. Pero la República tuvo que vencer también el otro peligro de volverse demasiado conservadora, rígida por miedo a los «radicales», como eran llamados, y por las imágenes amenazadoras de 1793, 1848 y 1871: por tal motivo, fue República constitucional y no parlamentaria, con autoridad monárquica otorgada a su presidente y con dominio efectivo de los espíritus militares y clericales, como intentó una y otra vez forjarla Mac Mahon durante su presidencia y con los varios ministerios que alineó en orden de combate, hasta que él mismo se doblegó y dejó vía libre a lo inevitable, para por fin dimitir (1879). Muy decepcionados quedaron los que de él aguardaban un golpe de Estado,

en tanto que el nuevo presidente, Grévy, en su mensaje se declaraba «sinceramente sometido a la gran ley parlamentaria», y, para ratificar que ya no había que temer al radicalismo ni a las revoluciones, volvió a trasladar la Cámara de Versalles a París. En otras dos ocasiones se renovó en Francia el peligro o la veleidad del golpe de Estado reaccionario, y en ambas fue ahuyentado: la primera se produjo entre 1886 y 1889 con Boulanger, el general aclamado por las multitudes que de su ascensión al poder esperaban la «revancha» contra Alemania y aquella gran redención de las calamidades, políticas y de todo género, que el vulgo siempre espera. Pese a la vacilación de sus procedimientos y de sus propósitos, pareció que Boulanger tendiese, y más empujado que impulsor, a algo aproximadamente similar al segundo Imperio; y el viejo filósofo y político Jules Simon, bien recordando la vergüenza de aquel segundo Imperio, prestamente se la recordó al desmemoriado pueblo de Francia en un libro al que tituló *Souviens-toi du Deux Décembre* (1889). A pesar de que Boulanger cosechase en 1888 un estrepitoso éxito electoral y que en enero del año siguiente resultase elegido en París, los hombres de Estado de Francia le arrojaron a la cara su desdén y desprecio, calificándolo de «Saint-Arnaud (el general del dos de diciembre) de café concierto» y «Bonaparte sin la campaña de Italia»; y él mismo no tuvo ánimos para marchar junto con sus fanáticos contra la sede del gobierno, de suerte que terminó padeciendo procesos y condenas y se vio obligado a refugiarse en Bélgica, donde posteriormente se quitó la vida. La segunda ocasión se dio diez años después, en el largo enfrentamiento sobre el caso del capitán Dreyfus y sobre la justicia o injusticia de su condena: enfrentamiento que, bajo la apariencia de una cuestión jurídica y moral, encerró un renovado ataque y defensa de las instituciones republicanas, porque engrosando las filas de los antidreyfusianos y antisemitas, y dándoles consistencia de partido político, acudieron conjuntamente los antiguos partidarios de Boulanger, reaccionarios, monárquicos, gran número de curas, frailes y todos los clericales, quienes, clamando al ejército, se proponían excitarlo contra la República. Pero a éstos se contrapuso con gallardía la unión de todas las fuerzas republicanas y de corte socialista; y, una vez liberado Dreyfus de la cárcel y reconocida legalmente su inocencia, el conato reaccionario quedó debilitado y los ordenamientos liberales salieron de la lucha no solamente intactos, sino reforzados y batalladores, como demostraron ser en la labor posterior a la que se entregaron los vencedores, y que no tanto fue de venganza por el pasado, como de buena precaución para el porvenir.

En la rival Alemania, la abolición o restricción de la libertad fue pensamiento constante del artífice mismo del Imperio, Bismarck, que no consideraba definitiva la constitución que le había salido con parlamento nacional y sufragio universal, recursos políticos a los que se había aferrado y no cosas que correspondiesen a su ideal, que seguía siendo el absolutismo monárquico, con la añadida omnipotencia de él, el canciller. A cada obstáculo, molestia o tropiezo que encontrase en el parlamento, su pensamiento acudía, como remedio más cercano, al recurso extremo

del golpe de Estado: cosa que se observa en sus cartas, especialmente las que escribió entre 1878 y 1882, en las que habla de los alemanes que no saben manejar el «juguete de Nuremberg» que les ha sido obsequiado, y lo echan a perder, y de la constitución alemana dice que llegará el momento en que se le tendrá que aplicar la frase pronunciada por Schwarzenberg en Olmütz sobre la austríaca de 1849, que era «una institución que no había hecho buen papel»; e insiste siempre en que lo sustancial y firme en Alemania son los príncipes alemanes, y que en todo caso a ellos corresponderá algún día si conviene poner punto final y volver a la antigua Dieta federal, conservando la unión aduanera y militar, pero quitando el parlamento de en medio. En los últimos años de su cargo de canciller depositaba su esperanza en el joven que fue después Guillermo II, que, de distinta manera que su padre el príncipe Federico, se mostraba sumamente intolerante con los regímenes parlamentarios, un verdadero «soldado de la guardia», la «fortaleza de bronce» que Alemania necesitaba. Pero, una vez instalado en el trono aquel joven, objeto de tantas esperanzas, cuando Bismarck, en 1890, nuevamente irritado contra el parlamento que a su juicio no era suficientemente dócil, expuso sus ideas al emperador (es decir, presentar ante dicho parlamento nuevas solicitudes de gastos para el ejército y una ley endurecida contra los socialistas, y, ante el previsible rechazo de aquella asamblea, disolverla dos o más veces y privar por decreto a los socialistas del derecho electoral aboliendo también el carácter secreto del voto, además de recurrir en última instancia a los cañones), el nuevo soberano no le prestó oídos, ya que entonces ambicionaba el favor del parlamento y del pueblo; y así cayó Bismarck, después de unos treinta años de gobierno ininterrumpido. No tenía partido alguno, ni corriente de opinión que lo apoyase; y aquel proyecto suyo era la elucubración de un solitario, capaz de grandes cosas en la diplomacia y en la guerra, pero no en la interpretación del alma humana ni en las exigencias que ésta plantea según los distintos momentos. Y cuando, en su retiro, oyendo las palabras y observando los gestos y acciones del segundo Guillermo, cambió de criterio y concepto y empezó a decir y repetir que el camino de la salvación consistía en «reforzar la eficacia del parlamento», que era necesario que el parlamento «criticase, controlase, advirtiese y en determinados casos guiase al gobierno», y que en el pasado se había obrado de una manera «un tanto dictatorial» deprimiendo en exceso la representación nacional, con estas tardías reflexiones como en evidencia lo que a su mente vigorosa le había faltado, volviéndolo hombre poco apto, él, fundador de Estados, para el papel de educador de pueblos, y ante todo de su propio pueblo, para el que fue, bajo este aspecto, más bien un deseducador.

Dado que, si a él no se le dio la ocasión de llevar a cabo su golpe contra el sufragio universal y contra el parlamento, sí tuvo la ocasión de mantener a Alemania en el estadio constitucional, impidiéndole pasar al parlamentario. El partido liberal, que en los primeros años de su ministerio se había rebelado intentando resistirse a sus atropellos, tras la guerra de 1866 se dispuso a brindarle apoyo en la política exterior, con finalidades nacionales al confiar en conseguir a cambio una marcha diferente en

los asuntos internos. Este apoyo de los nacional-liberales, que formaban la porción más fuerte del parlamento, prosiguió después de 1870, siempre animado por la misma esperanza, y permitió a Bismarck obtener el septenio militar, llevar a cabo la reforma financiera y combatir contra el centro católico. El príncipe heredero Federico tampoco ocultaba su propensión a un método parlamentario con responsabilidad ministerial, considerando a la constitución vigente en el Imperio como «un caos artificialmente montado». Pero cuando Bismarck dirigió su atención al proteccionismo aduanero, y para éste —al igual que para la represión del socialismo, contó con el apoyo de los conservadores— montó acuerdos con el centro; los aliados de antes ya no le servían y obstaculizaban su acción; y no quiso saber nada de la condición que éstos planteaban para una posterior colaboración, es decir, la entrada en el ministerio prusiano de algunos miembros de la derecha liberal junto con otros de la izquierda o progresistas, resuelto como estaba, inamoviblemente, a no dar paso alguno que condujese a ministerios de partidos. Ello, por otra parte, le habría resultado imposible dado que la vieja Prusia no se había diluido en una Alemania liberal, sino que, por lo contrario, una Alemania más o menos liberal había sido añadida a Prusia, que mantenía intacto el carácter recibido durante la reacción posterior a 1848 de una monarquía que sólo había realizado algunas concesiones constitucionales y de un parlamento elegido según el sistema de las clases: proceso inverso al que se había producido en Italia, donde un Piamonte liberal se unió a una Italia convertida en liberal y se fundió con ella. La base del Imperio seguía siendo siempre Prusia, y todavía en 1898 un sucesor de Bismarck, el canciller Hohenlohe, escribía en su diario que cuando estaba entre «las excelencias prusianas» percibía con toda claridad el contraste entre el liberalismo meridional y el feudalismo norteño, incapaz el primero de empatar con el segundo, «demasiado numeroso, demasiado poderoso y con el rey, el ejército e incluso el centro católico de su lado». En vano, y solamente por retórica aspiración, se idolatraban en idílico matrimonio o en disorde concordia las «dos almas» de Alemania, la prusiana y la alemana, la de Potsdam y la de Weimar, dado que de hecho sólo una predominaba, la prusiana y de Potsdam; y pensamientos fugaces o manejos del momento eran las frases de Bismarck, en los primeros años del Imperio, acerca de que convenía no ya «bielorrusificar» Alemania, sino «germanizar» Prusia. El alejamiento de los liberales respecto a Bismarck, tras votarse las leyes de excepción contra los socialistas, señaló la disgregación de dicho partido, que se escindió en varios fragmentos y decayó mucho en el número de sus diputados. Por otra parte, no compensaba lo que le faltaba de fuerza numérica con el vigor, la profundidad y la solidez de su fe liberal; porque no pocos entre sus componentes, más que ser liberales en política eran librecambistas que expresaban las necesidades de la economía alemana de su tiempo; y otros, entre sus más destacados representantes, seguían asignando la primacía al Estado (es decir, a uno de los dos términos de la relación única) y a concebir la libertad en forma de derechos concedidos o reconocidos por el Estado, y exorcizaban al parlamento como al

maligno, limitando el derecho de la Cámara a la función administrativa y a la oposición. Con lo modesto que era en su actividad el parlamento alemán, sin embargo, Treitschke, uno de los liberales de antes de 1870 que se había ido volviendo cada vez más bismarckiano, temía que pudiese pescar, nada menos, de «exceso de parlamentarismo». La ciencia y la actividad publicista de Alemania, desde Gneist y Laband hasta Jellinek, está toda afectada por esta especie de obtusidad para comprender lo propio y esencial del concepto político de libertad; y se limita, y a veces se entretiene, a realizar construcciones jurídicas del «Estado de derecho», o trata de realizar la libertad de manera formalista en instituciones como las de las llamadas «autonomías locales», que se experimentaron en Prusia según los conceptos de Gneist. La llamada de libertad, que se había dado en Alemania durante el año de las revoluciones, 1848, había pasado sin dejar casi huellas; y el parlamento de Francfort lúe despreciado y abandonado al olvido hasta tal extremo que se dejó de celebrar su cincuentenario, en un país, que, sin embargo, no había omitido erigir un gran monumento a Arminio en la selva Teutoburga. Verdad es que aquel parlamento había de ser posteriormente recordado y visto como modelo en los días desventurados.

En los otros pueblos, o, como en Inglaterra, el sistema parlamentario se había formado desde hacía mucho tiempo, o había sido introducido junto con las instituciones libres, o de hecho había sustituido paulatinamente al de carácter más monárquico de las constituciones originarias; y cuando, como, por ejemplo, en Italia entre 1898 y 1900, se propuso y se intentó ir realizando, con el lema de «regreso al estatuto», cierto tipo de reacción en el sentido de la forma más antigua, vivísima y general se irguió la oposición: en la Cámara se recurrió al obstruccionismo, y aquel proyecto, dictado por el miedo al movimiento o al movimiento demasiado rápido, quedó en agua de borrajas con la consecuencia (análoga a la que, contemporáneamente y en medio de otras circunstancias, se dio en Francia) de emprender una dirección liberal más resueltamente. La sociedad europea funcionaba toda «a democracia», como se decía, y mejor se habría dicho que salía de la tutela de grupos dirigentes restringidos, de aquellas aristocracias liberales que la habían guiado en las revoluciones y en el nuevo ordenamiento de los Estados, e iba formándose una clase política más variada y movediza, como exigía la gran variedad y movilidad de los intereses y necesidades que habían de hacerse valer y acomodar. Manifestación e instrumento de esta incesante progresión eran las consecutivas ampliaciones del sufragio, que en casi todos los países de Europa desembocaron en el sufragio universal, en otras ocasiones instituido o utilizado con intenciones de conservación y de reacción, y ahora útil para lo contrario, el movimiento y el progreso. Francia lo había heredado de la segunda República y del segundo Imperio; Italia, tras la reforma de 1882, que cuadruplicó o quintuplicó el número de electores, lo tuvo en 1912; Bélgica, que aún tenía el sistema según el censo, lo adoptó desde 1892, atemperado por el voto plural, y aun así multiplicando por diez el número de votantes; Austria,

que ya en 1896 había ampliado el sufragio, se aferró al universal en 1907 con la esperanza de atenuar, con las pasiones y luchas de la democracia y de las clases trabajadoras, los indomables enfrentamientos de sus múltiples nacionalidades; e igualmente en la mayor parte de los demás Estados europeos, incluidos los de Alemania (Baden en 1904, Baviera y Württemberg en 1906), pero no Prusia, que con la reforma de 1893 se había encargado de asegurar la prevalencia de los conservadores y del centro, y posteriormente se limitó a retocar la participación de los colegios y a aumentar en unos diez el número de diputados. En Suiza la constitución fue revisada varias veces y hasta se llevó a cabo un experimento de gobierno directo del pueblo, tanto como iniciativa como en forma de referéndum o aprobación. Inglaterra, con la reforma de 1885, aumentó en dos millones y medio su cuerpo electoral; pero su mayor progreso hacia el régimen popular fue la preponderancia, mejor dicho, el absoluto poder que se atribuyó a la Cámara de los Comunes respecto a la de los Lores; cosa que había programado Gladstone en su último discurso, en 1894, y que dio origen a un conflicto que, tras estallar en ocasión de un aumento del impuesto sobre la renta, duró aproximadamente tres años, entre 1908 y 1911, durante el cual los liberales tuvieron como aliados a los diputados obreros y a los irlandeses, pero alcanzaron su objetivo al habersele quitado a la Cámara de los Lores el derecho a rechazar las leyes financieras y todas aquellas que, rechazadas por ella en primera instancia, la Cámara de los Comunes aprobase en tres sesiones, después de pasar dos años. También se fueron introduciendo, más o menos en cada país, sueldos o viáticos para los representantes del pueblo, cosa asimismo necesaria en vista de la transformación de la clase política, que anteriormente provenía sobre todo de la casta de los terratenientes y de la alta burguesía. Las monarquías, que subsistían en casi todos los Estados con regímenes parlamentarios, cobraron aspecto muy modesto porque el impulso político efectivo ya no provenía de ellas; pero estaban rodeadas de respeto porque se hallaban por encima de las batallas de los partidos, custodiando las libertades estatutarias comunes y ejerciendo una función mediadora y moderadora. En este tranquilo escenario monárquico europeo la fragorosa entrada del emperador Guillermo II, y la pompa con que le gustó exhibir su poder real y su propia persona, al principio, por su novedad, suscitaron una impresión mezclada, entre de asombro admirativo y de asombro que meneaba dudosamente la cabeza, impresión sobre la cual prevaleció por último la de un espectáculo que tenía algo de carnalesco: cosa que no carecía de antecedentes, por otra parte, en Prusia, si ya cincuenta años antes Heine había satirizado esas parodias del pasado y esos mejunjes «*von gothischem Wahn und modernem Lug*», de delirio gótico y falsedad moderna. Pero a fin de cuentas, aunque tarde, después de reiterados gestos desmedidos y palabras peligrosas de dicho emperador, y, señaladamente, después de la imprudente entrevista que en 1908 publicó el *Daily Telegraph*, en la misma Alemania se produjo una revuelta de la opinión pública y del parlamento, y él tuvo que prometer observar mejor la ley de la reserva y del silencio, que era la *lex regia* de

los nuevos tiempos.

Dado que la fórmula del régimen libre, asumida como propia, a esas alturas, por la sociedad europea, estaba considerada como señal y condición de civilización, era natural que se aspirase a verla progresivamente puesta en acción en todas partes; y en los países donde todavía no existía brotaban las correspondientes exigencias, y, si no nacían espontáneamente, se importaban o eran sugeridas por el ejemplo y las publicaciones de Europa occidental y central. La gran laguna estaba siempre en Europa oriental, en la Rusia autocrática y en la oprimida Polonia: y por eso el liberalismo europeo aborrecía al zarismo y no dejaba de espolear con el deseo su caída o reforma. Tal como hemos dicho, Alejandro II había interrumpido su obra de reforma a causa de la insurrección polaca y, asimismo, de la inmadurez política del pueblo ruso. Esta inmadurez se demostraba también en las modalidades que asumían los revolucionarios rusos, embebidos de las doctrinas occidentales más extremistas, que ellos llevaban al delirio de la destrucción universal y, desdeñando y escarneciendo a los pocos entre sus filas que se mostraban no ya simplemente racionales, sino razonables, cada vez más se enardecieron en la idea de saltar por encima de la era liberal o burguesa, como la llamaban, y realizar en Rusia el pleno comunismo o el paraíso del anarquismo: un salto que (para dejar bien claro su recóndito concepto) no era luego otra cosa que una voluntad de prescindir de la reforma moral y política para alcanzar una totalmente económica, en la que el problema moral y político se resolvería tan sólo en cuanto sumergido y negado en un económico o materialista misticismo. Se sumaron las mujeres, buena parte de ellas provenientes de familias aristocráticas, antojadizas y rígidamente deductivas, rebeldes y, entre las excitaciones del odio descabellado, con impulsos generosos y dispuestas al sacrificio: estudiantes que habían estado en el extranjero, donde se habían perfeccionado en los conciliábulos de los emigrados, y que, obligadas a regresar a la patria, se propusieron «ir hacia el pueblo», despertar a las plebes urbanas y, más aún, a los campesinos y movilizarlos para sus proyectos de radical palingénesis; labor en la que fueron escasos los frutos cosechados. Pero también se trabaron entonces entre los revolucionarios sociedades secretas para la «propaganda del acto», para los atentados terroristas contra el zar, los grandes duques, los ministros, los gobernadores, a manera de justicia y venganza contra la dureza y crueldad de la policía imperial y protesta contra la intolerable forma de aquel Estado. Esta práctica de los atentados, que ya había empezado antes de 1870, se acrecentó en frecuencia durante los diez años siguientes, y los hubo famosos como el de la Zasulich, ejemplo e incitación para una secuela de otros similares. En el momento de peor furia de acciones terroristas, Loris-Melikov, nombrado gobernador de Petersburgo y puesto al mando de una comisión provista de poderes dictatoriales para reprimirlos, pensó en romper el círculo vicioso entre terrorismo de gobierno y terrorismo de los revolucionarios y consiguió que se prosiguiesen las reformas y, si no un parlamento nacional propiamente dicho, un estímulo a los parlamentos



provinciales, cierta libertad de prensa y de crítica política, la convocatoria de una asamblea de notables y una vigilancia más severa de los excesos y arbitrios de los funcionarios; y el zar admitía estas propuestas cuando, el mismo día en que recibió el informe que las contenía, el 11 de marzo de 1881, cayó víctima de un nuevo atentado tras los ya numerosos que se habían dirigido contra su persona. Su hijo, Alejandro III, dejó de lado inmediatamente toda idea de reformas, reafirmó el rígido autocratismo y el rusofilismo contra cualquier contagio de ideas occidentales, protegió la Iglesia ortodoxa hostigando a las demás y persiguiendo a los judíos, desconfió de las universidades y redujo el número de estudiantes que podían frecuentarlas, expurgó las listas de los jurados, sofocó toda vida del intelecto, aunque dedicase sus cuidados a la economía del país, economía alimentada por los préstamos que consiguió en Europa y especialmente en Francia; promovió el comercio, que por entonces empezó a florecer, y construyó el gran ferrocarril transiberiano. La epidemia de los atentados terroristas había ido atenuándose por íntimo agotamiento y podía considerarse casi terminada, al haber sido superado su método por el otro que ahora predicaban los socialistas rusos, que habían pasado de la escuela de Bakunin a la de Marx. Hacia finales del siglo se observaba en Rusia la aparición de nuevas gentes, opuestas a las ideas de los viejos rusos, con tendencias occidentales y liberales, y, en los primeros años del siglo siguiente, también hubo reuniones y debates entre los emigrados; en aquel entonces se proyectó por primera vez un partido constitucional-democrático (o de los «cadetes»), en tanto que los socialistas se dividieron en moderados y mayoritarios («bolcheviques»).

Pero tampoco en el primer decenio del nuevo zar, Nicolás II, se dieron indicios de un cambio de orientación política, hasta que la infeliz guerra contra Japón dio el impulso y, entre las aclamaciones y amenazas, los festejos y desórdenes, el entusiasmo y los delitos, con los otros similares acompañamientos de las revoluciones, y con la menos habitual vacilación y titubeo de los gobiernos, que ceden poco a poco, al principio prometen reformas, después consultas y por último asambleas legislativas, en 1905 Rusia tuvo su primer parlamento nacional, que se inauguró en mayo de 1906. El peligro residía en que contemporáneamente se daban y entrecruzaban dos movimientos de diversa naturaleza, el político y el agrario, destinados a obstaculizarse recíprocamente, porque, por no mencionar otras cosas, el grupo más importante y capacitado de los diputados elegidos, el constitucional-democrático, a fin de no dejarse rebasar por los socialistas había incluido en su programa político la expropiación de las tierras, aunque no sin compensación, y con ello dejaba de poder unirse a otros grupos liberales pero moderados; y el gobierno, que representaba al régimen autoritario, se convertía a su vez en promotor de reformas agrarias radicales a fin de acrecentar la confusión y debilitar la autoridad del parlamento. Todo ello produjo dos veces consecutivas la disolución de la Cámara o «Duma», y a continuación leyes electorales cada vez más restrictivas que llevaron a la tercera Duma, de 1907, en la que tuvieron preponderancia los conservadores, pero

que no fue reaccionaria y desarrolló una labor de crítica hacia la muy deshonesto administración pública. Las leyes que votó estaban sometidas a la aprobación y a la enmienda del Consejo del Imperio, mientras, por otra parte, el ministro Stolypin, que excluía el sistema parlamentario pero aceptaba el constitucional, hacía votar la ley sobre los campesinos, una ley que disolvió más aún las comunidades agrícolas, facilitó la adquisición de tierras por parte de los particulares y dio existencia a algunos millones de pequeños propietarios. Pero, a pesar del fundamental absolutismo que tenazmente persistía y del escaso respeto a las libertades fundamentales; pese al peligro siempre amenazador de que se retirase la libertad conseguida y hubiese una reacción, y pese a la débil consistencia de un espíritu claramente liberal en el pueblo ruso, también allí se había formado un embrión de vida libre. Aproximadamente en la misma época empezaba, con la adopción no solamente de las instituciones militares y de otros asuntos técnicos, sino con el de las formas liberales occidentales, la nueva historia de Turquía, donde, habiéndose formado el Comité para la unión y el progreso que exigía se llevase a cabo la constitución que treinta años antes, en 1877, el sultán había anunciado cuando quiso trampear con astucia a las potencias y pueblos europeos, en 1908 los Jóvenes turcos impusieron, con la fuerza de la revuelta, la apertura de un parlamento del pueblo de Turquía con la inclusión de sus varias nacionalidades y doscientos cincuenta diputados, entre los que había unos cuarenta cristianos y algunos judíos. También este parlamento, entre intentonas contrarrevolucionarias, golpes de Estado y toda clase de violencias, formalmente duró: una copiosa prensa política floreció en Turquía y se puso en marcha una especie de separación de Iglesia y Estado, que disociaba la personalidad política del turco de la del islamita. Y, en relación con la eficacia que la forma estatal predominante en Europa tenía en el mundo entero, basta recordar que Japón, obligado por obra de Estados Unidos e Inglaterra a salir de su cerrado aislamiento, al aprender rápidamente los nuevos hábitos pasó en pocos años del feudalismo a la monarquía administrativa, y de ésta, en 1890, a la monarquía constitucional según el modelo alemán, con una oposición correspondiente que tendía a llevarlo más adelante todavía, del modelo alemán al inglés.

Ciertamente, la mera forma institucional y jurídica, aunque tenga su importancia, no basta para indicar el grado de libertad de un pueblo y tampoco para asegurar la real existencia de dicha libertad, porque hay formas vacías o de tan extraño contenido que dan lugar a discurrir sobre un «parlamentarismo aparente», como fue definido el ruso en el primer momento, y el otro diferente, pero en esto similar, de los Jóvenes turcos. Tampoco el sufragio más o menos amplio o directamente universal dice nada sobre la extensión y profundidad del liberalismo, dándose en ciertos casos mayor sentimiento, hábito y acción liberal en países con sufragio menos amplio que en otros que lo poseen amplísimo, y, tal como hemos recordado, siendo el sufragio universal muy valorado a veces por los enemigos de la libertad, feudales, curas, reyes y líderes populares o aventureros. Inglaterra tenía un sufragio más restringido que Francia,

Italia o la misma Alemania, al exigirse a los electores la propiedad de su vivienda o figurar en un censo determinado por el alquiler de esta última y parecidos requisitos: su vida de libertad, sin embargo, así como no era inferior a la de Francia e Italia, era ciertamente en gran medida superior a la de Alemania. España poseía un sufragio amplísimo y, sin embargo, su política era conducida por el rey, que se apoyaba en el ejército y en el clero, y poca diferencia había en que alternasen en el gobierno Cánovas o Sagasta, moderados o progresistas, mientras la cultura carecía de autoridad y vigor y seguía siendo en gran parte académicamente oratoria; en Austria, las rencillas del parlamento estaban en relación no ya con la intensidad de la labor política, sino de los celos y odios entre las naciones del Imperio, y, por encima de dichos contrastes, reinaba verdaderamente aquello que se llamaba el espíritu austríaco, el de la nobleza de corte y de los funcionarios, y durante largos períodos el gobierno, bajo apariencias parlamentarias, fue absolutista; en Hungría dominaban los magiares con modalidades frecuentemente absolutistas, restricciones de los derechos de asociación y libertad de palabra, sujeción o corrupción de la prensa, comisarios reales en los ayuntamientos y cosas parecidas, y en 1913, cuando se reformó el electorado, se hizo de manera que el poder no escapase de las manos de la minoría magiar. La realidad de la vida libre de un pueblo reside verdaderamente en la fuerza que sobre ella ejerce la opinión pública y en la calidad de la clase política que guía a dicho pueblo. Y hasta qué punto fue grande el amor a la patria y al Estado, cuánta la valentía al emprender o aceptar las innovaciones que se reclamaban para el adelanto del pueblo, cuánta la sagacidad y la prudencia de la clase política inglesa, de la francesa, de la italiana, desde Cavour hasta Giolitti, merecería ser particularmente ilustrado por utilidad de enseñanza, por deber de gratitud y también como expiación de los juicios injustos que las desenfrenadas pasiones partidistas llevaron a emitir sobre aquellos hombres, de las injurias y de las calumnias que se les lanzaron, de la superficialidad con que, por algunos males no siempre eludidos o eludibles y por los llamados «escándalos» que de éstos derivaban (el «Panamá» en Francia, el de la «Banca romana» en Italia), cosas todas que arrojaban una especie de desconfianza y descrédito sobre clases políticas enteras, que en cambio cumplían noblemente con su deber.

Singular fue en este aspecto la condición del pueblo alemán, acaso el mejor instruido y el más ordenadamente laborioso entre todos los de Europa, que se benefició de la nueva unidad y potencia a que Alemania había ascendido para acrecentar estupendamente industrias, comercio, ciencia, técnica, doctrina y cultura de todo género, y, sin embargo, si sabía expresar de su seno una clase de capaces y probos administradores y burócratas, así como otra de validísimos militares (burocracia y militarismo tradicionales en Prusia), no supo formar una clase de hombres políticos propiamente dichos. La escasez de sentido político entre los alemanes fue entonces más de una vez observada por los alemanes mismos, que se asombraban de esta extraña carencia en medio de la excelencia de todo lo demás;

pero sólo más adelante se comprendió la gravedad de dicha carencia y se pensó en someterla a un análisis y a una etiología adecuados. Abundaban en dicha ocasión los sabios y profesores con ese no se qué de limitación e ingenuidad, y a menudo de crédulo y pueril, en el juicio sobre los asuntos prácticos y públicos, que es propio de su modo de vida y de su intelecto, a quienes agradaban las actitudes y las palabras fuertes de Bismarck, y el «*Oderint dum metuant*» y el «nosotros los alemanes tememos a Dios y a nada más en el mundo» del discurso de 1888; y en sus discursos glorificaban a los «duros hombres de la sangre» que, según ellos, habían dado temple a Alemania; contribuían a cultivar en boca del filisteo alemán la llamada «*Sedanlächeln*», la sonrisa de Sedán, el sentimiento de superioridad respecto a los demás pueblos, el desprecio por las decadentes o decaídas razas latinas, por su corruptela moral, por sus miserables batallas parlamentarias, y hasta por Inglaterra, país de germanismo espurio, país de mercaderes y no de guerreros. Gran profusión había de literatura sobre teorías acerca del Estado, contrariamente a la parsimonia de los ingleses en este sentido y a la pobreza de los norteamericanos, quienes, como escribe Bryce, no sabían qué hacer con las teorías en tal materia, satisfechos con fundamentar sus ideas constitucionales sobre la ley y sobre la historia. Bismarck no apreciaba a los profesores y de buena gana se mofaba de ellos, advirtiéndoles irónicamente que «la política no es una ciencia exacta, como opinan los señores profesores»; pero él ciertamente no había trabajado en la creación o preparación de otra clase política merced a los debates parlamentarios, luchas de partidos, alternación en el gobierno, vivaz intercambio entre el pueblo y sus representantes, y, como posteriormente demostró Max Weber en un examen de conciencia nacional al que con elevado ánimo de ciudadano sometió a su pueblo, dejó que la política descendiese desde lo alto, a través de la fiel y diligente burocracia, ejecución del pensamiento y de la voluntad de un canciller, grandísimo o pequeñísimo, y de un emperador, sabio o poco sabio. También el pelotón de hombres políticos que habían pasado por las experiencias de 1848 y por las más recientes de la Cámara prusiana después de 1860, fue dejado de lado y, desapareciendo paulatinamente por retirarse de la política y por la muerte de sus componentes, no tuvo sucesores. Así pasó al primer plano una nueva generación de estadistas, de la que recientemente se han conocido las figuras en las memorias de Bülow, típico el propio autor entre ellas, que fue el tercer sucesor de Bismarck en la cancillería, por una especie de ignorancia o inconsciencia de cuál es la función de quien gobierna los destinos de un pueblo y de la responsabilidad que le toca ante los ciudadanos y ante la historia. Los únicos partidos que de alguna manera mantuvieron una fisonomía política fueron, por ventura, aquellos que Bismarck persiguió y quiso extirpar, el centro católico y los socialistas, que poseían una fe y una idea propia, no obedecían al ceño de los gobernantes y no decayeron a la simple condición de representar en el parlamento los intereses de la agricultura y de la industria, o de uno u otro ramo de la industria.

La persecución de Bismarck contra los católicos se ha relacionado con el peligro

que en ellos percibía como sobrevivientes del partido austríaco y antiprusiano en Alemania, a los estorbos que le provocaban o podían provocarle merced al clero católico de la Posnania, a sus relaciones con el partido güelfo o hannoveriano y a su obediencia respecto a la potencia extranacional que era el Papado, por lo cual, aun antes que los legitimistas franceses, pretendieron forzar una intervención militar del nuevo imperio para reinstaurar en Roma el poder temporal. Pero tal vez ninguno de estos motivos, y tampoco todos ellos conjuntamente, justifiquen la forma que asumió la represión bismarckiana, a menos que se añadan la ira, mala consejera, y la embriaguez que acompaña a la omnipotencia y que termina por no dejar ver los límites que ésta tiene en la naturaleza misma de las cosas. En diciembre de 1871, Bismarck quiso que se incluyese en el código penal un apartado especial que se refería al abuso del púlpito con finalidades políticas; abolió la sección para asuntos católicos del ministerio prusiano y presentó un proyecto de ley para la vigilancia de las escuelas católicas; en 1872 disolvió las casas de los jesuitas y congregaciones afines y expulsó a los jesuitas no alemanes; con las leyes de mayo de 1873 prescribió la frecuentación de las universidades para la preparación de los eclesiásticos católicos, y, para su nombramiento, la presentación de los nombres ante los cuarteles de las provincias; creó un tribunal real para los asuntos eclesiásticos y reguló el derecho disciplinario y correccional de la Iglesia; en 1874 estableció la obligatoriedad del matrimonio civil, extendió a todo el Imperio la ley prusiana sobre el estado civil y se encargó mediante ley de la relegación o expulsión de los eclesiásticos que, habiendo sido depuestos, continuaban sin embargo en las actas de su función; en 1875 borró de la constitución prusiana los artículos sobre la libertad de la Iglesia, quitó a obispos y párrocos los subsidios del Estado a menos que se sometiesen a sus leyes y decretos, abolió todas las órdenes y congregaciones, salvo las que se encargaban de cuidar a los enfermos; en 1876 presentó una ley acerca de la propiedad eclesiástica. Pero los católicos, ante esta recia lluvia de leyes y medidas contra su Iglesia, cerraron filas alrededor de su clero y de sus obispos, que se dejaron deponer y perseguir sin ceder jamás, mientras se acrecentaban las asociaciones católicas y la prensa católica adquiría nuevo ímpetu y mayor difusión; mientras tanto, desde Roma, el papa protestaba, denostaba y condenaba. Bismarck perdió la cabeza hasta tal extremo que pidió al gobierno italiano explicaciones por las palabras y acciones del papa, que, libre en el interior del Vaticano, él no podía doblegar y mantener a raya como, en otros tiempos, habría podido hacerlo con un navío o un desembarco en Civitavecchia; y no solamente encontró que no había lugar a respuesta por parte de los hombres de Estado italianos, sino que topó con la sonrisa de éstos ante el arrebatado e inexperiencia con que había entrado en una riña con los curas, a quienes hay que tratar de otra manera. Efectivamente, poco a poco se dio cuenta él mismo de que se había metido en un callejón sin salida; y, mientras la reflexión seguía a los impulsos de la ira y a la prepotencia, no solamente habían desaparecido las razones de su primitiva alarma contra los católicos austriacantes, hannoverianos, polacos y papistas,

sino que el mismo canciller empezó a tener necesidad de la ayuda del centro católico para unirla a la de los conservadores alemanes a causa de la ruptura que proyectaba llevar a cabo apartándose de los nacional-liberales, de los que hasta entonces se había valido. De manera que el que había declarado que jamás iría a Canossa, fue a Canossa y entabló negociaciones con el nuncio; después, en 1882, volvió a llamar a casi todos los obispos depuestos y mitigó las leyes que había promulgado, y desde entonces, paulatinamente, a lo largo de una década, desapareció toda aquella legislación de guerra, sobrándole apenas algún fragmento como el estado civil y la abolición de los artículos que se referían a los católicos en la constitución prusiana de 1850; y así se ofreció claramente la demostración de la inutilidad e inasequibilidad del fin que toda aquella persecución había pretendido obtener. Bismarck dijo entonces que la cuestión de principio seguía sin resolver y que «la antiquísima lucha entre los curas y el rey no había llegado en Alemania a una conclusión final», dado que sólo en esos términos anticuados de autoridad real y autoridad eclesiástica él lograba concebirla. Pero había permitido, en cambio, que los complacientes profesores prusianos la adornasen con el nombre de *Kulturkampf* o «lucha por la cultura», una denominación que los católicos tradujeron sarcásticamente en la de «lucha contra la cultura»: y no iban del todo descaminados, porque forzar las conciencias mediante la violencia no es cultura; y, por otra parte, en Alemania, país pluriconfesional en el que los católicos son poco más que un tercio de la población, y país de floreciente cultura en el que es grande la autoridad de la ciencia y de la crítica, no había necesidad de emprender una áspera guerra ex profeso en favor de la cultura.

Un *Kulturkampf* más genuino se combatía en aquel entonces en los países católicos, una lucha que hacía más de un siglo habían emprendido sus monarquías absolutas, que gradualmente desvincularon al Estado de vínculos y sometimientos teocráticos, proseguida por los gobiernos liberales con la conciencia (que no podía darse en aquellas monarquías) de la verdadera cualidad del conflicto, que tendía a sustituir una cultura por otra, un pensamiento por otro, o, como podemos aquí decir, una religión por otra religión. En este trabajo de sustitución estaba excluida la violencia, no solamente por su reconocida labilidad e ineficacia en los asuntos espirituales, sino por el principio de libertad asumido, que convenía mantener firmemente a toda costa, incluso con temporáneas cesiones frente al adversario y temporáneas aceptaciones de su dominio. Sin duda, no siempre eran suficientes la libre discusión y la propaganda, porque los obstáculos que interponían grupos sociales y alianzas, que la Iglesia establecía con las fuerzas de la ignorancia y la rudeza, en ocasiones imponían la necesidad de pasar al campo de la acción más directamente práctica y política. También en ello hacía falta gran delicadeza y prudencia para no arrancar lo bueno con lo malo, o partes y semillas de bien, como se ve claramente, por dar algún ejemplo, en las dificultades que se refieren a la enseñanza religiosa en la escuela elemental, donde, introduciendo una enseñanza

totalmente laica e iluminista se corre el riesgo, en ciertos casos, de entrar en estridente contraste con la enseñanza familiar y materna de los niños y perturbar la autoridad de los progenitores; o las dificultades alrededor del divorcio, donde las resistencias de carácter confesional se unen, o se alternan, con otras debidas a reverencia hacia la institución familiar y a la noble exigencia de poner freno al egoísmo excesivo e individualista, incluso al precio de sacrificios de la felicidad individual; y lo mismo dígase, en general, por todo lo que atañe a costumbres populares más o menos supersticiosas y fanáticas, que se deben en cada caso corregir y respetar, prohibir y dejar pasar. En ciertos casos particulares no se excluye la acción rigurosa y radical; pero, a fin de que ésta logre su finalidad, es necesario que la parte adversaria, con descaro y sus ofensas al sentimiento moral, haya trabajado en la preparación de las condiciones favorables que justifiquen su uso.

Este proceso, que se llamó de «laicización», podía observarse en aquel tiempo en Italia, que, a lo largo de su formación como Estado unitario y liberal, había arrebatado el poder temporal (que los mejores entre los católicos ya no defendían y, a causa de las actitudes asumidas por el gobierno papalino, convertido en objeto de universal vilipendio) y había llevado a término a las reformas que todavía no habían perfeccionado las viejas monarquías o ante las que éstas se habían detenido: abolición del foro eclesiástico y de otros privilegios del clero, supresión de conventos y monasterios e incautación de las propiedades eclesiásticas, exclusión de enseñanzas teológicas en las universidades y así por el estilo, al tiempo que modernizaba cada vez más la educación y la cultura. En todo esto Italia se vio favorecida por la resolución, entre despechada y esperanzada, que asumió la Iglesia católica, de apartarse, juntamente con sus fieles, de la vida pública italiana, prohibiendo a los católicos ser electores o elegidos en los comicios políticos y permitiendo su participación solamente en las elecciones municipales y en las administraciones locales: cosa esta que impidió la presencia de un partido católico o clerical en la Cámara italiana, capaz de pesar en los cálculos de los políticos por sus votos otorgados o negados a los ministerios, y permitió avanzar con mayor soltura tanto en las relaciones con la Santa Sede, que se mantuvieron dentro de los términos de la ley llamada «de las garantías», como en todas las medidas sobre materia eclesiástica o referidas a la educación e instrucción públicas. Tardíamente en sumo grado después de más de treinta años, perdidas las esperanzas de la disgregación del Estado italiano o su abatimiento por obra de las armas extranjeras (esperanzas que Pío IX y, más todavía, León XIII, habían largamente alimentado), una vez vista como definitiva y evidente la derrota que le había correspondido al Papado en este aspecto, con el hecho de la visita que el presidente de la República francesa Loubet efectuó a Roma (1904), el nuevo papa Pío X entabló acuerdos oficiosos con el gobierno italiano y anuló la prohibición planteada a los católicos, entre los que algunos diputados aparecieron en la Cámara, aunque todavía sin constituirse en partido político. Durante los últimos cuarenta años se había llevado a cabo un gran trabajo y se mantenía como

base firme: el espíritu crítico se había robustecido y difundido, y la superioridad del pensamiento y el saber laicos se había vuelto tal que los mismos clérigos frecuentaban las universidades del Estado para prepararse debidamente con vistas a las indagaciones de la ciencia y a la enseñanza. Decaído el clericalismo, tampoco el anticlericalismo hallaba terreno favorable y se limitaba a batallar de manera baja contra el bajo clericalismo; y parecía que se pudiese aguardar la sucesiva extensión de la cultura laica del plácido curso de las cosas, de las acciones que se llevaban a cabo y de los libros que se escribían y todo el mundo leía, que no eran, por cierto, los libros de los curas.

Más largo y minucioso trabajo sostuvo y mayores esfuerzos hubo de realizar Francia, porque los clericales, que durante el segundo Imperio habían dominado a voluntad largamente, en los primeros años de la tercera República, cuando consideraban inminente una restauración legitimista, se comportaron como si ya hubiesen vuelto a los tiempos de Carlos X, celebrando una orgía de procesiones y peregrinaciones, protestando a favor del papa contra Italia y su legislación eclesiástica, y pidiendo una guerra para restituirle Roma. Ello fue tolerado o favorecido, siendo presidente Mac Mahon, cuando De Broglie reprimía las opuestas manifestaciones anticlericales y antitemporalistas y prohibía, llamándolas «escenas impías», las exequias puramente civiles. Muchos obstáculos al establecimiento de la República parlamentaria provinieron de los clericales, que incitaban a Mac Mahon a efectuar un golpe de Estado: este último tenía a monseñor Dupanloup como consejero para asuntos religiosos y eclesiásticos. De tal suerte, la consolidación de la República parlamentaria y la lucha contra el clericalismo avanzaron conjuntamente, y en 1875 Gambetta volvió a lanzar la consigna, que ya había resonado diez años atrás de que «el clericalismo es el verdadero enemigo», y a partir de entonces los radicales pidieron la separación de Estado e Iglesia, y, mientras tanto, en 1877 la Cámara votó un orden del día imperativo contra las manifestaciones ultramontanas. En 1879 siguieron los decretos para la disolución y dispersión de los jesuitas y de las congregaciones no autorizadas; en 1881 la enseñanza elemental, que por efecto de la ley Falloux permanecía en manos de los frailes y las monjas, fue laicizada y se convirtió en obligatoria y gratuita, y, al mismo tiempo, se instituyó la enseñanza laica para las jovencitas; en 1882 se declaró la «neutralidad» de la escuela, que sin duda era un «mito» (como advertía Simon), pero, precisamente, un mito del pensamiento y de la crítica en sustitución de la revelación y el milagro; en 1886 se prescribió que el personal de la enseñanza tenía que ser laico. De nada sirvió, para impedir que se avanzase en esta vía, que por consejo del cardenal Lavignerie el papa León XIII reconociese la República, abandonando a sus antiguos aliados legitimistas, porque, con todo ello, no se logró el intento que el pontífice acariciaba de «*accepter la constitution pour changer la législation*». La catástrofe se precipitó a causa de la batalla que los católicos libraron contra la República sobre el asunto Dreyfus y de la actitud que en dicha ocasión asumió la Curia romana. Esa hipócrita ferocidad, en la



que parecía volver a oír en boca de los curas la frase de Caifás «*Expedit ut unus moriatur homo pro populo*» inflamó de desdén al mundo civilizado; esa furia clerical bajo la máscara patriótica y nacionalista abrió los ojos a los republicanos: por lo cual, una vez derrotados los antidreyfusianos, se disolvió la congregación de los Asuncionistas, que, con su periódico *La Croix* habían sido los más desvergonzados en aquella campaña, e inmediatamente después se propuso la ley contra las congregaciones, que, entre otras cosas, por los métodos educativos que utilizaban, dividían entre sí a los franceses, contraponían la juventud que educaban a la otra que educaba el Estado: las «*deux jeunesses*», como las llamó Waldeck-Rousseau, debilitando así la unidad moral del pueblo francés. A través de la Cámara, la ley se volvió más severa y severamente fue puesta en ejecución; pero más o menos un año más tarde, habiéndose agudizado el desacuerdo con la Santa Sede y habiendo suprimido Francia su embajada ante el Vaticano, se llegó directamente a la separación de Estado e Iglesia (1905), se abolió el concordato de 1801, se declaró aconfesional el Estado, se reconoció igual libertad de conciencia y de culto a todos los ciudadanos, se suprimieron los subsidios a un culto particular por parte del Estado y de los municipios y se asignó la propiedad eclesiástica a las instituciones de beneficencia locales, dejando para uso de asociaciones de culto que habían de constituirse los edificios eclesiales y las viviendas de obispos y párrocos. Los católicos franceses, y, por último, la propia Iglesia de Roma se adaptaron a lo inevitable, que su propia culpa había provocado y vuelto persuasivo, y tan sólo buscaron y consiguieron en los años siguientes no constituir asociaciones del tipo que había establecido el Estado, sino otras que se llamaron «canónico-legales», que, a decir verdad, cuadraban mejor dentro del concepto liberal de la separación.

En Francia y en Italia había en el espíritu público fuerzas que favorecían este movimiento de reforma y de legislación; mas no las había, o las había menos, en otros países, como España, en la que sólo en 1910 se tuvo el principio de un conflicto con el Vaticano acerca del concordato. De distinta manera que en España, en su vida pública Bélgica proseguía una marcha totalmente popular y parlamentaria; pero la población era allí en su gran mayoría católica y sumamente batalladora en defensa de la fe tradicional, y los liberales no podían cambiar ese estado de cosas ni apartarse del método liberal para aferrarse al método jacobino, con el cual, por otra parte, sabían que no lograrían cambiarlo en su carácter intrínseco. Así ellos durante largos años llevaron la peor parte en la lucha impar, señaladamente en la cuestión de la escuela, que era el punto sustancial y, al mismo tiempo, el símbolo de toda la situación. Durante un período, entre 1878 y 1884, habían podido mantenerse en el gobierno e imprimir a la escuela una orientación laica, poniéndola bajo la vigilancia del Estado, excluyendo del horario escolar la enseñanza religiosa y dando preferencia a los alumnos que se habían instruido en las escuelas estatales respecto a quienes lo habían hecho en las privadas y católicas. Pero con ello atrajeron los rayos de la Iglesia de Roma, y, cosa más grave, chocaron con una fortísima resistencia por parte del país

mismo, agitado sin tregua por los católicos contra el gobierno; y al volver éstos al poder, que mantuvieron durante un cuarto de siglo, se apresuraron ante todo a deshacer la obra escolar de los liberales. Y no sirvió para removerlos en 1893 la extensión amplísima del sufragio, sino que, al contrario, en las elecciones convocadas sobre dicha base resultaron más numerosos y fuertes, quedando el partido liberal casi aniquilado; y en 1895 una nueva reforma de la escuela impuso la obligación de la enseñanza religiosa, dio medios para ejercer presiones sobre los jefes de familia y logró extender por todo el país las escuelas clericales. Pesada era entonces en Bélgica la atmósfera espiritual, y no había lugar a renovarla o aligerarla dado que, a cada nueva elección, la aplastante mayoría católica volvía a mantenerse intacta e incluso el intento de los liberales de aliarse con los socialistas incrementaba en el campo el voto a los católicos. La introducción del sistema proporcional, en 1899, elevó un poco la suerte de los liberales; pero solamente más tarde la intensa agitación que emprendieron en 1911, junto con los socialistas, para la obligatoriedad de la enseñanza, desembocó en una transacción que fue la ley escolar de 1914.

Esta resistencia del pensamiento y de las costumbres confesionales incluso en el ámbito del Estado liberal se veía en otros pueblos, aunque no con la forma destacada y con las victorias de las que pudo alardear en Bélgica. ¿Sería algún día posible que la nueva y laica religión empapase todos los estratos sociales, y hasta las plebes rurales, tradicionalmente «paganas», retrógradas y retrasadas? ¿O convenía acaso proponerse como única finalidad, o como finalidad próxima, compenetrar de ella a la clase dirigente volviéndola más coherente y segura, firme y ágil, y resignarse a dejar las plebes, o el vulgo que a menudo no es plebe, en su provisorio o definitivo paganismo? El trayecto de la esperada disolución, purificación y recomposición religiosa mostraba ser más fatigoso y lento que lo que habían creído los iluministas y jacobinos; y, sin embargo, no convenía apresurarlo y despacharlo con impaciencia, porque con esa modalidad jacobina nada se conseguiría, o se empeorarían las cosas. La civilización moderna tenía ante sí vía libre y a ella le correspondía ahora potenciar sus propias fuerzas en leal competencia con la vieja fe; y el peligro de una reacción católica similar a la de la Contrarreforma no podía sino considerarse fantástico, al faltarle todas las condiciones reales, además de carecer de una España que le proporcionase el soporte de sus armas y de su política como había ocurrido en el siglo XVI (aunque, por añadir aquí la amenidad de una anécdota, el último rey de España, Alfonso XIII, al acudir a Roma, evocando el pasado, ofreciese al papa su espada en defensa de la santa causa). También el concepto que algunos se habían forjado acerca del poderío internacional del Papado tenía que considerarse exagerado: demasiados vínculos estrechaban los católicos de los distintos países con sus Estados y con sus partidos, que en el ámbito de dichos Estados vivían y actuaban; de tal suerte quedó claro que los católicos alemanes defendieron contra Bismarck más bien su propia causa que la del lejano papa; los italianos observaron durante algún tiempo y en determinados sitios la abstención de las urnas políticas que se les había ordenado,

pero, más generalmente, cuando la pereza y la indiferencia los vencieron, votaron por los diputados que mejor correspondían a sus intereses o que contaban con su amistad y admiración; los católicos franceses, cuando León XIII hubo deliberado el «*ralliement*» con la República, se escindieron y le obedecieron mal; los irlandeses no prestaban oídos a las advertencias y expresiones moderadoras del papa sobre las acciones terroristas con que acompañaban su protesta nacional; los alemanes de Austria, cuando el clero católico empezó a sostener el elemento checo contra el alemán, reaccionaron en 1897 con el grito de «*Los von Rom!*», apartarse de Roma y miles de ellos abandonaron la Iglesia católica. La gran fuerza de esta Iglesia residía en la determinación e invariabilidad de sus dogmas y de su disciplina, que le brindaba la ventaja (y, al mismo tiempo, la desventaja) de quien se mantiene quieto respecto a quien se mueve, y, al moverse, avanza, sí, pero también cae y ha de volver a levantarse. Los intentos de reforma en el seno mismo del catolicismo, como el que vale por todos porque fue relativamente el más importante de todos, el de los «viejos católicos» en Alemania, que no reconocían el nuevo dogma de la infalibilidad papal, se proponían regresar a la Iglesia del siglo VII y querían prescindir del celibato de los curas, así como otras cosas parecidas, pronto se marchitaron y murieron, como todo lo que es híbrido. Y cuando, entre finales del siglo pasado y principios del presente, entre los católicos más cultos surgió con ímpetu, bajo la eficaz influencia de la filosofía e historiografía laicas, el llamado «modernismo», es decir, el contradictorio pensamiento de abrir el catolicismo a la crítica histórica sin dejar de conservar la unidad y tradición de la Iglesia, la autoridad del pontífice y la forma dogmática, eludiendo el protestantismo y sosteniendo aborrecerlo, la Iglesia se defendió firmemente y con gallardía en sus viejas y bien aprovisionadas trincheras, y, condenado por fin el modernismo con la encíclica *Pascendi* (1907), lo extirpó y echó a las llamas, aunque esta defensa y esta victoria le costasen perder buen número de los ingenios mejor adoctrinados y elegantes que poseía. Pero dicha pérdida era mucho menos grave que la pérdida de su propia razón de ser, que inevitablemente se produciría si hubiese cedido o pactado de la manera que fuese.

Al igual que en la lucha contra los católicos, Bismarck fracasó en la todavía más violenta que emprendió contra los socialistas alemanes, comprobando, también en este caso, la ineficacia de los sistemas y métodos autoritarios y la escasa fortuna de su propia política cuando se ejercía en otro campo que no fuera el de las competiciones con los Estados extranjeros. La propaganda socialista que cada vez más se extendía entre los obreros alemanes, el gran número de sus periódicos, el aumento de los votos que se otorgaban en las elecciones a los candidatos socialistas (y que en las de 1877 llegaron a casi medio millón) lo alarmaron y lo estimularon en su natural disposición a recurrir a medios policíacos y de guerra; por lo cual, tras haber intentado en vano lograr que la asamblea parlamentaria aceptase el endurecimiento de algunos artículos del código penal, aprovechando dos atentados contra el emperador que se habían producido en 1878 (exagerando su importancia y alterando su significado político),

tras disolver el parlamento y convocar nuevas elecciones hizo votar en octubre de 1878 la ley de excepción anteriormente rechazada, mediante la cual se prohibieron asociaciones, reuniones, prensa de carácter socialista o comunista, a más de la facultad de inhibir que viviesen en determinados centros los que estaban considerados como agitadores, cerrar tabernas, librerías y locales similares en los que se reuniesen los socialistas y promulgar el pequeño estado de sitio en los lugares donde la tranquilidad pareciese amenazada por éstos. Pese al desconcierto que, de buenas a primeras, estas prohibiciones y sus severas sanciones engendraron, los miedos, las retractaciones y la vileza de las denuncias que siguieron, en la práctica los socialistas mantuvieron sus huestes, trasladando a Suiza sus periódicos y marchándose al extranjero sus cabecillas; y, aunque en las elecciones de 1881 los votos a los candidatos socialistas bajasen a poco más de trescientos mil, en 1884 ya habían superado ampliamente el medio millón y en 1887 llegaban casi a ochocientos mil. La ley de excepción, que valía para un año y medio, se extendió prorrogándola a lo largo de doce años; y Bismarck, que no tenía intención de modificar su método de gobierno, no tenía otra opción que volverla más rígida y severa o recurrir directamente a un golpe de Estado y quitar el derecho al voto a los socialistas; y esta opción desesperada, a la que por último se aferró, fue, como ya hemos dicho, la ocasión de su caída, de manera que se podría decir que desapareció del escenario político por obra de los socialistas. A éstos no les cerró el camino, sino que se lo allanó, y desde entonces en adelante su representación política en el parlamento alemán se fue acrecentando hasta convertirse en 1912 en su sector más importante, con ciento diez diputados; mientras, algunos socialistas aparecían incluso en la semifeudal cámara prusiana, particularmente elegidos por la población de Berlín; y después de Bismarck no se intentó sofocarlos o dispersarlos en los hechos, aunque el emperador Guillermo II, entre 1893 y 1895, meditase llevar a cabo él aquel golpe de Estado que a Bismarck le había rehusado, y de ello hablase con los hombres de su confianza e hiciese presentar al canciller Hoenlohe, en 1894, una *Umsturzvorlage*, un proyecto de ley contra la subversión, que el parlamento rechazó, y en 1899 se propusiese otra ley contra las huelgas y contra las presiones que los huelguistas ejercían sobre los no huelguistas. Frente al movimiento socialista, Bismarck, que conocía y practicaba el método negativo y represivo, mas no tenía confianza en el positivo, que era el de la libertad, utilizó como único método positivo las leyes sociales que hubieran tenido que quitar fundamento y estímulo al socialismo al satisfacer las legítimas necesidades de las clases obreras; y así se debieron a él, en 1883 la caja para los obreros enfermos, en 1884 el seguro contra los accidentes de trabajo, en 1889 el seguro de la vejez e incapacidad, que dieron impulso a la legislación social en toda Europa, pero que fueron, bajo otro aspecto, una prosecución más activa de todo lo que se había emprendido en Inglaterra cincuenta años antes, por no referirnos a épocas más antiguas, ya que esa clase de leyes no se desconocían ni siquiera en las viejas monarquías absolutas. Y, por más beneficiosas que fuesen, el

espíritu conservador-autoritario que las inspiraba no era adecuado para suscitar en los obreros si no desconfianza, como cuando se concede lo que no se ha pedido para no conceder lo que se ha pedido, y se provee a la satisfacción de algunas exigencias del cuerpo para adormecer los ánimos y debilitar la voluntad: además de eso, se sentía que aquellas medidas eran en gran parte efectos de la acción del socialismo, que las había impuesto o había hecho que se pensase en ellas con su presencia y con su amenaza tácita o expresa.

El socialismo, si se prescinde de las utopías que se le adhieren sobre redenciones o sobrehumanas ascensiones de la humanidad merced a una revolución puramente económica, y, por lo tanto, material o materialista, y se lo contempla directamente en su realidad efectiva, es un movimiento de ascenso o de empuje que se da al ascenso de aquellos estratos sociales, de aquellas muchedumbres que se habían mantenido, en la vida pública, más bien pasivas que activas; y, en cuanto movimiento ascensional, es social y no antisocial, histórico y no antihistórico, y por eso no se lo puede reprimir y domar, casi como si fuese un desenfreno bestial, mediante el contraataque de la violencia, ni aplacarlo y curarlo mediante la caridad o la beneficencia, casi como si fuese una enfermedad. Y, dado que dicha ascensión implica que aumente el número de ciudadanos que participan en la cosa pública y se ocupan de ella, y que la clase dirigente se encamine y se enriquezca con el aporte de hombres nuevos, de nuevas pasiones y capacidades, el socialismo tiene carácter altamente político. Verdad es que, disipados los engañosos espejismos y abandonadas las correspondientes falsas teorizaciones, entendido el socialismo en esta su eficaz realidad de forjador de nuevos ciudadanos y renovador de la clase dirigente, su acción demuestra no ser intrínsecamente diversa de la de otras de adelanto humano, de toda otra obra ética y política, y, como todas esas otras, perteneciente al mundo de la libertad. Socialismo sin libertad, o no llevado a efecto gracias a la libertad, no es verdadero socialismo; y, sin hablar del que a veces simuló su apariencia para labor de monarcas absolutos que acariciaban y excitaban a las plebes a fin de evitar el ascenso de la burguesía, es decir, la clase culta, peligrosa para ellos, genuino socialismo no podía ser tampoco el otro, que se llamó «católico», ni el otro más que se dijo «de Estado», ni el que era afín a éste y que, poco después de 1870, se formuló y afirmó en Alemania en la Asociación para la política social, merced al celo de científicos y profesores que fueron objeto de mofa con el nombre de «socialistas de la cátedra». Este último socialismo (por valernos de una expresión utilizada por Goethe para asunto muy diverso) era bueno «*zu begleiten*» pero no «*zu leiten*», para acompañar y no para guiar, para estudiar y proponer medios técnicos e instituciones adecuadas, no para despertar y educar el alma política de los obreros; y el «de Estado» servía para dicha finalidad solamente cuando no era de un Estado conservador o reaccionario, sino que respondía a la acción popular; y el católico o cristiano también caía fuera de la política, y vacía de pensamiento político se mostró la encíclica de León XIII *Rerum novarum* (1891) de infeliz recuerdo, que por adulación recibió el nombre de «carta

cristiana de los trabajadores». Los demócratas católicos, que en Bélgica, tal vez antes que en cualquier otro país, se separaron de los viejos partidos católicos como «jóvenes católicos», y que, en otros sitios y durante los años siguientes recibieron el nombre de «populares», repetían, respecto al socialismo, la misma táctica que había sido la de los clericales respecto al liberalismo, apropiándose de gran parte de las exigencias y también de los medios de este último para dirigir los efectos a una mayor potencia o por lo menos a una conservación de la potencia de la Iglesia; salvo el caso, que también se dio, de los que fueron cobrando más directo y profundo interés por el socialismo, y, por su implícita democracia o libertad ante la Iglesia misma, se acercaron a los modernistas, modernistas ellos mismos en el campo político.

Ahora bien, precisamente por la pertenencia del socialismo genuino y efectivo al mundo de la libertad, la medida de su progreso está dada por su labor en provecho de la libertad, incluso si no tiene conciencia de ello o si la adquiere tardíamente o sólo en algunos de sus apóstoles. ¿Qué importa que Lassalle creyese en la conquista del poder por parte de los trabajadores, que pondría fin a la esclavitud del asalariado brindando a todos justicia y bienestar, y cavilase la correspondiente acción política sobre la pretendida ley «de bronce», que era un esquema económico abstracto y no una realidad histórica y humana? ¿Y qué importa que Marx (que en 1867 publicaba el primer volumen de su *Capital*, que tanto le había costado) propusiese una incorrecta teoría de la plusvalía y una aún más incorrecta ley sobre la caída tendencial de la tasa de interés y una grosera interpretación de la historia humana? En la práctica y en la realidad, lo cierto es que Lassalle, entre 1862 y 1864, puso en marcha y en dirección el movimiento obrero en Alemania y fundó la Asociación general alemana de los trabajadores, exigiendo al mismo tiempo el voto universal y secreto que los trabajadores necesitaban para ascender socialmente: sufragio que, conseguido después por obra de Bismarck, quien lo instituyó para sus propias finalidades e imitando en ello a Luis Bonaparte, aquéllos dirigieron a sus propios fines y contra el propio Bismarck, y ya no fue posible privarlos de ese logro. Marx, por su parte, por medio de la Asociación mundial de los trabajadores fundada en Londres en 1864 y que vivió entre muchas vicisitudes a lo largo de diez años, y, sobre todo, por medio de las doctrinas que introdujo en ella (aunque moderándolas al principio, por astucia de compromiso, con diversos conceptos que él despreciaba como prejuicios de justicia y libertad), enarboló una bandera alrededor de la cual en Alemania se aglutinó otra asociación obrera. Y estas dos asociaciones, de lassallianos y marxistas, tras haber pugnado durante muchos años y tratado de suplantarse recíprocamente, se vieron llevadas a unirse a causa de la fuerza de las cosas, en 1875, en el congreso de Gotha, transigiendo en torno a las tesis doctrinarias, combinando las lassallianas con las marxistas, pero dando vida a un compacto partido obrero alemán. Éste empezó a enviar sus diputados al parlamento del imperio: dos en 1871, nueve en 1874 y doce en 1877; y excitó la reacción de Bismarck a causa de este creciente número de

diputados y de votos otorgados a los candidatos socialistas. Superada esta reacción, a lo largo de la cual, sin embargo, el socialismo había ganado las leyes sociales, al finalizar dicho enfrentamiento consiguió también una victoria moral, porque el nuevo emperador (aunque bien pronto había de cambiar su estilo) empezó entonces a halagar a los obreros y sus reivindicaciones, afirmando solemnemente ante el mundo la gravedad y urgencia de la cuestión social y la necesidad de prepararse para resolverla animosamente «con el corazón caliente y la cabeza fría», y dijo que sería ésa «la segunda gran obra de Alemania después de la Reforma»; por el momento, había convocado en Berlín una conferencia internacional sobre los problemas del trabajo. A esas alturas las insurrecciones obreras, como los combates en las calles de París de junio de 1848, se convertían en un recuerdo lejano; la *Commune* de 1871 no había inaugurado una nueva era al mostrar cómo se conquistaba y ejercía la dictadura del proletariado contra la burguesía, según gustó a Marx transfigurarla por razones de propaganda y según se presentó en la imaginación temerosa de los propietarios y de la tímida gente tranquila; los socialismos del pasado carecían de la fuerza propulsiva del ejemplo o fuerza actual de premisa, e iban ocupando su sitio en la hagiografía o leyenda dorada del partido, venerados sus autores con el nombre de «precursores»: desde Platón y el cristianismo primitivo, el medieval de *fra* Dolcino y el semimedieval de Thomas Münzer y Juan de Leiden, hasta Owen, Saint-Simon y Fourier, quedando a estos últimos la etiqueta que Marx les había colgado de «utopistas». La nueva realidad era ahora la de los comicios electorales y las representaciones en los parlamentos, con todas las consecuencias que este hecho acarrearba, aunque se evidenciasen lentamente y no se percibiesen de buenas a primeras.

En el congreso reunido en Suiza en 1880 el socialismo alemán se separó definitivamente de los anarquistas, que algunos años atrás, encabezados por Bakunin, habían sido la causa principal de la disolución de la primera Internacional; y, por más revolucionario que profesase ser dicho socialismo, guiado por Liebknecht y Bebel, pareció y fue llamado, en comparación con el anarquismo, «moderado». En verdad, con aquella expulsión del anarquismo, el socialismo se desprendía, sin percatarse de ello, del comunismo; porque ¿qué había sido el anarquismo de Bakunin y otros como él, sino el extremo opuesto del comunismo abstracto y de la opresiva estatificación de Marx y los suyos, el abstracto individualismo correlativo: éste, negador y destructor de toda forma de Estado, y aquél, incluso bajo la fórmula del fin del Estado, ultraestatal y, más aún, dictatorial? Cada concepción estaba atada a la otra y vivía de ella; y, debilitada una, ideal y sustancialmente se debilitaba la otra y se veía forzada a incluir en sí paulatinamente, para darle la necesaria satisfacción, lo que había de legítimo en el individualismo, y, por lo tanto, orientarse hacia el liberalismo. Un paso siguiere hacia la necesaria conversión liberal del socialismo fue el congreso de Erfurt de 1891, el primero que se celebró tras cesar las leyes de excepción, durante el cual se elaboró un programa en dos partes: la primera, que criticaba los fundamentos de la

civilización existente y le contraponía, como ideal, la futura sociedad comunista, era de carácter ornamental; la segunda, que se llamó después «programa mínimo», contenía una serie de reformas prácticas que podían lograrse en la sociedad presente, y que, claro está, era la única parte de carácter político y actual, es decir, capaz de presentar y defender sus propias y particulares exigencias frente a los demás partidos, que de alguna manera las aceptarían moderándolas y en otros casos las rechazarían y postergarían, y, con el tiempo, las aceptarían más ampliamente y tal vez a todas ellas, y de tal suerte el socialismo aportaría una contribución positiva a la obra común de gradual progreso social. Y aunque el socialismo alemán siguiese afirmándose, además de revolucionario, conforme a la perorata final del *Manifiesto de los comunistas* y de acuerdo con la idea de la Asociación que Marx había inspirado y guiado, «internacional», se volvía cada vez más nacional, es decir, lasalliano. Guillermo II, cuando, contrariado en su expectativa, cambió de estilo respecto a los socialistas e invitó a su pueblo a la lucha por la religión, la moral y el orden contra el partido de la subversión, también amenazó en 1895 llamar a sus fieles súbditos para que apuntasen contra esos «*vaterlandslose Gesellen*», esos «socios sin patria» indignos de llamarse alemanes; pero, de hecho, el socialismo de los presuntos sin patria se casaba, por la fuerza de las cosas y por lógica, con el conjunto de la economía y de la política de Alemania: tanto es así que, para designarlo, más tarde se acuñó la palabra «socialpatriotismo». Y aunque, rudamente materialista en sus presupuestos teóricos, considerase cosa vil la religión, y, cuando no la veía como embuste de clase, útil para la burguesía, la rebajase, como en el programa de Erfurt, a «*Privatsache*», a asunto privado, dicho socialismo, que no podía atenerse a la vieja religión, se alimentaba de la nueva inconscientemente en sus profundidades, del pensamiento, de la crítica y de la libertad. Se empezó a tener cierta conciencia de ello cuando, después de 1895, en el seno del partido se sintió la necesidad de volver a meditar, someter a discusión, corregir o sustituir los presupuestos filosóficos del marxismo y se pensó en una tradición filosófica y ética diversa, la de Kant; y, al final, por lo que se refería propiamente a la doctrina política, la herejía irrumpió por boca de un viejo y largamente ortodoxo marxista, Bernstein, que dio la palabra de orden: «Lo que se llama el objetivo final (la sociedad comunista que produce la abolición del Estado) es nada, pero el movimiento lo es todo»: el movimiento, es decir, la progresiva y concreta obra de la libertad, la cual, por querer todo otro fin particular, se quiere ante todo a sí misma. Del Marx de varios significados y con ideas apocalípticas e ideas históricas evolucionistas alternativamente, que oscilaba entre el culto a la autoridad o potencia y el de la libertad en la sociedad humana, se dieron interpretaciones democráticas y también historicistas, haciendo notar que él nunca había sostenido la absoluta superioridad del socialismo sobre el capitalismo, y que siempre había hecho depender de circunstancias determinadas la superioridad de un ordenamiento económico. La figura de los socialistas, cuyos razonados discursos se oían en los debates parlamentarios y cuyos artículos se leían en periódicos y revistas,



se había vuelto familiar y ya no daba estremecimientos como la vaga y misteriosa figura del «intemacionalista», del que se hablaba veinte años atrás y se confundía con el «nihilista», apóstol de la destrucción universal, armado de bombas. Pese a la teórica intransigencia que se afirmaba en las deliberaciones de sus congresos, en la práctica, la colaboración y el reformismo llevaban las de ganar. En 1913, en el campo opuesto, el secretario de Estado Delbrück, aun admitiendo que todavía podían ocurrir cosas desagradables en la vida parlamentaria a causa del sufragio universal y de las discordias entre los partidos llamados burgueses, reconocía abiertamente que «el socialismo ya no era revolucionario, salvo en los extremistas e histéricos de los opuestos partidos». Esta «liberalización» o «democratización», como ya de buena gana se decía del socialismo, se veía confirmada por la formación de nuevos grupos, al margen, por todas partes, aunque poco importantes, de hombres de temperamento revolucionario, de los que más tarde derivaron los «espartaquistas», que tuvieron entre sus cabecillas un hijo del viejo Liebknecht. Pero cuando estalló la guerra europea, estos irreconciliables fueron rebasados por la mayoría del partido, del partido oficial; y en Alemania, como en Francia y en Bélgica, los socialistas también entraron a formar parte de las que se llamaron «sagradas uniones» de todos los partidos. El 4 de agosto de 1914 los socialistas alemanes declararon que acompañaban con cálidos votos a sus hermanos, llamados a tomar las armas, de todos los partidos, y que no se iban a separar de la patria en la hora del peligro.

El socialismo italiano siguió de cerca la marcha del alemán, porque, tras un primer período, entre 1870 y 1890, en el que fermentaron los residuos del anarquismo e insurreccionismo bakuniniano, mezclados con un evanescente mazzinianismo obrero, una vez recibidas al fin las doctrinas marxistas, se formó un partido que en 1892 también llevó a cabo el alejamiento de los anarquistas, tuvo diputados en la Cámara, dictó sus programas máximos y mínimos y se encarriló por las vías legales, aunque no pudiese ponerse contra los obreros y peones rurales cuando entraban en conflicto con la fuerza pública, y tampoco contra los desórdenes y revueltas debidos a condiciones locales, de Sicilia y sus «*fasci di lavoratori*» en los años que van de 1892 a 1894. El nuevo partido tuvo su período de persecución a consecuencia del papel de algunos entre sus dirigentes en los sucesos de Sicilia, y posteriormente en los tumultos de Milán en 1898; pero fue una persecución pronto acabada que dio lugar a las amnistías porque la opinión pública italiana estaba en su contra, y, por encima de los partidos políticos, manifestaba su simpatía por los procesados y condenados. Superado en el año 1900 el intento de restringir el régimen parlamentario y conseguido un aliento más amplio, por un lado la crítica científica, que en un país de antigua cultura y desprejuiciada inteligencia como Italia rápidamente había erosionado el sistema filosófico, histórico y económico del marxismo, y, por el otro, la repercusión de aquello que contemporáneamente estaba ocurriendo en Alemania, dividieron al partido socialista italiano en dos «tendencias»; la revolucionaria y la reformista, que establecieron una especie de compromiso en el congreso de Bolonia

de 1904, y otra especie de compromiso en el de Roma de 1906, hasta que en el siguiente congreso de Bolonia de 1908 se impuso netamente la tendencia reformista. Giolitti, presidente del Consejo de ministros, antes que Delbrück hiciese en Alemania la parecida observación, dijo ante la Cámara italiana que los socialistas habían «guardado a Marx en el desván» y se habían vuelto razonables; y, por su parte, trató de atraer a los más capaces entre ellos para que participasen en el gobierno. Tampoco en Italia los socialistas pudieron mantenerse internacionales y «sin patria»; y no solamente tuvieron su papel en la preparación belicosa del espíritu italiano contra Austria, sino que su mayor teórico y escritor, Antonio Labriola, propugnó empresas coloniales y la expansión industrial y comercial de Italia. Los temperamentos revolucionarios, cargados de desprecio contra el acomodaticio reformismo e impacientes ante la laxitud en que había caído el socialismo ortodoxo, se entregaron a la búsqueda de nuevas fórmulas en Italia, más acordes con su carácter: una de éstas la ofreció Sorel con su sindicalismo. Sorel comparaba el socialismo ideado por él al cristianismo primitivo, le asignaba la finalidad de una renovación de la sociedad desde sus más profundas raíces morales y por eso le inculcaba cultivar, como los primeros cristianos, el sentimiento de «escisión» de la sociedad circunstante, esquivar toda relación con los hombres políticos, encerrarse en los sindicatos obreros y alimentarse del «mito» de la huelga general. Era la construcción de un poeta sediento de austeridad moral, sediento de sinceridad, pesimista en lo que se refiere a la realidad presente, tenaz en la búsqueda en medio de ésta de una fuente oculta de la que brotase la fresca y purísima vena; y, puesta a prueba por la realidad, esa poesía suya pronto se desvaneció y ante sus propios ojos. Y se dio que al estallar la guerra europea el partido socialista oficial, que en el congreso de Reggio Emilia de 1912 se había separado del reformismo y había quedado indeciso entre tendencias moderadas y revolucionarias, no demostró tener ánimo a la altura del suceso, e, incapaz y también poco decidido a impedir la participación de Italia en la guerra, se mantuvo entre aquellos que están en suspenso, quedando fuera de la vida nacional y también de la internacional.

Menores impedimentos y trabas para confluir con el liberalismo tuvo el socialismo en Francia, porque la dialéctica marxista de la historia y de las clases, la teoría de la estructura y la sobreestructura y del mundo ideal como máscara de intereses económicos, el total apartamiento en que había que mantenerse respecto a los conceptos y sentimientos de los demás partidos, réprobos todos ellos por ser «burgueses», la necesidad al mismo tiempo de impulsar hasta el extremo las fuerzas productivas y la civilización burguesa con la intención de enviarla por tal camino hacia su destrucción y dar lugar a la conversión en lo opuesto, todas estas y parecidas cosas, aptas para un pueblo muy teórico y de complicadas teorías como el alemán, como arraigaban en el francés. La tradición revolucionaria del socialismo francés era la insurreccional de Blanqui, que con la toma de posesión de la sede del gobierno se proponía reformar la sociedad, legislando según la razón; pero las ejecuciones

militares y las deportaciones que siguieron a la *Commune*, los estados de sitio prolongados a lo largo de varios años, la prohibición que se impuso de difundir la Internacional, y, conjuntamente, el recuerdo de las reiteradas derrotas padecidas durante el siglo por los obreros sublevados, habían restado esperanza y empuje a aquella tradición. Cuando la República estuvo bien consolidada y se suprimieron los estados de sitio, se otorgó amnistía a los sobrevivientes de la *Commune* y se pudo volver a coger entre manos los problemas que afectaban a los trabajadores, ya los republicanos de extrema izquierda y los radicales habían incluido en sus programas políticos un apartado especial que se llamó «programa social» (reconocimiento jurídico de los sindicatos, restricción legal de las horas de trabajo, seguros para los trabajadores, y además también impuesto progresivo sobre la renta, redención de las minas y de los ferrocarriles, nación en armas, jueces elegidos y así por el estilo), más o menos como el que en Alemania se llamó «programa mínimo»; y por eso los socialistas encontraron en aquellos republicanos y radicales alianza y cooperación, bajo la condición de no insistir en la futura sociedad del comunismo ni en los demás conceptos del marxismo. Por lo tanto, junto a un grupo marxista (Guesde-Lafargue) que había fundado un partido obrero, se formó otro y más importante, alrededor de 1881, de socialistas que se denominaron «posibilistas» (Allemane y otros) porque se propusieron reclamar y obtener las reformas que fuesen en la práctica posibles en el momento presente. La colaboración en el parlamento y circunstancialmente también en el gobierno estaba implícita en un programa de tal tipo, y en 1895 Jaurès, elegido diputado, delineó un partido socialista parlamentario que se moviese de acuerdo con los radicales. Si el jefe del grupo marxista, Guesde, en los tiempos de Boulanger había declarado, según el estilo de aquella escuela, que la lucha entre dos partidos burgueses dejaba indiferente al proletariado, los nuevos socialistas tomaron en cambio muy animada parte, junto con los republicanos, a favor de la causa dreyfusiana, es decir, liberal y laica, contra los clericales, militaristas y reaccionarios. Después de aquella crisis, en 1899, un socialista, Millerand, llegó al gobierno junto con Waldeck-Rousseau, asumiendo el Ministerio de Industria y comercio: caso que perturbaba las construcciones de la escolástica marxista, y por ello condenado por el congreso o concilio de Dresde, y posteriormente, para no romper la unidad del partido (como se decía entonces) reprobado también por otras asambleas de Francia y por aquellos que de buena gana lo habrían aprobado como necesario para la defensa de la República amenazada y como prueba de la madurez del partido socialista para gobernar; todo lo cual produjo, por último, que el grupo socialista parlamentario y los independientes se apartasen del partido socialista francés. En las elecciones de 1902, en las que se libraba una pugna sobre el asunto de la disolución de las congregaciones y de la política religiosa, los socialistas entraron en la alianza de las izquierdas, que consiguió una estrepitosa victoria; y en 1906 Aristide Briand dejaba el partido socialista para formar parte del ministerio Sarrien, en tanto que al año siguiente otro socialista, Viviani, se convertía en el ministro de Trabajo.

Totalmente desdeñable fue luego la eficacia del marxismo en Inglaterra, pese a que Marx elaborase precisamente allí su doctrina y desde allí dirigiese la Internacional: la marxista Federación socialdemocrática, fundada por Hyndman alrededor de 1884, tuvo pocos seguidores. Apasionaron mucho, en cambio, las teorías de George sobre la nacionalización de la tierra, como era natural en un país donde la tercera parte del suelo pertenecía a la aristocracia, y en buena medida se destinaba a pastoreo, parques, cacerías y campos de juego. En Inglaterra nunca se intentó perseguir o suprimir el socialismo, ni hicieron falta pesados esfuerzos y muchas fatigas para ir asimilándolo al liberalismo, porque, desde el comienzo, los problemas referidos al trabajo encuadraron espontáneamente en el marco de la sociedad y de la política inglesas, y sobre ellos se atearon liberales y conservadores, dejando poco espacio para un específico socialismo fáctico. Liberal por su espíritu era el socialismo de los «fabianos» (1883), que, como su propio nombre indica, excluía las conmociones repentinas y radicales, y aconsejaba acompañar con la labor el desarrollo natural de las cosas, que se alejaba de la desenfrenada libertad de competencia y conducía hacia un ordenamiento social de la producción; y asimismo reformista y no marxista se mostraba el Partido independiente del trabajo (1893), mientras las asociaciones obreras se encargaban de lo necesario y realizable. Bernstein, que durante largo tiempo vivió en Londres, obtuvo allí ejemplo y estímulo para la reforma del marxismo y la democracia social en Alemania, gracias a lo que veía en Inglaterra, donde (según escribía en 1899) «ningún socialista responsable sueña todavía con una inminente victoria del socialismo por medio de una gran catástrofe, ni una rápida conquista del parlamento a cargo del proletariado revolucionario, y, en cambio, cada vez más el trabajo se traslada a los municipios y otros cuerpos administrativos autónomos: se ha perdido la costumbre de despreciarlos y por todas partes se han trabado mayores relaciones con el movimiento corporativo».

Parecidos aspectos y secuelas de sucesos, y análogo desarrollo de las cosas, se podrían mostrar, acerca del socialismo, en Bélgica, Suiza, Austria-Hungría, Holanda y países escandinavos, si, tras haber señalado este importante rasgo de la victoria ideal que sobre dicho socialismo consiguió poco a poco el liberalismo invitándolo e induciéndolo a entrar en su área, persuadiéndolo a trocar la escisión por la colaboración, despejándole la fantasía de las expectativas milenaristas y abocándolo al presente, rehaciéndole la mente para que pasase de materialista y simplista a histórica y humana, y si, tras todo ello, no conviniese observar la victoria que a su vez el socialismo consiguió en su propia transformación, que parecía, y no era, una sumisión. Se convirtió entonces el socialismo en el principal objeto de los estudiosos de la política y de los hombres políticos, y tuvo consigo la flor y nata de los ingenios juveniles y las generosas pasiones de esa edad: la misma literatura, la novela, el drama, la lírica, lo pregonaron. Un político inglés dijo: «Hoy, todos somos socialistas». Deliberadamente se iba al encuentro de ampliaciones del sufragio y de sufragios universales, para que las necesidades de los trabajadores hallasen sus

representantes y se introdujesen entre las demás necesidades de la sociedad castigando a los egoísmos de los empresarios laborales y de los ricos, y para que aquella clase social, con la acción de discutir, elegir, sindicarse, educase su sentido político y el sentimiento de responsabilidad: las leyes sobre la instrucción obligatoria y contra el analfabetismo, y a favor de las escuelas nocturnas y de los días festivos, las universidades populares y entidades parecidas, desmentían con los hechos que la «burguesía» quisiese mantener el pueblo en la «ignorancia», y dejaban en su vano mascullar a uno que otro reaccionario, más ridículo que odioso, que añoraba el perdido enclave del buen tiempo antiguo. Eran generales la disposición y buena voluntad para proponer, promover y aceptar medidas sociales, no ya y no tan sólo por intentos conservadores (elogiables, por otra parte, si tendían a la paz social y a salvar, como se decía, el patrimonio de la civilización común de los desastres y barbaries), sino como serio reconocimiento de un derecho. A las leyes bismarckianas de seguros para la vejez, enfermedades y accidentes de trabajo, que después de Alemania todos los Estados fueron progresivamente estableciendo, y a las muchas otras de carácter sanitario, siguieron, con variedad y con variado ritmo, en Alemania y en todos los demás Estados, leyes sobre la igualdad de obligaciones entre trabajadores y dadores de trabajo, sobre el trabajo nocturno prohibido o restringido para niños y mujeres, y regulado para todos los demás operarios, sobre la fijación de las horas semanales de trabajo y el descanso obligatorio, sobre la reducción de las horas diarias de trabajo, asunto sobre el que surgió, alrededor de 1890, la exigencia de que se limitasen a ocho, y ciertamente se redujeron mucho respecto a las catorce que anteriormente eran habituales en muchos talleres y fábricas (en Inglaterra, en tiempos de Disraeli, la cantidad de horas semanales se fijó en cincuenta y seis, y en Francia, en 1904, las horas diarias se limitaron a diez), así como otras leyes sobre el trabajo a domicilio, la preferencia que había de darse a las cooperativas de trabajo en la asignación de trabajos públicos, y así por el estilo. Las *trade unions*, los sindicatos, las confederaciones del Trabajo, las uniones profesionales, tuvieron reconocimiento jurídico; se instituyeron consejos del trabajo y secciones especiales en los ministerios, y, por último, directamente ministerios del trabajo. Vacilaba así aquella otra acusación, que se habría podido expresar en la frase de Tomás Moro, que el Estado sea una *coniuratio divitum*, o en la frase de Vico sentenciando que la *patria* es *res patrum*; y hubieran debido vacilar y caer las más recientes teorizaciones sobre la «lucha de clases» y sobre la clase dirigente como «clase burguesa», tendente sólo hacia sus propios intereses y atrincherada contra los trabajadores. Esa presunta «burguesía» antisocialista, que en realidad era la imparcial cultura, generadora de nuevas formas de vida, que, tal como había suscitado el socialismo (ella, y no el proletariado ni la burguesía en el sentido económico de estas palabras), lo seguía criando. Ya en 1897 se había podido recopilar una especial *Bibliographie der Sozialpolitik*; en el año 1900 nació la Asociación internacional para las leyes protectoras de los trabajadores, con sede en Basilea; en 1904 Francia proponía, e

Italia era la primera en aceptar la propuesta, una legislación obrera internacional. En este proceso de elevación del pueblo, junto con el socialismo político contribuían también, arrastrados por la corriente, actitudes del Estado, de la cátedra, de los católicos, cristianos y cooperativistas. La fiesta del Primero de Mayo, la fiesta de los trabajadores que decidió en 1889 un congreso internacional para solicitar la jornada laboral de ocho horas, que despertó sospechas y temores casi como si se tratase de un día de cita internacional para la revolución universal, y en los primeros años fue combatida y dio lugar a manifestaciones y conflictos, posteriormente transcurrió tranquila, sin oposición de nadie y admitida entre las costumbres. El nuevo tipo de trabajador se designaba a sí mismo, y era designado, a veces con una sonrisa, como obrero «evolucionado y consciente»; pero también era el tipo de obrero rodeado de toda clase de garantías jurídicas, que día tras día iban aumentando. A aquellos que seguían colocando el socialismo en el porvenir, en un lejano o próximo porvenir, y lo imaginaban como teniendo que realizarse de pronto y de una vez para siempre, y, mientras tanto, no veían o no entendían lo que ocurría a su alrededor, se les hubiera podido contestar que el socialismo estaba en el presente, «en devenir», y que siempre estaría de esa manera, «en devenir», como toda la mente y la obra del hombre, como el mundo entero, que no «es» sino que «deviene» eternamente.

El movimiento socialista, y las medidas sociales que fueron uno de sus efectos más importantes, sin proponérselo disociaron la relación demasiado estrecha, que era casi de identificación, establecido ya desde hacía medio siglo entre liberalismo y librecambismo, moral y economía, instituciones éticas e instituciones económicas. En un primer momento había parecido que esa misma vía de salud que la libertad abría a la vida moral y política de los pueblos, la libre competencia tuviese que abrirla en la esfera económica, colaborando con esta deducción y esta ilusión el ímpetu juvenil del mundo industrial y comercial europeo, particularmente el inglés, mientras sobre esta experiencia contingente se edificaba una doctrina de valor absoluto y de acento casi religioso: cosa que, por otra parte, desde aquel primer momento tuvo sus críticos y sus escépticos. Pero, al declinar aquella edad juvenil, cambiadas las condiciones económicas, incumplidas las esperanzas de una espontánea desaparición de la «cuestión social» por un prodigio llevado a cabo por la libre competencia, al ver que del seno mismo del librecambismo salía el monstruo del monopolismo bajo la forma de carteles y *trusts*, hubo que enfrentarse con los problemas sociales, no ya mediante los medios del libre intercambio económico tan sólo, sino mediante la virtud ética y política, que doblega incluso aquellos medios para sus finalidades utilizándolos cuando le sirven, y moderándolos o dejándolos de lado cuando no sirven o son perjudiciales. Este arrepentimiento y conversión se observan de manera destacada en la decadencia de la escuela manchesteriana en Inglaterra y en el resurgir de los viejos adversarios bajo nuevo y moderno aspecto, distinto del que vestían en los tiempos de la batalla sobre el impuesto del trigo y teniendo ahora como su hombre representativo a Disraeli. Y la intervención, antes censurada, del Estado, no sólo se vio aconsejada

por la necesidad de proteger a las clases obreras, sino también por la necesidad que los Estados sentían de conservar, en el flujo y reflujo de la economía mundial, cierta autonomía económica por razones de seguridad en los aprovisionamientos y armamentos en caso de guerra, para impedir la ruina de determinadas clases sociales cuya función en la vida de los pueblos no era sustituible, para evitar convulsiones demasiado frecuentes y demasiado intensas en el orden social, para sostener las industrias nacionales que daban sus primeros pasos, y asimismo por razones financieras más o menos urgentes. Así, la intervención del Estado en favor de las clases trabajadoras se vio acompañada en mayor o menor medida por el proteccionismo aduanero, que a veces contrariaba y a veces favorecía el interés de dichas clases (y siempre contrariaba o favorecía los intereses de una u otra clase), pero que parecía útil para el bien común y la tranquilidad general del país. También en este apartado Alemania y Bismarck fueron los primeros, o entre los primeros, que dieron ejemplo con la tarifa aduanera de 1879, y casi todos los Estados siguieron el mencionado ejemplo, salvo Inglaterra, que pudo mantenerse aproximadamente en la línea librecambista; pero el proteccionismo estaba entonces atemperado por los tratados comerciales, y, en general, no deprimió la actividad de las industrias e intercambios. Es evidente que las controversias sobre la preferencia que se ha de asignar al proteccionismo o al librecambismo, sobre cuál de ambos contiene la verdad absoluta, pecan en su fundamento, porque también librecambismo y proteccionismo son los dos términos de una única relación, y cada vez que se recomienda el uno o el otro no se puede dejar de hacerlo mediante fórmulas de valor totalmente empírico; y todo consiste en coger en la práctica, en cada ocasión, dentro de las variadas y mudables situaciones históricas, el punto justo, que será sin duda el económicamente favorable, pero nunca estará determinado por meras y abstractas condiciones económicas.

La potencia industrial y la riqueza que alcanzó Europa con vertiginoso *crescendo* en este período, señaladamente después de 1890, los descubrimientos técnicos que por entonces se realizaron y sus aplicaciones, la variedad de la producción, la extensión de los mercados, los medios de transporte cada vez más rápidos, son cosas bien sabidas, presentes en la memoria de todos, y pueden darse por sobreentendidas y presupuestas en esta relación, que dirige su mirada hacia la vida intelectual, moral y política que brindó las condiciones para aquella maravillosa actividad y productividad y que, a su vez, de allí sacó fuerzas y medios. Valga como símbolo la población, que de los ciento ochenta millones que Europa tenía a principios del siglo se había incrementado hasta los cuatrocientos cincuenta con que contaba al final, además de los millones de hijos que envió a las Américas y a otros países nuevos, razón por la que Estados Unidos tan sólo, que en 1800 tenía cinco millones de habitantes, llegó a los setenta y siete en el año 1900. Y observando cualquier estadística se encuentran cifras que evocan hechos similares y asimismo pueden servir como símbolos: como el de Bélgica, que, por ejemplo, en 1850 utilizaba en la

industria un capital de trescientos millones y en 1913 de siete mil millones; en su puerto de Amberes el movimiento era en 1840 de doscientas cuarenta mil toneladas, y en 1914 de catorce millones; la producción mundial de carbón piedra, que era de ciento treinta millones de toneladas en 1860, subió hasta seiscientos cincuenta millones en los últimos años del siglo. También a la expansión colonial se imprimió un ritmo veloz y pujante, particularmente a partir de 1880, cuando en casi todos los Estados se sintió el anhelo de poseer colonias, emulando a Inglaterra que por aquel entonces extendía, consolidaba y ordenaba su imperio colonial sobre la cuarta parte del globo terrestre habitable. Francia llevó su imperio desde menos de un millón de kilómetros cuadrados hasta unos doce millones y alrededor de cincuenta millones de habitantes; Alemania, que hasta 1884 carecía de colonias, pronto alcanzó el tercer puesto con las adquisiciones en África y Oceanía, además de algún puerto en el Extremo Oriente; Italia ocupó Eritrea y más tarde la Tripolitania; Bélgica, por obra de su rey Leopoldo II, tuvo el Estado del Congo; España, que en cambio había perdido con Cuba y Filipinas los restos de su antiguo dominio colonial, se aferró a la costa de Marruecos; Rusia prosiguió su expansión en Asia; Estados Unidos, después de 1896, tuvo su propio imperialismo. El sentimiento que llevaba a esta clase de empresas era sumamente complejo: de ventajas económicas, en parte reales y en parte imaginarias; de potencia y prestigio político; de amor nacional que llevaba a desear la expansión de la propia lengua, cultura y costumbres a otras partes del mundo («*la France*», decía en 1885 el colonialista Ferry, «*ne veut pas être seulement un pays libre mais un grand pays qui répand, partout où il peut les porter, ses moeurs, sa langue, ses armes, son drapeau, son génie*») y, por último, de un amor más amplio por la humanidad y la civilización en sentido universal. Inglaterra daba a su imperio un carácter liberal, dejando que los sectores de éste que habían alcanzado un grado superior, llamados *dominions* (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y más tarde África del Sur), poseyesen instituciones liberales y democráticas, leyes y gobierno propios, relaciones comerciales autónomas, ejército propio (y ya alguno reclamaba una flota propia), y se mantuviesen unidos a la madre patria de manera espontánea, por conveniencia de intereses, por comunidad de lengua y tradiciones, por consenso de ideales. La economía se volvió verdaderamente mundial, y Europa se alimentó del trigo que provino de otras partes del mundo, al no bastarle su producción propia, que había sido parcialmente sustituida por otros cultivos y otros usos del suelo.

A igual paso que la producción de riquezas marchaba el bienestar general, aunque episódicamente en algún lugar, o en algún estrato de la población, perduraban, no vencidas, la carestía y la miseria, que se volvían más insoportables por la cercanía de la prosperidad, y pese a que algún recrudescimiento de la miseria se debiese a veces a la rapidez misma de las transformaciones económicas. Por todas partes se observaba el cambio de proporciones entre la población urbana y la población rural, con la concentración y crecimiento de la industrial, la consiguiente disminución y casi desaparición de los artesanos y de las pequeñas empresas, y con la formación de una



clase muy numerosa de técnicos y empleados de las industrias. Y en todas las clases sociales crecía la instrucción, se leía mucho y habitualmente en más de una lengua: merced a los telégrafos y teléfonos, los periódicos ofrecían cada día, y casi a cada hora, la actualidad de la vida de todos los rincones del mundo. En ocasiones ocurría que un debate, una polémica, una cuestión aparecidos en un país determinado apasionase los ánimos en todas partes, como ocurrió con el *affaire Dreyfus*.

Sin embargo, sobre esta era tan activa y que disfrutó de una paz tan larga como jamás le había tocado a Europa, ha caído el juicio, que ya se observa establecido también en los libros de los historiadores, de «edad prosaica» y, al mismo tiempo, «escéptica e insatisfecha»: juicio que parece extraño e inexplicable si no se pone en relación con la crisis espiritual que empezó después de 1848 y llegó a su pleno desarrollo después de 1870, tal como hemos delineado. A la actividad práctica, que se movía en los órdenes liberales y de ellos extraía gran beneficio, ya no se unía la elevada conciencia de ese obrar, una conciencia que comprendiese su pleno significado y reconociese su inestimable valor: y por eso se había atenuado el empuje religioso y ético, había disminuido la capacidad de profundización y renovación en la crítica de los conceptos, se había mortificado la vida interior de las conciencias, único ámbito en el que dolores, tristezas y angustias se recogen en laborioso trabajo de purificación y se convierten en fuerzas de consuelo y renovación. Alemania, que entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX había sido la Atenas filosófica de la Edad Moderna y después de dos milenios había ofrecido a toda la humanidad una cosecha especulativa igualmente original y copiosa: cuando se pensaba que con su elevarse a gran potencia nacional y política llevaría esas especulaciones a conseguir nuevos y grandes frutos, descendió de grado, se empobreció mentalmente, perdió el papel que había tenido de enérgica concedora y fecundadora del pensamiento y del saber de todos los pueblos, y, aunque el trabajo de sus hombres de ciencia prosiguiese, asiduo, y grande fuese su erudición, no dio resplandores de genio y dejó que yaciera inerte, u olvidó y hasta despreció el patrimonio que había recibido en herencia, su propia obra de la edad clásica. En la patria de Kant y de Hegel ahora se veían en el campo del pensamiento, que se había vuelto asaz angosto, neocríticos, psicólogos, fisiopsicólogos y parecidos dignos personajes, llenos de honrada buena voluntad, pero desprovistos de vigor y sin valentía, a ras de tierra. En otros sitios conseguían vasta fortuna los Spencer y Ardigò, y el vacuo positivismo y evolucionismo adormecía las mentes. Incluso cuando se defendía y se teorizaba la libertad, defensa y teoría eran empíricas y superficiales, como en el famoso libro de Stuart Mill sobre este argumento. El fuego central estaba apagado o solamente ardía en algunas almas y daba uno que otro chispazo; de ahí la entonación sumisa y prosaica que entonces era habitual. Se lamentaba que en las nuevas generaciones no hubiera héroes de las revoluciones equivalentes a Mazzini y Garibaldi, ni héroes de la política como Cavour y Lincoln; y estas quejas eran propias de las imaginaciones decepcionadas, que hubieran querido

admirar en tiempos de calma a los pilotos que llevasen a puerto, con poderoso esfuerzo, en medio de la furia de las borrascas, la nave, y pecaban de injusticia hacia la obra también útil y proba de los nuevos hombres aptos para los nuevos tiempos. Y a los literatos franceses, que de buen grado motejaban y escarnecían, desdeñosos y fastidiados, a los políticos y estadistas de la tercera República, Enri Becque en 1896 arrojaba a la cara esta respuesta: que, de no ser por aquellos políticos y estadistas, ellos, los literatos, habían sido unos siervos o hubieran dado con sus huesos en la cárcel, como bajo el segundo Imperio, y que si él hubiese tenido que escoger entre la labor literaria y la labor política que se había llevado a cabo en los últimos veinticinco años, en conciencia, habría preferido resueltamente la labor política. Pero, con todo, es necesario reconocer que muy pocos, y poco escuchados o poco eficaces, fueron en aquel entonces los poetas, pensadores, visionarios, apóstoles que aportaron luz e infundieron calor en la guerra que en todos los tiempos y en todas las condiciones perpetuamente se combate en el corazón y en la mente del hombre, y que perpetuamente necesita aquel socorro y aquella guía. No podían sustituirlos los físicos, los naturalistas, los sociólogos, que entonces ciertamente no faltaban, pero que por su propio fundamento sirven a la técnica y no a aquello que está por encima, o en el fondo, de toda técnica.

El poco aliento mental, la frecuente pérdida de ánimo y la consiguiente disposición pesimista saltaban a la vista en la manera con que se solía acoger e interpretar los inevitables cambios que el curso de las cosas acarrea a la sociedad y a la política, y cuando convenía encontrar y adoptar las decisiones a seguir con ánimo seguro. La utopía de dejar hacer y dejar pasar, es decir, el absoluto librecambismo económico como panacea de los males sociales, estaba desmentida por los hechos; pero, en vez de dilucidar dentro de semejante doctrina aquello que era utópico y aquello que era cierto, y comprender y apreciar esta última verdad y guardarla, como ha de hacerse con toda verdad, dentro de sus límites (que sólo ellos la garantizan), se lloraba sobre aquella fe y esperanza caída sin intentar sustituirla por otra, ni siquiera con la de la intervención estatal y el proteccionismo, en la que se percibían, por otra parte, los aspectos débiles y los peligros, de tal suerte que perduraba un desconcierto entre las dos tesis opuestas, sin capacidad de mediar entre éstas. Por añadidura, habiendo quedado el concepto de librecambismo perezosamente asociado al de liberalismo, la desconfianza en la fórmula librecambista inducía desconfianza en la verdad misma de la libertad política, que es concepto de otro orden y superior. Igualmente, el otro hecho de que la lucha política ya no se desarrollase según el esquema de los dos partidos clásicamente contrapuestos y distintos, el de la conservación y el del progreso, enfrentados y guerreando entre sí y alternándose en el gobierno, llevaba a considerar que estaba orgánicamente enfermo y próximo a la muerte el sistema parlamentario, del que se habían considerado presupuestos en calidad de condición vital aquellos dos partidos de tal suerte esquematizados y activos; mientras que había que darse cuenta de que dicha distinción y contraposición

reflejaba los tiempos de la formación y consolidación de la libertad y de su primera puesta en marcha, pero no podía encontrar plena y neta correspondencia cuando los asuntos a discutir y resolver se presentaban mucho más variados y especificados, y más variada era la composición misma de las representaciones parlamentarias, y, en consecuencia, mayor debía ser la variedad de agrupaciones y combinaciones políticas: y en ello no había luego que temer que las razones de la conservación y del progreso, del pasado y del porvenir, de la historia y de la vida, desapareciesen jamás, al ser éstos dos eternos momentos que operan bajo las más diversas formas particulares. Y tampoco la desaparición de aquellos «notables», de aquellas aristocracias liberales que anteriormente dirigían, en los sufragios restringidos, las elecciones, designando los candidatos, y ahora no podían mantenerse y ejercer la misma función con los sufragios ampliados y universales, abandonaba irremediablemente, como se de cía, las elecciones al azar y a la demagogia, porque en la práctica se trataba precisamente de hallar nuevos métodos para las nuevas condiciones, y dichos métodos ya empezaban a surgir y a ser puestos a prueba. Y mucho tenían que haberse idealizado las historias del pasado para asombrarse de que en las elecciones se cometiesen embrollos, fraudes, mercadeos y abusos, y había que no tener ojos para ver y considerar en el presente todo lo que ocurría en ese aspecto, y mucho peor, en la gran República americana, y que, sin embargo, se veía corregido o convertido en poco pernicioso por las espontáneas fuerzas morales y de la opinión pública. Y era natural que, ampliados los sufragios, asimismo cambiasen en las asambleas las calidades de los hombres, las formas de elocuencia, actitud y educación, y no siempre de manera agradable; pero hubiera sido provechoso no perder de vista que, incluso en aquellas formas o en aquellas apariencias frecuentemente vulgares, había la garantía de la libertad para todos, y que, por imperfecta que fuese, por ejemplo, la vida constitucional y liberal de la España de Alfonso XII o XIII, siempre valía mucho más que la vida política de los tiempos de Fernando VII o que la que habría ofrecido el carlismo; con lo cual, en vez de extraer la consecuencia de que convenía abolir las instituciones parlamentarias, también aquí de lo que se trataba era del modo a adoptar para guiar y dirigir (como de hecho ocurría) hacia el bien esas asambleas, que no eran luego demasiado diferentes de las asambleas de todos los tiempos, todas ellas a veces indóciles, impresionables, atolondradas, expuestas a la corrupción, necesitadas de encontrar quien supiese manejarlas. Había el gusto de darse muchos aires realizando grandes descubrimientos, como el de la «mentira» del electorado y de los parlamentarios, donde, a decir verdad, no había otra mentira que la diferencia que hay siempre entre forma jurídica y realidad histórica, con la que aquella forma jurídica no puede coincidir precisamente porque está hecha para regularla, y no puede regularla sino mediante la rigidez y la flexibilidad alternativamente utilizadas. La misma actitud irreflexiva sugería una supina admiración por Alemania, por su antiparlamentarismo, por su «Estado fuerte» que mantenía a raya a radicales y socialistas, por su «Estado

ético» que parecía llevar a efecto la idea que de él construían los profesores alemanes, atribuyendo a mérito de esa constitución política el empuje y el vigor económico de Alemania, mientras que se trataba de su punto débil. El antiparlamentarismo, el antidemocratismo y el antiliberalismo se ponían de moda y formaban parte esencial de aquello que en todas partes se llamó, con un vocablo inventado en Inglaterra, «esnobismo». En las palabras por lo menos (pero el mal radicaba en eso, en que se dijese semejantes palabras), frecuentemente se incurría en la irreflexión de arrojar el agua de la bañera con el niño dentro.

Y cuando, alrededor de 1890, apareció en el amodorrado pensamiento europeo y en su desteñida e inanimada literatura política la doctrina socialista y marxista de la historia y del Estado (que alardeaba ser hija de la clásica filosofía alemana, y lo era aunque espuria, conservando de ésta algunas virtudes en la manera de plantear las cuestiones y en el método dialéctico-histórico), se tuvo sin duda el beneficio nada pequeño de que se llamase a las mentes a volver a pensar en los principios mismos de la sociedad humana y de su historia, y a volver a plantearse los correspondientes problemas éticos y lógicos, y, por otra parte, que un ideal, comoquiera que se hubiese deducido y concebido, volviese a brillar en lo alto de los pensamientos y a dirigir el interés de las almas hacia las obras y el apostolado. Pero, a través de la crítica que pronto siguió a la recepción de aquella doctrina, y que ocupó toda una década, si, como era natural, aquellas doctrinas marxistas no pudieron mantener sus posiciones y en el terreno económico retrocedieron como teorías del plus-trabajo y de la plus-valía, y en el filosófico en cuanto metafísica y dialéctica de la materia, de ello no resultó por contraste una renovada conciencia de la espiritualidad humana y de la historia como historia de la libertad. Más aún: un efecto que perduró de aquella familiaridad con el marxismo y con el materialismo histórico (por los que Mazzini había sentido horror a causa de su defectuosa humanidad y bondad) fue la costumbre y la propensión mental a concebir las fuerzas activas de la historia como «clases económicas», feudalismo, burguesía, pequeña burguesía, terratenientes, industriales, banqueros, obreros, campesinos, proletariado cualificado y proletariado harapiento, y así por el estilo, y a tratar los problemas políticos como un cálculo de los intereses y las fuerzas de las varias clases en pugna, y una búsqueda de la clase económica en la que conviniese apoyarse; cosa que era una manera de impedirse a sí mismos toda veraz comprensión de la historia y de la vida humana, y perder la unidad del espíritu que rige el todo y está más allá de estas esquematizaciones empíricas de economía abstracta y de estos cálculos de gentes astutas. Pareció un gran suceso, y ciertamente costó grandes fatigas, percatarse y afirmar que sobre las clases económicas siempre hay una «clase política» movida por ideales que no pueden ser sino éticos: pero esta observación habría debido llevar, y no llevó, a un cambio total en la visión de la realidad, a una nueva filosofía, que quedó sin manifestarse; y el empirismo y el naturalismo siguieron ocupando su sitio.

Por lo tanto, si la obra de aquella edad pareció prosaica y estrecha, no ocurrió

porque así fuese ésta de hecho, en el que se realizaba grandiosamente el impulso de la gran edad histórica anterior, sino porque estrechos y prosaicos eran el intelecto que la consideraba en su realizarse y la imaginación que la colocaba bajo luz adversa, y el ánimo, que en vez de abrazarla y darle calor, la apartaba de sí o la despreciaba. Peligroso vacío de pensamiento y de ideal, que si por algún tiempo se podía mantener así sin demasiado perjuicio, tenía muy cerca la seducción de falsos ideales, que, ya insinuados en la literatura del romanticismo de baja estofa o decadentismo, en los últimos decenios del siglo XIX y en los primeros del XX se elevaban por todas partes, contaminando los pensamientos políticos. Y también cierto despertar y afinamiento de la filosofía, que en aquel retazo de siglo hizo que resultasen intolerables el rudo naturalismo y el mezquino positivismo, sólo en pequeña parte insinuaba volver a coger la vía de la gran filosofía, pero, en su mayor parte, se desviaba en el misticismo, el pragmatismo y en otras formas de irracionalismo. Sin embargo, los falsos ideales en la vida práctica, el irracionalismo en la del intelecto, el debilitamiento espiritual y la dispersión interior se habrían podido superar con la crítica y la educación, o se habrían podido agotar como lo que carece de intrínseco valor y vigor, y dar lugar a sus contrarios y a lo mejor; pero al peligro mental y sentimental se añadía otro, práctico y efectivo, que nacía de las condiciones de Europa en sus relaciones internacionales, que, al ofrecer materia a aquellas disposiciones del espíritu, las alimentaron y terminaron por excitarlas y empujarlas violentamente a la acción.

## X

### LA POLÍTICA INTERNACIONAL, EL ACTIVISMO Y LA GUERRA MUNDIAL (1871-1914)

Si, efectivamente, las ideas de la individualidad nacional y de la libertad política se habían asentado de manera estable en las divisiones territoriales y en los ordenamientos interiores de casi todos los Estados europeos, y se hacían realidad en las leyes y en las costumbres, muy diferente cosa había ocurrido con otra consecuencia del principio de libertad, que había sido deducida o presentada desde el comienzo de aquel movimiento: la augurada extensión de aquel principio a las relaciones internacionales en forma de alianza de los pueblos libres del mundo, o, por mantenernos en lo práctico, de alianza de los de Europa, de los «Estados Unidos de Europa». A este objetivo había tendido siempre la mirada de visionario y apóstol de Giuseppe Mazzini; y hubo uno que otro momento en que casi pareció que Europa se dirigiese hacia él, una vez superados los mayores obstáculos: especialmente entre 1859 y 1860, bajo la impresión causada por la independencia, unidad y libertad de Italia, de la que parecía estarse preparando en la Alemania prebismarckiana y que el liberalismo europeo apresuraba con sus votos augurales, de la derrota de Austria junto con la esperada disgregación posterior de su imperio, sustituido por Estados nacionales, de las renovadas esperanzas de autonomía para Polonia y de una modernización y europeización de Rusia. Mas luego se chocó, por este lado, con obstáculos no previstos: se produjeron interrupciones y desviaciones, y, definitivamente, después de 1870, el renunciamiento a la idea, que pasó a contarse entre las utopías, de manera que de ella ya no se hablaba entre personas serias o provocaba sonrisas, a veces melancólicas como por un ingenuo sueño juvenil esfumado, y en otros casos burlonamente como ante una idea pueril. Todavía se llevó a cabo, en las décadas posteriores, algún perfeccionamiento estatal según el principio de nacionalidad; y, por efecto de la guerra ruso-turca de 1877-1878, respectivamente Serbia, Montenegro, Rumania, Bulgaria y Grecia se independizaron o rompieron los últimos vínculos que aún las hacían depender de Turquía, y ampliaron sus territorios; en 1905 los noruegos, que también tenían su nacionalismo o particularismo, se desvincularon de Suecia, a la que estaban atados por el tratado de 1814, pero no por tener en común instituciones políticas y condiciones económicas; para Irlanda, Gladstone propuso y sostuvo la autonomía u *Homerule*, y, después de treinta años de repulsas, nuevas propuestas, agitaciones y rebeliones, por fin en 1914 la Cámara de los Comunes la aprobaba por tercera vez y así recibía fuerza de ley, aunque provisionalmente se mantuvo en suspenso su ejecución. Pero el destino de Polonia pareció irremediable y su recomposición nacional dejó incluso de ser objeto de la

actividad publicística liberal, y, por último, también Finlandia perdía su autonomía mientras Prusia llevaba a cabo esfuerzos de desnacionalización en las regiones polacas incluidas dentro de sus fronteras. En Austria, las nacionalidades alemana, checa, eslovena, polaca y demás se enfrentaban sin descanso, tras haber fracasado en 1893 el intento de Taaffe para ponerlas de acuerdo, y hacían que fuese difícil y casi imposible la actividad parlamentaria; y no se obtuvo más que un brevísimo descanso con la reforma electoral de 1907, mediante la cual se venció el obstruccionismo en el parlamento imperial pero no así en los locales, y poco después las irreconciliables diferencias volvieron a manifestarse con la violencia de antes. En Hungría, que, por su parte, estudiaba acrecentar su propia autonomía en las relaciones con Austria, el elemento magiar se encontraba en conflicto con las demás nacionalidades, a las que sólo dentro de ciertos límites permitía el uso de sus lenguas en los asuntos judiciales y administrativos, en tanto que procuraba ampliar el del húngaro gracias a la escuela elemental; y los eslovacos, rumanos y serbios encontraron entonces en Europa un Victor Hugo de los nuevos tiempos que se convirtió en su patrocinador y reivindicador ante el mundo civilizado, el noruego Bjørnson; y, mientras tanto, los croatas emprendían acuerdos con los serbios del reino de Serbia, y se mostraba empresa desesperada el «trialismo», cuya ideal algunos acariciaban, pero que habría exigido una completa subversión de los espíritus y de las relaciones sociales y políticas de la monarquía austrohúngara, es decir, una formación política que sería resabio de otros tiempos, de la edad de los Estados patrimoniales. Más grave y más fundamental que esta resistencia que Austria-Hungría oponía a la plena realización en Europa del principio nacional era aquel abandono de toda esperanza en el logro de una unión europea liberal, que se había vuelto imposible a causa de la situación que había producido la guerra franco-germánica de 1870-1871, que dejaba a Francia herida y ofendida por la extirpación de dos viejas provincias suyas y anhelosa de desquite, y a Alemania, como quien se ha apoderado de una presa, vigilante contra la amenaza de que se le vuelva a quitar; y, alrededor de esa su hostilidad implacable, los demás Estados europeos agrupados: de manera que, en vez de una unión en que todos los pueblos encontrasen la forma más ventajosa para su trabajo y para su progreso, hubo que apañarse, como único recurso para conservar la paz, mediante el tradicional sistema del equilibrio europeo gracias a alianzas, contraalianzas y cautelosas provisiones de armamentos.

Sin embargo, la paz era un bien tan grande y tan necesario para Europa en el admirable crecimiento de su producción en todos los campos, de su civilización y de su cultura, que, merced a dicho equilibrio, durante largo tiempo se logró impedir que estallase una guerra europea, que todos veían con temor. Artífice principal de esta política de paz fue Bismarck, al importarle mucho no someter a riesgos todo aquello que había sabido conquistar para Alemania y que era su gloria personal, y considerando que, tal como él le había conseguido territorios y potencia, Alemania no tenía otras cosas a desear y, como decía él, estaba «*saturiert*», saturada y saciada, y

otra guerra, incluso victoriosa, no le acarrearía una ganancia efectiva. De tal suerte, en el congreso de Berlín de 1878, que siguió a la guerra ruso-turca, guerra con la que Rusia había calculado poder resolver en sentido únicamente ruso la cuestión oriental y liberar a los «hermanos eslavos», pero que había movido para cuidar de sus propios intereses a otras potencias y en primer lugar a Inglaterra, Bismarck alardeó de haber hecho el papel de «honesto intermediario» cuyo provecho era la conservación de la paz; y aquella redistribución de presas entre beligerantes y no beligerantes pareció entonces lo mejor o lo menos peor que se pudiese lograr con tal finalidad. Mientras tanto, Bismarck aliaba a Alemania con Austria y atraía hacia dicha alianza a Italia, pensando en posteriores expansiones de Francia en perjuicio de esta última en el Mediterráneo, en conflictos con Austria y en la correspondiente reapertura de la cuestión de Roma, y nació así la Triple alianza; y, al mismo tiempo, firmaba un tratado de recíproca seguridad con Rusia y, por medio de Italia, ligaba a Inglaterra con la Triple. En este campo era un maestro, y, dado que la maestría consiste en saber limitarse, sabía también comportarse con amplitud de mente y con moderación; y dejó que Francia, a la que cerraba el vado para el desquite en el Rin, se expandiese en otros sitios y formase sin obstáculos su gran imperio colonial, cuidando mucho que no entrase en competencia con ella el Imperio alemán; y de similar forma evitó poner trabas a Inglaterra, que con nuevas ocupaciones se aseguraba la ruta de la India y acrecentaba su imperio; y, aun desinteresándose de los asuntos turcos y rusos, del dominio de los estrechos y de la llamada «cuestión oriental», ayudó a Austria a extenderse en cierta medida por los Balcanes, conforme a su pensamiento de que la misión austríaca estaba en Oriente, para representar allí la cultura alemana, en tanto que no consideraba deseable que los alemanes de dicho imperio se uniesen a Alemania dando así preponderancia al elemento católico, que él veía con malos ojos y del que sospechaba. La paz se mantenía en Europa de esta manera, es decir, de una manera empírica y no radical y constitucional, y su precio no solamente era el constante esfuerzo de vigilancia y habilidad diplomática por parte de un genio de la diplomacia, sino, por añadidura, enormes y crecientes gastos militares de Alemania y de toda Europa, con millones de hombres en armas. Bajo la paz mantenida con tales medios y bajo el grave peso de los ejércitos siempre preparados, bullían, aunque reprimidas, las hostilidades y se incubaba el peligro de la guerra: Francia, desde los primeros años después de 1870, alargaba su mirada hacia Rusia como probable futura aliada para defenderse del poderoso vecino y para el logro de las anheladas reivindicaciones; Inglaterra y Rusia no sólo estaban enfrentadas a causa de Constantinopla, sino también por la expansión en Asia, donde se tocaban las dos áreas de dominio; Italia consideraba tener siempre una cuenta pendiente con Austria por las tierras que llamaba «irredentas». Pero los pueblos y los Estados, sin embargo, se resignaban a postergar hasta un futuro más o menos lejano la satisfacción de sus deseos, a causa de esta observancia del equilibrio que los obligaba a mantener la paz, y más todavía por amor a esta paz misma que por miedo a las consecuencias que una



guerra habría tenido, tanto para sus posesiones territoriales presentes como para su propia trabazón política, social y económica, y por la sociedad humana que parecía amenazada por el internacionalismo, el anarquismo y el socialismo revolucionario. El «concierto europeo» no estaba a la altura de la misión europea de civilización, y eso se demostró, en general, a causa de los discordes intereses entre sus componentes, con la impotencia respecto a Turquía pese al horror que provocaron en Europa, en 1876, los exterminios de búlgaros, y, en 1894 y 1896 los de los armenios, y pese a que un hombre de Estado, Gladstone, hubiese llamado «gran asesino» al sultán; y apenas si dicho «concierto europeo» logró limitar, en 1897, pero no impedir la guerra greco-turca, y menos fuerza todavía tuvo en las guerras balcánicas. Tan sólo algún historiador alemán ha osado celebrar como ejemplo de la unión general «como la historia jamás había visto anteriormente» entre los Estados de la Tierra, y por ello de capital importancia y «*welthistorisch*», «digno cierre del siglo XIX», la expedición de las potencias en 1900 contra China, que el emperador Guillermo II adornó con un inflamado discurso de colorido «atilesco» y que los contingentes militares de las distintas potencias llevaron a cabo entre matanzas y rapiñas.

El íntimo comienzo del desequilibrio dentro del equilibrio europeo provino de otro enfrentamiento de mucho mayor alcance que todos los otros que ya existían, porque se refería no ya a particulares crecimientos de dominio y de potencia, sino directamente a la hegemonía en Europa y en el mundo: el enfrentamiento entre Alemania e Inglaterra. Antes que en el ánimo de los pueblos y en la mente de los hombres de Estado, nació en los cerebros de los teóricos y profesores, que, como sabemos, abundaban en Alemania más que en cualquier otro país, dudosa compensación de su deficiencia en materia de hombres políticos; y pudo verse cómo, no mucho después de 1870, empezó a perfilarse en el historiador prusiófilo Treitschke. El natural orgullo por las grandes victorias militares de 1866 y 1870 y por la potencia europea que Alemania había alcanzado, en esos teóricos se unía a la visión que evocaban de las hegemonías que otros pueblos habían ejercido a lo largo de los siglos: desde Grecia, que fue como una primera Europa ante Oriente; desde Roma, que dominó casi todo el mundo entonces conocido, hasta la propia Alemania que tanto poder tuvo con sus emperadores sajones y suabos entre los siglos X y XIII; y, en el lado opuesto, el envidiable espectáculo que Inglaterra brindaba en el presente en gran parte de la Tierra y en los mares, y el recuerdo no menos irritante de cómo había sido siempre veloz y vigilante para truncar las posibilidades de sus competidoras en el continente, España, Holanda y Francia; y de estas premisas se sacaba la conclusión de que ahora ya el campo de la liza se abría ante Alemania, que retomaría la gloriosa labor de sus imperiales héroes medievales gracias a los Hohenzollern, nueva Grecia contra una nueva Persia, nueva Roma contra una nueva Cartago, y que jamás caería en la suerte de Holanda. Alemania tenía un florecimiento de juventud, de proeza militar, de doctrina, de capacidades en todos los campos, de virtudes cívicas; Inglaterra estaba amarillenta, marchita y en decadencia en todos estos aspectos, era

un Estado al que cabía calificar de «reaccionario», hipócrita como quien se siente viejo y débil, gobernado por hombres políticos de escasas y estrechas ideas, que gozaba de un poder que era evidente anacronismo, poder construido como un hurto en los tiempos en que batallas navales y tropas mercenarias decidían guerras de importancia mundial y era lícito apoderarse de fortalezas y asentamientos navales en países extranjeros, y, por ello, ya no admisible en tiempos de Estados nacionales y de grandes ejércitos populares. Ahora la justicia quería que Alemania pidiese un nuevo reparto del mundo, no aceptando el actual, que se había llevado a cabo cuando ella se afanaba en guerras internas, sin poder constituirse en un gran Estado; y la equidad quería que se le confiase la hegemonía que de mala manera se arrogaba Inglaterra y que no estaba en condiciones de sostener, porque Alemania, en cambio, estaba preparada para asumir la dirección del mundo con brazo más vigoroso, con conceptos más modernos y con inmensas posibilidades de desarrollo, así fuese con la creación de una nueva síntesis de Oriente y Occidente, de una nueva religión de la Humanidad. Así razonaban y enseñaban a multitud de atentísimos estudiantes estos teóricos y profesores, fundándose en convencionales particiones, clasificaciones y leyes históricas, y sobre detritos de la anticuada filosofía de la historia y de ideas bíblicas acerca de la sucesión de las cuatro monarquías, como eran precisamente las hegemonías que supuestamente corresponderían en cada ocasión a un determinado pueblo, nación o Estado, y la fatigada supervivencia de aquellos que ya la habían ejercido y que ahora y para siempre habían de considerarse decaídos, ya no históricamente activos, arrastrando su vida al séquito de los demás, sostenidos o mandados por el que tiene en el presente el cargo, es decir, la hegemonía, y sobre la virtud de algunas gentes o razas nacidas para mandar, como la alemana, y así por el estilo: todas abstracciones y mitologías tratadas como si fuesen realidades y que sustituían a la realidad genuina y concreta, más simple y más compleja al mismo tiempo, menos teológica y menos naturalista pero más humana. La pedantería profesional que había en el fondo de semejantes teorías y juicios se revelaba en la acusación, que aglomeraba todas las otras, dirigida a Inglaterra, de haber formado su imperio poco a poco, imperceptiblemente y a hurtadillas, es decir, que el imperio inglés habría brotado espontáneamente, *rebus ipsis dictantibus*; en tanto que el otro, que ellos invocaban, debería construirse por deducción filosófica e histórica y sobre un proyecto que habría de actuarse no ya mediante golpes de mano ocasionales, con pequeñas guerras y batallas meramente navales, sino con grandes batallas terrestres de pueblos, similares a las de Sadowa y Sedán. En esta manera de preparar la política había el mismo defecto que se suele observar en la literatura y el arte alemanes: la crítica, es decir, la fórmula teórica, que frecuentemente antecede al hecho y quiere que éste nazca a su manera; pero en política las consecuencias del error son mucho más perniciosas. Sólo tardíamente, a finales del siglo XIX, Inglaterra erigió el vasto imperio que había adquirido a lo largo de un par de siglos, para asumir la que se llamó «conciencia imperial». De todas maneras, dado que en las relaciones

internacionales no hay más que dos caminos para obtener lo que se solicita, el tratado o la decisión mediante las armas, y dado que había de considerarse excluida la posibilidad de que por tratado Inglaterra jamás resolviera considerarse decaída, envejecida, debilitada y dispuesta a ceder el dominio de los mares, las colonias, los *dominions* y el bastón de mando a Alemania, y dado que si un pueblo está verdaderamente en decadencia o muerto, y otro pueblo está vivo y con vigor, es cosa que no se ve sino cuando se pone a prueba, una prueba que puede acarrear grandes desilusiones y asombros, aquellos teóricos, si algo práctico querían con el proceso que intentaban, con la *actio popularis* de que se habían convertido en promotores en el campo internacional, claramente querían, más o menos pronto o en el momento oportuno, la guerra. Así se sembró en las mentes la primera semilla de la lucha mundial entre Alemania e Inglaterra.

Bismarck, que no creía que la política se hiciese con ese equipaje histórico-filosófico y desconfiaba de los profesores, se guardó mucho de dar ánimos a esos programas mundiales y belicosos; y, por otra parte, él no era presa de pasión alguna por las colonias, y, cuando, en 1884, cediendo a las presiones de los colonialistas, empezó a poner bajo protectorado alemán algunos territorios de África del Sur, persistió en su convicción de que no era ése el camino en el que Alemania debiera comprometerse. Ya apartado de los asuntos públicos, un año antes de morir, cuando el almirante Tirpitz le expuso su programa naval, que se proponía garantizar con una gran flota el comercio de Alemania contra el dominio inglés de los mares, no contuvo, su indignación ante ese peligroso teorizar político de los técnicos. Pero, bajo otro aspecto, la manera alemana de considerar las relaciones internacionales, la familiaridad con la idea de cambiar a grandes golpes de guerras la situación mundial, cierto difuso cinismo de palabras que se debía, más que a otra cosa, al ideal de clara resolución o «*Schneidigkeit*» y que causaba muecas feroces en el rostro de mucha excelente y buena gente de ese excelente y buen pueblo, derivaban de él, de Bismarck, de sus enseñanzas, de los comentarios satisfechos en que se había complacido acerca de sus acciones y de sus éxitos ante los enemigos que había decepcionado, enfrentado y vencido, de su «mueca longobarda», como habría dicho algún viejo literato italiano. Quería firmemente la paz porque consideraba que Alemania había quedado satisfecha en sus necesidades mediante la obra por él realizada; pero ¿qué ocurriría cuando, una vez digerido el primer copioso almuerzo, un hambre nueva, un nuevo anhelo de comida cuyos indicios ya aparecían, agitase ese cuerpo poderoso? ¿Cómo, sin renegar de su ejemplo y de su enseñanza, sin merecer los sarcasmos ante su agrio realismo, sin abandonar la tradición de su sentimiento y de su actitud, se podría persuadir a Alemania para que se propusiera diversa finalidad, para que siguiera un concepto diverso, liberal, cosmopolita o europeo en su política? ¿Y qué ocurriría cuando él ya no gobernase la nave, o quedase apartado como hombre afligido por la senectud y ya no a la altura de sí mismo, y otros hombres ocupasen su lugar, no provistos de su sagacidad, de su

prudencia, de su genio, pero, evocando lo que él había dicho y hecho, dispuestos a imitarlo materialmente, es decir, a brindar malas imitaciones de su obra?

El hambre nueva, la nueva política exterior, los nuevos hombres, llegaron, y llegó el nuevo tiempo que, precisamente, se llamó «nuevo curso», con el emperador Guillermo II. Y pronto la idea de la potencia mundial que Alemania debía conquistar superó a cualquier otra, se enseñó y se inculcó, entró a formar parte del pensamiento general, se dio nueva dirección a las relaciones con los demás Estados y en gran parte se deshizo el entramado que Bismarck había tejido. En 1890, en seguida después de su retiro, no se renovó el tratado de seguridad recíproca con Rusia, que, ya llevada a entenderse con Francia, recibió así impulso para acercársele más aún, hasta concertar en 1894 una alianza formal. El peligro de una guerra inminente con Rusia pesó durante algunos años, hasta que Rusia dirigió su atención hacia el Extremo Oriente. De 1896 es el famoso telegrama de Guillermo II al presidente Krüger, acción de abierta hostilidad contra los ingleses de la política sudafricana de éstos, así como de estímulo a los bóers para la lucha en que se trabaron y en la que posteriormente Alemania no los apoyó. En 1898, el mismo arriesgado personaje pronunciaba un discurso con el lema «nuestro porvenir está en el mar», y un año después repetía: «Gran necesidad tenemos de una flota fuerte», y empezaba la construcción de aquella flota que Tirpitz dirigía con las maneras e intenciones que Bismarck había reprobado. El emperador viajaba a Oriente y en Damasco se proclamaba «el amigo de trescientos millones de musulmanes», al tiempo que ponía bajo su protección a Turquía. Ya entonces la aversión a Inglaterra se había convertido en un sentimiento popular en Alemania, aversión correspondida, como es natural, con equivalente aversión, aunque menos cargada de argumentos teóricos, por la parte contraria. Inglaterra se preocupaba por las palabras y hechos de Alemania: también allí se habló de una *delenda Carthago*; y, mientras tanto, se tomaban las necesarias precauciones renunciando al «espléndido aislamiento»: el gobierno inglés establecía en 1904 su *entente* con Francia mientras Delcassé trabajaba en la política que se llamó de cerco a Alemania. En 1905 Guillermo II llevó a cabo su repentina aparición en Tánger, por lo que en 1906 se convocó la conferencia de Algeciras para los asuntos de Marruecos, de cuyos resultados Alemania quedó descontenta por la falta de apoyo de una de las potencias de la Triple alianza, Italia, que, sin salir de la alianza pero manteniendo sus antiguas y constantes relaciones con Inglaterra, se había movido de buen acuerdo con Francia; en 1908 Alemania entraba nuevamente en pugna con Francia a causa de Marruecos, y las negociaciones no estaban aún definidas cuando el emperador tuvo el otro arrebató de la entrevista que se publicó en el *Daily Telegraph*; en 1911 Alemania enviaba una nave de guerra a Agadir y estaba a punto de producirse la guerra, dispuesta Inglaterra a declararla a esas alturas, si mientras tanto las cosas no se hubiesen reparado mediante un nuevo acuerdo entre Francia y Alemania, acuerdo que brindó a esta última un extenso territorio del Congo francés. Inglaterra no dejaba de prepararse diplomática y militarmente, y en 1907 se ponía de acuerdo con Rusia

acerca de Persia, Afganistán y Tíbet, y asimismo se ponía de acuerdo con Japón. Mientras tanto, Alemania, dejando que sus relaciones con Italia marchasen como podían, se relacionaba más estrechamente con Austria, es decir, con la potencia que menos confiaba en su propio porvenir, y que por los desacuerdos de las nacionalidades que encerraba en su seno, y por otros que contra ella se suscitaban en los Balcanes, especialmente por parte de Serbia, y por la rivalidad con Rusia, que protegía a las poblaciones eslavas, sometía a riesgo cada vez más frecuente e inminente la paz europea. Ello se vio en 1908 como efecto de la anexión que, modificando el tratado de Berlín, decretó de Bosnia-Herzegovina, y a lo largo de la guerra italo-turca de 1911-1912 y de las guerras balcánicas de 1912-1913, y de la intención de atacar a Serbia que formuló en 1913, intención por entonces impedida por la oposición de Italia. Crecían los equipamientos militares en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en todos los Estados.

Cuando hoy se vuelven a leer los libros, opúsculos y periódicos alemanes de entre 1912 y 1914 se tiene la sensación de encontrarse ya en una atmósfera de guerra. En 1913 el general Bernhardt publicaba su libro *Alemania y la próxima guerra*, al que hacían eco otros escritores militares y los numerosos círculos y asociaciones que se habían formado para promover armamentos terrestres y marítimos, y para educación e instigación bélicas. Se formulaba casi un ultimátum a Inglaterra: el de renunciar a la supremacía mundial, dejar las manos libres en el continente a Alemania a fin de que ésta pudiese convertirse en el centro de una unión de toda la Europa central, batiere a Francia y le quitase las colonias, se extendiese a Bélgica y Holanda, y repartiase con Italia las posesiones francesas del África septentrional, y, por último, llevase a cabo sin impedimentos su penetración económica en el Próximo Oriente. Y se reiteraban los argumentos sobre la naturaleza prolífica de los alemanes, sobre los dos millones de alemanes que habían emigrado a América y se habían perdido para la patria, sobre la capacidad intelectual alemana, superior a la inglesa, sobre Francia e Inglaterra decadentes y moribundas, hacia las cuales Alemania ciertamente no tenía que asumir funciones de instituto de previsión y seguro social. Y se trazaban proyectos de unir a la Triple alianza los Estados de Turquía, Bulgaria y Rumania; y, mientras tanto, retomando las conocidas palabras de Moltke en su carta a Bluntschli y las más recientes del general Von der Goltz, se aclamaba la virtud moralizadora de la guerra y de la sangre, la selección que ésta realiza de los más fuertes y mejores, la regeneración de los hombres ablandados, mediante ese baño y lavado cruento, la civilización que solamente la guerra promueve, la fuerza que sólo ella posee de salvar a la humanidad del estancamiento, de la «domesticación» (la «*Domestikation*», como se decía con un nuevo vocablo técnico). A lo largo de 1913 y durante los primeros meses de 1914 reiteradas veces se oyó el aviso o la alarma de que había llegado el momento favorable para Alemania y era necesario no dejarlo escapar. En julio de 1914 un militar publicaba un opúsculo sobre «la hora fatal del Imperio» que recibió el elogio del príncipe heredero, que recomendó su difusión. En los mismos años

(febrero y marzo de 1913), el historiador Cramb ofrecía en Londres una serie de conferencias sobre *Alemania e Inglaterra*, con la intención de dar a conocer bien a los ingleses en su origen, en sus modalidades y también en sus razones, esa violenta pasión y esa resuelta voluntad alemanas, que él no tomaba a broma sino que contemplaba como un serio peligro y como una trágica lucha de suprema defensa, que Inglaterra debería enfrentar contra un poderoso y digno adversario.

Frente a tales proyectos políticos y voluntad de guerra, en el que tomaban parte hombres de noble corazón y mente elevada como Stresemann, a quienes en los años posteriores tocó la labor opuesta de reconocer que habían padecido un delirio común y tratar de modelar para la paz los ánimos de Alemania y de Europa entera —el mismo Stresemann que también él, entonces, pedía «el lugar al sol» para Alemania y la conquista de las colonias ajenas, y solicitaba armamentos de mar y de tierra—, había ciertamente en la misma Alemania otros que intentaron hacer escuchar palabras sensatas: entre ellos el otro Delbrück, el maestro de la historiografía militar, que en otros tiempos había sido educador privado del príncipe heredero Federico, quien veía el verdadero peligro para el porvenir de Alemania no en el partido socialista, sino en el «pangermanismo», y en la guerra que se quería desatar veía «una indecible calamidad para los alemanes y para todo el mundo civilizado, por inútil y, además, en las condiciones presentes de Europa, de muy dudosa victoria». Un inglés, Norman Angell, publicó en 1910 y volvió a imprimir con disputas añadidas durante los años siguientes, un libro que, traducido a todos los idiomas, se leyó mucho en todos los países, *La gran ilusión*, con la tesis de que la guerra, si antaño había podido conseguir territorios y dominios a los pueblos conquistadores, ahora no servía para ello porque el hipotético vencedor ya no podría apropiarse de las riquezas de otro pueblo, dado que a causa de la interdependencia mundial éstas se esfumarían apenas se las tocara, y haría esfumar también las del propio vencedor; tampoco imponer una lengua y un estilo, cosa que no se lograba ni siquiera llevar a cabo con las pequeñas minorías alienígenas dentro de los Estados existentes; ni hacer triunfar ideales superiores, no habiendo en ningún país ideal alguno que otro no poseyese, y habiendo en todas las mismas contraposiciones de ideales; y, por otra parte, había que considerar como muy dudoso que gracias a la guerra se generasen actitudes y virtudes acordes con el hombre moderno y civilizado. Dado que la resolución de recurrir a las armas es ciertamente, en uno de sus aspectos, un hecho utilitario, este cálculo utilitario, cuya exactitud ha probado el evento, mostraba ser lógico y adecuado: pero no siempre los hombres aceptan los resultados de los razonamientos si antes no los han comprobado con la experiencia, por dura y amarga que ésta sea.

Además, bajo otro aspecto y por otra parte, aquella guerra psicológica no era un mero hecho utilitario, y se remontaba a una disposición moral que era necesario escrutar y entender en sí misma, y que era también más difícil cambiar por simple análisis crítico, sin la amarga experiencia y la próspera desventura.<sup>[17]</sup> Ya hemos dicho que en Europa, después de 1870, había disminuido la meditación activa sobre los

asuntos morales y políticos, y la fe (que sólo ella produce y renueva), y el calor y entusiasmo que siguen a la fe, y hemos señalado hasta qué punto esta languidez y esta especie de vacío espiritual eran peligrosos, y de qué manera este peligro no disminuyó sino que incluso se volvió más grave cuando, desembarazándose del materialismo, naturalismo y positivismo, y volviendo a emprender un filosofar más culto, de buen grado se emprendieron las vías insidiosas del misticismo y del irracionalismo: el peligro era el de la formación y ascenso de un falso ideal. Las condiciones que propiciaban tal cosa estaban ya en las fuerzas mismas del mundo moderno, en su infatigable actividad de empresas industriales y comerciales, de descubrimientos técnicos, de máquinas cada vez más poderosas, de exploraciones geográficas, de colonizaciones y explotaciones económicas, en su tendencia a otorgar primacía a los estudios científicos y prácticos por encima de los especulativos y humanísticos, en el emprender y ampliar la práctica de entretenimientos y juegos sociales a lo que se llamó *sport*, desde el ciclismo hasta el automovilismo, desde las canoas y los *yachts* hasta las aeronaves, desde el *box* hasta el *foot-ball* y el *sky*, actividades que conspiraron todas, de variadas maneras, en otorgar amplio espacio en las costumbres y en el interés al vigor y a la destreza corporal, desmereciendo en comparación el papel de la inteligencia y del sentimiento. Convergía hacia el logro de idéntico efecto, junto con los armamentos de los Estados para defensa y ofensa, el socialismo marxista, que en su ideología, transferida a las mismas clases sociales que combatía, ponía en primer plano la lucha de una clase contra otra, la huelga general, la toma de posesión del poder, el derribo violento del orden social existente, la dictadura del proletariado y conceptos similares; por lo cual, por más individualistas que fuesen y por más que despreciasen al pueblo los que se oponían a los socialistas, también ellos dirigían su pensamiento hacia medios análogos y también ellos, demagogos a su vez, miraban con codicia a las «masas», es decir, no al pueblo, sino al conjunto ciego, impulsivo y dócil de la muchedumbre, bestia plausiva y vociferante que todo audaz puede utilizar para sus propias intenciones. A la exaltación de la violencia aportaban su contribución las teorías de etnólogos y pseudohistoriadores sobre las luchas de las razas, y las artificiosas conciencias políticas que sobre éstas se intentaba formar, de razas germánicas y latinas, eslavas, escandinavas, ibéricas o helénicas, no solamente como hechos reales, sino como valores naturales a afirmar cada uno contra los demás, y con la sumisión o el exterminio de los demás. La guerra, la sangre, los estragos, las rigideces, la crueldad ya no eran objeto de censura, repugnancia y oprobio, sino que, como cosas necesarias para las finalidades a conseguir, se volvían aceptables y deseables, se revestían de cierta atracción poética y hasta brindaban algún estremecimiento de religioso misterio, de manera que se hablaba de la belleza que hay en la guerra y en la sangre, en la heroica embriaguez que sólo por ese camino le es dado al hombre celebrar y gozar. Este ideal puede designarse con la palabra, que ya en ocasiones se va pronunciando, de «activismo»; término general que reúne todas sus formas

particulares y por ello parece más propio. Y aunque haya sido llamado «imperialismo», hay que advertir que este nombre, nacido en Inglaterra alrededor de 1890, por sí mismo no designaba más que un mejor encarrilamiento, más fuerte y coherente, para la política colonial inglesa, y que sólo el activismo le imprimió posteriormente otro carácter. Y aunque haya sido llamado también, y de manera más corriente, «nacionalismo», hay que recordar que este segundo nombre, nació en Francia en los tiempos del antidreyfusismo, y tenía un contenido antisemita y al mismo tiempo reaccionario y monárquico absolutista, pero que la idea nacional en sí misma, y en la forma clásica que recibió de Mazzini, era humanitaria y cosmopolita, y por lo tanto lo contrario de ese nacionalismo que se convirtió en activismo y recorrió la parábola que ya había presagiado Grillparzer en la fórmula: «La humanidad, a través de la nacionalidad, se reconvierte en bestialidad».

¿Qué era, en su naturaleza íntima, este ideal del «activismo» que se formaba y erguía en el ánimo europeo? Aunque se oponía y aborrecía sobre todo al liberalismo, fue el único elemento que éste (dispuesto como estaba a acoger cualquier otro elemento y a entrar en toda alianza, incluso con el catolicismo y la Iglesia) no acogió y con el que no se alió jamás: pese a ello, y, más aún, precisamente por ello, su impulso originario no estaba sino en el principio de la libertad, tan intrínseco al mundo moderno como para que no se pudiese a ningún costo prescindir de él. Dado que si a la libertad se le quita su alma moral; si se la separa del pasado y de su venerable tradición; si a la constante creación de nuevas formas que ella requiere se quita el valor objetivo de dicha creación; si a las luchas que ella acepta, como asimismo a las guerras, el sacrificio y el heroísmo se quita la pureza de la finalidad; si la disciplina interna a la que ella se somete se sustituye por la de una guía exterior y un mando, entonces no queda sino el obrar por obrar, el destruir por destruir, el innovar por innovar, la lucha por la lucha, y la guerra, los estragos, el dar y recibir muerte, como cosas dignas de ser buscadas y queridas por sí mismas; y también el obedecer, pero con la obediencia que se usa en las guerras; y lo que brota de todo ello es el «activismo». Que es, por lo tanto, en esta traducción y reducción y triste parodia que lleva a cabo en términos materialistas de un ideal ético, en sustancia una perversión del amor por la libertad, un culto al diablo puesto en el lugar de Dios (que no deja de ser un culto) y la celebración de una misa negra (que no deja de ser una misa); y si odia al liberalismo es porque el diablo es *simia Dei*, y si conserva sin embargo algún atractivo, es parecido al del ángel endemoniado, o, para hablar de manera menos imaginativa, es como el atractivo que Tácito atribuye a las *malignitas*, a la que «*falsa species libertatis est*». No directamente y propiamente reaccionario, como se lo ha considerado por ciertos aspectos suyos fantasiosos, por ciertas ocasionales decoraciones tipo *ancien régime* de monarquismo a la manera de Luis XIV, de la contrarreforma y de otras similares, carece de cualquier apoyo en la vieja historia y lleva en su fisonomía las señales del industrialismo contemporáneo y de la psicológica que éste favorece; tanto es así, que por dicho aspecto se lo ha



llamado a veces «americanismo». Que luego esta desviación del impulso hacia la libertad desemboque o tienda a desembocar en lo contrario de la libertad y en las modalidades de las reacciones, está totalmente en la lógica de su proceso, llevando al dominio del individuo sobre los individuos, a la servidumbre de los otros y con ello de sí mismo, a la depresión de la personalidad que, en un primer momento, se había ilusionado potenciar, cuando, desenfrenándola y privándola de conciencia moral, la priva de su vida íntima y la encamina hacia la perdición. Tal es la naturaleza moral y religiosa, o (que desemboca en lo mismo) irreligiosa e inmoral del activismo; y las que hemos mencionado más atrás fueron las ocasiones que en Europa lo promovieron a finales del siglo y comienzos del siguiente y le dieron materia y colores. Pero su génesis profunda reside siempre en el romanticismo morboso, nunca totalmente vencido, aunque durante algún tiempo adormecido en la vida europea (y vencerlo del todo y desarraigarlo para siempre es ciertamente imposible, porque él también es una perpetua crisis recurrente del alma humana), el romanticismo que ya había vuelto a asomarse después de 1860 bajo forma de desdén hacia la práctica y la política como «decadentismo» y que ahora, despojado de todos los elementos nobles e ideales de su edad primitiva se volcaba, que era lo grave, sobre la práctica y la política: de ahí también los demasiados «*dilettanti*» que se veían y oían en dichos asuntos, de quienes los viejos y expertos hombres políticos se sentían molestos y desconfiaban. La literatura, que ya se alimentaba de imágenes eróticas y patológicas, pronto se llenó de esta nueva tendencia romántica, falsamente heroica, brutal y sanguinaria, la ratificó y la introdujo en los ánimos. Volvió a surgir la admiración hacia Napoleón, no ya como se había dado en los *grogards*, en los sobrevivientes soldados y oficiales de la Grande Armée y en los jóvenes que oían relatar aquella epopeya, sino en la forma que ya le había dado Stendhal y que sus contemporáneos no habían comprendido ni sentido, pero que ahora encontraba su momento (según lo que su autor había presagiado, indicando la fecha de su fortuna ascendente para alrededor de 1880); y se anheló una especie de *imitatio* de aquel hombre de acción, audaz, resuelto, claravidente, que no tuvo titubeos ni escrúpulos, tomó la fortuna por asalto y conquistó el mundo, y de otros personajes que de variadas maneras se le parecían o que se interpretaban de tal guisa. Un filósofo, que más bien era un poeta y llevaba en el corazón el anhelo de pureza y de grandeza, Nietzsche, también fue interpretado materialmente y se lo convirtió en el profeta del activismo. D'Annunzio en Italia, Barrès en Francia y muchos otros, como ellos libidinosos y sádicos, por sensual complacencia o por el capricho de emociones y estímulos inusuales se dirigieron hacia aquel nuevo romanticismo. Y éste, no conforme con inspirarse en el ideal activista, tras haber intentado varias veces el estilo hermético, perdió incluso este pudor del estilo y se convirtió en activista o «dinámico» en la propia forma del arte, llamándose «futurismo».

Como es natural, los jóvenes se sentían arrebatados por semejantes imágenes grandiosas en apariencia y conmocionados por aquellas incitaciones a

desembarazarse del pasado y con él de las prudencias y cautelas, y muchos de ellos se convirtieron en «nacionalistas», «imperialistas», «dinámicos», «deportistas» y «futuristas», o en todas estas cosas conjuntamente. Y eso ocurría en todos los rincones de Europa y también fuera de Europa; y no tan sólo en Alemania, que en este aspecto no estaba ni más ni menos afectada que cualquier otro país, ni cultivó pensamiento alguno de este género que no se cultivase en otros sitios, aunque, conforme con ciertas tradiciones suyas, acariciase particularmente el etnicismo o racismo y atribuyese el activismo al germanismo: de ahí el interés y el favor con que acogió determinados productos literarios que construían la filosofía de la historia y la metafísica con aquellas tendencias e imaginaciones. Y este estado de ánimo «activista» engendró verdaderamente la guerra, primero europea y pronto mundial e impidió que los peligros de guerra, que se hallaban en la situación internacional, se disipasen; como durante muchos años habían sido disipados, cuando todavía aquel estado de ánimo no predominaba y junto con la prosa perduraba el sentido común, y tal como, abstractamente considerando el asunto, todavía se habrían podido disipar en varias ocasiones y, entre otras, en los intentos varias veces planteados en 1908-1909 y en 1911-1912 de establecer acuerdos navales con Inglaterra, acuerdos a los que se opuso Tirpitz sin encontrar a nadie que válidamente se le opusiese. Las ocasiones son para quienes sepan cogerlas, y los individuos lo pueden todo o no pueden nada según que el espíritu público les ofrezca o no las fuerzas a utilizar y los ayude en su buen obrar y los frene o corrija en su error; y poco pueden hacer los pueblos y los Estados que obedecen a la situación en que los ha puesto la historia precedente y el entramado de los acontecimientos. Cosa que demuestra hasta qué extremo es desesperada la búsqueda de la llamada «responsabilidad de la guerra», referida a individuos o a pueblos, todos los cuales pueden, valiéndose de silogismos, lanzar sobre otros la culpa que se quiere hacer pesar sobre ellos, y de unos a otros llevarla hasta el autor del mundo, que ciertamente en este caso es el verdadero responsable porque él y nadie más ha dispuesto que la vida europea, tras haber pasado por tantas pruebas y experiencias, pasase además por esta del activismo romántico y del ciego y estólido nacionalismo.

Y así como en Alemania contra los pangermanistas hubo hombres que recomendaban una política más seria, también el activismo, en las varias formas y denominaciones con que entonces se presentaba, tuvo asimismo críticos, satíricos, admoniciones y reproches; y se podrían evocar muchas de las cosas que se han escrito contra la furia de lo instintivo y animalesco, contra el correr convertido en una pasión en sí misma, contra el maquinismo que era un proceso de desespiritualización o de «*Entseelung*», contra el *sport* que destruía «toda fina cultura», y contra el imperialismo hueco y el hueco nacionalismo con su hinchada retoriquería, que no lo era menos por envolverse en palabras e imágenes de energetismo y así por el estilo. Pero el viento soplaba en aquella dirección, y muchos ni siquiera se percataban de por qué rumbo navegaban, y los hados arrastraban con su fuerza, que es supraindividual.

Y arrastraron a la guerra, que, ya en acto en el espíritu europeo, se encendió, como guerra combatida con las armas, en aquel punto de Europa donde conjuntamente se agitaban confusas necesidades de libertad nacional y tendencias nacionalistas, donde el imperialismo austríaco y el imperialismo ruso luchaban por la supremacía; y, una vez encendida, se propagó hasta llegar a ser incendio universal. Todos, quieras que no, fueron arrastrados dentro de ella no pudiendo resistirse a las fuerzas desatadas, debiendo extraer las consecuencias de las premisas que se habían planteado, viéndose obligados a tomar parte en la guerra porque mantenerse fuera era imposible o habría expuesto a daños mayores en el porvenir. Y la guerra se configuró como guerra de supremacía entre Inglaterra y Alemania, y, cumpliéndose una profecía hecha por el político inglés Otway en 1870, con una unión o *Entente* de casi toda Europa (y posteriormente de esa Europa añadida que es la República norteamericana) contra Alemania, que al principio se quedó a solas con Austria-Hungría y a continuación arrastró a su lado a Turquía y Bulgaria.

El tema moral de la guerra fue muy bien ideado y promulgado por la *Entente* como defensa de la libertad de los pueblos contra la amenaza de un nuevo imperio de Carlos V, una defensa del sistema liberal contra el sistema autoritario de Prusia y de Austria-Hungría, de los Hohenzollern y de los Habsburgo, una liberación definitiva de las naciones todavía oprimidas o dependientes, una redención de los propios alemanes respecto al sistema político anticuado que en ellos persistía, a diferencia de la Europa occidental, toda ella liberal y parlamentaria, un definitivo paso del sistema de las hegemonías al de los equilibrios mediante alianzas entre los pueblos. Y los alemanes, en cambio, fueron muy desmañados al enunciar sus razones de guerra, porque no supieron exhibir otra cosa que la «santa defensa» de su pueblo, que era asunto demasiado genérico, común a todos los pueblos en combate por el hecho mismo de combatir, y vacío de contenido histórico al no determinar el ideal político que se proponía contraponer al de la *Entente*; y cuando los profesores alemanes quisieron proporcionar esta ausente determinación escribieron tan ingenuas cosas sobre el método que seguiría Alemania para la unificación de Europa, parecido al que había seguido Prusia para la unificación de Alemania, sobre la *pax germanica* y sobre la felicidad y moralidad de que el mundo disfrutaría gobernado por los Hohenzollern y su burocracia, cosas todas como para que cualquier espíritu libre se estremeciese, indignase o sonriese: después de lo cual, por añadidura, se sorprenderían de que la «propaganda de guerra» (como solía decirse) de la *Entente* fuese mucho más eficaz, o (como también se decía) estuviese mejor «organizada» que la de ellos. Renacían, en ese momento, una contra otra, la mente de Cavour y la de Bismarck; y no había que asombrarse si una de ellas todavía irradiaba sobre la humanidad aquella luz, expandiera aquel calor y despertase el entusiasmo que la otra no podía brindar.

Y, sin embargo, cuando los alemanes acusaban de hipócrita a la ideología que la *Entente* ostentaba, no les faltaba una parte de razón. No porque fuese total y calculadamente hipócrita: eso no lo admitirá jamás quien escribe estas páginas, que,

como italiano, no solamente recuerda los sentimientos y pensamientos que al estallar la guerra y durante los meses de neutralidad italiana existían o volvían a despertar entre los viejos liberales y hombres políticos, y que se manifestaron en amplias corrientes populares, sino que también tiene presentes las personas, las acciones, los escritos, las cartas de tantos entre aquellos jóvenes italianos que fueron a morir en el Carso y en los Alpes, nobilísimas flores del *Risorgimento* italiano, educados por sus padres y maestros y por nuestros poetas, y por el último de nuestros grandes poetas, Giosue Carducci, en el amor a la libertad, a la justicia y a la humanidad. Parecidos sentimientos y pensamientos se alimentaron en otros sitios, y en Inglaterra los liberales creyeron verdaderamente que la guerra, a la que convenía someterse, había de ser la última, y que después de ella las relaciones internacionales habían de colocarse sobre nuevas bases, y que el sistema de equilibrio de alianzas, contraalianzas y tratados secretos debería sustituirse por tratados públicos que garantizasen la paz; y el presidente de la República norteamericana concibió no menos seriamente sus famosos catorce artículos, que propuso a los pueblos combatientes. Pero aquella acusación era verdadera en tanto que toda esta ideología liberal no encontraba resonancia y correspondencia en la psicología que hemos descrito como muy prepotente en Europa, en los pueblos de la *Entente* casi tanto como en Alemania; y dado que la ideología liberal conservaba capacidad de persuasión entre otras personas o sobre las multitudes, los imperialistas, nacionalistas y políticos similares se valían de ella, hipócrita y untuosamente, con finalidades políticas, tratándola como trataban al catolicismo, a éste como «católicos ateos» y a aquélla como liberales y humanitarios que despreciaban la libertad y la humanidad. Más astutos, de cualquier manera, que los estadistas alemanes que, mal imitando a Bismarck, declaraban que «los tratados son papel mojado» y que «la necesidad no tiene ley», y también que esos nacionalistas y racistas alemanes que sacaban de la Europa romano-cristiana, de la Europa de la Reforma y de la Revolución francesa las figuras de Arminio y los Nibelungos con la mitología germánica, y se complacían en llamar Wotan y Valkirias, Sigfrido y Hagen las líneas de las trincheras alemanas. En la ferocidad de la prolongada guerra todo respeto a la verdad abandonó los ánimos, la entonación de todos los combatientes se volvió egoísta, inhumana, rapaz; otros hombres de Estado sucedieron a los del comienzo o estos mismos cambiaron su ánimo y se abandonaron a la corriente de los odios y codicias desenfrenados. Y si los políticos alemanes, en las parciales adquisiciones de victoria de sus ejércitos, impusieron los odiosos tratados de Brest-Litovsk y de Bucarest, los de la *Entente*, una vez ganada la guerra, en vez de elevarse a más altas esferas les devolvieron la moneda con el congreso y el tratado de Versalles: donde la conciencia humana se vio dolorosamente ofendida por el espectáculo de los vencedores que llevaban ante su tribunal al heroico adversario, empapado en la sangre de cien batallas, y se erguían sobre él como jueces de moralidad y ejecutores de justicia; y lo obligaban a admitir su culpa, ellos culpables a su vez, si es que de culpa queremos hablar, y no mejor,

como nosotros creemos, de un error común que requería una común expiación. La guerra, que se había anunciado a los pueblos con la promesa de una catarsis general, a lo largo de su desarrollo y al terminar faltó totalmente a esa promesa.

## EPÍLOGO

El que compara la geografía política anterior y posterior a la guerra, y ve la República alemana en lugar de la Alemania de los Hohenzollern, disgregado el Imperio austríaco y en su sitio Estados nacionales nuevos o ampliados, con una Austria alemana y una Hungría magiar restringidas entre breves fronteras, y Francia con la reintegración de las provincias que había perdido en 1870, Italia que ha unido a su territorio las tierras irredentas y extiende sus límites hasta el Brénner, Polonia reconstruida y una Rusia ya no zarista sino soviética, así como Estados Unidos entre los principales autores de la política europea, y así por el estilo con todas las demás grandes variaciones que se han producido en los territorios y en las relaciones de potencia; y el que, en otro aspecto, se siente llevado a recordar aquella Europa ordenada, rica, de florecientes intercambios, abundantes comodidades, vida fácil, animosa y segura cual era anteriormente, y contempla la posterior, empobrecida, agitada, triste, toda cercada por elevadas barreras aduaneras, dispersada la vivaz sociedad internacional que sus capitales acogían, ocupado cada pueblo en sus propios afanes y en el miedo a lo peor, y, por ello, distraído de los asuntos espirituales, y apagada, o casi apagada, la vida común del pensamiento, del arte, de la civilización, tiende a plantear entre ambas Europas una profunda diversidad y a señalar la separación con la línea, o, mejor dicho, con la vorágine de la guerra de 1914-1918. Pero el que, en cambio, pasa de lo exterior y secundario a lo intrínseco y busca las pasiones y acciones del alma europea, pronto vuelve a establecer mentalmente la continuidad y homogeneidad entre las dos Europas, aparentemente diversas y, mirando mejor aún, sin dejarse desviar por aquellas impresiones superficiales, vuelve a hallar en ambos aspectos los mismos rasgos, aunque, después de la guerra y de lo que siguió, exasperados; entre condiciones políticas que han cambiado, las mismas disposiciones y los mismos enfrentamientos espirituales, si bien agravados por aquella pesadez y obtusidad que la guerra, aniquilando millones de vidas, creando el hábito de la violencia y desacostumbrado al activo trabajo crítico y constructivo de la mente, al ejercicio de la atención y de la finura, no podía dejar de producir junto con los severos efectos de su alta tragedia.

El activismo se despliega tan impetuoso como antes, e incluso con mayor vehemencia; los impulsos nacionalistas e imperialistas agitan a los pueblos vencedores por ser los vencedores, y a los vencidos por ser los vencidos; los nuevos estados que han brotado añaden nuevos nacionalismos e imperialismos; la impaciencia por lograr ordenamientos libres ha dado lugar a dictaduras explícitas o soterradas, y, por todas partes, a deseos de dictaduras. La libertad, que antes de la guerra era una fe estática o una práctica con escasa fe, ha caído de los ánimos incluso donde no ha caído de las instituciones, sustituida por el libertarismo activista, que sueña más que antes con guerras, revoluciones y destrucciones, irrumpe con movimientos descompuestos y tiende a obras espectaculares y áridas, desdeñando o

despreciando las que se construyen en el recogimiento, con amor, con el sentimiento piadoso hacia el pasado y la fuerza valiente que abre el horizonte del porvenir: las acciones que provienen del corazón y se dirigen a los corazones, las meditaciones que dicen palabras llenas de verdad, historias que dan conciencia de todo lo que el hombre ha creado fatigosamente, trabajando y luchando, de la poesía que es poesía, y, en cuanto tal, bella. El comunismo, que con el nombre de socialismo se había introducido en la vida de la política, del Estado y en la corriente de la historia, ha vuelto a aparecer en su escisión y crudeza, también él enemigo acérrimo del liberalismo, del que se burla llamándolo ingenuamente moralista; y, al igual que el activismo, con el que frecuentemente se funde, ese comunismo es estéril o sofoca el pensamiento, la religión, el arte y todas estas y otras cosas querría poner a su servicio y no puede sino destruirlas. Y han vuelto a aparecer en los juicios y en las teorías, casi como si fuesen ideas recién nacidas y frescas de juvenil veracidad, todas las torceduras y los decréptos sofismas del materialismo histórico, de lo que cualquier hombre un poco experto en la crítica y en la historia de las ideas sabe lo que ha de pensar, pero que, pese a ello, han recobrado un aire de novedad y modernidad sólo porque, llevados de Europa a Rusia, han regresado de allí aún más simplistas y burdos de los que eran antes, y encuentran aceptación en tiempos de torpeza, simplismo y credulidad. El catolicismo, por otra parte, que ya había intentado recobrar fuerzas a través del irracionalismo y el misticismo, ha acogido y va acogiendo gran número de almas débiles o debilitadas, junto con turbios e infidentes aventureros del espíritu. Hasta el pesimismo y los anuncios de decadencia que se percibían en la literatura anterior a la guerra, ahora vuelven a verse y van predicando la decadencia de Occidente y hasta la del género humano, que, tras haber intentado pasar de bestia a hombre, estaría a punto de volver a caer (según los nuevos filósofos y profetas) en la vida de las fieras.

Todo ello es un hecho, y de nada vale negarlo y tampoco reducirlo a pocas personas o a uno u otro país o pueblo, porque, tal como el hecho del que es continuación, pertenece a Europa y al mundo entero. Y, dado que es un hecho, ha de cumplir una función en el desarrollo del espíritu, en el progreso social y humano, si no como creador directo de nuevos valores, por lo menos como materia y estímulo para volver a vigorizar, profundizar y ampliar los antiguos valores. Sólo que esta función suya, la que fuere, será conocida y descrita por el historiador futuro, que tendrá ante sí, ya llegado a su conclusión, el movimiento en el que nosotros estamos sumidos y aquello en que haya desembocado; pero no puede ser conocido y descrito por nosotros precisamente porque estamos cogidos en el movimiento, y, estando y moviéndonos dentro de éste, sí podemos observar y comprender muchas cosas, y, de hecho, las observamos y comprendemos, pero no aquella que todavía no ha ocurrido y de la que, por lo tanto, no nos es dado pensar la historia.

Y ¿qué importancia tiene, en la práctica, para cada uno de nosotros, que no se pueda pensar su historia? La siguiente: que en ella se ha de participar, no con la

contemplación de lo no contemplable, sino con la acción según el papel que a cada uno corresponde, que la conciencia asigna y el deber ordena. Aquellos que, contrariando la antigua advertencia de Solón, se esfuerzan por comprender y juzgar una vida «antes que ésta concluya» y se pierden en conjeturas y previsiones, deben vigilar que esa divagación en lo que es imposible conocer no sea la sugerencia de un mal demonio, que, meciéndolos en la pereza, los distrae de la obra.

No ya la «historia del futuro» (como definían la profecía los viejos tratadistas), sino la del pasado que se recapitula en el presente es la que necesitan la obra y la acción, que no serían tales verdaderamente si no las iluminase la luz de la verdad; y de esta necesidad también ha nacido la nueva reflexión que hemos querido hacer, e invitar a hacer, sobre la historia del siglo XIX. Y, respecto a lo presente y actual, es necesario el examen, y en todo caso el nuevo examen, de los ideales que hoy se aceptan, se proponen o intentan, para ver si tenemos la capacidad de disolver, superar o corregir el que es el nuestro, y, conjuntamente, para cambiar y modificar el nuestro como consecuencia de la crítica a través de la cual ha pasado, y, en cualquier caso, para volver a poseerlo de una manera más firme.

Que el ideal de un orden trascendente de la verdad, de regla moral y práctica, y conjuntamente de un gobierno desde lo alto y desde el cielo, ejercido en la tierra por un pastor y representado por una iglesia, ni siquiera hoy esté integrado por aquella intrínseca justificación mental (de la que, a lo largo de los siglos, se había descubierto en él la carencia), es cosa obvia y casi lamentamos insistir en ello como en todas las polémicas que se mueven alrededor de lo obvio y que contienen el riesgo de parecer escasamente generosas. Sin embargo, es éste el punto sustancial; y el renovado denuedo clerical durante los años posteriores a la guerra, por efecto de las dificultades en que se encontraron los gobiernos y de las concesiones que, por eso, se inclinan a otorgar, si suscita indignación no tiene de por sí verdadera importancia y es una peripecia bien conocida y asunto transitorio. Es útil consignar aquí lo que un católico alemán ha escrito recientemente: que «sólo en apariencia, y sólo en la superficie de su existencia natural, el catolicismo ha ganado en los últimos tiempos, pero la gran idea, que le daba unidad, ya no vive, y nunca ha estado tan inseguro, inestable y envuelto en cosas materiales y accidentales»; y verdaderamente, respecto a esta última parte, es dudosa la fuerza que pueda proporcionar a la Iglesia la calidad de la gente que multitudinariamente ha ingresado en su seno. De todas maneras, el motivo espiritual que ha impulsado a los mejores entre ellos a refugiarse en el catolicismo o regresar a él (o a otros refugios similares de menos venerable y menos constante autoridad) no ha sido otra cosa que la necesidad, en el tumulto de ideas y sentimientos que chocan entre sí y son mudables, de una verdad fija y de una regla impuesta: es decir, una desconfianza y un renunciamiento, una debilidad y un miedo pueril ante el concepto del carácter absoluto y relativo al mismo tiempo de toda verdad y ante la exigencia de una constante crítica y autocrítica con las cuales la verdad en cada instante se acrecienta y renueva, junto con la vida que crece y se



renueva. Pero un ideal moral no puede configurarse según las necesidades de los débiles, de los desconfiados y temerosos.

Igualmente, no puede configurarse para uso de quienes se embriagan con la acción por la acción, que, de tal suerte sentida, concebida y perseguida, deja a sus espaldas náusea e indiferencia hacia toda cosa que haya apasionado o pueda apasionar al hombre, e ineptitud para todo trabajo objetivo. A estas alturas el género humano ha tenido experiencia de nacionalismos e imperialismos, así como de parecidos esfuerzo y conquistas, y ya dice: *inveni amariorem felle*. El activismo todavía arrecia ampliamente, pero ¿dónde está en él la serenidad de ánimo, la confianza, la alegría de vivir? La tristeza está marcada en la frente de esos hombres, de los más dignos entre ellos, porque donde ni siquiera esa tristeza se ve hay algo peor, hay rudeza y estupidez. Y tal vez los mismos excesos a los que se abandona el activismo, la pasión en que se debate, las conmociones que amenaza, den señales de una no lejana curación de la fiebre que ha enfermado a Europa y al mundo: fiebre, y no ideal, siempre que no se pretenda sublimar la fiebre a la condición de ideal.

El comunismo, que se suele considerar ya establecido en los hechos y realizado en Rusia, no se ha realizado ni muchos menos en cuanto comunismo, sino de la manera que señalaban sus críticos, que era la que correspondía a su contradicción interna, es decir, como una forma de autocracia, que ha quitado al pueblo ruso el escaso aliento mental y de libertad que, pese a todo, poseía o conseguía bajo la anterior autocracia zarista. La abolición del Estado, el «paso del reino de la necesidad al de la libertad» que Marx teorizaba, no solamente no se ha producido y el comunismo no ha abolido el Estado (y no podía hacerlo, ni nadie podrá jamás), sino que, por ironía de las cosas, ha forjado el más pesado de los Estados que se pueda nunca concebir. Con lo que nada se quiere quitar a la necesidad en que encontraron los revolucionarios rusos de seguir ese camino y no otro, ni a la grandiosidad del trabajo que, en esas condiciones, han emprendido y llevado adelante, intentando lograr que fuesen fructíferas las ricas fuerzas productivas de aquella tierra, y tampoco a las varias enseñanzas que de aquella variada obra se pueden extraer; y lo mismo dígame del entusiasmo místico, aunque sea de un misticismo materialista, que los anima, y que tan sólo él puede lograr que soporten el inmenso peso que han cogido en sus brazos y que les da el coraje para pisotear, como lo hacen, religión, pensamiento y poesía, todo aquello que reverenciamos como sagrado, todo lo que amamos como noblemente gentil. Pero con ello se quiere reiterar que ellos, por ahora, con palabras y con actos de violencia y métodos de presión han negado firmemente, pero no han resuelto, ni expresado de qué manera podrán jamás resolver, el problema fundamental de la convivencia humana que es el de la libertad, en la que la sociedad humana, y sólo en ella, florece y da frutos, única razón de vida del hombre sobre la tierra, sin la cual la vida no merecería ser vivida: un problema que allí está, imposible de eliminar, que nace de las vísceras de las cosas y que ellos deberían sentir estremecerse en la misma materia humana que manejan y que quieren plasmar según sus conceptos. Y, si

alguna vez en el futuro lo enfrentarán u otros lo harán por ellos, se derrumbará el fundamento materialista de su construcción, una construcción que deberá sostenerse de diversa manera y grandemente modificada; y, así como ahora el puro comunismo no se ha realizado, tampoco se realizará entonces. Fuera de Rusia, ese pseudocomunismo, aunque gravite sobre los espíritus con la fuerza añadida que expresa el antiguo dicho del «*maior e longinquo reverentia*», con la fascinación de aquello que está lejos en el tiempo y en el espacio y que por eso adquiere perfiles fantásticamente atractivos, hasta ahora no se ha extendido o ha sido suprimido en cuanto se ha asomado, y, en verdad, en la Europa occidental y central faltan las dos condiciones que había en Rusia: la tradición zarista y el misticismo; de manera que, al parecer, no se equivocaba Miljukov hace ahora doce años, cuando decía que Lenin «en Rusia estaba construyendo sobre el sólido terreno de la buena y antigua tradición autocrática, pero en lo que se refería a otros países, proyectaba castillos en el aire». E incluso si experimentos de este género se llevan a cabo más adelante en Europa, ocurrirá que aquel pseudocomunismo, transferido a países diversos por religión, civilización, cultura, costumbres, tradición y, en resumen, de diversa historia, bajo nombre y apariencias similares se convertirá en algo totalmente diferente, o se producirá un tiempo más o menos prolongado de oscura gestación de cuyo seno volverá a germinar, tarde o temprano, la libertad, es decir, la humanidad.

Porque es éste el único ideal que tiene la solidez que otrora tuvo el catolicismo y la flexibilidad que éste no puede tener, el único que siempre se enfrenta al porvenir y no pretende concluirlo en una forma particular y contingente, el único que resiste la crítica y representa para la sociedad humana el punto alrededor del cual, en los frecuentes desequilibrios, en las constantes oscilaciones, perpetuamente se restablece el equilibrio. Por lo tanto, cuando se oye preguntar si a la libertad ha de corresponderle lo que se llama el porvenir, hay que responder que tiene algo mejor: tiene la eternidad. E incluso en la actualidad, a pesar de la frialdad, el desprecio y el escarnio que la libertad encuentra, sigue estando en muchas de nuestras instituciones, costumbres cívicas y hábitos espirituales, y en ellos obra benéficamente. Y, cosa que vale aún más, está en muchos nobles intelectos en todos los rincones del mundo, que aislados y esparcidos, casi reducidos a una pequeña pero aristocrática *respublica literaria*, siguen confiando en ella, la rodean de mayor reverencia y la persiguen con amor más ardiente que en los tiempos en que no había quien la ofendiese o pusiera en duda su absoluto señorío, mientras a su alrededor se amontonaba el vulgo aclamando su nombre, y, con ello mismo, contaminándolo de vulgaridad, de la que ahora se ha limpiado.

Y no solamente la libertad vive en esos hombres, y no sólo existe y resiste en el ordenamiento de muchos entre los mayores Estados, en las instituciones y en las costumbres, sino que su virtud actúa en las cosas mismas, con mayor o menor lentitud se abre paso entre las más ásperas dificultades: como puede verse principalmente en el sentimiento y en el pensamiento que ahora estimulan los ánimos,

de una tregua y reducción de los sospechosos armamentos, de paz y alianza entre los Estados de Europa, de concordia, de entendimientos y esfuerzos entre sus pueblos, que salve en el mundo y para bien del mundo, si no su supremacía económica y política, su secular supremacía de creadores y promotores de civilización, sus adquiridas aptitudes para este trabajo incesante. Es éste el único proyecto político que, entre los tantos que se han formado después de la guerra, no se ha perdido ni dispersado, sino que, más aún, gana terreno año tras año y convierte para su causa a los espíritus que anteriormente lo rechazaban, o se mostraban incrédulos, o habrían deseado pero no se atrevían a creerle; y es bueno esperar que no se lo dejará caer y que llegará a cumplirse a través de todas las oposiciones, superando y rodeando todos los obstáculos, gracias a las artes de los hombres de Estado y gracias a las voluntades de los pueblos. La guerra mundial (que tal vez los historiadores futuros considerarán como la reducción al absurdo de todos los nacionalismos), aunque ha endurecido algunas relaciones entre los Estados a causa del inicuo y estólido tratado de paz que la rubricó, también ha mancomunado en su propia intimidad a los pueblos que se han sentido, y siempre más se reconocerán como tales, iguales en las virtudes y en los errores, en las fuerzas y en las debilidades, sometidos a un mismo hado, suspirando por los mismos amores, agobiados por los mismos dolores y orgullosos del mismo patrimonio ideal. Por lo pronto, ya en todos los rincones de Europa se asiste al germinar de una nueva conciencia, de una nueva nacionalidad (porque, como hemos advertido anteriormente, las naciones no son datos naturales, sino estados de conciencia y formaciones históricas); y, de la misma manera que hace setenta años un napolitano del antiguo reino o un piemontés del reino subalpino se volvieron italianos sin renegar de su ser anterior, sino elevándolo y diluyéndolo en ese nuevo ser, así franceses, alemanes, italianos y todos los demás se elevarán a europeos, sus pensamientos se dirigirán hacia Europa y sus corazones latirán por ella como anteriormente por las patrias pequeñas, no ya olvidadas sino mejor amadas.

Este proceso de unión europea, que se opone directamente a las competiciones de los nacionalismos, está contra éstos y algún día podrá liberar totalmente a Europa de ellos, al mismo tiempo tiende a librarla de toda la psicología que acompaña a los nacionalismos y los sostiene, engendrando maneras, costumbres y acciones afines. Y si tal cosa ocurre, o cuando ocurra, el ideal liberal se habrá restaurado plenamente en los ánimos y recobrará el dominio. Pero no hay que imaginar la restauración de este ideal como el retorno a las condiciones de otros tiempos, como uno de esos regresos al pasado que a veces soñó el romanticismo, reposando en él en dulce idilio. Todo lo que ha ocurrido, todo lo que ocurrirá mientras tanto, no podrá haber ocurrido en vano; y algunas instituciones de antiguo liberalismo habrán de modificarse en mayor o en menor medida, o ser sustituidas por otras más adecuadas; y brotarán clases dirigentes y políticas de composición un tanto diversa de las anteriores; y la experiencia del pasado producirá otros conceptos, dando rumbo diverso a las voluntades. Con tales disposiciones mentales y morales habrán de volver a tenerse en

cuenta los problemas que se llaman «sociales», que ciertamente no han nacido hoy, en torno a los cuales pensadores y políticos se atarean fatigosamente desde hace siglos, resolviéndolos en cada ocasión según los tiempos, y que a lo largo del siglo XIX fueron objeto de una atención más apasionada y de más fervoroso cuidado, y también entonces se resolvieron como en cada ocasión era posible y con efectos tales que las condiciones de los trabajadores cambiaron grandemente, mejoró su tenor de vida y se elevó su figura jurídica y moral. La economía «racionalizada», tal como se la suele llamar, que ahora ha ocupado el primer plano en los debates, tampoco es intrínsecamente cosa nueva; y el debate no puede entablarse sobre la sustitución que gracias a ella haya de hacerse de la economía individual o de la libre iniciativa, indispensables para la vida humana y para el progreso económico mismo, sino solamente sobre la mayor o menor proporción que haya de atribuirse a la una respecto a la otra, según materias, tiempos, lugares y otras circunstancias: que es argumento propio de técnicos y políticos, a quienes corresponde resolverlos sucesivamente de la manera más provechosa para el crecimiento de la producción y más ecuánime para la distribución de la riqueza. Pero técnicos y políticos no podrán llevar a cabo su función, ni confiar en una realización no ficticia de sus propuestas, si la libertad no prepara y mantiene el ambiente intelectual y moral que es necesario para tamaña labor, si no garantiza los ordenamientos jurídicos en los que la realización deberá llevarse a cabo.

Estas que hemos esbozado aquí rápidamente no son previsiones del todo prohibidas para nosotros y no por otra razón, sino por vanas, pero son indicaciones de caminos que la conciencia moral y la observación del presente trazan para quienes, en los conceptos directores y en la interpretación de los sucesos del siglo XIX, concuerdan con el relato que de él hemos dado en esta historia. Otros, con diversa mente, diversos conceptos, diversa calidad de cultura y diverso temperamento, escogerán otros caminos, y, si lo harán con pureza de ánimo obedeciendo al mandato interior, también ellos prepararán bien el porvenir. Una historia conforme con el pensamiento liberal no puede, ni siquiera en su corolario práctico y moral, terminar con la repulsa y la condena absolutas de quienes sienten y piensan diversamente. Dice tan sólo a quienes piensan con ella: «Trabajad según la línea que aquí os ha sido trazada, con toda el alma, cada día, cada hora, en cada una de vuestras acciones; y dejad que obre la divina providencia, que sabe más que nosotros, los individuos, y trabajad con nosotros, dentro de nosotros y por encima de nosotros». Palabras como éstas, que hemos aprendido y pronunciado a menudo durante nuestra educación y vida cristiana, tienen su lugar, como otras del mismo origen, en la «religión de la libertad».

*Diciembre de 1931*

# Notas

[1] «Que es tan cara» (y, a la vez, tan apreciada, tan querida). Lo dice Virgilio, refiriéndose a Dante, al dirigirse a Catón, que se había inmolado por las libertades republicanas: *Libertà va cercando, che è sì cara, / come sa chi per lei vita rifiuta.* (Libertad va buscando, que es tan cara, / como sabe quien por ella vivir rehúsa). Purgatorio, I, 71-72. (N. del t.).<<

[2] Propio de Vittorio Alfieri (1749-1803), escritor y poeta italiano de talante románticamente individualista. (*N. del t.*)<<

[3] Es decir, italianos. (*N. del t.*) <<



[4] Simpatía por la anterior política de José II de Habsburgo, de corte nacional-católico-liberal. (N. del t.)<<

[5] Alusivo a Carlos Alberto de Saboya, entonces rey de Cerdeña. Su hijo y heredero, Víctor Manuel II, había de ser el primer rey de la Italia unificada. (N. del t.) <<

[6] Alusión a *Le mie prigioni* (Mis prisiones), obra del escritor y patriota italiano Silvio Pellico (1789-1854), víctima del rigor policíaco austríaco. (N. del t.) <<

[7] Alusión a las reformas propias del reinado de Federico II, que llevaron a Prusia a erigirse en quinta gran potencia europea. (*N. del t.*).<<

[8] Giovanni Mastai Ferretti, conde, futuro papa Pío IX, cuyo pontificado abarcó desde 1846 hasta 1878. *(N. del t.)*. <<

[9] Otra evocación dantesca que en italiano ha pasado al lenguaje corriente: Francesca da Rimini narra a Dante cómo el propio libro (Lanzarote del Lago, del ciclo bretón) fue *galeotto*, nombre italianizado del caballero Gallehaut, entre ella y Paolo, tal como Gallehaut lo había sido entre Lanzarote y Ginebra. En otras palabras, intermediario de amores clandestinos. Dante, *La Divina Commedia*, Infierno, Canto V, 137. (*N. del t.*).<<

[10] Croce publicó esta obra en 1932: «Nuestros días» alude a los dos primeros decenios del siglo. Fundado por *don* Luigi Sturzo, el partido popular quedó en la sombra durante el período fascista y, después de la segunda guerra mundial, el propio Sturzo y De Gasperi volvieron a fundarlo con el nombre de democracia cristiana. A finales del siglo, la amplia y sintética visión de nuestro autor sigue siendo válida. (*N. del t.*).<<

[11] Es decir, en Italia. (*N. del t.*).<<



[12] En 1883, cuando Croce tenía unos dieciséis años, sus padres y su única hermana murieron en el terremoto de Casamicciola, donde él mismo sufrió graves lesiones físicas. Silvio Spaventa, tío suyo por parte materna, lo acogió en su casa romana y fue para él padre adoptivo, maestro y mentor. Este episodio biográfico da mayor relieve a la tierna ironía con que Croce evoca los esfuerzos del «joven filósofo» por «pensar lo impensable», eludiendo con elegancia toda mención de los lazos de sangre y gratitud que lo relacionan con el personaje en cuestión. (*N. del t.*).<<

[13] Lema recuperado, más de medio siglo después, por la retórica mussoliniana. Equivale a «Italia obra por su cuenta, con sus propias fuerzas». Irreductible antifascista, en pleno auge del régimen dictatorial, Croce señala con implícito sarcasmo el origen histórico de semejante lema. (*N. del t.*)<<

[14] Fórmula italiana que equivale a «libertad de culto en Estado aconfesional». (*N. del t.*). <<

[15] Las Legaciones de la Romaña incluían Bolonia, Ferrara, Forlì y Rávena, bajo virtual protectorado austríaco. (*N. del t.*)<<

[16] Otra evocación dantesca: no es posible querer y arrepentirse al mismo tiempo, *per la contradizion che nol consente. Commedia, Infierno, XXVII, 118/120. (N. del t.)*. <<

[17] Una vez más Croce se vale de la feliz expresión de un grande de las letras italianas: Alessandro Manzoni. (*N. del t.*).<<